

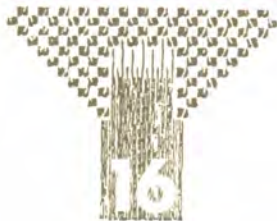
ASTRAGALO

CULTURA DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD

ECOLOGÍA DEL AMBIENTE ARTIFICIAL



DICIEMBRE 2000



ASTRAGALO: REVISTA CUATRIMESTRAL IBEROAMERICANA

N.º 16. Diciembre 2000

ECOLOGÍA DEL AMBIENTE ARTIFICIAL

Consejo de dirección:

Antonio Fernández-Alba, Roberto Fernández, Javier Rivera

Consejo asesor:

Fernando R. de la Flor, Javier Maderuelo,
Antonio Miranda, Eduardo Subirats, Angélique Trachana

Consejo de administración:

Joaquín Ibáñez, Manuel Mazo, M.ª Teresa Ocejo, Miguel Ángel San José

Coordinación editorial:

Angélique Trachana

Director:

Antonio Fernández-Alba

Diseño:

ASTRAGALO

Portada e ilustraciones:

Manuel Alcorco

Edición:

Celeste Ediciones S.A.
Instituto Español de Arquitectura de la Universidad de Alcalá
Con la colaboración de la
UAM (Universidad Autónoma Metropolitana), Azcapotzalco, México

Dirección, redacción y correspondencia:

C/ Hilarión Eslava, 49, 6.ª A - 28015 Madrid - Tel. y fax: 91 543 32 35

Canje universitario:

Instituto Español de Arquitectura de la Universidad de Alcalá
Colegio Trinitarios, C/ Trinidad, 1. 28801 Alcalá de Henares. Madrid.
Teléfono: (34) 91 885 52 55. Fax: (34) 91 885 52 75. E-mail: iea@e.fgua.es; www.riah.es

Administración y suscripciones:

Celeste Ediciones S.A.
C/ Fernando VI, 8 - 1.º. 28004 Madrid.
Tels. 91 310 05 99 - 902 118 298. Fax 91 310 04 59
E-mail: info@celesteediciones.com; www.celesteediciones.com

Distribución en América:

Celeste Ediciones y ARCE

Publicidad:

Labayru & Anciones.
Tel. 91 577 32 12. Fax 91 577 44 39

Precio: España, 1.450 pta. Europa, 1.750 pta. América, 17 \$.

Esta revista ha sido publicada con la ayuda
de la Dirección General del Libro, Archivos y
Bibliotecas del Ministerio de Educación y Cultura

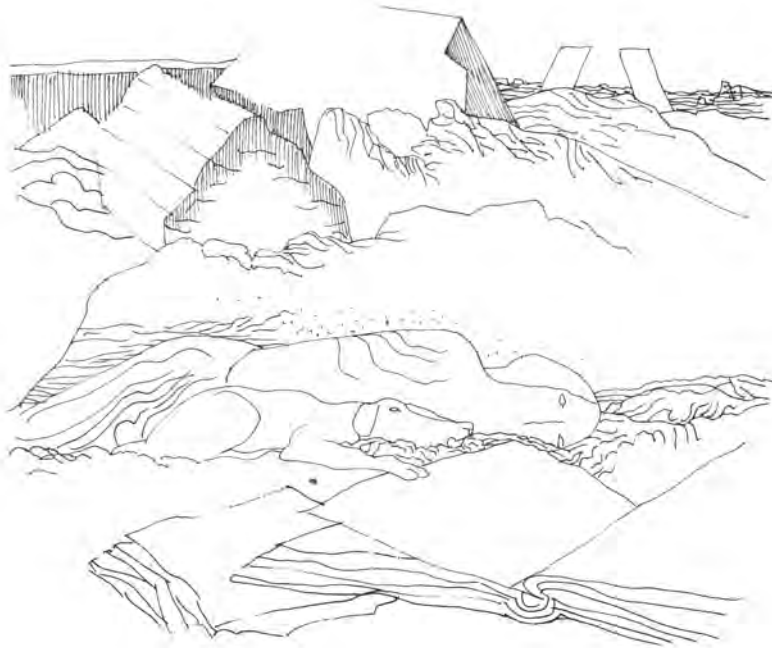
Impreso en España - Printed in Spain.

ISSN: 1134-3672

Depósito legal: M. 23.448-1994



Esta revista es miembro de ARCE.
Asociación de Revistas Culturales
de España.



ASTRAGALO:

Moldura de sección semicircular convexa, cordón en forma de anillo que rodea el fuste de la columna bajo el tambor del capitel (Arquitectura).

Hueso pequeño, corto, de superficies bastante lisas excepto las laterales, que son rugosas, de excepcional importancia en los movimientos de la marcha (Anatomía).

Las plantas del género *Astrágalus*, flores algunas veces solitarias, pero casi siempre en racimos, espigas o nubelas (Botánica).

SUMARIO

ECOLOGÍA DEL AMBIENTE ARTIFICIAL



Roberto Fernández

Crítica ambiental y nueva agenda de gestión
de las ciudades

Pág. 9

Luis Miquel

De la crisis global al impacto local

Pág. 31

Angelique Trachana

Ecología del ambiente artificial

Pág. 51

Carlos Hernández Pezzi

Artefactos de los nuevos sistemas urbanos

Pág. 71

José Manuel Naredo

Ciudades y crisis de la civilización

Pág. 85

Felipe Colabidas

Algunos fetiches del ecologismo profundo

Pág. 99

Julio Martínez Calzón

Nuevas técnicas, nuevas formas

Pág. 107

FORO ABIERTO

Antonio Miranda

La derrota permanente
Cuatrocientos años de la muerte en la hoguera
de Giordano Bruno

Pág. 115

Antonio Fernández-Alba

Al norte del futuro

Pág. 131

RESEÑAS

Carmen Gavira

Breve tratado del paisaje

Pág. 141

Javier Maderuelo

El ojo y el pensamiento

Pág. 145

RELATOS

Roberto Fernández

Ilusiones ópticas. De la posibilidad de una cultura
arquitectónica iberoamericana

Pág. 147

Polyxeni Mantzou

De-Fence manual

Pág. 156

Antonio Bonet Correa

Alberto Sartoris y España

Pág. 163

POSTFOLIO

Eduardo Subirats


Ciudad, comunicaciones y globalización

Pág. 168

ENGLISH INDEX ANA SUMMARIES

Pág. 179

ECOLOGÍA DEL AMBIENTE ARTIFICIAL

 En esa decimosexta edición de *Astrágalo* se pretende realizar un análisis de los problemas medioambientales inherentes al hiperdesarrollo urbano que se observa hoy con gran inquietud a nivel global. La urbanización del planeta (ya más del 75% de la población es población urbana) es el eminente problema del planeta. Las grandes transformaciones territoriales que implican las grandes concentraciones urbanas (veinte ciudades ya superan los diez millones de habitantes), los enormes consumos energéticos e incontrolables emisiones de residuos (en el aire y en el agua), la depredación de los recursos naturales por la expansión urbana (suelo, vegetación y fauna) junto con la degeneración de las estructuras sociales en los ámbitos altamente segregados y homogeneizados de las megaciudades, ponen en peligro la subsistencia del planeta. El aire que respiramos está envenenado, las aguas de los ríos y de los mares contaminadas, el nacimiento humano insoportable y las estructuras urbanas se vuelven totalmente vulnerables a las catástrofes naturales debidas a los cambios climáticos causados por la propia hiperurbanización.

5

Mientras, el pensamiento único dirige siempre hacia la misma dirección, la del desarrollo económico, las políticas nacionales y supranacionales. Parece que la destrucción medioambiental es el precio que hay que pagar al desarrollo económico. En ese sentido, la urbanización ha significado primero modernización, marcando una clara oposición a lo rural-tradicional y, como consecuencia, desarrollo en términos económicos. En el contexto actual de las economías neoliberales de las sociedades globalizadas, constituye el modelo universal difundido que está llevando a cabo una progresiva abolición de otras formas socio-económicas. Porque urbanización no significa solamente una estructura espacial, sino la difusión de una forma cultural con una jerarquía de valores. La imposición de ese modelo único a nivel planetario resulta ser entonces la causa de conflictos de una doble índole: grandes desequilibrios medioambientales y conflictos sociales.

Las enormes aglomeraciones poblacionales en centros urbanos, obedientes hoy día a las economías de consumo más que a las de producción, se instalan en el espacio según fórmulas simplistas. La planificación de lo urbano deviene problemática técnica que busca soluciones parciales a los problemas contemplando básicamente los problemas del alojamiento y el transporte.

La consideración de los problemas medioambientales constituye una preocupación insuficiente en cuando al ahorro energético de las nuevas construcciones; se refiere a la normativa de aislamiento de los edificios, el control de la contaminación atmosférica o el reciclaje de los residuos. La metodología ya desarrollada y aplicable resulta todavía parcial e incapaz de integrar la multiplicidad de los aspectos problemáticos. Mientras, son necesarias políticas de planificación energética a nivel global de las ciudades que contemplen la complejidad de la significación en lo urbano y que establezcan un límite y una finalidad de los desarrollos urbanos frente a la simplicidad de las fórmulas mecanicistas de la reproducción urbana y la indefinición de un proyecto de ciudad.

6 Ante la incapacidad de invención de un renovado modelo de ciudad que responda a los problemas que la actualidad nos plantea, y una vez constatada la obsolencia de los modelos modernos, se presenta como alternativa a desarrollar una visión del ambiente urbano como sistema de elementos naturales y artificiales altamente interrelacionados y articulados. La consideración de un sistema urbano como un ecosistema nos podría proporcionar algunos conceptos válidos para la comprensión de la compleja realidad de lo urbano; una nueva lectura que se establezca en una dimensión de complejidad y diversidad resultante de la superposición de estructuras físicas y estructuras sociales. Se trata de una nueva metodología, la de la *ecología urbana*, basada en un trasvase de los fundamentos científicos de la ecología en la planificación urbana. En ese sentido, se propone un análisis desde la multidisciplinariedad frente a las metodologías de la arquitectura y el urbanismo que han evidenciado su esterilidad.

Recuperar la planificación de lo urbano y las directrices de un proyecto de ciudad que sea universal y que pueda verificarse localmente tiene que ser base de una política medioambiental que propugna un renovado concepto de la *calidad de vida*, claramente diferenciado de ciertos consumos ampliamente difundidos (suburbio, circulación por autopista a gran velocidad, accesibilidad de grandes superficies de consumos incluidos los culturales y recreativos) sino relacionado con una mejora de las condiciones medioambientales y sociales de los sistemas urbanos. En ese sentido, habría que revisar el equívoco término de «sostenibilidad» referido al desarrollo, siempre justificado como sostenible y desmarcarse de un «ecologismo» doctrinario y, por lo tanto, manipulador y encubridor que se presenta como movimiento social «revolucionario».

Un concepto ecológico amplio y univesal se fundamenta sobre el paradigma histórico, la cultura y los principios de la naturaleza estableciendo directrices para la conservación del patrimonio histórico y la regeneración de la naturaleza en el ambiente artificial, es decir, la naturalización de la ciudad; sería por tanto «conservador».

Roberto Fernández en «Crítica ambiental y nueva agenda de gestión de las ciudades», tras un breve relato de la evolución histórica de la cuestión medioambiental, analiza cuatro temas relacionados entre sí: la consideración del medio ambiente en el control externo del desarrollo socio-

productivo; la crisis del planeamiento urbano en el contexto de la caída de la significación del concepto y práctica de la planificación en general; una preliminar agenda de *items* propuestos como aportaciones para una planificación urbano-ambiental y, por último, trata que tal programa de temas sea revisado desde la óptica de la arquitectura.

Luis Miquel en su artículo «De la crisis global al impacto local» efectúa una lectura superpuesta de la crisis medioambiental, crisis de las ciudades y desmantelamiento del *Estado del bienestar* advirtiendo las consecuencias de la implantación de modelos urbanos globalizadores y homogeneizadores en el «malestar urbano» y la vulnerabilidad del ciudadano.

Angelique Trachana en «Ecología del ambiente artificial» establece el marco de la perpetuación del conflicto histórico entre civilización y naturaleza. La consideración de los recursos naturales por el sistema productivo capitalista ha evolucionado desde un concepto de «mercancía» hacia la «terciarización» de los recursos, contemplados hoy desde una perspectiva del consumo más que de la producción. La insostenibilidad de esa perspectiva que contempla la naturaleza desde el punto de vista de la explotación ha de ser sustituida por una nueva filosofía de conservación y naturalización de los ambientes artificiales.

Carlos Hernández Pezzi en «Artefactos de los nuevos sistemas urbanos» examina los comportamientos de la arquitectura en el medio ambiente, como artefacto y como lenguaje, significando el desarraigo cultural o la arquitectura antiurbana.

José Manuel Naredo en «Ciudades y crisis de la civilización» señala la caducidad de los modelos de modernización urbana y sus secuencias sociales y medioambientales en los contextos actuales de la globalización económica que evidencian la insostenibilidad de la producción urbana.

Felipe Colabidas en «Algunos fetiches del ecologismo profundo» expresa su preocupación por un posible «ecologismo profundo» y doctrinario aferrado en una autonomía de la naturaleza que pone en cuestión la propia libertad del hombre. Mientras que la relación humana con la naturaleza se basa en la reciprocidad.

Julio Martínez Calzón en «Nuevas técnicas, nuevas formas», reconsidera la incidencia de la técnica en la naturaleza en la medida en que nuevas técnicas toman el relevo: en el lugar de la ingeniería civil, la gran técnica de las transformaciones territoriales y desarrollo de las sociedades, una «supratécnica» que planea sobre todas las actividades humanas: la informática. Ante el nuevo panorama subyace una preocupación por la transgresión de importantes valores del pensamiento y de la creatividad en todas sus expresiones formales.

En FORO ABIERTO, Antonio Miranda, con motivo del cuarto centenario de la muerte en la hoguera de Giordano Bruno, recuerda «La derrota permanente» que desde aquel 1600 hubo de padecer la arquitectura a lo largo de cuatro siglos. Antonio Fernández-Alba con una estrofa de poeta Paul Éluard, «Al norte del futuro», se refiere a la crisis del proyecto arquitectónico desde

el punto de vista de la espacialidad así como de la historicidad arquitectónica. En los nuevos contextos socioeconómicos los escenarios de la vida tienden a cambiarse por nuevos escenarios culturales.

En RESEÑAS, Carmen Gavira, querida amiga y valiosísima colaboradora de *Astrágalo*, a la que rendimos homenaje tras su repentino y prematuro fallecimiento, presenta la edición francesa (Gallimard), *Court traité du Paysage*, del autor Alain Roger. Javier Maderuelo reseña el libro de Jean Marc Besse, *Voir la terre. Six essais sur le paysage et la géographie* editado por Actes Sud.

En RELATOS, Roberto Fernández reseña la II Bienal Iberoamericana de Arquitectura en búsqueda de una suerte de cultura arquitectónica iberoamericana. Polyxeni Mantzou hace una reflexión sobre la dominación de la audiovisualidad en el espacio arquitectónico a propósito de la Bienal de Arquitectura de Venecia-2000. Antonio Bonet Correa recuerda a Alberto Sartoris (1901-1998) y su *concepción poética de la Arquitectura*, a quien el IVAN, Centre Julio González, de Valencia, ha dedicado recientemente una exposición.

En POSTFOLIO, Eduardo Subirats analiza el significado civilizador de los medios electrónicos de comunicación. En «Ciudad, *massmedia* y globalización» se exponen los elementos conceptuales de una posible interpretación de estos medios: globalidad, masa, ciudad, espectáculo y experiencia.

CRÍTICA AMBIENTAL Y NUEVA AGENDA DE GESTIÓN DE CIUDADES

Roberto Fernández

Este ensayo se propone analizar cuatro temas relativamente encadenados: un breve análisis del desarrollo histórico de la cuestión ambiental, bajo la hipótesis genérica de su paso de una cualidad abstracta a una más espacialmente determinada, una consideración acerca del peso de lo ambiental como categorías o atributos de control externo del desarrollo socio-productivo, un comentario acerca de la crisis del planeamiento urbano tradicional en el contexto de la caída de significación del concepto y práctica de la planificación en general y una preliminar agenda de ítems que parecen proponerse como aportaciones para una planificación urbano-ambiental o al menos, para una reconceptualización ambiental de la gestión de ciudad, quizá todavía en una dimensión prioritariamente crítica.

Tal programa de temas busca adicionalmente ser revisado desde la óptica de la arquitectura como disciplina o saber históricamente constituido, no tanto bajo la presunción de un protagonismo significativo de tal saber, sino por ser la arquitectura uno de los campos cognoscitivos y técnicos que operan con la ciudad como objeto a la vez de conocimiento y actuación, es probable que los argumentos de las cuatro secciones iniciales de este texto admitan un comentario complementario, sesgado si se quiere, desde la mirada de la arquitectura: en ello consiste la quinta y última parte del presente ensayo.

9

Historia de la cuestión ambiental

Si bien podría hablarse de una larga historia de relaciones diversas de las sociedades con sus entornos de naturaleza, la cuestión ambiental como emergencia *problemática* de esa relación es más bien uno de los efectos de la modernización y de la intensificación industrial de las tecnologías de explotación de la

naturaleza —como escenario productivo— y de la complejización de los asentamientos humanos. En ese sentido, como ha ocurrido en otras dimensiones de la modernización, la cuestión ambiental se ha desarrollado según un arco de construcciones teóricas que va de lo abstracto a lo concreto, de la modelística científica a las aplicaciones territoriales localizadas.

El desarrollo abstracto de la idea de ambiente

La construcción histórica de la idea de ambiente, como un concepto definido en un nivel abstracto, tiene recientemente, varias vertientes. Una, ligada a la historia de las ciencias, propone la derivación del concepto de ambiente, desde un campo denominado de las *ciencias ambientales* que por ejemplo en Bowler¹, se describe como el desarrollo de una creciente *complejización* en los abordajes específicos de las antiguas *ciencias de la naturaleza*: en rigor, unas ciencias ambientales podrían conceptualizarse como aquellas que analizan la complejización evolutiva de las unidades u objetos de la naturaleza, las que establecen algunos lazos de relaciones entre los sectores tradicionales –por ejemplo, entre la biología y la física– y las que intentan internalizar algunos efectos resultantes del proceso técnico moderno de la antropización de los recursos naturales y sus propiedades.

Una segunda vertiente asume el protagonismo reciente de la *ecología*, como dispositivo científico *hegemónico* para la interpretación de las relaciones entre las sociedades y sus entornos naturales, aunque tales relaciones devengan, en esta perspectiva, muy determinadas por el campo natural. De las varias historizaciones ambientales sesgadas por la perspectiva ecológica destaca el trabajo de Deleage², que aunque centrado en la historización del propio desarrollo de esa ciencia, se expande para analizar la construcción moderna de la noción de ambiente.

Una tercera vertiente se liga a la historización de los procesos de gestión ambiental en tanto

manifestaciones que sintetizan los esfuerzos para construir *alternativas políticas* referentes a una optimización de la relación entre sociedad y naturaleza. Una de las aportaciones en este sentido es el texto de Bramwell acerca de la historia del desarrollo político de la ecología, incluyendo el célebre caso de la política *blau und boden* del partido nazi en el Tercer Reich, presentado por la autora como uno de los hitos de la utilización políticamente incorrecta de las ideas ecologistas³. De manera más filosófica que abarquen propuestas como la *ecosofía* o *deep ecology* del noruego A. Naess, se postulan como modelos críticos de la complejidad contemporánea, aunque el fundamentalismo resultante sea políticamente inviable⁴.

Y un cuarto y final grupo de aportes en el sentido aquí enunciado proviene de la *crítica ambiental de la economía*, que por tal razón comparte la dimensión de abstracción de los conceptos de esta disciplina, como los de valor, espacio, flujo o recurso. En este último nivel destacan aportaciones como las de J. O'Connor⁵, Daly⁶, Sachs⁷, Martínez Alier⁸ y Leff⁹.

La aplicación regional del concepto de ambiente

Si puede hacerse una reconstrucción de cómo se fundó históricamente un concepto –o noción abstracta– de ambiente, también puede intentarse situar esa noción en el seno de su caracterización espacial, en un primer nivel de superación de su condición histórico-abstracta, en torno a su relación con el concepto de región, a la sazón también dependiente de un de-

sarrollo conceptual abstracto. Las revisiones ambientalistas de la idea tradicional y economicista de región ha sido ejemplarmente traspuesta a un estilo alternativo de planificación territorial por autores como I. McHarg, quien construyó un marco conceptual y metodológico extremadamente riguroso a partir de una serie de estudios de redesarrollo territorial, la mayoría de características ligadas a la inserción regional de grandes sistemas urbanos (Washington, Filadelfia, Nueva York, etc.)¹⁰.

La aplicación territorial del concepto de ambiente

Siendo la región todavía una noción revestida de abstracción, el descenso de las concepciones ambientalistas a una aplicabilidad mayor a las relaciones reales entre las sociedades y sus soportes naturales, podría verificarse en la idea geo-histórica de territorio. En efecto, enfoques tales como los de *cuenca* y *sistemas de asentamientos* permiten una mayor precisión y delimitación de componentes sociales y naturales, dando curso a modelizaciones más sistémicas, incluso aquellas ligadas a la definición de balances de entradas y salidas de materia y energía.

La aplicación urbana del concepto de ambiente

Por fin, la voluntad de espacializar fenómenos de tipo ambiental puede encontrar aún una dimensión espacial todavía más precisa o puntual, al referirse a los asentamientos urbanos, susceptibles de estudiarse según el modelo de los ecosistemas, de modelizarse como grandes organismos de reelaboración y consumo de in-

sumos trófico-energéticos y excretorios de residuos y de caracterizarse como ámbitos concretos de relación entre demandas del habitar de un grupo social y ofertas del hábitat de una segunda naturaleza compuesta de recursos naturales y de densas redes de mediaciones tecno-estructurales.

Sin embargo, esta supuesta concentración de las problemáticas ambientales en los sistemas urbanos puede obturar el adecuado análisis de las dinámicas ambientales, que suelen reenviar a dimensiones extra-urbanas o territoriales de variables escala y complejidad. La noción de *huella ecológica* es una de las ideas que, para establecer una medida de la racionalidad ambiental de un asentamiento urbano, requiere analizar el grado de dispersividad territorial de éste, sea como demandante lejano de recursos naturales, sea como oferente también hipotéticamente lejano, de residuos resultantes del funcionamiento del metabolismo urbano.

Lo ambiental como dispositivos y parámetros de control

Las notas precedentes pretenden situar el origen y desarrollo de las ideas ambientales en el contexto de un cierto desarrollo histórico que se eslabona desde lo abstracto-científico hasta lo concreto-territorial: en tal sentido, dicho desarrollo remite a entender un determinado posicionamiento epistemológico de estos saberes en el evolutivo campo de división intelectual del conocimiento. Por lo demás, el diverso desarrollo de ambas dimensiones revela el grado de desarrollo desigual de la cuestión ambiental en las esferas científica y política respecto

del más generalizado desarrollo cultural, ciertamente vinculable con una mayor encarnación local o territorial de las problemáticas ambientales verificable en la importancia creciente del movimientismo ambiental y la participación social básica.

En paralelo a este despliegue de *saber básico*, se constituye un posible campo de *saber aplicado*, cuya finalidad remite más bien a constituir un enfoque crítico exógeno al desarrollo socio-histórico-tecnológico, cuya validación endógena tiende a ejercer las disciplinas convencionales: lo crítico-exógeno de la mirada ambiental aplicada a otros saberes constitutivos y regulativos de lo real-natural se presenta esencialmente como *dispositivos de control* de aquellas transformaciones ambientales de lo real-natural históricamente dadas según el marco del saber/poder dominante.

12

En realidad podría decirse que la profundización de un rol dominante de *control* que el saber ambiental tiende a arrogarse respecto del desarrollo socio-productivo históricamente constituido, resulta simétrico del proceso según el cual, dicho desarrollo parece haberse fundado, como lo sostiene Luhmann¹¹, en un progresivo y sostenido incremento del *riesgo*: en efecto, un margen del cual dependen resultados supuestamente evolutivos del desarrollo es llevar a umbrales crecientes de riesgo las operaciones genéricas del desarrollo entendido como antropización de la naturaleza. De allí entonces que, si un saber científico-tecnológico se ha ocupado de aumentar sistemática y exhaustivamente los umbrales de riesgo, es explicable que de manera interactiva, emerja un saber alternativo y crítico que procure defi-

nir parámetros de control de ese proceso casi lúdico, de aumentar las apuestas de riesgo, no necesariamente legitimadas ni por la consistencia científica (la banalidad de unas *ciencias económicas* que no contemplan la segunda ley de la termodinámica es un ejemplo de esta inconsistencia aceptada) ni por la legalidad político-jurídica (dada la reconversión del Estado en órgano subsidiario del Mercado y la regresión de la Sociedad a entidad manipulada por el consumo info-mediático).

La noción de indicador de sustentabilidad

Dentro de los criterios generales según los que, el saber ambiental se define como un campo de control de los procesos de transformación social y específicamente aquellos procesos de referencia espacial –territoriales o urbanos– uno de los dispositivos más utilizados es el de indicador: un indicador no es más que una expresión paramétrica de una o más variables, por lo cual aporta una información acerca del estado óptimo o deseable de aquellas variables y, por tanto, del proceso que ellas describen. La definición de una *plataforma de control de procesos* puede darse mediante una selección de un conjunto de indicadores y si ellos son correctamente monitorizados pueden tomarse decisiones correctivas sobre el proceso descrito. Si la selección de un conjunto de indicadores es lo suficientemente consistente y comprehensiva, el mecanismo puede garantizar una condición de *supervisión* o *comando* respecto del campo social analizado. El ejemplo más célebre en cuanto a la aplicación a la gestión ambiental urbana de un

sistema de indicadores de sustentabilidad es el aplicado en la ciudad de Seattle¹². Puede haber *indicadores de sustentabilidad* o *críticos* e *indicadores de calidad* u *óptimos*. El desarrollo y aplicación de este dispositivo de control tiende a invertir la tradición prescriptiva del planeamiento clásico: en efecto, si aquélla se ocupa taxativamente de prescribir lo deseable, el modelo implícito de planeamiento o control propio del uso de sistemas de indicadores se interesa más pasivamente en detectar lo indeseable, mediante la comprobación de la superación de algún tipo de umbral.

Sensibilidad

Una determinada correlación de indicadores y su monitorización de variación frecuencial es lo que constituye una *matriz o modelo de sustentabilidad*: otro instrumento cuya función principal, según el análisis de las variaciones en las expresiones de los indicadores de modo que no vulnere umbrales de criticidad, es también la de operar como elemento de control externo de procesos. El ejemplo más desarrollado de matrices de sensibilidad como basamento informático de una gestión urbana es el montado en Francfort¹³, experiencia que además de demostrar uno de los picos más altos de aplicación de este instrumento, es a la vez un caso que evidencia los límites, sobre todo en cuanto a la dificultad de la toma de decisiones en un contexto de exceso de información.

Impacto ambiental

El concepto de IA tiene una historia ya relativamente larga, desde sus iniciales aplicaciones

vinculadas al análisis de efectos ambientales adversos en grandes emprendimientos tecnológicos como embalses hidroeléctricos o carreteras. La llamada matriz de Leopold, desarrollada por el geólogo A. Leopold para el análisis de explotaciones mineras y desde entonces convertida en instrumento usual de las llamadas evaluaciones de impacto ambiental (EIA) fue propuesta en la década del cuarenta. La fortuna de este instrumento no fue del todo relevante, toda vez que sirvió para reducir los costos de externalidades de un proyecto tecnológico o también, para recomendar paliativos en la propia ingeniería de dichos proyectos, y casi nunca como un instrumento poderoso de control que decidiera, por ejemplo, implantaciones o tecnologías alternativas o menos aún, la viabilidad misma de un proyecto. Sin embargo, las EIA se instituyeron cada vez más no tanto por un grado alto de efectividad, sino más bien por la recurrente aparición de eventos catastróficos en emprendimientos¹⁴.

13

Más recientemente se diseñaron aplicaciones de las EIA a la gestión urbana, algunas de carácter sustitutivo de los planes urbanos —como la metodología de Roberts¹⁵— y otras planteando plataformas de control político-técnico de proyectos de desarrollo, como el llamado modelo MEEP aplicado en el municipio de Ottawa y según el cual, se invierte la tradición hiperscriptiva del *planning* tradicional —que propone un uso y una intensidad de uso para cada punto de la ciudad— a favor de la idea general que sostendría que cualquier proyecto es posible de ser aceptado toda vez que atravesase favorablemente un mecanismo de estratificadas y progresivamente más exigentes EIA¹⁶.

Sustentabilidad

Por fuera del tema específico –y si se quiere, hipertécnico– de los indicadores de sustentabilidad, este concepto según su desarrollo de la década de los noventa (desde su inicial formulación por Nijkamp¹⁷ aplicado a estudios del WWF hasta su entronización política, vía Strong y Bruntland¹⁸ en los documentos preparatorios de la cumbre de Río) ha ocupado un lugar central en las ciencias políticas e indirectamente en una modificación del análisis de las políticas urbanas en las que puede hablarse de unas sustentabilidades política, productiva, social y ecológica, de cuya adecuada intreracción depende en definitiva el éxito de una gestión urbana y las mejoras de la calidad de vida integral de sus habitantes. Inversamente, es posible utilizar esta plataforma conceptual para acceder a un diagnóstico de las problemáticas ambientales urbanas que no sea una mera constatación de efectos de causas externas o lejanas, sino un modelo de interacción entre los elementos que articulan las relaciones entre las sociedades y los territorios que administran, ligado a la idea de una sustentabilidad no infinita.

Una aplicación de este criterio de análisis urbano ligado a la idea de sustentabilidad es el concepto de *huella ecológica*, desarrollado por Rees¹⁹, según el cual las ciudades tratan de resolver su sustentabilidad tendiendo a expandir indefinidamente el territorio teórico del cuál importan recursos naturales y al cual le exportan residuos. Ese territorio, medido per cápita, está definiendo valores de 5 a 6 ha. por habitante urbano en las sociedades avanzadas: si se multiplica tal valor por la población mun-

dial se arribaría a una cifra de más del doble de la tierra efectivamente disponible (unos 10 mil millones de hectáreas), con lo cual se llega a una conclusión desalentadora: la sustentabilidad ecosférica se afirma en el no alcance de los parámetros per cápita indicados para más del 75% de la población mundial. En el caso de las grandes ciudades latinoamericanas los cálculos de huella ecológica realizados, por ejemplo para Buenos Aires y Santiago de Chile, arrojan valores de menos de dos ha. por habitante, cifras que, dados los tamaños, definen de cualquier forma afectaciones de territorios muy extensos pero, por otra parte, el grado de insuficiencia de recursos, comparada con los estándares avanzados, encubre severas deficiencias de los *metabolismos urbanos*, causantes de problemas ambientales específicos.

Proyectos y tecnologías urbano-ambientales

En la modalidad de controlar fenómenos y problemáticas ambientales urbanas destaca el desarrollo de *proyectos* (como unidades de gestión) y *tecnologías* (alternativas): si bien suele tratarse de criterios distantes de la voluntad genérica o sistémica de la planificación pueden erigirse en gérmenes de procesos de transformación de la calidad ambiental urbana²⁰. Entre los proyectos podría señalarse la modalidad de emprendimientos basados en metodologías de participación comunitaria –*Take part, Makes community, Design by community*, etc.– o algunos desarrollos considerados exitosos desde la perspectiva ambiental: Christiania en Copenhague, Dinamarca, o

Davis en California, por ejemplo. También en cierto sentido, el llamado modelo Curitiba de gestión ambiental urbana puede interpretarse como un exitoso desarrollo de ciertos proyectos estratégicos para la ciudad, como *Lixo que nao e lixo*, el transporte intermodal de superficie o el sistema de parques metropolitanos que aúnan la provisión de espacio verde recreativo con la función de regulación hídrica.

Las tecnologías alternativas despliegan una vasta panoplia de oportunidades generalmente basadas en el manejo eficiente de energía —como los sistemas de *ligh rail* o el llamado modelo Bremen de motorización individual cooperativa— o las técnicas de depuración de la contaminación urbana —como los sistemas australianos del grupo Memtech—.

Eficiencia ecosistémica de las ciudades

Devenido de la tradición de la Chicago School de ecología social y a la vez de las modelizaciones ecosistémicas —como los estudios de Hubbard Brook²¹— se ha desarrollado una interpretación de la ciudad como ecosistema, especie de compleja caja negra con una órbita de entradas y salidas también configura en modelo de control. A partir del análisis ecosistémico de una ciudad ideal desarrollado por Wolman²², hubo numerosos intentos de modelización básicamente orientados a la medición de la cantidad y calidad de los flujos de energía y materiales que entran y salen de las ciudades: Naredo²³ para Madrid, Terradas-Parés-Pou²⁴ por un lado y Rueda Palenzuela²⁵ por otro, para Barcelona, Montenegro²⁶ para Córdoba, Argentina, son algunos de los modelos

concretamente desarrollados para ciudades concretas, con diverso nivel de refinamiento de los datos de modelo. En un sentido un tanto diferente, los estudios de Boyden²⁷ y Newcombe dentro del proyecto MAB II para ciudades como Hong Kong o Lae en Filipinas, también manejan modelos de entradas y salidas, pero intentando desmontar los circuitos internos de las cajas negras urbanas mediante instrumentos cualitativos complementarios, como las encuestas sociales.

La crisis del planeamiento urbano tradicional

Como contracara del precedente despliegue de avances devenidos del saber ambiental, entendibles más como dispositivos de control que de planificación, pueden advertirse síntomas evidentes de decadencia de los paradigmas planificatorios que en cierto modo forman parte del ciclo histórico que vincula el momento de la ilustración y el cientificismo con la consolidación de la modernización. Este ciclo había estipulado una relativa confianza en la voluntad de la planificación, tanto para institucionalizar vías de desarrollo capitalista de Estado como para organizar la viabilidad socio-productiva de las experiencias políticas socialistas. La doble decadencia de los modelos de los Estados nacionales proclives a un desarrollo capitalista de aspiraciones sociales (los modelos del *welfare state* central o de los desarrollismos coyunturalistas periféricos) y del bloque socialista, constituye la causa fundamental de la crisis del planeamiento —del planeamiento socio-económico en general y de los planeamientos regionales y urbanos en

particular—, dado el carácter funcional e instrumental de éstos en relación con las políticas de desarrollo tanto capitalistas como socialistas. Pero esta crisis, fundamentalmente en las dimensiones espaciales de la planificación, no es mera ni únicamente atribuible a las transformaciones políticas de las dos últimas décadas y al advenimiento consecuente de la etapa del omnimercadismo globalizado, sino que previamente, la experiencia precedente de las técnicas planificadoras habían revelado serias deficiencias técnicas y un esquematismo muy inelástico aún para contribuir eficazmente en aquellos procesos *ascendentes* de las democracias desarrollistas capitalistas y de los socialismos reales.

Matus y las teorías de sistemas

- 16 Las propuestas del planificador chileno, aparecidas hacia los primeros ochenta y sumamente influyentes desde entonces, tuvieron el mérito de asimilar para un intento de reformulación técnica de la planificación, las ideas triunfantes de la teoría de sistemas. Si bien obviamente no fue el único ni el primer ensayista ocupado en el intento, su sistematización²⁸ —valga la redundancia— sirvió para terminar de afirmar la inutilidad de la planificación prescriptiva propia del entusiasmo desarrollista y competitivo entre sí, de los modelos políticos del *welfare state* y del socialismo. El planteamiento de Matus es a la vez claro y consistente cuanto inoperativo: afirma que la inherente sistematicidad de los fenómenos socio-políticos obliga a instalar cada problema en una situación (que lo desborda y determina), la que a su vez se caracteriza por inter-

sectar un número más grande de variables, con lo que cada fenómeno queda automáticamente situado en una dimensión de complejidad.

Autores como E. Morin²⁹ o F. Guattari³⁰, en el plano de la investigación filosófica y sico-sociológica, avanzaron en sus propuestas al convertir el escenario de la complejidad contemporánea tanto en dimensión inexcusable del análisis y la reflexión especulativa —en torno de una nueva relación posmetafísica entre sujeto o *campo social* y objeto o *campo tecnológico* (el que vendría a quedar subsumida una naturaleza definitivamente cosificada y devenida un subsistema más de mercancías)— como en postulación epistemológica de un nuevo espacio de saber, no abarcable desde la perspectiva multi o interdisciplinaria tradicional.

La *inoperatividad* resultante del enfoque matusiano de la planificación remite a la dificultad inherente a modelizar los criterios de la complejidad de los hechos en situaciones, y por tanto, a la inviabilidad de medios técnicos de influencia en el campo decisonal, salvo una operación de enorme concentración de poder cuanto a la vez, de capacidad de abstracción, que parece sólo se ha verificado —en el plano práctico— en la condición de la globalización de mercado.

Harvey y el capital inmobiliario

El mérito de los estudios de Harvey³¹ es el de haber traducido los términos abstractos de las proposiciones marxistas al contexto concreto de las ciudades, resituando así nociones que como las de capital, valor y plusvalía pueden

dar cuenta de las condiciones actuales del devenir urbano. Un aporte sustantivo del análisis propuesto por Harvey es el ligado al concepto del *capital fijo* cuyo carácter emergerá como el indeseado residuo del movimiento capitalístico de lo urbano y según autores ecomarxistas como O'Connor³², el elemento que define el actual nivel de crisis del modo de producción capitalista, no como crisis de exceso de capital reflejada en las relaciones de producción sino como *crisis de escasez de capital manifiesta en las condiciones de producción. Cuando los diversos instrumentos de trabajo —dice Harvey— son producidos como mercancías, intercambiados como mercancías y consumidos productivamente dentro de un proceso de trabajo encaminado a la producción de plusvalía y al final de su vida útil, reemplazados por nuevas mercancías, se convierten, según el léxico de Marx, en «capital fijo»*. Por tanto, *el Kf no es otra cosa sino un proceso de circulación de capital por medio del uso de objetos materiales, pero una de cuyas cualidades específicas devenidas de su condición material es el desgaste: cuando la máquina se desgasta el Kf se ha consumido enteramente dentro del proceso de producción y nunca regresa a la esfera de circulación*. Este análisis culmina, según Harvey, en la condición típica del desarrollo urbano según la cual éste se ha fundado en no contemplar una reserva de valor para la reposición de tal Kf: *el acto final en el drama de la circulación del Kf viene cuando la máquina está desgastada y requiere reposición. Si el Kf se debe re- producir, entonces se debe hacer una reserva de valor suficiente para reemplazar la máquina al final de su vida útil*.

Éste es el punto en que sitúa su análisis de la crisis ambiental urbana O'Connor, al señalar la marginación del criterio de reserva de valor para reposición del desgaste del Kf degradado de la ciudad (y extensivamente, el territorio) ya que si la actual fase de acumulación capitalista se basa en un incremento del capital —que es cociente entre capital variable y capital fijo— montado únicamente en la reducción del Kf, tal condición equivale automáticamente al desarrollo progresivo de problemas ambientales o *externalidades* resultantes de la desconsideración de reposición del desgaste de Kf. La planificación ha operado en ese sentido, como acompañamiento de procesos de externalización de tal característica.

Jameson y el capital ficticio

El análisis que aportará Jameson³³, en la línea de los estudios de Harvey, es considerar la renta generada por la tierra urbana como *capital ficticio*, un concepto que también planteó —pero no desarrolló suficientemente— Marx. En efecto, si el valor generado por la producción industrial es puramente condición del trabajo aplicado, la tierra urbana no puede explicarse, en su adquisición de valor, por tal condición y por lo tanto queda definida como una *expectativa de valor futuro*, según la cual, por caso, será funcional que la misma tienda a una cualidad de *espacio isométrico absoluto* (un ejemplo de lo cual será la radicalización propuesta por Mies, la *Chicago frame* del análisis de C. Rowe sobre las proposiciones miesianas). En este punto no puede decirse que la planificación ambiental haya fracasado, salvo en cuanto tendió a maximizar tal condición

isométrica y por lo tanto, la aceleración de la presentación abstracta del suelo urbano como materia isométrica y maximización de la oportunidad de incrementar las oportunidades de generación y captación de capital ficticio. Aquí también hay una operación –simétrica al desgaste del capital fijo– que encubre la emergencia del problema de sustentabilidad ambiental.

Soja y la condición posmetropolitana

18

Después de su incursión en pos de una *geografía posmoderna*, G. Soja, desde su privilegiado observatorio de Los Ángeles –que no por nada sirvió de modelo a la anticipación degradada de *Blade Runner*, que muestra esa ciudad hacia el 2025– introduce la concepción de una posible finitud histórica de los enclaves territoriales llamados ciudades e incluso de las primarias expansiones de tal condición en las diferentes nociones de metrópolis, megalópolis, *urban corridors*, *urban sprawl*, etc., al presentar sus tesis sobre lo *posmetropolitano*³⁴. En rigor, la experiencia de Los Ángeles –pero no sólo de LA sino además de ciudades como Phoenix o Houston y todo *el sun belt*, o área de la tercera y última frontera de desarrollo urbano norteamericano– manifiesta el triunfo absoluto de los *lobbies* de los *developpers* inmobiliarios con la entronización del devastador modelo de la hiperperiferización dependiente de bajas densidades, serios deterioros del soporte bio-periurbano y *stress* de las redes de infraestructura con encarecimiento en progresión geométrica del coste de los servicios. Fenómenos todos explicativos de la potenciación de problemas ambientales estructu-

rales que en el área de LA han tendido a plantearse –en su intento de mitigación– sólo en una dimensión territorial, el *urban corridor*, expresada en el proyecto GMCP³⁵ (*Growht Management Consensus Project*).

Los argumentos principales del análisis de Soja examinan las consecuencias espaciales de la conversión de la economía *polarizada* en *líquida*³⁶ y el cambio de las cuencas o *hinterlands* superpuestos a derrames indeterminados definidos ya no por nociones de escala o tamaño sino por una inédita condición de *economía de alcance* en la que la telematización (más de un 50% del trabajo y el consumo del área centro-californiana se *deslocalizó* en el sentido de su ingreso a la dimensión virtual del espacio electrónico y una nueva clase de sujetos de tal virtualización –los *nerds*– desprecian literalmente la vida urbana convencional) y la terciarización (o paso de la actividad económica centrada en los productos a los servicios), terciarización por último, estratificada en capas de diferente calidad e interconflictividad y competencia como nuevas dimensiones de una suerte de lucha de clases.

Aportaciones para una planificación urbano-ambiental

El desarrollo de las ideas ambientalistas dirigidas al plano de instrumentación de dispositivos de control comentados anteriormente, junto a la consumación de una crisis del planeamiento tradicional y la emergencia de nuevas visiones críticas y reformuladora también señaladas, dan pie, de forma convergente, al despliegue de aportaciones y contribuciones, tal

vez todavía no demasiado sistemáticas ni operativas, tendientes a pensar un *estilo alternativo de planificación* que empieza a denominarse *urbano-ambiental* cuya cualidad principal pareciera residir en la voluntad de internalizar aquellos dispositivos de control en estrategias ya no proactivas o indicativas de una forma de desarrollo urbano, sino en cambio, de moderación o regulación de la creciente autonomía de las decisiones de mercado.

Planes estratégicos con sesgo ambiental

Los planes estratégicos urbanos –derivación de la planificación militar y luego de la planificación competitiva empresarial– surgieron desde los ochenta como evidente signo de acompañamiento de la economía globalizada (interesada en concentrar su inversión de capital y en pasar del sector manufacturero al informático) y de la decadencia del Estado nacional cuanto del debilitamiento de los estados locales. En realidad, tal contexto promovió alianzas defensivas de los estados locales y los sectores hegemónicos del capital privado *localizado* (no necesariamente local) para concebir planes estratégicos ideados como intentos de obtener condiciones prioritarias en el aprovechamiento de oportunidades regionales. Bajo un habitual barniz hiperparticipativo (contrarrestado genéricamente por el activismo de actores hegemónicos, la persuasión mediática y la captación política) los PE promueven un avasallamiento de las ciudades relativamente egoísta desde el punto territorial. En algunos casos, la capacidad integradora de

los enfoques macroeconómicos en que debieron situarse estos procesos, sirvió para incorporar variables ambientales al menos en dos aspectos. El primero para fortalecer la capacidad de atracción de inversiones según el modelo de ciudad ecológica o de alta calidad de vida (imagen objetivo obtenida exitosamente por Seattle bajo la hégida del gobernador McCall) y el segundo para incorporar la discusión pos-Río del tema de la sustentabilidad ambiental y sus costes económicos y socio-políticos.

En cualquier caso, la dimensión o sesgo ambiental muy ocasionalmente tiene un peso determinante en las orientaciones o acuerdos de los PE: existió, pero no centralmente por ejemplo, en las dos primeras ediciones del PE de Barcelona o en el PRET de Madrid. Autores como Borja y Castells³⁷ se hacen cargo de la importancia central de los PE en la devaluada condición actual de la planificación, pero tienden a exaltar su cualidad de promoción de proyectos de desarrollo urbano y metropolitano, antes que a caracterizar la posibilidad de potenciación del análisis ambiental en tales instrumentos.

Algunas experiencias recientes de una planificación estratégica encarada como decisión macroterritorial –tal como el proyecto arriba citado del GMCP californiano– que resitúa el desarrollo urbano en marcos paramétricos de sustentabilidad territorial parecen haber perdido significación en épocas recientes: el GMCP aparece contrariado por la apología del *sprawl* del *new urbanism* de Duany y Plater, el informe de R. Rogers al *premier* inglés Blair tendiente a consolidar la *inner city* antes que

la hiperperiferización fue prácticamente desechado, la redefinición territorial de las comunas chinas, para mejorar su sustentabilidad según un mix rural/urbano del tipo 80-15 va camino de su fracaso visto el incremento de la tasa de urbanización y el célebre plan NNEPP (*Netherland National Environmental Policy Plan*) y su idea del *ringstadt* o anillo de ciudades equilibrado va camino de su desmontaje a manos de los *lobbies* inmobiliarios que se están disputando el inédito –para Holanda– plan de financiamiento de un millón de viviendas ofrecido al sector privado.

Las agendas locales XXI

20

El modelo de las *agendas locales XXI* derivó de las recomendaciones de la Cumbre de Río de 1992, que en su capítulo 28 proponía este instrumento, aunque en realidad su relativa fructificación dependió del renacido espíritu *defensivo* de comunidades locales y ONG's frente a las comprobaciones de efectos perversos de la globalización: hoy hay cerca de 1.500 ciudades en casi 40 países que han encarado procesos agendísticos, según un enfoque metodológico que se basa en la puesta a disposición *del mecanismo de control* relacionado con un *set de indicadores ambientales* (según el concepto de *objetivo* o *target* y la noción auxiliar de *disparador* o *trigger*) a un conjunto representativo de *voceros* o *stakeholders* de las comunidades implicadas. El sistema resulta más que un medio alternativo de planificación, una especie de ámbito de control crítico o caja de resonancia de las políticas públicas urbanas, pero parece anticipar –aún en su actual estado relativamente utópico o volunta-

rista– los gérmenes de una nueva democracia localista e interesada en los asuntos microambientales, específicamente la calificación de los servicios urbanos en sentido amplio. Curiosamente en tal dimensión frecuentemente micropolítica y aun de talante populista, se puede acceder a un marco de discusión responsable de la cuestión de la sustentabilidad³⁸.

Planes urbano-ambientales

Los planes urbano-ambientales parecen emerger como una nueva categoría dentro de la sucesión histórica moderna de planes urbanos que eslabona hitos desde los planes de ensanche y reforma intrerrior hasta los directores, reguladores, indicativos, *master plans*, *use land plans*, etc. A pasar de la declinante tendencia de tal producción de las disciplinas urbanísticas sigue habiendo –incluso por exigencias institucionales– la necesidad de proponer marcos genéricos al desarrollo urbano, y en tal sentido es que emergen dispositivos diferentes que intentan integrar nociones devenidas del paradigma ambiental. Como por ejemplo, el diagnóstico de elencos de problemas ambientales para concentrar la gestión del plan en la mitigación de los mismos o la incorporación de indicadores urbano-ambientales que puedan operar como dispositivos de control de los procesos de desarrollo invirtiéndose los términos de la tradición prescriptiva puntual del *planning* tradicional: todo en principio puede ser posible o aceptable en tanto no vulnere determinado conjunto de indicadores. Todo ello deriva la gestión no sólo a una adecuada selección de los indicadores sino a una eficaz acción de monitorización y vigilancia para lo

cual es necesaria la promoción de una intensa participación. Uno de los ejemplos relativamente exitosos de este tipo de planificación es el desarrollado para Porto Alegre³⁹, donde se incorporaron activamente criterios de gestión urbano-ambiental en simultáneo con inéditos dispositivos participativos como las asambleas barriales para establecer formas de asignación del presupuesto público municipal.

Planes hiperparticipativos y SIA

En otras experiencias en que destaca una perspectiva de aportaciones ambientales a una revisión del planeamiento urbano tradicional, se postula que una planificación de efectos participativos sólo es posible si se democratiza ampliamente el acceso a la información para la opinión y la ulterior incidencia en la toma de decisiones. Este objetivo se garantiza mediante el diseño de plataformas de información sobre los indicadores del desarrollo sustentable y sobre el *performance* de los proyectos respecto de tales indicadores. Una de las experiencias más interesantes en este sentido fue el desarrollo del PGAMC⁴⁰ (Plan de Gestión Ambiental del Municipio de Cartagena) para dicha ciudad colombiana, dentro del cual se organizó un vasto dispositivo participativo de más de dos mil diversos representantes o actores del desarrollo urbano regional, se registraron cerca de mil proyectos o iniciativas de desarrollo público y privado de todas las escalas y se sistematizó un conjunto de indicadores de medición de la *performance* de los proyectos, todo ello inserto en un SIA (Sistema de Información Ambiental) digitalizado y de amplio acceso público. En la ciudad in-

glesa de Leicester se montó una experiencia semejante⁴¹, conducente luego de diversos sistemas de recolección de información sobre problemas y proyectos en diferentes estratos de la comunidad a la proposición de un informe anual –el denominado *Blueprint for Leicester findings*– que sirve para proveer la información básica para una participación generalizada.

Terapéuticas urbano-ambientales

Hemos hecho alusiones a proyectos y tecnologías ambientales dentro del campo de las novedades aportadas por el desarrollo del paradigma ambiental. Normalmente este tipo de instrumentos, usualmente coyunturales o no estructurales, puntuales y más bien tácticos, pueden encuadrarse dentro del campo de las terapéuticas orientadas a mitigar los efectos negativos de las enfermedades ambientales: la óptica situada en un pragmatismo que articula patologías y terapéuticas es como antes viéramos –ref. nota 17– la posición sustentada en el conocido manual de Girardet. Proyectos de diferente escala y calidad, como el desarrollo de una miniciudad modelo, Davis, cerca de Sacramento en California, con sus *village homes* y sus técnicas de permocultivos; la comuna de Lightmoore Village, cerca de Telford en Inglaterra; el desarrollo de coviviendas en Dinamarca y EE.UU.; la ciudad de Rottweil en Alemania, que pudo resolver la demanda energética de sus 20.000 habitantes con procesos integrales de coenergía; los asentamientos populares autoorganizados de Villa El Salvador en Lima, Perú y de Klong Toey, cerca de Bangkok, Tailandia; la ciudad libre de Chris-

21

tianía próxima a Copenhague, Dinamarca; el montaje de los sistemas de trueque LETS en Inglaterra y Canadá; la remodelación que el grupo Stern hizo del llamado bloque 103 en el barrio berlinés de Kreuzberg; la Asociación de la Gente del barrio Notting Hill Gate en Londres y sus cooperativas y eventos como el carnaval multiétnico; las eco-infeaeestructuras del artista D. Magnus en Mainz, Alemania; el movimiento de los 100.000 niños de la Salud en Bombay según el célebre proyecto del médico V. Bulerao; las huertas urbanas de uso social en Ashram Acres en Birmingham, etc.

También en el libro de Girardet se apunta el caso de los proyectos alternativos de gestión urbana como el sistema Wonerven que impulsa el tránsito lento en las ciudades holandesas o el sistema Gewoba, empresa que impulsa el modelo de cooperativas de transporte que evita el uso privado exclusivo de automóviles en Bremen y otras ciudades alemanas; las tecnologías de depuración de aguas servidas, desarrolladas por la empresa australiana Mentech o el proyecto de W. Sopper en la Penn State University en el que se reciclan los líquidos residuales de una ciudad de 70.000 habitantes en un área boscosa de 200 hectáreas y la política de promoción de reutilización de tierra desafectada a usos industriales que alcanza en el Reino Unido a unas 70.000 hectáreas, que el 5% del total de tierra urbana disponible.

La lista es muy extensa e incluye empresas populares de limpieza urbana en La Paz, Bolivia y Lima, Perú⁴²; biohuertos en ciudades del altiplano americano; tecnologías alternativas de construcción en Argentina (experiencias del grupo CEVE), uso de la guadua en Colom-

bia, banco de materiales populares en Nicaragua y Perú; la restauración de riberas de ríos urbanos como el Miami en Dayton o el Suquía en Córdoba o la alta cuenca del Adigio del Friuli en Italia; la promoción del principio llamado *city comforts* en Seattle⁴³; el proyecto multipropósito del Emscher Park en la célebre y devastada cuenca del Emscher-Ruhr en Alemania⁴⁴; el modelo de ecosistema industrial de Kalundborg en Dinamarca; la práctica del grupo de diseño industrial alternativo italiano Branco o los desarrollos de ecoalternativas de productos como Terrasana o Styrofoam, Electrolux o Miller, etc⁴⁵.

Hipótesis acerca de la posición de la arquitectura acerca de la cuestión ambiental

La *arquitectura* como dimensión del saber y prácticas de construcción de la ciudad, ha sido por ello, una actividad cognoscitiva y técnica operante, tanto en la instauración del concepto mismo de *ambiente* (definible como *dialéctica problemática entre sociedad y naturaleza*) como también, probablemente, de la acentuación moderna de las características problemáticas de la evolución de dicha dialéctica. *Lo natural*, como escenario teórico al que remitián los preceptos del arte clásico y el principio operativo de la *mimesis*, formó parte, diversamente, de casi todo el espesor histórico de este saber, desde el momento grecolatino hasta el romanticismo del siglo XVIII y principios del XIX.

Sin embargo, salvo en la mirada genérica de la arquitectura acerca de la ciudad en el territorio (como *cosa* o sistema, como *interfase* —en

cuyo caso prevaleció la consideración de la *periferia* de la ciudad que bordea lo rural) o en elaboraciones específicas del *paisajismo* abocado a *culturalizar lo rústico*— por ejemplo en los principios artísticos y políticos de Addison y Pope —o a *naturalizar lo artificial*— por ejemplo, en el desarrollo de los conceptos del *parque urbano*, como destaca en las propuestas de Alphand o Olmsted—, la arquitectura se ha ocupado más directamente de la ciudad, que como sabemos es una de las más complejas mediaciones históricas del concepto de ambiente, en tanto un *ambiente urbano* es ante todo, un vastísimo y complejo sistema de artificialización de un soporte natural, en cuya definición y construcción la arquitectura ocupó un lugar central.

Desde estas hipótesis, el entusiasmo histórico de la arquitectura en participar de la artificialización propia de la antropización urbana, se enaltece en cuanto al propósito genérico de situar dicho esfuerzo en una esfera de *construcción de cultura*, pero se ensombrece cuando, a la luz de los estragos ambientales del mundo contemporáneo, los principios de esta disciplina rara vez se dirigieron a indagar en las condiciones de soporte natural de tal aparato tecnológico. Sólo muy recientemente aparece una relativa cultura arquitectónica del *ahorro energético*, pero en todo caso sus proposiciones son bastante marginales al debate sustancial de la sustentabilidad.

En la modernidad a su vez, podría decirse que la arquitectura —encarnada en las proposiciones del llamado *Movimiento Moderno*— conformó una verdadera *apología del desarrollo*

urbano, al menos según las siguientes líneas de acción:

La idea de *tabula rasa* respecto de la ciudad existente, ejemplificable en el proyecto de renovación del barrio del Marais en París de Le Corbusier o en su Plan de Buenos Aires de 1940. Esta idea, que supera y radicaliza el concepto de utopía urbana o *ciudad ideal* renacentista (que en rigor, se interesaba más por estipular una dialéctica entre tejidos preexistentes y monumentos nuevos, por ejemplo, en las influyentes teorías albertianas) no es patrimonio del *ala dura* racionalista: hubo ciudad *ad initium* tanto en LC como en el proyecto Broadacre de Wright.

El concepto de *ciudad nueva*, verificable en las *new towns* y las *villes nouvelles* de los sesenta, pero latente desde las ideas de Howard y Geddes (por cierto que en estos casos, dentro de una prototeoría de sustentabilidad territorial y autosuficiencia de las *garden cities*). La idea de la nueva ciudad —que tuvo sus momentos simbólico-políticos en la Chandigahr de LC/Nehru y en la Brasilia de Costa/Kubitschek— por cierto no ha desaparecido del imaginario disciplinar, si se juzga el *boom* chino actual y la introducción de la mayoría de las viejas recetas occidentales.

La noción de *expansión periférica* según grandes conjuntos de viviendas y equipamiento complementario. El modelo de las *siedlungs* del racionalismo alemán, signado por una hipótesis de economía de producción, terminó por generalizar un dispendioso derroche de suelo periurbano y una grave perturbación de las redes de servicios.

El criterio de *urban renewal* o renovación más o menos drástica de fragmentos de ciudad interior, que violenta los antiguos preceptos contextualistas de Alberti y desemboca en la apología del *patchwork* urbano que hará C. Rowe y que motoriza el presente auge del *planning de proyectos* y una serie de fenómenos urbano-arquitectónicos como los reúsos de antiguos enclaves portuarios o industriales, que en muchos casos contribuye a reaprovechar el capital fijo latente en esa reserva de recursos urbanos inexplorados y en otros, detona procesos ambientales regresivos como la *ghettización*, la *gentrification*, el endurecimiento de fronteras *inner city*, el encarecimiento de servicios y/o la complicación ineficiente de sus redes, las asimetrías económicas resultantes de intensos procesos de revaluación del suelo y generación de rentas diferenciales, etc.

24

Si bien es cierto que la mayoría de estas ideas fueron severamente cuestionadas por críticos de la arquitectura —desde Mumford hasta el Team X: arco en el que podría buscarse el germen de una postura moderna ambiental en relación con la arquitectura y la ciudad, por ejemplo, en Erskine, Van Eyck y De Carlo—, el advenimiento de las posturas posmodernas confluyentes y funcionales al escenario de la globalización económica y entronizamiento mundial y canónico del neocapitalismo, no sólo tienden a reforzar el distanciamiento de la arquitectura respecto de la adecuada comprensión de las crisis ambientales de las ciudades, sino una subyacencia de aquellos núcleos de actividad prourbana que registramos, pero ahora despojados de los factores de relativa buena calidad proyectual, en tanto crece la

reubicación del proyecto arquitectónico como intervención fundamentalmente cosmética y simbólica (a lo que contribuyen la mayoría de las nuevas palabras-llave de la arquitectura actual: contenedores híbridos, *terrain vagues*, pieles frágiles, *fashion buildings*, *temathic parks*, *layers*, etc.).

A manera de una enumeración de comentarios y posiciones de la arquitectura en relación con la cuestión ambiental de las ciudades, deseo cerrar esta sección y ensayo con una serie de referencias e hipótesis.

La arquitectura como vehículo de alusión a la naturaleza en la cultura

El momento *romántico* —como cruce de positivismo y restauración del sujeto, pero también como laboratorio de modernidad— otorga a la arquitectura la posibilidad de recentrar el proyecto como reflexión sobre la naturaleza: tanto como domesticación culturalizada de la misma cuanto como reposicionamiento simbólico de lo natural como elemento del discurso de la sublimidad.

Ambas cuestiones se pueden ejemplificar con las ideas de Schinkel, cuya protomodernidad ayuda a comprender como bajo la dualidad de su idea romántica de tematizar la naturaleza, puede abarcar el ulterior desglose de las posturas racionalistas y expresionistas-organicistas, aunque volviendo al análisis schinkeliano puede relativizarse tal ulterior y supuestamente tajante dicotomía de la arquitectura moderna.

Los proyectos de recalificación paisajística del Spree berlinés —como el Packhofengebaude, la

Schaupielhaus o el Altes Museum— nutre el discurso schinkeliano con varios argumentos si se quiere, *ambientales*: la arquitectura clasicista en tanto recuperación del potencial mimético de lo natural; la re-presentación de lo natural como ambiente despojado de la imprevisibilidad y rusticidad y reconvertido en cultura (como una *segunda naturaleza*, donde la primera se subsume en una interpretación mediatizada, que empieza a insinuar el desplazamiento de la contemplación a la utilidad); la natural confluencia de lo universal y lo local, la historia y la geografía, la cultura sistemática y la naturaleza accidental.

Pero en otra serie de trabajos, como las escenografías que Schinkel preparó para las óperas que se representaban en su teatro, el proyectista, despojado de la función, puede —como en los decorados de su puesta de *La flauta mágica*— centrarse en el tema central de la *estética sublime*, cuya demanda de emoción subjetiva sólo puede depender de la imponentia misteriosa de lo natural, que controla y reduce el efecto de cultura propuesto en el secundario motivo de arquitectura. La vuelta a lo natural así, se dispone como motivo únicamente estético, proveedor del máximo contenido de emoción subjetiva.

Criterios ambientales subyacentes en ideas de ciudad en la arquitectura moderna

La ciudad *racionalista*, la *tabula rasa* del CIAM —por ejemplo, la ciudad contenida en el Plan de Buenos Aires de 1940 redactado por Le Corbusier— maximiza un concepto de ciudad maquínica, isomórfica, abstracta: supues-

tamente iba a permitir la máxima libertad del sujeto en dicho contexto de expansión del concepto de obra de arte inorgánica moderna, pero realmente funcionó como isometría ideal para el comportamiento del mercado, resultando tan abstracta como el capital.

Hilberseimer, abogado del extremo reduccionismo racionalista y teórico de la máxima depuración de lo formal, devino en cronista de la ciudad mercantilizada (nada mejor que la reducción tipológica de los productos para funcionar como mercancías, en la línea del radicalizado reduccionismo de dos o tres *tipos edilicios* que sostendrían desde LC hasta Y. Friedmann): aunque esa depuración lingüística le permitió establecer un extraño puente entre hiperabstracción y organicismo del paisaje, allí donde como en su Plan de Mauí en Hawaii, la naturaleza era elocuente: unas redes que retoman la geometría del *locus* y despliegan una organización filiforme.

Eisenman —en su reflexión proyectual de Los Castillos de Verona— disuelve lo natural en una materia prima más del proyecto (o más bien, de la escritura o textualidad proyectual): su Verona es lacanianamente real/imaginaria/simbólica y si el campo de lo no-real se da en la discursividad ficticia —el drama shakespeariano— y la historia de la ciudad desde sus orígenes, el campo de lo real es lo natural primario (el río, el relieve) y lo natural secundario (la materia prima de la ciudad construida).

El Euralille de Koolhaas ya es un puro artefacto de mercado, un acuerdo de operadores económicos y políticos en un nuevo punto (oportunidad) del territorio y su accesibilidad.

La naturaleza es recuerdo o vestigio –residuo de lo verde o murallas de Vauban– y también elemento de negociación social (parque, vías parquizadas, flujos, recursos naturales hechos servicios o productos).

Si Ambasz –en casi toda su obra, como en su frustrado *Master Plan* de la Expo sevillana en La Cartuja– replantea una *estética orgánica de lo natural* (de manera representativa como en sus edificios japoneses o de manera ecosistémica como en su dispositivo de regulación higró-climática en Sevilla) como punto de partida de su proceso proyectual; Ito en el seno de la cultura arcaico-tecnológica en que se inserta, piensa lo natural como *espectáculo*, como programa de parque temático –como en su Parque Agrícola de Oita–, lo que por fuera de toda ironía, es elocuente de la profunda degradación de la calidad ambiental de la vida urbana moderna.

La postura del paisajismo

El paisajismo urbano contemporáneo retiene, en sus minúsculas oportunidades, casi toda la necesidad de *representar lo natural* en el espectro de la tecnósfera de las ciudades. Por lo tanto, no es casual que sea cada vez menos natural y más artificial: si de la aprehensión de lo natural del viejo paisajismo retenemos no el objeto sino la función, el nuevo paisajismo no tiene obligación sino de resituarse el dispositivo de la *contemplación* que no necesariamente debe depender de lo natural. Así se explica el periplo que va de J. Simon (Parque St. John Perse, en Reims, años setenta) a Tschumi y La Villette o West 8 (Parque Teleport, Amsterdam: un *terrain vague* rediseñado como par-

que seco, metáfora del nuevo paisaje de detritus y geometrías *trouvées*), pasando por cultivos de la transición del paisajismo al conceptualismo del tipo *land-art*, como P. Walker (Conjunto Solana, Texas: un trabajo conjunto con las arquitecturas barraganianas de Legorreta, presentado como metáfora de un valle desértico o como fractura de la naturaleza serpenteando un borde de ciudad) o M. Courajoud (Parque Villeneuve, ejemplo de sus propuestas de naturaleza salvaje y arte de instalaciones).

El debate del desarrollo especializado de la arquitectura paisajística presenta facetas diversas de la pérdida del estatus de las épocas de los *jardins anglaise* o *française*, pero que contiene todavía la posibilidad de discursos metafóricos de la relación compleja de territorio virgen y percepción culturalizada y aún del intento de pensar lo urbano desde la totalidad perceptiva del paisaje, como en los trabajos de M. Schwartz para Baltimore, una de las primeras operaciones urbanas en la tradición de la arqueología industrial.

Una lectura de propuestas del arte moderno

En el inicio de los discursos pictóricos de la ciudad metropolitana, Milán fue una referencia poderosa para la postura moderna que liga futurismo y surrealismo metafísico, lenguajes ambos tributarios del arsenal metafórico de la ciudad cambiante del inicio de la industria. El futurista Boccioni en su prospecto de Porta Romana (1908) retiene algo de la óptica *naïf* del impresionismo y de su clave de revaloración de lo real inesencial del mundo cotidiano,

pero al contrario de la afrancesada nostalgia *rural de Manet* o Renoir, los artistas imbuidos de los desmesurados elogios marinettianos a lo artificioso y nervioso de la nueva ciudad fabril, convierten en natural los mosaicos suburbanos que interpenetran retazos de ruralidad con la precariedad de los bordes urbanos y la parafernalia específica de la industria.

Menos de dos décadas después, el metafísico surrealismo de Sironi —uno los compañeros de ruta de la arquitectura de Terragni— es capaz de registrar y apologizar la *estética del ingeniero*, las formas tecnológicas puras que sin embargo subyugan misteriosamente la atención del habitante metropolitano: lo real se ha vuelto totalmente artefacto.

Arquitectura en lo natural o el desmontaje del contexto urbano

Como parte de la omnipotencia moderna, la oposición de artefacto y territorio —cuando la arquitectura se despliega fuera del contexto de las ciudades— suele adquirir la contundencia de la abstracción de la forma geométrica del constructo frente a la morfología de lo natural —como en los edificios del campus de la Universidad de Alberta en Canadá, proyecto de A. Erickson— o el atisbo de instalar una topología más compleja en construcciones que deben insertarse en paisajes de naturaleza excepcional y aun de valor patrimonial natural —como el complejo de visitantes del Parque de Timanfaya en Lanzarote, de Abaca Cano *et al.*—. De una manera u otra, más o menos geoméricamente abstracta, una veta neta de modernidad ha sido tensar la oposición de esta dialéctica, al contrario de los *contextua-*

listas naturales como Piettila, M. Price o Grung.

Naturaleza de Indias

La *invención* de América y su condición de *laboratorio*, dio pie para otra vertiente histórica de relación entre sociedad-cultura y naturaleza, es decir, para un capítulo de la historia ambiental que ecólogos como A. Crosby caracterizaron como de salvaje explotación, acrecentada frente a la preexistencia de aquellas culturas cuyo signo de retraso respecto de Europa era, entre otros, el de una cuidadosa búsqueda de equilibrio para la sustentabilidad de sus poblaciones, no siempre conseguido, vista la catastrófica extinción del mundo yucateco cinco siglos antes del desembarco ibérico. En cualquier caso, el modelo de rendimiento de las normativas de las Leyes de Indias garantizaba un dispositivo técnico y jurídico-económico que de hecho pudo repetirse más de un millar de veces en sendas fundaciones urbanas. Lo que queda nítido de tal operación es la *uniformización del modelo* frente a la *variación del paisaje* —oposición nítida y a la vez misteriosa en el dibujo fundacional de Nuestra Señora de Pereyra, de estrecha cercanía de un damero y un cauce de río, cercanos pero autónomos uno del otro y hasta con sus propia ley de representación, geométrica la ciudad y alegórico el río. Esa abstracción y violento ensamble de tecnología reproductiva y naturaleza diversa encubre el origen de numerosas problemáticas ambientales americanas.

En la tradición humboldtiana y hegeliana de una América floja de cultura y excedida de naturaleza, la arquitectura moderna pudo revestir

sus dogmas centrales de un componente de alusión de lo natural americano, omnipresente y hasta ominoso: la arquitectura como aditamento *protésico* del soporte natural (en el Balneario Playa Grande de Ancón, Perú, proyecto de J. Baracco), la arquitectura como *metáfora* del mundo natural que la enmarca (la acequia, metáfora del valle antioqueño, que cruza la casa sabanera de R. Salmona) o la arquitectura *disuelta* en *acompañamiento* y *soporte de la*

naturaleza tropical (en la casa Eco, de A. Morello en Saint Kitts) son algunos de los muchos ejemplos de esta posibilidad americana que, desde una inicial condición de rémora —desde la *tabula rasa* corbusierana— hoy parece mejor situada para instalarse en las crisis del ambiente, en la posibilidad orbital de las respuestas técnicas que puede aportar la arquitectura y en la perspectiva de una revisión de su aporte crítico-cultural.

NOTAS

¹ P. Bowler, *Historia Fontana de las Ciencias Ambientales*, Editorial del FCE, México, 1997.

² J. P. Deleage, *Historia de la Ecología*, Editorial Icaria-Nordan, Montevideo, 1993.

³ A. Bramwell, *Ecology in the 20th Century. A history*, Editorial Yale University Press, New Haven, 1989.

⁴ A. Naess, *Ecology, community and lifestyle: outline of an ecosophy*, Editorial Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

⁵ J. O'Connor, *Natural causes. Essays in ecological Marxism*, Editorial The Guilford Press, Nueva York, 1998.

⁶ H. Daly, *Steady-state economics*, Editorial Island Press, Washington, 1991.

⁷ I. Sachs, *Ecodesarrollo: desarrollo sin destrucción*, Edición de El Colegio de México, México, 1982.

⁸ J. Martínez Alier, *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Editorial Nordan/Icaria, Montevideo, 1995.

⁹ E. Leff, *Ecología y capital: racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, Editorial Siglo XXI, México, 1994.

¹⁰ I. Mc Harg, *Design with nature*, Editorial Doubleday, Nueva York, 1969.

¹¹ N. Luhmann, *Sociología del riesgo*, Editorial de la Universidad Iberoamericana, Guadalajara, 1992.

¹² Sustainable Seattle, *The sustainable Seattle indicators of sustainable community*, Edición Sustainable Seattle, Seattle, 1994. Se trata de un conjunto de 39 indicadores agrupados en 4 grandes ítems: *medio ambiente* (5 indicadores, uno de ellos es cantidad y calidad de salmones en los ríos de la región), *población y recursos* (8 indicadores, uno de ellos es acres de tierra disponibles para 5 usos: residencial, comercial, espacio abierto, transporte, bosques), *economía* (9 indicadores, uno de ellos es horas de empleo pagado al salario promedio necesario para afrontar las necesidades básicas) y *cultura y sociedad* (17

indicadores, uno de ellos es promedio de vecinos que el ciudadano medio dice conocer de nombre).

¹³ F. Vester – A. Von Hessler, *Sensitivitymodell*, Edición del Ayuntamiento de Francfort, Francfort, 1984.

¹⁴ Un completo manual del actual estado de desarrollo de los conceptos y técnicas EIA es el libro de C. Barrow, *Environmental and social impact assessment. An introduction*, Editorial Arnold, Londres, 1997.

¹⁵ J. Roberts, *Environmental sensitivity analysis*, Editorial Carmichael, Sacramento, 1973.

¹⁶ El procedimiento MEEP (*Municipal environmental evaluation process*) se aplica en el Municipio de Ottawa. Véase una descripción y comentarios del mismo en mi libro *La naturaleza de la metrópolis*, Edición Ugycambafadu-UBA, Buenos Aires, 1999, págs. 141-4.

¹⁷ P. Nijkamp, *Regional sustainable development and natural resource use*, Edición de The World Bank, Conferencia on Development Economics, Washington, 1990.

¹⁸ WCED, *Our common future*, Editorial Oxford University Press, Nueva York-Londres, 1987.

¹⁹ W. Rees, *Ecological footprints and appropriated carrying capacity. What urban economics leaves out*, ensayo en revista *Environmental Urbanization*, 4-2, N. York, 1992.

²⁰ En el manual de H. Girardet, *Ciudades. Alternativas para una vida urbana sostenible*, Editorial Celeste, Madrid, 1992, se registra un conjunto de proyectos y tecnologías que procuran afrontar las patologías de la insustentabilidad urbana (parte segunda del libro: *Ciudades enfermas, mundo enfermo*) según una batería de minisoluciones empíricas y acumulativas o de sinergia positiva (parte tercera del libro: *Curar la ciudad*). Aunque la tercera parte es una suerte de David frente al Goliath de la segunda, allí se comentan experiencias como las de Davis o Christiania o proyectos como los de Mentech.

- ²¹ J. Gosz et al., *El flujo de energía en un ecosistema de bosque*, ensayo en revista *Ciencia e investigación*, mayo 1978, Barcelona, págs. 46-57.
- ²² A. Wolman, *The metabolism of cities*, artículo en revista *Scientific American*, volumen 213, número 3, N. York, 1965, págs. 179-190.
- ²³ J.M. Naredo, *Flujos de energía, agua, materiales e información en la comunidad de Madrid*, Edición de la Consejería de Economía de la CAM, Madrid, 1988.
- ²⁴ J. Terradas-M. Parés – G. Pou, *Ecología de una ciudad: Barcelona*, Edición del Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona, 1985.
- ²⁵ S. Rueda Palenzuela, *Ecología urbana. Barcelona e la seva regió metropolitana com a referents*, Editorial Beta, Barcelona, 1995.
- ²⁶ R. Montenegro, *La ciudad como ecosistema: bases para el desarrollo de una ecología urbana*, Edición del Instituto de Ecología de Córdoba, Serie documentos de trabajo DT/1, Córdoba, Argentina, 1191.
- ²⁷ S. Boyden, *Un enfoque ecológico integral para el estudio de los asentamientos humanos*, Edición del Programa Mab-Unesco, París, 1979.
- ²⁸ C. Matus, *Planificación de situaciones*, Editorial FCE, México, 1980.
- ²⁹ E. Morin, *El Método*, volumen II, *La vida de vida*, Editorial Cátedra, Madrid, 1993. Este segundo tomo del vasto proyecto de cuatro grandes capítulos de revisión y *aggiornamento del cartesianismo* ajustado a la modernidad de la complejidad, se propone definir una ecología generalizada para abarcar (pero, por su dimensión, sin capacidad para proponer una nueva metodología fáctica para modelar / gestionar la complejidad de lo real-vital) una *sistemática del mundo de lo vivo* (biológico y tecno-metabólico).
- ³⁰ F. Guattari, *Caosmosis*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 1996. La redefinición de la *subjetividad en y por el mundo maquínico* da pie a Guattari para proponer un marco de aprehensión de lo complejo según el concepto de *objeto ecosófico*, frente a cuya entronización contemporánea, sólo cabría la perspectiva de un modo de conocimiento sesgado por lo estético.
- ³¹ D. Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, Editorial FCE, México, 1990. En los capítulos finales de este libro Harvey sitúa el dispositivo conceptual marxista para analizar la categoría general del espacio / territorio y específica del espacio urbano. La crítica del desarrollo urbano moderno y de sus formas de planificación se trata también en su libro *Consciousness and the urban experience*, Editorial Blackwell, Oxford, 1985.
- ³² J. O'Connor, *Las condiciones der producción. Por un marxismo ecológico. Una introducción teórica*, ensayo en revista *Ecología Política* 1, Barcelona, 1990.
- ³³ F. Jameson, *El ladrillo y el globo: arquitectura, idealismo y especulación de la tierra*, ensayo incluido en su antología *El giro cultural*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 1999 (págs. 212-248). Este ensayo fue originariamente una rescensión del importante libro de R. Fitch, *The assassination of New York*, Editorial Verso, Londres, 1996.
- ³⁴ E. Soja, *Six discourses on the postmetropolis*, ensayo en revista *Urbana*, 2, Madrid, 1998.
- ³⁵ Una síntesis de este proyecto consta en M. Carley et al., *Managing sustainable development*, Editorial Earthscan, Londres, 1992. Significó un marco concertativo para manejar el desarrollo urbano en un corredor de mil kilómetros de extensión —que va de San Francisco a San Diego— y 36 millones de habitantes, concebido así como recuperación de un área de manejo ya perdida en las dimensiones urbanas puntuales. Otra idea sustancial es la convocar ámbitos deliberativos amplios y representativos (*caucuses*) que generen alguna clase de veto o moderación de las acciones de los actores hegemónicos del desarrollo urbano y territorial.
- ³⁶ Estos argumentos también los propone A. Zaera Polo en su ensayo *Order out chaos (the material organization of advanced capitalism)*, ensayo en revista *Architectural Design* 64, 3-4, Londres, 1994, en el que un desarrollo de las ideas de Harvey le sirven para presentar unos escenarios de posurbanidad en los cuales propone la necesidad de identificar alternativas *neotropológicas* de la arquitectura (*contenedores híbridos, fashion buildings, franchising architecture, mediatecas, temathic parks*, etc.).
- ³⁷ J. Borja- M. Castells, *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Editorial Taurus, Madrid, 1997.
- ³⁸ Un manual para el desarrollo de las agendas locales es el elaborado por ICLEI (*International Council for Local Environmental Initiatives*), *The local agenda 21 planning guide. An introduction to sustainable development planning*, Edición de ICLEI, Toronto, 1996. En mi libro indicado en la nota 13 se realiza un pormenorizado análisis crítico de esta metodología.
- ³⁹ Véase de V. Müzell Jardim et al, 2º *Plano diretor de desenvolvimento urbano ambiental*, Edición de la Prefeitura municipal de Porto Alegre, Porto Alegre, 1998.
- ⁴⁰ F. Cabanzo et al, *Plan de Gestión Ambiental del Municipio de Cartagena*, Edición IDEADE, Bogotá-Cartagena, 1996.
- ⁴¹ La experiencia de Leicester está descrita en op. cit. nota 35.
- ⁴² Este y el siguiente ejemplo se describen en el libro de L. Miranda Sara, *Ciudades para la vida. Experiencias exitosas y propuestas para la acción*, Editorial Ipadel, Lima, 1996.
- ⁴³ Véase el libro de D. Sucher, *City comforts. How to build an urbans village*, Editorial City Comforts, Seattle, 1995.
- ⁴⁴ Véase el artículo de G. Seltmann y A. Kolkan, *La IBA de Emscher Park*, en revista *Ciudad&Territorio* 100, Madrid, 1994.
- ⁴⁵ Véase el número monográfico dedicado a las relaciones entre diseño y sustentabilidad de la revista *Domus* 789, Milán, 1997 y en especial el artículo de E. Manzini, *Progettare la sostenibilità. Leapfrog: anticipazioni di un futuro possibile*.



DE LA CRISIS GLOBAL AL IMPACTO LOCAL

Luis Miquel

En este trabajo se efectúa una lectura paralela de los problemas medioambientales, el hiperdesarrollo urbano y la crisis de Estado del bienestar advirtiendo las consecuencias de la implantación de modelos urbanos globalizadores y homogeneizadores en el malestar urbano y la vulnerabilidad del ciudadano.

No hay forma de eludir la ley de la entropía. Esta ley física suprema impregna todas las facetas de nuestra existencia. Puesto que todo es energía, y puesto que la energía se mueve irrevocablemente en una sola dirección, de utilizable a no utilizable, la Ley de la Entropía constituye el marco general de todas las actividades humanas. [...] La Ley de la Entropía destruye nuestra visión del progreso material, modifica las bases de la economía, transforma las nociones de tiempo y de cultura, despoja a la tecnología de su mística.

Jeremy Rifkin: *Entropía, hacia un mundo
invernadero*, 1980

Los científicos a la moda, los tecnócratas, los politicastros, los burócratas del gobierno, manifiestan su repulsa a las formulaciones inmediatas de la segunda ley (de la termodinámica), declaran su culpable inocencia, vocean el cínico reconocimiento de su incapacidad mental para entender las formulaciones que estamos haciendo en nuestra Sociedad [...] Pero hagamos el esfuerzo de bajar un poco

nuestro orgullo de hombres cultivados y preguntemos, a cualquier ama de casa de nuestra clase media, qué pasaría en su hogar si durante una semana nadie se ocupase de quitar el polvo a los muebles, de restregar los suelos, de lavar la vajilla, de sacar brillo a la plata, de colocar los platos, los vasos y las fuentes en los anaqueles del refistol, de hacer la colada, orear y planchar la ropa, de arrojar las inmundicias en los corrales, todas las tareas que, en fin, corresponden al buen gobierno diario de una casa burguesa y que en general son menos apreciadas por nuestros altivos y honrados comerciantes y pequeños propietarios [...] Preguntad y quizá os quedéis sorprendidos de la certeza científica de su respuesta, porque esa mujer, sin pensarlo mucho, sin recurrir a ningún laboratorio, os dirá: «el desorden crecería hasta destruir la casa». Esa buena mujer ha descrito, mejor que Jhosef Cahen, la evidencia de la manifestación de la entropía en nuestro más próximo mundo físico.

Marqués de Bassecourt: *Itinerarios sociales
en el camino de la disipación energética*, 1899

31

La crisis entrópica y global

Casi nadie niega hoy día que desde hace unos 300 años (y desde hace 100 con plena consciencia del Poder que nos gobierna) estamos haciendo todo lo posible para dejar a las generaciones futuras un mundo en el que la actividad humana se reduzca a intentar sobrevivir sobre un planeta que se habrá tornado inhóspito, si no radicalmente beligerante, con nuestra especie. Algunos pensamos que ni siquiera vamos a dejarles esa opción, que esas generaciones no van a tener ni siquiera la posibilidad de defenderse

En unos pocos años, la frivolidad propia de los medios de opinión ha permitido a los informadores pasar de un pudor monjil a la hora de hablar del *cambio climático*, como si se tratara de escatológicos rumores emitidos por las fuerzas del mal, no confirmados y capaces de desequilibrar el orden social y de escandalizar a la gente de buenas costumbres (es decir, los más feroces consumidores de energía), a la desvergüenza de soltar terribles noticias sobre el avance de la destrucción (por ejemplo la catastrófica transformación del Polo Norte en una charca) prácticamente sin comentarios. Dan por hecho que todo el mundo está ya al tanto de lo que le estamos haciendo al planeta y presuponen que también todo el mundo sabe que no hay que prestar demasiada importancia a estas cosas: No va a pasar nada, *ellos* se lo saben, disponen de magia tecnológica, siempre hay una solución y lo van a resolver en un pispás porque desde luego no se va frenar el progreso, como amenazan algunos agoreros. Algunas *tendencias estadísticas* que, hace cincuenta años, apuntaban el avance de la crisis

global se consolidan: continúan el declive forestal, la pérdida de diversidad, la desaparición de especies y la carestía de agua, suben las temperaturas globales, se ahondan las diferencias en la distribución de la renta, la mitad de las lenguas del globo está en extinción, se incrementa la producción y el uso de armas pequeñas, aumenta vertiginosamente la población urbana, particularmente en los países del Sur, etcétera. Entre la abundancia de *evidencias* me interesa resaltar más los datos que se refieren a los factores que a los síntomas de la destrucción: en los últimos cuarenta años se han duplicado el consumo energético mundial y la emisión de gas invernadero y se ha multiplicado por tres la producción de automóviles. En los últimos diez se ha reducido en un 20% la fabricación de bicicletas, que alcanzó su record en 1987.

Casi nadie niega tampoco que nuestras grandes ciudades son cada vez más inhabitables, física y psíquicamente, para una gran mayoría de ciudadanos, ni que otras muchas, en todo el mundo, lo son más aún.

La pérdida del paraíso y el surgimiento del malestar urbano

... el mundo está ahora durante el reinado de la discordia como lo estuvo antes bajo el dominio del amor

Empédocles de Agracas: *Sobre la naturaleza*

La brutal transformación económica que nos está echando encima la globalización impuesta por el Nuevo Orden Mundial está determinando, desde hace unos años, la crisis del Estado del Bienestar que fue propugnado por

las socialdemocracias tras la guerra mundial. Su vigencia ha sido puesta en cuestión por el Poder que nos gobierna y, sumisa consecuentemente, por los políticos europeos. Esta crisis no sólo está teniendo efectos económicos y sociales muy graves sino que determina su crecimiento, incide sobre la estructura, la forma y el funcionamiento de las ciudades, sobre el ambiente urbano físico y social, sobre el comportamiento de los ciudadanos, sobre su actitud vital. Algo importante se está derrumbando en el alma de los ciudadanos que habían creído, a pies juntillas, en la utopía del Estado del Bienestar.

Empieza a hacerse patente que las cosas no van tan bien como dicen los gobernantes, que el florecimiento económico actual apuntala el futuro sólo a unos pocos, que, por debajo, existe una crisis profunda, impuesta por el mal uso de los recursos, por la ineficaz gestión de la cosa pública, por el torcido encauzamiento del vago deseo de lo que ha dado en llamarse felicidad, por la servidumbre de la ciencia y la técnica a poderes ajenos, por el furor de lucro, por el desprecio a la naturaleza, por el acoso al humanismo... y que hay que aprovecharse con audacia y rapidez de la pasajera bonanza.

Estamos pasando, con rapidez, del Estado del Bienestar al *Estado de la Oportunidad*, el estado del oportunismo, del «agarra lo que puedas no vaya a ser que...», de la angustia del enriquecimiento rápido a costa de quien sea y de lo que sea «por sí las moscas». Y queda el regusto de que, en realidad, estos años no estamos viviendo en el «bienestar» sino en el «derroche».

Al llegar la democracia, los españoles, con un retraso de treinta años respecto a Europa, vislumbramos el «Estado de Bienestar». Este advenimiento vino acompañado de una profunda revisión de los valores que, de alguna manera, daban genuino carácter a nuestra cultura. Solidaridad, dignidad, honor, honradez, respeto al prójimo, entereza, laboriosidad, decencia, fraternidad, interés por la cosa pública, filantropía, prudencia, etc... han sido los valores que, sin recurrir a los religiosos, sin echar mano a la ética, han estado en la base de la cultura mediterránea.

Estos valores, durante las dos últimas décadas, han sido puestos en cuestión, se han considerado superados por la euforia del despilfarro que ha definido la conducta de los europeos en general y de los españoles en especial (como nuevos ricos que somos). Valores con un fuerte contenido social, que se han sustituido por otros radicalmente opuestos como éxito individual (el «triunfador» de las películas *made in USA*), agresividad, competitividad, apoliticismo, versatilidad, audacia, capacidad de consumo, habilidad para la simulación, ilimitada fe en la tecnología, desprecio de la ciencia crítica, cinismo, falta de escrúpulos, etc... que son los valores de la cultura que nos coloniza, de la cultura del Imperio, es decir, de la anticultura yanqui. De todo ello da razón y testimonio el Pensamiento Único.

El fiasco es descomunal. El Estado de Bienestar va desapareciendo por el escotillón y, frente al fantástico porvenir simbolizado en nuestra incorporación a Europa, materializado en la modernización de nuestra sociedad, se hace sitio la amarga certidumbre de que, salvo

para algunos pocos, va a ser imposible alcanzar los objetos sagrados de la cultura imperial: el poder personal, el éxito, las riquezas, la felicidad, etc. Poca gente cree que la relativa bonanza que estamos viviendo pueda ser duradera y que sus resultados a medio y largo plazo vayan más allá de la consolidación de la preponderancia de las grandes empresas, de los grandes capitales. La gente empieza a tener conciencia de la magnitud y trascendencia de los problemas que tenemos delante y de lo que puede derivarse si seguimos por el camino que vamos (por el que nos llevan). Se intuye que el sistema ecológico es finito y débil y está enfermo, quizá muy grave; que el sistema económico, apoyado en valores volátiles y especulativos, está podrido y no tiene salida; que el sistema productivo es decididamente ineficiente y no puede mejorarse salvo arrojando miseria sobre una mayoría (o liquidando a una gran parte); que el sistema social es injusto y va a serlo más aún...

En la ciudad, oscuramente, los ciudadanos intuimos cómo cada día se acrecienta la distancia al poder, cómo los verdaderos órganos de gobierno están cada vez más lejos, cómo actúan con indiferencia absoluta respecto a nuestro verdadero bienestar y comprobamos que la ciudad funciona cada vez peor, que es incómoda, ruidosa, cara, sucia, maloliente, peligrosa, injusta, inaccesible... Y no sabemos bien por qué, ni qué es lo que se podría hacer para que las cosas se enderezasen un poco. Al compás de la implantación de la Economía Mundo, guiadas por fuerzas distantes, las ciudades del Primer Mundo procuran encontrar un sitio en el tinglado de la toma de decisiones

político-económicas, se esfuerzan y compiten para situarse en un puesto de «comando». Si consiguen ser admitidas en el «club de comandos», se transfiguran en «ciudades en marcha» y en consecuencia destruyen el medio ambiente, derrochan energía, producen enfermedades, generan desorden, se hacen incómodas, inaccesibles e inseguras, resultan imposibles de mantener decorosamente, vomitan toneladas de residuos, devoran, desertizan y corrompen el territorio circundante. En su interior los valores culturales se debilitan, se deshace la cohesión social y se sustituye por una batalla competitiva en la que cada cual combate para sí mismo en pos del «triumfo» individual. La economía se terciariza y se subordina. La sociedad en su conjunto se dualiza, su tejido se atomiza y acaba por marginar y excluir a los menos aptos de la especie. Desarticulado el entramado productivo local se destruye empleo, destrucción que no es capaz de frenar el etéreo nuevo sistema productivo.

Aparecen barrios «peligrosos» donde ni la policía se atreve a entrar. La mentalidad militarista, la actitud xenófoba y el racismo encuentran argumentos para propagarse. En el campo de la vivienda se agravan los problemas endémicos y se revelan otros nuevos... Al igual que el planeta, también la ciudad se divide en dos ciudades diferentes y con frecuencia enfrentadas: el Sur y el Norte.

En su extremo Sur, la ciudad destila un subproducto humano miserable, creciente en número, que no tiene sitio en el nuevo y brillante escenario superficial, que o bien es centrifugado al extrarradio donde brotan chabolas o bien es centripetado a los barrios centrales

donde sobreviven los «sin techo» disputando las sobras de la opulencia a las ratas. Los mendigos roban a los mendigos.

En el otro extremo, *el Norte*, se acentúa físicamente el contraste socio-económico. El Poder, desde siempre, ha procurado proyectar con potencia su imagen en cal y canto, en mármol y oro, en cristal y acero, sobre la ciudad. Es cosa sabida que, a lo largo de los tiempos, los volúmenes de castillos, catedrales, fuertes, palacios, rascacielos, han expresado espacialmente, en cada momento histórico, la imagen de las soberanías dominantes, gobernando también, rotundamente, el perfil urbano, la «línea del cielo» que se dice ahora. En los últimos tiempos la escalada está siendo agresiva y brutal. Los bancos, las grandes empresas, los grupos turbios, han emprendido una carrera exhibicionista que sería ridícula si no fuese insultante desde el punto de vista ético, estético y social.

Puestas ya en marcha, las ciudades, empujadas por el imperante sistema económico y de producción, se despliegan en una dirección que conduce inexorablemente a un futuro que, como mínimo, debería preocuparnos: en él se configura un espacio urbano (biológico, físico, económico y social) que, siendo optimistas, probablemente será maravilloso para una minoría; posiblemente será mediocre, agobiante e incómodo para la mayoría; con seguridad será miserable para otra minoría creciente en número y en intensidad; y, lo que es peor aún, hay pocas dudas de que ese espacio, multiplicado sobre toda la redondez del planeta, engulléndolo todo, siga reuniendo las condiciones necesarias para que la especie humana sobreviva.

El resultado de todo este bien planeado caos es el florecimiento íntimo de ese confuso sentimiento de malquerencia, irritación, agobio, desconcierto, soledad, y asco ante la miseria, que ha dado en llamarse «malestar urbano». Las utopías se han convertido en quimeras. La ciudad se ha endurecido. La calle se ha vuelto inexorable. Todo el mundo gruñe, todo el mundo se siente estafado y solitario. No canta nadie. El vecino hurta la sonrisa. Las cosas se convierten en símbolos, los lugares en sitios. Los músicos callejeros derraman melancolía o predicán violencia. Parece que se ha muerto el último poeta.

La crisis del Estado de BIENESTAR se manifiesta, en el medio urbano, precisamente como MALESTAR. En la mayoría de las grandes ciudades, afectadas por un innegable y acelerado proceso de descomposición física, económica, cultural, ética y estética, un número creciente de ciudadanos, localizados preferentemente en sus barrios periféricos, están insatisfechos y disconformes con el tipo de vida que, cada vez con mayor dureza, le imponen la estructura, el ambiente, la forma y el funcionamiento urbanos. El malestar urbano viene a ser como una enfermedad del alma que ataca a una buena parte de los ciudadanos y con mayor gravedad a los que residen en los barrios del Sur que, como es bien sabido, suelen ser los que menos disfrutan de los beneficios de la diosa fortuna.

Los urbanitas dicen con frecuencia: «En esta ciudad no se puede vivir!». Les embarga una confusa sensación mezcla de irritación, de desesperanza, de desconcierto, de agobio, de impotencia. Los profesionales del urbanismo no saben qué hacer para combatir este mal, los

políticos tampoco. Son conscientes de que, aunque se han fabricado muchas cosas (viviendas, escuelas, polideportivos, centros culturales, calles, aparcamientos, semáforos, pasos subterráneos, opulentas vías de circunvalación, hasta parques y jardines) no lo han debido de hacer demasiado bien porque, a pesar de todo, la gente no se encuentra a gusto y se queja. Empiezan a darse cuenta de que es muy difícil poner remedio a cuestiones de las que apenas se quieren conocer las causas.

Las recetas económicas, sociológicas, legales, las prótesis de diseño que se han utilizado para intentar resolver los problemas urbanos durante los últimos treinta años han fallado. En vista de lo cual, ahora, para cambiar, en vez de tirarse a fondo en el conocimiento de los problemas e intentar saber por qué las cosas no han ido bien, tienen una fe incombustible en la tecnología (y en la policía). Creen que la tecnología (y la policía) lo puede resolver todo y se disponen a utilizarla (utilizarlas) para colocarnos en el mejor de los mundos. Y dentro del mundo de la tecnología es en la rama de las telecomunicaciones y de las representaciones «virtuales» donde piensan que está la llave de un futuro más feliz. Aterroriza pensar hasta donde puede llevarnos el futuro tecnológico (policial y virtual) que se nos avecina a los europeos, es decir a los privilegiados del mundo.

Sobre este paisaje desolado se arrastra la bestia¹.

El secuestro del medio ambiente

No creo que, hace diez años, más de una docena de urbanistas tuviese, en España, la menor idea de lo que es la ecología y menos aún

de la entropía. Hoy todos se atragantan con el abuso de las dos palabrejas. Otra cosa es que entiendan enteramente su significado, que se hagan cargo de que con la atmósfera ya no se puede seguir jugando porque está al borde del colapso y que surgirán situaciones irreversibles si continuamos derrochando energía y agua estúpidamente y arrojando toneladas de mierda al aire, a los mares y a la tierra.

La Segunda Ley de la Termodinámica arroja al vertedero de la historia toda la ciencia y la tecnología sustentadas en la aplicación mítica del paradigma mecanicista. El reconocimiento de la fragilidad de los procesos biológicos, cuando sus interrelaciones, subsidiariedades y dependencias son negadas, contribuye a iluminar el nacimiento de una etapa que se caracteriza por la puesta en cuestión de muchos de los fundamentos del conocimiento humano. Las implicaciones de esta revolución en el campo de las teorías y prácticas del planeamiento territorial, incluyendo sus derivaciones urbanas, son catastróficas para la tan consolidada manera de hacer la ciudad en beneficio de unos pocos que hemos padecido en estos últimos veinte años (bajo el influjo de los *masters* que todo lo aprendieron en USA). Parece difícil que muchos urbanistas acepten tamaña revolución de los fundamentos de su conocimiento y menos toleren (porque les va la bolsa en ello) un cambio de lenguaje, herramientas y fórmulas establecido a las luces de la ley de la entropía y de la ciudad vista como un sistema ecológico. La aparición del medio ambiente como un factor más de la problemática de nuestras ciudades debería hacer cambiar radicalmente las reglas de juego del pla-

neamiento y convertirse en una grieta en la rutinas urbanísticas. Una grieta que habría que ahondar para intentar que el equilibrio se restableciera, para intentar que la ciudad volviera a ser, por lo menos, el resultado de la ponderación de intereses encontrados.

Tampoco estoy seguro de que los urbanistas al uso sepan que el deterioro medioambiental no es sólo una desgracia que se presenta aleatoriamente en una ciudad especialmente contaminada sino un problema globalizado que si se agrava puede liquidar a la especie humana; que, al ser el Planeta limitado, también el crecimiento de la producción y del consumo debe ser limitado (tal vez congelado); que ese crecimiento es responsable de la destrucción del medio ambiente; que no es posible seguir destruyendo el medio ambiente porque también tiene límites; que, si seguimos consumiendo, creciendo y destruyendo, de esa destrucción no se va a librar nadie (salvo, quizá, los pocos que puedan huir a Marte si han conseguido crear una atmósfera respirable a tiempo); y que, lo que es peor aún, todo este razonamiento nos sugiere que el Sistema es capaz de apropiarse de todo, incluso de la bandera de la defensa del medio ambiente, en su propio interés, claro.

Peor aún es comprobar cómo, efectivamente, la preocupación oficial (mundial, europea y española) por el medio ambiente se va degradando, hasta quedarse en pura rutina burocrática, en torpe paperlerío. Tras un brioso arranque anunciado en altisonantes declaraciones públicas, la política medioambiental, que debería incidir global y decididamente sobre todas las actividades humanas, especialmente

sobre la manera de hacer ciudad, y cambiar radicalmente la peligrosa situación actual, se va desmenuzando y desvalorizando en instrumentos legales y normativas específicas para acabar secuestrada en manos de los profesionales que las aplican y de los burócratas que controlan su cumplimiento, ambos a las órdenes más o menos directas de los grandes empresarios.

Las conferencias internacionales en la cumbre que se iniciaron con tan buenos auspicios son ahora fiascos, estafas, escaramuzas de mezuquinos bandoleros de chaqué que, totalmente al margen de la realidad, se limitan a ser impúdicos escenarios donde, entre las bambalinas, se defienden y afianzan los intereses de los grupos y empresas dominantes, se repercuten culpabilidades, se establecen pactos vergonzosos, se compran y venden responsabilidades y honras, se pudren diplomacias y se pretende generar estúpidas esperanzas. Las altas instituciones oficiales internacionales, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial del Comercio, etc..., responsables de la marcha del tinglado económico y político pactan, por su lado, en secreto, están sometidos sin ambages a lo que les manda el Poder que nos gobierna y, de un tiempo a esta parte, en sus juergas públicas (Seattle, Washington, Praga), incapaces de dar la cara ante la gente que les pide cuentas, de dar razón del abandono de sus teóricamente altas funciones que les han sido encomendadas por la humanidad, de explicar sus tejemanejes inconfesables, sus contubernios con los poderosos, sus entregas al que mejor paga, salen vergonzantes por la puerta trasera, con el rabo entre las

piernas, haciendo el más espantoso de los ridículos (eso sí muy bien pagado) ante la opinión pública. Claro es que, como todo está previamente acordado y los pactos para repartir beneficios y plusvalías han sido firmados con antelación suficiente, estas reuniones, congresos y asambleas de cofrades son pura representación y no se celebrarían si sus miembros no tuviesen más remedio que asomar la gaita de cuando en cuando para justificar sus formidables emolumentos ante los paganos y si no fuera por los pingües beneficios privados: las dietas, honorarios extraordinarios, propinas, y gabelas gastro-económico-sexuales, que los delegados disfrutan a costa nuestra y que en buena parte, una vez terminada la desapacible reunión, se llevan a su casa como compensación por haber sufrido los insultos e improperios que les han infringido unos pocos miles de malvados ecologistas y rojos recalcitrantes al servicio de... (¿quién?, si ya no queda oro en Moscú).

El arte de la construcción es la ciencia de la destrucción

Construir es consumir y disipar energía

La evolución biológica y el progreso histórico han producido una pequeña burbuja de orden en un universo cada vez más desordenado...

Jesús Ibáñez: «Los futuros de la ciudad»
en *Sociología de la vida cotidiana*

La ciudad es la obra maestra de la sociedad humana, probablemente el producto más acabado de la capacidad creadora de nuestra especie. Es el artificial y muy organizado ám-

bito de la política, la convivencia y el descubrimiento, un soberbio almacén del tiempo, un perfecto depósito de sabiduría e historia y a la vez un formidable generador de actividades de todo tipo, un organismo capaz de crear orden físico, social, político, económico y cultural. La ciudad concentra actividades, es un potente foco generador de orden y, en consecuencia, un vigoroso epicentro emisor de desorden: una eficaz fábrica de mierda física y social.

En virtud de la segunda Ley de la Termodinámica y como consecuencia del orden que crea, la metrópoli engendra montañas de desorden. Cuanto más orden, más desorden. Destruye dentro y fuera, su entorno y sus territorios fantasmas; el cuerpo y el alma de sus habitantes y de sus habitantes fantasmas (habitantes de territorios fantasma, en este caso no tan fantasma: se trata concretamente del Tercer Mundo, la periferia o como quiera que lo llamemos). Es *UNA BURBUJA DE ORDEN QUE VOMITA OCÉANOS DE DESORDEN*.

En nuestra civilización, las ciudades son el punto arquimédico de la creación del desorden global, no sólo porque es en ellas donde se toman las decisiones que destruyen, donde reside el Poder (las Delegaciones del Nuevo Orden Mundial), sino porque en sí mismas son focos de entropía, de pudrición, inmensos generadores de ruido, de basura, de gases contaminantes, potentísimas máquinas provocadoras de impactos sobre el medio ambiente. La ordenada ciudad actual es hija del desorden y madre del desorden, cuanto más se organiza, cuanto más se desarrolla, cuanto más crece, más desorden genera. La ciudad acoge y des-

troza, crea y mata. Es, al mismo tiempo, verdugo y víctima.

La industria de la construcción es uno de los pilares básicos de la floreciente economía de la ciudad y, por tanto, de la riqueza y la diversidad de la vida urbana de las cuales, al menos en teoría, deberían beneficiarse todos sus habitantes. Es también una de las actividades que establecen más orden. Calles, paseos, plazas, parques, jardines, grandes infraestructuras de comunicación, transportes y servicios, barriadas, edificios, casas, centros de irradiación de cultura, salud, producción y consumo, de cobijo para las relaciones, etc... son los frutos de su quehacer, el territorio donde operamos y del que vivimos un sinfín de trabajadores, especialistas, expertos, técnicos, políticos, financieros, gestores, comisionistas, logreros, caraduras, constructores, arquitectos y otros profesionales. Es, en consecuencia, una de las actividades que generan más desorden. Todos los objetos producidos por la construcción, sean grandes o pequeños, bellos o feos, adecuados o no, organizan el espacio urbano, lo reglamentan visual y funcionalmente, lo estructuran social y económicamente, crean un sólido orden urbano, pero al mismo tiempo, en virtud de la inexorable segunda Ley de la Termodinámica, su producción y su uso engendran desorden, hieren al medio ambiente urbano e inciden en la salud física y psíquica de los ciudadanos, en su comportamiento y en su destino.

La actividad constructora consume, transforma y derrocha cantidades ingentes de energía (y de agua), directamente en la obra, en todo el proceso constructivo, en la aplicación

de sistemas, máquinas y técnicas. E indirectamente en los desplazamientos de personal, en la extracción, la fabricación industrial y el transporte de los materiales. El consumo energético se multiplica en el caso de que se empleen técnicas, máquinas y materiales inadecuados que son fuertes consumidores de energía en su fabricación, en su instalación y transporte. Cuánto más alto se construye tanta más energía se dilapida. Con frecuencia, los materiales, las técnicas y las máquinas son importados: mayor incremento del consumo energético. A veces es incluso necesario «importar» también la mano de obra: el gasto energético se multiplica.

Secreciones, excreciones y otros menesteres cópicos

La ciudad es en lo sociológico, como el cuerpo en lo biológico, una fábrica de mierda.

Jesús Ibáñez: «Los futuros de la ciudad»
en *Sociología de la vida cotidiana*

La construcción es un eficiente departamento de la gran fábrica de mierda ambiental y social que es la ciudad. Un departamento especializado en evacuar excrementos que no pueden ser reciclados como alimento por la propia ciudad o por el campo que la rodea.

Para empezar, los actores son (somos) especialmente entrópicos a la hora de desarrollar nuestro trabajo: En las fases previas de estudio, proyecto, gestión..., los estudios de arquitectura, las empresas constructoras, los promotores, gestores, tecnócratas, asesores, consultores, financiadores, exportadores e importadores, delegados, notarios, vendedores, editores, impresores, agencias de publicidad y de relaciones

públicas, comisionistas, *brokers*, mensajeros con sus motos y su ruido, banqueros con sus impresionantes automóviles y su ruido, corretores de fincas y su ruido, organizaciones profesionales, etc., consumimos ingentes cantidades de energía a través del uso y abuso de papel, tinta, lápices, mobiliario, ordenadores, teléfono, fax, internet, copias, fotocopias encuadernaciones, folletos, cartas, propaganda, revistas, normativas, publicaciones, calefacción, aire acondicionado, frigoríficos, charlas con representantes, reuniones, visitas de obra, cafés, comilitonas, extremada movilidad, desplazamientos dentro y fuera de la ciudad, viajes rápidos, organización, oficinas centrales y delegaciones, consejos de administración, relaciones públicas, casetas de obra refrigeradas, desplazamientos, teléfonos móviles, sedentarios y para exhibir en sociedad, comilitonas, contratas, subcontratas, destajos y pistoleros, etc. Más y más teléfonos y conversaciones telefónicas, más y más faxes, más y más papel, más y más desplazamientos, transporte y comunicaciones, más reuniones, más cafés, más comilitonas, etcétera. Más y más innecesarias renovaciones de todas las máquinas y herramientas por imperativo de los monopolistas de la informática y en cumplimiento de los mandatos de hacienda.

El proceso constructivo, en cada una de sus etapas, que son capítulos de la formación del conjunto armónico que es un edificio, arroja su correspondiente desbarajuste, desde la llegada de los materiales al tajo hasta la limpieza final de la obra acabada. En cada paso se producen desechos: tierras sobrantes, cabillas y estacas de un solo uso, maderas y plásticos de

embalaje, vertidos no controlados, clavos, puntas mellados, redondos recortados, cintas y redes rotas, andamios, encofrados y moldes deteriorados, montañas de tejas, ladrillos y azulejos descacharrados, masas de cemento y de yeso inutilizables, aparatos sanitarios desportillados, pintura desperdiciada, vidrios rotos, muestras rechazadas, máquinas obsoletas, herramientas gastadas, guantes y botas viejos, impermeables agrietados; papeles, bocadillos inacabados, cáscaras, latas y botellas de plástico, agua y más agua mal utilizada... y sudor, excrementos, accidentes, discusiones, reprimendas, despidos, broncas, y con cierta frecuencia muertes... Todo ello suponiendo que ninguna demolición, ningún desalojo forzoso, ninguna extorsión normativa, ninguna operación fraudulenta haya precedido a la obra nueva.

Y cuando un edificio se termina, se ocupa y se usa, se reinicia inmediatamente el trabajo de la entropía y vuelta a empezar, a intentar recuperar el orden que se pierde. Vuelta a empezar: uso, mantenimiento, conservación, reparaciones, rehabilitaciones, remodelaciones y reconstrucciones. Más actividades constructoras, más oportunidades para el negocio, más oportunidades de trabajo para los profesionales, más ocasiones para los comisionistas y demás ralea, más incitaciones al consumo, más hipotecas, préstamos, avales, pólizas e intereses,... **MÁS EJERCICIOS DE PODER, MÁS OPERACIONES FINANCIERAS, MÁS ENTROPÍA.**

Polvo, escombros, basura, gases, ruidos, olores y todo tipo de residuos que van a parar al vertedero físico, al atmosférico y al social.

Algunas preguntas

El capitalismo de consumo es un sistema especializado en la producción de mierda pura: esto es, de excrementos no reciclables como alimentos: de mierda absoluta (de ruido absoluto).

Jesús Ibáñez: «Los futuros de la ciudad»
en *Sociología de la vida cotidiana*

¿Hace falta seguir construyendo tanto en las ciudades españolas cuando sabemos que la población decrece?, ¿hace falta seguir construyendo así?, ¿a quién le interesa este frenético e innecesario desarrollo de la actividad constructora y el crecimiento desahogado de la ciudad, fuera y dentro de su perímetro?, ¿hace falta colonizar la naturaleza periurbana?, ¿hace falta seguir urbanizando el campo?

¿A quién le interesa urbanizar todo el territorio?, ¿a quién le aprovecha estimular la necesidad de consumo no ya de lo innecesario sino de lo gravoso y alienante?, ¿a quién le interesa declarar imprescindible la opulencia, el derroche, la estupidez de las modas?, ¿en qué privilegiado lugar de los errores de nuestra especie debemos colocar los propósitos declarados de ciertos políticos que quieren pasar a la historia como faraones del siglo XXI construyendo edificios más inútiles que las pirámides y encima mucho menos bellos?, ¿hace falta moverse tanto, tantas veces y con tanta prisa?, y, sobre todo, ¿somos más felices por ello?

El ciudadano vulnerado

Pero tú, que viniste a la ciudad para tener compañía, serás herido por la certeza de que en ningún otro lugar se está más solo, ni más agobiado, ni

transido de tanto ruido inútil, ni de tanta suciedad aplastado.

Joaquín Araújo: *La muerte silenciosa*
España hacia el desastre ecológico

En las grandes ciudades españolas hablar de que, no ya todos, sino alguien disfrute del medio ambiente urbano es una macabra tomadura de pelo porque somos todos los ciudadanos quienes padecemos las consecuencias de la multiplicidad y frecuencia de impactos ambientales que la ciudad, mal parida y, sobre todo, mal gestionada, nos arroja a diario. Como es natural, las consecuencias de esta mala gestión las padecen especialmente los vecinos de los barrios del Sur, es decir, los peor dotados económicamente.

Y, sin embargo, el artículo 45 de la Constitución dice: «Todos tienen el derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado para el desarrollo de la persona y el deber de conservarlo». Me parece que se incumple. Del todos de los derechos estamos excluidos muchos, entre otros los que vivimos en ciudades muy contaminadas y el todos de los deberes es, de hecho, una minoría, es decir, los ecologistas conscientes porque los demás (los que abusamos del coche o de la calefacción, los que no separamos la basura, etc...) nos dedicamos precisamente a lo contrario: a destruir el medio ambiente a diario. Al cumplimiento de esta tarea destructora nos ayudan las autoridades con su desidia y su irresponsabilidad, cuando no con su complicidad culpable. En lo que se refiere al cumplimiento de los deberes, la cuestión nos concierne a todos, individual y

41

colectivamente y en cuanto a los *derechos* la tarea es colectiva y se trata, en primer lugar, de exigir a las autoridades que asuman su responsabilidad y cumplan con la ley. La amarga realidad es que el sufrido ciudadano (muchas veces inconsciente o pacientemente bajo la fuerza de la costumbre) sufre cada día un charrón de impactos que van desde los puramente traumáticos en su sentido estrictamente físico hasta los que deforman su capacidad de asimilación de la información y el conocimiento. Una relación no exhaustiva es la siguiente:

Impactos traumáticos físicos

- aglomeraciones, codazos, empujones, agobio, cansancio
- más calor y más frío
- barreras urbanas provisionales y permanentes
- accidentes

Impactos patológicos

- garganta y pulmones, nervios, alergias...
- estrés

Impactos sensoriales

- el oído: ruido, estruendo, bramido
- el olfato: mal olor
- la vista: fealdad (venta del espacio urbano a la propaganda)
- el tacto: suciedad, insulto al tacto
- el gusto: hamburguesas, cocacolas y repugnancias similares

Impactos psicológicos

- anomía, agresividad, angustia, consuminitis

- transformación del sentido del tiempo
- servidumbre de la opinión, el gusto y las costumbres
- presión de la publicidad (manipulación)
- inhabilitación del barrio o de la vivienda: superficie, condiciones higiénicas, ...
- carencia de espacios libres, de dotaciones, ...
- pérdida de calidad de vida, pérdida de la capacidad crítica
- discriminación, marginación, exclusión

Impactos sociales, culturales, económicos y políticos

- malestar urbano, soledad, insolidaridad, competitividad
- destrucción de las redes locales de relación, información y apoyo mutuo
- injustificada creencia en que todo va bien
- sustitución de la compañía humana por la de los animales antropófilos metamorfoseados en personas
- escamoteo del vecino: ocultación de la persona, carestía de la presencia física
- inmediatez de la miseria (el cuarto mundo); los locos, los guetos, ...
- amenaza de la inseguridad (los delincuentes) y de la seguridad (la policía)
- simplificación del lenguaje, ambigüedad, pérdida de vocabulario, exceso de información manipulada
- agonía de la organización popular

Me faltan espacio y tiempo, y me sobra ignorancia para plantear en profundidad, analizar y someter a discusión los problemas que me

he limitado a relacionar, para ahondar en ellos y dar respuestas. Quedan por formular muchas preguntas fundamentales para entender lo que le está pasando a nuestras ciudades y a nuestros conciudadanos, para entender cabalmente lo que hay detrás del formidable cambio que están experimentando la estructura de la sociedad humana, sus valores éticos, sociales, políticos, culturales y económicos, para predecir lo que se avecina. Quedan muchos interrogantes debajo de la interesada perturbación de la percepción individual y colectiva de paradigmas como la verdad, la libertad, la belleza y la felicidad, incluso en niveles cotidianos como pueden ser el bienestar social, las relaciones personales y la calidad de vida.

Del impacto global al impacto local (una metamorfosis perversa)

La constatación del impacto global

A lo largo de esta discusión he tenido presente, de hecho, a una sola ciudad: Madrid, que es la mía. Sabemos que los problemas ambientales de Madrid se producen también, a mayor o menor escala, con mayor o menor virulencia, en muchas ciudades del Primer Mundo.

Pero como sabemos también que en nuestras ciudades el crecimiento se ha frenado, que los impactos sobre el medio ambiente están más o menos controlados y que la conciencia de los ciudadanos y de los gobernantes se ha sensibilizado un poco, podemos dormir relativamente tranquilos (*tengan paciencia, es-*

tén tranquilos: nuestras ciudades van regular pero van a ir mejor en el futuro, nos estamos ocupando y no se preocupen demasiado porque la crisis es pasajera, la vamos a resolver y no vamos a volver a los tranvías de mulas).

Si colocamos en la balanza del medio ambiente global el centenar largo de ciudades tercermundistas esparcidas por el Mundo (Bangalore, Bangkok, Bogotá, Bombay, Calcuta, Ciudad de México, Delhi, El Cairo, Estambul, Hong Kong, Karachi, Lagos, Lahore, Lima, Madrás, Manila, Pekín, Río de Janeiro, São Paulo, Seúl, Shanghai, Terán, Tianjin, etc...) cuyo crecimiento es imparable, cuyas condiciones sociales y ambientales bordean la catástrofe, cuyos controles sobre el deterioro atmosférico son mínimos o inexistentes, cuya producción de residuos es gigantesca... si consideramos que en un plazo relativamente breve, si Dios no lo remedia, el 80% de la humanidad vivirá en ciudades..., entonces podemos imaginar en toda su magnitud lo que se les viene encima a las generaciones futuras.

Para calibrar a medias ese futuro sería necesario calcular el resultado de la operación de multiplicar la suma de un número incalculable de impactos locales por la suma de las acciones destructoras de cientos de ciudades, incluyendo los demás factores destructores que aunque están localizados fuera de la ciudad son su correlato y la consecuencia de sus necesidades y exigencias. Habría que ponderar la acción conjunta y coordinada de las fuerzas que dan lugar al impacto global que sufre el clima de todo el planeta y que se manifiesta en

fenómenos físicos y químicos innegables como la contaminación atmosférica, el efecto invernadero, el agujero de la capa de ozono, la lluvia ácida, la sequía y las inundaciones, el calentamiento general... todos esos fenómenos que en su conjunto los científicos llaman el «Cambio Climático».

La constatación pública de la existencia, científicamente evidente ya, del Cambio Climático ha sido dificultosa y larga. No obstante, aun antes de que se produjera esa constatación, algunas instituciones reaccionaron positivamente ante las advertencias de los científicos, intentaron informar al público y pretendieron que los gobiernos tomaran medidas para frenar su avance y proteger globalmente al medio urbano y, por tanto, a los ciudadanos de todo el mundo. Así surgieron algunas propuestas, declaraciones y recomendaciones que abordaban el problema en toda su dimensión. Algunos documentos como los primeros informes del Club de Roma, el «Libro Verde del Medio Ambiente Urbano», las primeras directivas de los organismos competentes de la Comunidad Europea, informes y propuestas oficiales, y ciertos acuerdos tomados en las primeras reuniones internacionales para discutir «en la cumbre» específicamente los problemas medioambientales (Río, Osaka, Buenos Aires) apuntan en esa dirección. En teoría no tendría que haber mayores problemas para tomar decisiones locales y empezar a resolver el problema. Pero el Poder, por todos los medios a su alcance, contrataca y lo hace porque se está poniendo en juego su futuro. En consecuencia, aún ahora que el reconocimiento es oficial público y notorio, es frecuente topar

con gentes «generalmente bien informadas» (es decir, influidas por el Pensamiento Único) que ponen en duda la realidad del Cambio Climático, que pretenden desvirtuar los argumentos en que se apoya su reconocimiento, que banalizan sus efectos, que incluso lo niegan radicalmente y ridiculizan, tachándonos de ingenuos, agoreros, antiprogresistas o submarinos de la subversión a quienes lo utilizamos como baza en una discusión sobre cuestiones profesionales como puede ser el ambiente urbano.

El poder contrataca

Las medidas que habría que tomar para controlar el Cambio Climático, algunas de las cuales afectarían a nuestro comportamiento diario (frenar el consumismo, prescindir del automóvil privado en la ciudad, bajar el nivel de confort...) a costa de ganar calidad de vida, convergen en una sola: *reducir el consumo energético* y reducir el consumo energético significa, sin ambages, atemperar el crecimiento económico, es decir, abrir una vía de agua por debajo de la línea de flotación del Nuevo Orden Mundial.

El Poder que nos gobierna en el interior de ese Orden está en el origen de todos los impactos, el global y los locales (que no son sino manifestaciones localizadas y tangibles a diario del global). Su cimiento es el crecimiento de la producción y el consumo (o crece o muere), su fluido vital la energía y, con toda lógica, después de un primer período de lucha para desvirtuar los fundamentos científicos del Cambio Climático en el campo político internacional y frenar su reconocimiento, perdida la

primera batalla frontal, ha adoptado una táctica guerrillera utilizando su arma más versátil y eficiente: el *Pensamiento Único* mediante el uso arrasador de los poderosos medios de información, comunicación y manipulación de la opinión que están en sus manos. El nuevo ataque se produce en todos los frentes desde el económico hasta el psicológico (y, por si todos los argumentos fallan, de vez en cuando, con la capacidad de convicción que le caracteriza, el Poder nos recuerda que los cañones están alerta).

En *economía*, el discurso es brutal, directo, va a por todas: si se frena el crecimiento del consumo, en especial el energético, el Poder preconiza el desastre global, el caos, la vuelta a la Edad Media, el regreso de los brujos, el fin de Occidente; anuncia la miseria absoluta, la muerte de todos por inanición. Es un argumento milenarista, completo, poderosísimo.

En el campo de *la cultura* el ataque es subterráneo, se mueve por la vía de la manipulación del inconsciente. Un ejemplo claro, de sutil intervención lingüística, es la sustitución de términos que pueden producir una cierta alarma social como «*impacto*», generalmente usado en la legislación y la normativa, por otros más suaves que apenas despiertan desconfianza como «*incidencia*» que ha empezado a utilizarse hace unos años como sustitutivo (Plan General de Ordenación Urbana de Madrid). La palabra *impacto* define bastante bien la agresión que se ejerce sobre el medio ambiente: de las cinco acepciones que del vocablo *impacto* recoge el Diccionario de la Real Academia Española cuadra muy bien la primera: «choque de un

proyector en el blanco». Joan Corominas, en su diccionario etimológico, precisa un poco esta acepción: «choque con penetración, como el de la bala en el blanco, s. XIX. (Tomado del latín tardío *impactus*, *-us*, “acción de chocar”, derivado de *impigere* “empujar, lanzar”».) Según la Real Academia la palabra *incidencia* significa: «lo que sobreviene en el curso de un asunto o negocio y tiene con él alguna conexión». El diccionario añade una definición de la locución adverbial *por incidencia*: «por accidente, por casualidad». Y me permito transcribir la 30.ª acepción del sustantivo *incidente*: «cuestión distinta del principal asunto del juicio, pero con él relacionado, que se ventila y decide por separado, a veces sin suspender el curso de aquel y otras suspendiéndolo; caso este que se denomina de previo y especial pronunciamiento». Etimológicamente, Corominas enseña que *incidir* significa «caer o incurrir» (en algo), hacia 1680 (del latín «*incidere*» derivado de «*cadere*»: caer).

45

La segunda y mucho más significativa manipulación cultural por medio del lenguaje es la reducción geográfica del impacto, su metamorfosis de global en local, su domesticación. Una vez más se trata de utilizar la vieja táctica del «divide y vencerás».

En el terreno de la acción estamos asistiendo a una degeneración progresiva de los buenos propósitos iniciales implícitos en la exigencia de la valoración de los impactos mediante la imposición, letal, de la más ramplona burocracia, hasta transfigurar un problema real y gravísimo en un crucigrama que puede resolverse con la más estúpida de las rutinas técnico-ad-

ministrativas. La defensa frente a los impactos generados por determinadas actividades, su neutralización pública se ha convertido en un trámite más o menos engorroso, ha degenerado en la cumplimentación de unos impresos, en la aplicación de trucos de ordenador, en mero papeleo. Hay profesionales que valoran el impacto, lo justifican y minimizan en un pispás, rellenan el impreso con un golpe de ratón informático, sin moverse de su oficina, sin conocer el proyecto destructor, sin dignarse poner el pie en el suelo del territorio amenazado.

Finalmente, en la esfera de *lo psicológico*, Papá Poder nos tranquiliza a diario, amablemente. Con la voz amiga, cálida y convincente del Pensamiento Único, nos dice:

No te preocupes que yo velo por ti, te conozco y conozco tus problemas, defendiendo tus intereses, lo voy a resolver todo con mi formidable poder económico, con mi potente aparato de investigación, con mi increíble tecnología: (CONFÍA EN MÍ).

Hacia una sociedad de baja entropía

Hay optimistas que proclaman que todos los problemas tienen una solución, que las crisis del mundo moderno no son nada más que problemas de principiantes en el camino hacia una opulenta madurez. Hay pesimistas que hablan de una inevitable catástrofe. Lo que necesitamos son optimistas que estén totalmente convencidos de que la catástrofe es ciertamente inevitable salvo que nos acordemos de nosotros mismos, que recordemos quiénes somos: una gente peculiar destinada a disfrutar de salud, belleza y permanencia; dotada de enormes dones

creativos y capaz de desarrollar un sistema económico tal que la gente esté en el primer lugar y la provisión de mercancías en el segundo.

E.F. Schumacher: *Lo pequeño es hermoso por una sociedad y una técnica a la medida del hombre*

Proteger al medio ambiente

Nadie, hoy en día, pone en duda que hay que proteger al medio ambiente. La razón nos dice que si hay que proteger algo es porque otro algo o alguien está amenazando o intimidando, agrediendo, atacando, maltratando, golpeando, malhiriendo, o destruyendo al primer algo. Quizá, incluso está poniendo su integridad o su existencia misma en situación de peligro. Para entendernos voy a llamar *agresión* a la acción que, desde fuera, se está ejerciendo sobre el medio ambiente. No creo que nadie pueda oponerse a que se utilice el término *agresión*, puesto que esa palabra podría definir desde una inocente amenaza hasta una potencial destrucción (incluso, en virtud del Pensamiento Único, ha adquirido un sentido positivo: *hay que ser agresivo*). Así pues, conengamos en que el medio ambiente está sufriendo una agresión. En cualquiera de los supuestos la protección parece necesaria o al menos conveniente. Sobre esta cuestión ya no hay unanimidad, hay quienes piensan que proteger al medio ambiente es meramente conveniente y no urgente y quienes están convencidos de que no sólo es necesario sino imprescindible y urgentísimo. Una tercera cuestión se plantea sobre cuál es el tipo y la gravedad de la agresión que está padeciendo el medio ambiente. Desde que esté simplemente ame-

nazado hasta que su existencia esté en peligro hay una serie de estados intermedios. También aquí las opiniones varían: hay quienes creen que se trata de una amenaza casi teórica y los hay que están aterrorizados porque están convencidos de que la agresión es definitiva y letal.

Muchos, con la fe entregada a la tecnología que reside en las manos del Poder que nos gobierna, creen que siempre habrá una solución, que ellos terminarán por arreglarlo. Otros piensan, que no hay nada que hacer, que es tarde y el Poder indestructible y que la única postura viable es aceptar las cosas como son y procurar sacar el mejor partido de la vida, ir hasta el final participando alegremente en el festín de la destrucción sin mala conciencia, sin preocupaciones (*al fin y al cabo ¿qué han hecho por mí las generaciones futuras?*)

Personalmente opino, junto a muchos otros, que hay que proteger al medio ambiente porque está recibiendo un *impacto*, es decir, *un choque con penetración, como el de la bala en el blanco, global*, es decir, que afecta a todo el planeta Tierra y *definitivo*, es decir, que puede modificar irreversiblemente la composición de la atmósfera de modo que ponga en peligro la supervivencia de la mayoría de las especies animales existentes en la actualidad, entre ellas la humana.

Opino también que la agresión la está provocando el cada vez más acelerado incremento de la entropía, consecuencia del cada vez más acelerado incremento del consumo energético que genera la actividad humana en pos de una concepción errónea del pro-

greso, y que se hace cada vez más indispensable pensar globalmente y actuar localmente, tomar conciencia de la gravedad de la situación, informar, formar, instruir, demostrar, participar y trabajar con ese peso encima; inmediatamente. Y recuperar del fondo de nuestra sustancia biótica el instinto de apoyo mutuo cuyo uso desde hace 4.000 millones de años tan buenos resultados ha dado a la vida para progresar en un medio siempre difícil.

Invocación a la solidaridad

Son demasiadas las preguntas y pocas las respuestas a la incertidumbre que nos embarga, a la decepción que nos nutre, a la desesperanza que nos desertiza. Y, sin embargo, algunos pensamos que todavía existen fuerzas personales y sociales inutilizadas en los últimos tiempos y que proceden del *instinto de apoyo mutuo*. Instinto que puede actuar en defensa de la supervivencia de la especie, y que es, igual que lo es el de la competencia, inherente a la vida y por tanto a todo lo viviente, y por tanto a todas las especies, y por tanto también a la nuestra. Instinto que permanece larvado pero que sigue latiendo en todos y cada uno de los seres humanos bajo la presión de un individualismo culturalmente impuesto. Instinto que se mantiene pese a los esfuerzos que se han hecho para que desaparezca.

Muerta la participación popular reivindicativa, dormidas las asociaciones de vecinos, desconcertados los sindicatos, enredados los políticos y sus partidos en batallitas internas que, al parecer, les son necesarias para so-

brevivir... pudiera ser que haya llegado la hora de la intervención en el teatro de la ciudad de otros grupos, otras asociaciones, otros frentes que batallen para recuperar lo perdido, quizá haya llegado la hora de los ecologistas radicales, los *okupas*, los marginados, los excluidos, los mestizos, los alternativos, los intelectuales rebeldes, los artistas malditos...

Seattle, Washington y Praga son testimonios recientes de una forma nueva y eficaz de intervenir, de asociarse para tomar la iniciativa, de mostrar el descontento, la rabia contra la imposición *antidemocrática*, a todos los pueblos del mundo, de una política y una economía únicas, de rebelarse solidariamente frente a un Poder que no hemos elegido, cuya nombre desconocemos, pero que nos gobierna despóticamente, sin consultar siquiera a sus delegaciones nacionales. Seattle, Washington y Praga demuestran que es posible, una vez más, intentar colectivamente cambiar el curso de las cosas e iniciar el camino hacia una sociedad menos destructora.

A menos que la mentalidad humana valide sus pretensiones de superioridad adquiriendo un mejor sentido del que posee hoy, guste o no, no somos más que grillos en el campo, gritándonos unos a otros. Nuestras palabras no tienen ni coherencia ni ningún otro destino que una ampulosa pretensión de superioridad que ignora totalmente nuestras responsabilidades con los otros seres humanos, la sociedad y la naturaleza. Así como la función no debe ser confundida con el hecho, la potencialidad no debe ser confundida con la realidad. Una gran parte de la humanidad no está ni remotamente cerca de comprender sus potencialidades, y menos aún, los elementos y formas para su realización. Una humanidad irrealizada no es en absoluto una humanidad, excepto en el más estrecho sentido biosocial de la palabra. En realidad, una humanidad así es más temible que cualquier otro ser, porque posee lo bastante de esa mentalidad llamada inteligencia como para destruir la vida sobre el planeta. [...] Aún somos una maldición sobre la evolución natural, no su realización. Hasta que nos convirtamos en lo que deberíamos ser, haríamos bien en tener miedo de lo que podemos ser.

Murray Bookchin: *La ecología de la libertad, la emergencia y la disolución de las jerarquías*

48

NOTAS

¹ Breve noticia de La Bestia

En Madrid, cada semana, un vehículo privado mata a un peatón y hiere a 35

A PIE, asociación de viandantes

La ciudad, sus responsables y ciudadanos en general, bajo la indiscutida LÓGICA DE LA IMPRESCINDIBILIDAD del vehículo privado, rinden a diario sacrílego culto de latría, al pequeño destructor urbano cuya actividad nociva conocen sobradamente. Este paradigma de ineficiencia energética produce gases tóxicos que envenenan el ambiente; emite ruidos; arroja calor y malos olores; exige cuantiosos gastos en pavimentos, aparcamientos, pasos subterráneos, señales de tráfico, pinturas

y barreras; asalta las aceras y los pasos de cebrá; ensucia y descompone los monumentos; provoca un chorro de irritaciones, tensiones, insultos y malos modales; etcétera. Y puede matar, tanto al que va al volante como a sus acompañantes, al del vehículo de enfrente, o al desdichado peatón que pasea. Las causas, razones y argumentos que justifican tanta estupidez, devoción y entrega merecen espacio, tiempo y discurso propios. Quede pues para otra oportunidad esta urgente e imprescindible tarea.

Madrid, 17 de noviembre de 2000

Luis Miquel

CITAS Y PRECIOS

Es muy duro aceptar que durante más de trescientos años hemos recorrido una ruta equivocada, creyendo ciegamente, inconscientemente, que la voluntad de acumulación de bienes, la propiedad individual, el desafío a la naturaleza son inherentes a la condición humana y conducen a su perfeccionamiento; que el incesante furor del progreso crea indefinidamente orden. Más duro aún es comprender que vivimos casi de prestado; que estamos destrozando el precario equilibrio en que colaboramos con un sinfín de seres para mantener las circunstancias milagrosas en que se desenvuelve lo que existe; que se ha terminado una era y no sabemos muy bien qué es lo que hay hacer para clausurarla e inaugurar la inmediata

Lucas Piquer: *Utopía, quimera e invitación a la subversión* (1995)

[...] y ante la precisa respuesta del barredero no tuve más remedio que reconocer la profundidad de las verdades científicas enunciadas por Carnot: que los innecesarios excesos de nuestra sociedad, la confusión entre las necesidades y los lujos, la desmedida valoración de la confortabilidad, la facilidad con que damos rienda suelta a nuestros caprichosos y desmedidos deseos de lujo, [...], todo el armazón que soporta nuestro ocio y endulza la satisfacción de nuestras pasiones, nos conducen irreflexivamente a un género de destrucción de la materia, a una misteriosa forma de dilapidación de la vida cuya vía de despliegue y de confrontación con otros comportamientos primitivos nos es reconocible pero cuyo fin se nos oculta

Marcel Proust: *La fugitiva*

... pero cualquier actividad natural o humana es entrópica. Eso no tiene remedio, es la inapelable ley que fatalmente conduce al fin. Sí tiene remedio la ferocidad con que lo aceleramos. Procuremos ser, por tanto, menos feroces, menos ávidos, menos derrochadores, menos estúpidos; más mesurados, más económicos, más discretos, más

inteligentes. Intentemos ser un poco más felices y hagamos lo que esté en nuestra mano para dejar algo más de tiempo, de espacio, de posibilidades de supervivencia a nuestros biznietos y, si pudiera ser, a los biznietos de los biznietos de nuestros biznietos.

J. Cahen, Reflexiones sobre las «Reflexiones de Leonard-Sadi Carnot sobre la potencia matriz del fuego» (1828)

arenga final

Se puede dar la vuelta a la tortilla: impacto medio ambiental podría querer decir también que el medio ambiente impacta sobre algo, choca con algo, es decir su integridad choca, como un proyectil, en el blanco de los intereses del Poder. Lancemos el medio ambiente como una bala contra el Nuevo Orden Mundial]

El poeta, dramaturgo, filósofo, médico y político, orador consumado y ardiente demócrata presocrático EMPÉDOCLES DE AGRACAS autor del tratado sobre la naturaleza dijo a mediados del siglo v antes de J.C.:

[todas las cosas] ... jamás cesan en su constante cambio, conviniendo unas veces en la unidad por efecto del Amor y separándose otras bajo el odio de la discordia [...] ... el mundo está ahora durante el reinado de la discordia como lo estuvo antes bajo el dominio del amor

Circula tanta información y está tan adulterada que, o bien no podemos asimilarla, o bien si la asimilamos nos intoxica. Las diferencias que fundaban los valores han sido abolidas: la diferencia entre bello y feo por la moda, la diferencia entre verdadero y falso por la publicidad, la diferencia entre lo bueno y lo malo por la política. La televisión y las revistas del corazón son el pasto habitual de la mayoría de nuestros conciudadanos.

Jesús Ibáñez: «Los futuros de la ciudad» en *Sociología de la vida cotidiana*



ECOLOGÍA DEL AMBIENTE ARTIFICIAL

Angelique Trachana

Haciendo un marco de la perpetuación del conflicto histórico entre civilización y naturaleza, la autora señala los cambios producidos en la consideración de los recursos naturales por el sistema productivo capitalista. La evolución de un concepto de «mercancía» hacia la «terciarización» de los recursos sigue contemplándose desde la única perspectiva de la explotación, más del consumo que de la producción hoy, que convierte los ambientes artificiales en insostenibles. La conservación y la naturalización de los sistemas urbanos ha de ser, por tanto, el objetivo de las políticas urbanas.

Conflicto entre civilización y medio físico

Los problemas medioambientales debidos al hiperdesarrollo urbano, considerado como índice del progreso civilizador y siempre justificado en términos de desarrollo económico, están llegando a un límite a partir del cual la propia existencia humana estaría en peligro. La filosofía del progreso ilimitado que ha proporcionado sustrato de legitimación a los modos de producción capitalista se ha comprobado que no contempla en absoluto la relación entre el hombre y la naturaleza. La idea de la producción sin límite con sus consecuentes consumo de *recursos naturales* y emisión de *residuos*, basada en una hipótesis de bienestar para la mayor parte posible del mundo, se ha demostrado no solamente insostenible sino falsa. De hecho una parte del mundo vive en la abundancia reprimiendo la otra parte. El con-

cepto de *calidad de vida*, acuñado en el contexto posmoderno, una vez desplazado el «Estado de bienestar» moderno, está asociado a valoraciones y características concretas de la vida urbana, a ciertos estilos de vida, a impregnaciones ideológicas dominantes; realmente está asociado a productos, servicios y ambientes proporcionados por el medio urbano que constituye el paradigma de vida universal y globalmente difundido. De la interacción directa e indirecta de ese proceso civilizatorio con la naturaleza surgen los problemas medioambientales. El cuestionamiento, por tanto, de los descriptores de la *calidad de vida* socialmente aceptados y la introducción de conceptos asociados a la *calidad del medio ambiente* sería el campo de confrontación donde explorar soluciones verdaderas a los problemas que no olvidemos son habitualmente de una doble índole: los problemas ambientales implican problemas sociales y viceversa.

51

Unas consideraciones previas nos llevarían a un concepto ampliado del significado y alcance de los *recursos naturales* que contenga los que podrían llamarse «nuevos recursos de la era urbana», es decir, la consideración del ambiente urbano como sistema o subsistema de elementos naturales y artificiales altamente interrelacionados. Daríamos entonces cuenta que los recursos naturales en nuestra civilización occidental moderna entran en interacción con las creaciones artificiales desde la única perspectiva de la explotación y la creación de plusvalía. La consideración del capitalismo respecto a los productos agrícolas, forestales, pesqueros, minerales, el agua, el suelo, ha sido exclusivamente la de *mercancía* con una evolución hacia el *servicio* que incluye el recreo, los transportes por tierra, por agua o por aire, etc.

52

El significado de los recursos naturales ha ido cambiando a medida que las economías nacionales evolucionaban a partir de una base agrícola hacia una industrial, hasta que ese fabuloso desarrollo de las actividades terciarias ha hecho que los recursos naturales hayan sido reducidos en importancia relativa, a la vez que ha ido ampliándose el concepto de «recursos naturales» abarcando una renovada noción de *recursos de amenidad*. Esa noción podría reflejar la particular yuxtaposición de clima, suelo, agua (costa, playa), vegetación, etc., *atractiva para la localización* de actividades económicas, hábitat, ocio, etc. De ese modo, podemos decir, que tanto los recursos tradicionales como los nuevos recursos ambientales participan de los procesos de producción urbana, en lenguaje economicista, así entran en

la función de utilidad, siendo ésta su consideración social.

Pero el defecto de la economía capitalista radica en el supuesto de que las funciones de utilidad de los seres humanos individualmente considerados entran en conflicto. Los nuevos recursos pueden producir efectos directos o indirectos externos. Éste es el caso cuando una industria lanza sus residuos al aire o al agua, cuando un edificio priva del sol a otros edificios, cuando los aviones rugen sobre una zona residencial de la ciudad, cuando un automóvil añade congestión en la autopista o cuando una nueva gran sucursal ocupa una zona verde a las afueras de la ciudad. Esos problemas se agudizan en los ámbitos de las economías neoliberales y globalizadoras que debilitan los Estados nacionales y eclipsan la esfera pública. Desde la perspectiva economicista, los temas de «interés público», los problemas «sociales», los problemas de escala y carácter «local», que a principios del siglo ocuparon la reflexión en torno a la planificación de la ciudad, están en plena crisis. La ideas en torno a un posible *proyecto de ciudad* con todas sus funciones definidas e interrelacionadas, como si de una gran máquina se tratara, están bajo sospecha. Obsoleto, según parece el paradigma de la modernidad, no se ha inventado otro modelo de ciudad. Dejados en manos del mercado, los procesos urbanos se presentan como un fenómeno generalizable de urbanización indefinida, homogeneizada y fragmentaria. El crecimiento urbano se concibe como una producción eminentemente lucrativa y se afronta como un problema de naturaleza meramente técnica.

Los problemas medioambientales causados por la superurbanización a nivel global están corroborados así por la ausencia de un poder capaz de vigilar e intervenir en la anomía de la producción capitalista. La limitación de los poderes públicos sobre las actividades y producciones privadas impide que se desarrolle una política medioambiental coherente a lo largo de un período de tiempo sustancial. Los problemas del impacto visual, de la polución atmosférica, de la contaminación de los ríos, el transporte de masas, los barrios degradados, exigen conceptos sociales amplios y complejos que constituyan una base para la acción pública. A cambio, los planes urbanísticos acogen conceptos vagos y contradictorios, de difusión mediática. A nuestro entender, los conceptos de «desarrollo sostenible» y «urbanización sostenible» constituyen verdaderas paradojas y mitología para la difusión de masas.

De la apropiación, puesta en tráfico e intercambio global de mercancías no escapan siquiera los recursos naturales aquellos que han sido «bienes libres» y gratuitos en un sentido socioeconómico, aquellos que no se hallan directamente sujetos a la propiedad y al intercambio, que son los recursos llamados nacionales: el aire puro, el sol, el agua, el espacio tridimensional incluyendo el espacio de navegación aérea, del espectro de la radio, de los satélites, así como el suelo urbano y el espacio subterráneo. Según el nuevo concepto de la industria de servicios, que tiene cada vez más peso —tanto en términos de fuerza de trabajo como de participación en el producto bruto— la tendencia es considerar e interpretar los aspectos cualitativos del medio ambiente

como esencialmente importante únicamente para el *consumo* (y no para la producción).

El medio urbano constituye una auténtica planta productiva de servicios que debe considerarse como una serie de *redes* interrelacionadas de formación, investigación, comunicación, transporte, uso del agua y del aire y otros muchos procesos que incorporan el capital supeeditando la productividad totalmente a la *eficiencia* de la «planta» urbana. Los geógrafos, los economistas, los ecólogos urbanos definen generalmente los asentamientos urbanos, ciudades, metrópolis o megalópolis en términos de sus características nodales; como áreas físicas de intensificación de *flujos*. En ese sentido, la gran urbe se concibe como concentración de actividades productivas, servicios especializados y población de personas que prefieren vivir en comunidades que suministran gran número de servicios, medios y amenidades. Pero la *centralidad* como medida de economía, según una lógica que los servicios y medios más costosos pueden repartirse entre una elevada población, se distorsiona por la dispersión urbana hoy sin precedentes. La comprensión de lo urbano como sistema autocontenido y altamente interrelacionado entra en contradicción con el sistema de autopistas que atraviesan fracturando los centros urbanos, la extinción de los espacios libres, la continua urbanización de nuevas zonas y construcción de nuevas autopistas a través de los parques, zonas verdes y agrícolas, las telecomunicaciones y la información que producen relaciones independientes de la estructura espacial y la forma de entender hasta ahora la cohesión social.

Pero la cuestión de la cuantía de las *pérdidas* y los *costes* paradójicamente se trasladan en otro lugar que es aquel de la producción que se puedan –quieran– soportar por las exigencias y limitaciones por consideraciones ecológicas. La localización de las industrias, la eliminación de los residuos industriales, el uso discriminado del suelo, la limitación del tráfico se enfrentan con la propia base de autonomía de la «planta» productiva. Así la «planta» urbana se reproduce como una gran devoradora de recursos –suelo, energías, agua, materias orgánicas e inorgánicas de todo tipo– y gran contaminadora a través de sus residuos. El modelo globalizador-homogeneizado de urbanización expansiva desarrollado sobre la base de la *movilidad* motorizada, las densas redes de *infraestructuras* y la concentración de los equipamientos en grandes superficies de *socialización*, es decir, de *consumo*, –grandes centros comerciales, foros de espectáculos, turismo de masas, etc.– está produciendo transformaciones territoriales tan radicales y extensas –territorios de las grandes metrópolis, territorios nacionales, los litorales, etc.– como sociales, incidiendo en los hábitos cotidianos, y culturales sin olvidar los cambios producidos en la atmósfera –el clima–, cambios antes desconocidos. Sus consecuencias negativas en lo social son tan relevantes como las referidas al medio ambiente. Y ese modelo urbano del mundo civilizado se transfiere sin reparos al mundo en vías de desarrollo.

Es evidente que es necesario un cambio de punto de vista; una nueva filosofía para pensar la relación entre sociedad y naturaleza; pensar sobre todo los problemas medioambientales

en términos de sociedad. Las decisiones políticas deberían adoptarse tras una apreciación global de los factores de producción así como los de consumo, partiendo de la base de que unos rendimientos óptimos sólo pueden obtenerse en una interacción inteligente de elementos naturales y elementos artificiales; deberían comprender y respetar principios ecológicos básicos para que los costes a la larga no sean extremadamente altos. En ese sentido, habría que pensar en términos, por ejemplo, de uso de la tierra agrícola en las afueras de las ciudades tanto como espacio abierto y de recreo, como para la producción agrícola; de conservación de los bosques para que puedan respirar las ciudades; de mantenimiento de la pureza de las aguas de los ríos como biotopos que mantienen la continuidad del ecosistema. Pero la producción urbana que somete, manipula y «desnaturaliza» la naturaleza, constituye un sistema altamente ineficaz e incongruente tanto desde el punto de vista de la conservación medioambiental como desde los puntos de vista social, económico (no desde el punto de vista de las economías privadas) y cultural. No hay que olvidar el ocaso cultural a favor de la «civilización». En ese sentido, la *terciarización de los recursos* naturales se efectuó distorsionando además su valor cultural. El caso más claro se observa en el turismo de masas, que incide primero transformando el significado tanto de los monumentos como el de los parajes naturales y después degradando su materialidad.

Se hace por tanto necesaria una planificación a gran escala que establezca las directrices de los diferentes desarrollos bajo una visión com-

pleja; tendría, en todo caso, que tender hacia la definición de un límite óptimo del crecimiento y hacia una forma urbana reconocible con la que se identificaría una sociedad. Las estrategias a seguir al respecto tendrían que basarse sobre potenciación de los servicios públicos, los usos múltiples, eficientes y compatibles del suelo, la adecuada densidad y continuidad en el espacio de la edificación y sobre una base de economía en cuanto a infraestructuras de movilidad frente a la dispersión, la segregación y especialización de los sectores urbanos y el derroche público en infraestructuras. Una estructura urbana coherente sólo se puede proyectar sobre la base de una cohesión social. Exigiría por tanto de una visión multidimensional y ecológica que haga predominar la diversidad de factores urbanos frente a los principios de simplicidad y homogeneidad que guían las decisiones políticas siempre determinadas por las presiones económicas. Es necesario contemplar el medio ambiente urbano como un sistema o subsistema autocontenido, altamente interrelacionado, donde lo natural y lo artificial forman un sistema de relaciones complejas y donde habita el ser humano organizado en sociedad.

Ambiente artificial

La urbanización acelerada del planeta es el eminente problema al que tenemos que enfrentarnos. La población mundial está ya casi dividida en dos mitades iguales, la de los habitantes urbanos y la de los habitantes rurales. Para desdramatizar el problema de la *superpoblación urbana*, y a falta de soluciones alternativas, se ha recurrido a una especie de fór-

mulas-exorcismo: la «sostenibilidad», la «ciudad sostenible», el «desarrollo urbano sostenible». Mumford no otorga ninguna sostenibilidad al modelo actual de crecimiento urbano. En el segundo volumen de *The Myth of the Machine*, que lleva el significativo título de «The Pentagon of Power» se muestra extremadamente escéptico. «¿Sostenibilidad de un ambiente urbano? La ciudad es tan sostenible como lo puede ser un derrumbe: basta no pasar por debajo cuando se hunde la ladera». Basta saber y recordar que durante los años cincuenta, cuando preparaba el proyecto de *The City in History*, las ciudades mayores eran Nueva York, Londres, Tokyo y París, y considerar que en los años noventa, cuando se acercaba el fin de su larga existencia, varias ciudades como la Ciudad de México, Tokyo, São Paulo, Nueva York, Shangai o Calcuta contaban con 10 millones de habitantes. Doce megalópolis frente a las cuatro de 1950, y con la perspectiva de convertirse pronto en veinte. Mumford sabía, por otra parte, que los números reales superaban los oficiales: El Cairo que tenía oficialmente 12 millones de habitantes, contaba en realidad con un número entre 13 y 15 millones; Karachi, con menos de 10 millones oficialmente superaba ampliamente los 13.

La relación entre población urbana y población humana en Estados Unidos, Europa y en América Latina es ya la del 75% con la perspectiva de aumentar hasta el 80% en el año 2010. Para Betini, la aproximación al problema cuando se está en favor del desarrollo, definiéndolo siempre como «sostenible», es falsamente pragmática, como lo es la de los

políticos quienes piensan que para resolver los problemas de la urbanización basta con construir más infraestructuras. Con el «invento de la sostenibilidad» se trata de minimizar el efecto del *impacto ambiental* disimulando la incapacidad de desarrollar una teoría válida para afrontar los problemas medioambientales en conjunto. Una teoría válida estaría basada en el modelo de la *ecosystem ecology*, que contempla todo sistema urbano como un ecosistema.

56

El fracaso de la ciencia ambiental se debe a que no es capaz de proporcionar instrumentos adecuados para controlar todos los parámetros de un *ecosistema urbano* (Benjamin Colley). El término de *ecosistema* (Tansley) señala un equilibrio entre los organismos y el ambiente abiótico y es aplicable a la ciudad. Según Mumford, la ciudad «no tiene más que un fin: poner la técnica a disposición de un proyecto humano; reconducir la velocidad, la energía, las grandes magnitudes a niveles de rendimiento que sean humanamente aceptables y asimilables» (*The Urban Prospect* 1956a).

Las consideraciones de la naturaleza al diseño de la forma de la ciudad, las contribuciones del río, de la bahía, de la colina, del bosque, de la vegetación, del clima, junto con la historia y la cultura de las gentes del lugar, son los significados aquellos que dotan de sentido la forma urbana, que confieren unidad indisoluble de la ciudad con la región y continuidad entre el ambiente rural, el ambiente urbano y la arquitectura.

El paradigma de la Edad Media, tan fértil en tecnología y en invenciones, ofrece a nuestra sociedad excesivamente científica e infor-

mada, una imagen de ciudad que reflejaba la imagen del hombre, una ciudad inconscientemente ecológica. De hecho, las restricciones a la expansión de la ciudad medieval eran debidas más a condiciones naturales y sociales que al cerco amurallado: más a los límites de la disponibilidad de agua y de la producción de alimentos, a los límites impuestos por las ordenanzas municipales y reglamentos de las corporaciones, a los límites de los transportes y de las comunicaciones. Ésta sería la visión contrastada a la producción en serie y el automatismo humano que establece el sistema de poder como constelación de fuerzas nuevas y de intereses con una megaestructura tecnológica aparentemente perfeccionada y potencialmente extensible a escala planetaria. Esa estructura ha destruido las normas y límites de una cultura más humana. La ciudad transformada en megalópoli se muestra indiferente frente a las normas, finalidades y necesidades humanas funcionando en el mejor de los casos según los principios del «pentágono» (Poder, Propiedad, Publicidad, Personalidad, Progreso), en un sistema que es, al mismo tiempo, desierto ecológico, cultural y personal (Mumford, *The Myth of the Machine*).

Esta ciudad nace del postulado según el cual el hombre tendría una sola pero fundamental misión en la vida: la conquista de la naturaleza, la aceleración de todos los procesos naturales, o sea, el control abstracto del tiempo y del espacio. Entonces emerge la megalópoli sin orden ecológico: crecimiento más veloz, transportes veloces, comunicaciones instantáneas, abolición de la naturaleza, que se entiende sólo como una barrera, sustitución arti-

ficial de los procesos y productos naturales, y reducción de la biodiversidad, que es reemplazada por productos uniformes. La urbe es un artificio deliberado, determinado por convicciones ideológicas y presiones económicas. Esa necesidad de conquistar la naturaleza, que no es inocente como esgrime Mumford, debería ser sustituida por la necesidad de que la naturaleza conquiste la ciudad.

Recordando otra vez los postulados de Platón y Aristóteles, la *polis* debe crecer sobre la base de un desarrollo controlado como el mundo orgánico. El control de la evolución urbana a través de las nuevas colonizaciones en la antigua Grecia constituye el primer reconocimiento práctico de la existencia de un límite al crecimiento de la ciudad. Igualmente, los urbanistas actuales, al definir funcionalmente la ciudad, ya saben que superficie y población no pueden crecer indefinidamente sin destruir el concepto de ciudad y sin imponer un nuevo tipo de organización urbana para la cual se necesita todavía encontrar una forma adecuada a pequeña escala y un esquema general a gran escala. Aristóteles detectaba también las razones por las cuales la evolución de la polis helénica aparece interrumpida y esas razones se adaptan perfectamente a la situación actual: la incapacidad de comprender la contribución del esclavo, del obrero de la industria, del extranjero y del bárbaro, o sea, del resto de la humanidad (Política). La civilización helenística expresada a través de la ciudad pasa de un desorden maleable a una elegancia organizada. «La ciudad helenística con su red sistemática de calles, sus agregados sucesivos de teatros y baños, su mejor abastecimiento de agua

elevó el nivel material de la vida de la población en general». La heredera de su espíritu y su forma, sería según Mumford, «la ciudad romana, el preludio de la ciudad moderna, comercial y burocrática, una ciudad donde todo, incluso lo negativo, es a gran escala». «La paz y la justicia de las cuales los romanos se envanecían tenían un fundamento real, exactamente el mismo que la libre competencia en una situación de control monopolístico y de consumismo forzado tal y como impone hoy el estilo de vida americano».

De las aportaciones helénicas también es fundamental la lección hipocrática del *Tratado del aire, del agua y de las ciudades* que nos enseña los conceptos fundamentales de la higiene pública con relación a la elección de localidades en las cuales construir o elegir para la planificación urbanística, la necesidad de orientar caminos y edificios para evitar el sol estival y aprovechar el viento refrescante, así como el fin de disponer de fuentes de agua pura. Pero quizá de las enseñanzas griegas la más importante es la mensura: «el metro» griego, con un sentido de escala, es una enseñanza de política democrática ya que la democracia sólo puede ejercerse en una escala reducida de población y territorio. La salubridad y la amenidad de los ambientes de pequeña escala se contraponen así al fundamento autoritario de las grandes urbes de hoy.

El nuevo modelo de equilibrio ecológico podría surgir, sugiere Mumford, sobre la base del paradigma medieval, todavía presente hoy, en el cual ciudad y campiña forman un todo único. Pero nuestra cultura actual se basa sobre la cultura barroca: la imposición de una in-

teligencia artificial sobre la naturaleza. El orden barroco que domina hasta hoy es la captura del poder político y financiero, con el rico que enseña y el pobre que contempla; la nave de la iglesia que se transforma en la bolsa; el jardín barroco que se transforma en símbolo de la urbanística; los elementos naturales que se subordinan al diseño geométrico. El urbanismo que se define desde el siglo XIX no considera la ciudad una institución pública sino «una empresa comercial privada encaminada a garantizar un mayor flujo de dinero y un continuo aumento del valor del terreno con la inexorable destrucción de todos aquellos elementos naturales que alegran y refuerzan el ánimo humano en su cotidiana existencia. Se vuelve dominante la expansión cuantitativa.» La industrialización crea el ambiente urbano más horrible jamás visto y la transformación más profunda de los individuos. Todo individuo emprendedor intenta, en su pequeña esfera, transformarse en un dominador de la realidad: típica construcción de la nueva economía. «Con el tiempo esta pasión por las cosas feas llega a ser para el hombre urbano, una segunda naturaleza.»

58

La superpoblación y expansión urbana, la forma suburbana (que reproduce un esquema antiurbano), la incapacidad de recrear la ciudad-región, las funciones urbanas que se modelan alrededor de las autopistas (interiorizando el discutible concepto de que velocidad y energía son deseables *per se*), la destrucción de la ciudad por la organización privada, la pobre solución tecnológica de ofrecer una sola opción al problema de los transportes (el automóvil), constituyen hoy la verificación de

las predicciones de Geddes en los cincuenta. «La concentración de poder urbano y el dominio de la economía metropolitana (la población urbana ya supera la población rural y el área ocupada y ocupable por la expansión urbana el área rural en el mundo occidental) ha caracterizado muchas veces el final de un ciclo clásico de civilización, precediendo inmediatamente la caída.» (*Ciudades en evolución*).

«Los modelos de análisis de los economistas y sociólogos tienden a considerar la megalópolis universal, mecanizada, estandarizada y completamente deshumanizada como meta final de la evolución urbana excluyendo de sus análisis los datos observables en la biología, en la antropología y en la historia; datos que destruirían sus permisos y rectificarían tal vez sus conclusiones.» «Antes que llevar la vida a la ciudad, estos ingenuos apóstoles del progreso se preocupan sobre todo de esterilizar la campiña, con el resultado de asesinar la ciudad.» «La ciudad se ha sustituido por una no entidad: la conurbación, el mundo metropolitano, un mundo virtual, hecho de papel, tinta y celuloide en lugar de carne y de sangre.» Mumford como alternativa piensa que la reestructuración de una densa red de nuevas tecnologías no contaminantes, en particular para las energías, y las conexiones informáticas, podría constituir una vía a través de la cual transformar los objetivos sociales, fomentar la cultura de la ciudad y su transmisión de una generación a otra, no sólo como modelo de organización material, sino también como modelo humano necesario para alargar y transferir esa herencia.

Ecosistema urbano

Los problemas del ambiente urbano no son únicamente problemas de contaminación, de impacto de la edificación y de la naturaleza y fauna en la ciudad. Son, sobre todo, cuestiones relacionadas con la falta de administración de los ciclos energéticos y, por tanto, con la perpetuación de la ciudad como sistema altamente disipativo. Así que no basta relacionar los consumos energéticos con la contaminación atmosférica y con una utilización más eficiente de la energía en el planeamiento de nuevas construcciones, con las normas de aislamiento de los edificios para una mayor eficiencia de la calefacción, o con la producción combinada de calor y electricidad. Ésa es la nueva filosofía que se refleja en el Libro Verde de la Comunidad Europea. Para sus redactores es necesario considerar en primer lugar la planificación energética de la ciudad pero, por otro lado, la burocracia de Bruselas y sus consultores científicos no trascienden en sus consideraciones de la naturaleza en la ciudad como elemento simbólico y como hábitat marginal; no como área de transición de todos los valores a determinar. (Betini)

La ciudad es un sistema complejo de componentes con interacciones caóticas y debe considerarse un sistema abierto que intercambia energía e informaciones con el ambiente que la rodea. Toda teorización sobre modelos urbanos desde las perspectivas de la sociología, la historiografía del arte, la urbanística, la antropología, la arqueología, la filosofía o la historia de la economía están destinadas a fracasar. La ciudad se gesta por dinámicas caóticas como las que modelan los litorales costeros.

Son las fuerzas que regulan los procesos económicos, monetarios y políticos. ¿Como planificar el caos? ya que caos y *laissez faire* son sinónimos. (Mumford, *The Myth of the Machine*)

Hoy urbanistas, sociólogos, geógrafos urbanos y ecólogos aplicados para comprender el fenómeno urbano recurren a la matemática de los sucesos caóticos. Para ello, tienen que dar un salto cualitativo fundamental; deben tratar de conocer la realidad urbana en sus manifestaciones desordenadas, en sus más escondidas intenciones, en sus múltiples superestructuras artificiales. Pero este modelo de conocimiento y de análisis no sirve para proyectar. La ciudad resulta así una realidad ingobernable e insostenible que no se puede encerrar en un proyecto. Pero el estudio de las atípicas leyes matemáticas del caos aunque no puede explicar todos los aspectos que contribuyen a formar la esencia de los sucesos en el ámbito urbano, sí podría como aplicación metodológica mejorar el nivel de debate. A través de la *lectura entrópica del ambiente urbano*, Bettini, por ejemplo, ha tratado una definición de la *ecología urbana*, una vez establecida la nueva dimensión analítica de la ciudad como ecosistema, en términos multidisciplinarios. Esa disposición podría resultar fructífera frente a la de la arquitectura y la del urbanismo. Posiblemente el problema irresuelto de la ciudad esté causado en gran medida por una cultura arquitectónica que mira única y exclusivamente a sí misma.

La ciudad considerada como un *ecosistema* (Douglas) responde a una analogía metabólica que explica el papel parasitario de la ciudad

como requeridora de recursos naturales del medio ambiente que se consideran como flujos. El *metabolismo urbano* (Abel Wolman) ofrece una lectura del organismo urbano según la cual los innumerables flujos que entran y salen de la ciudad, lo hacen con tres *inputs* y tres *outputs* comunes: agua, alimentos y combustibles; aguas residuales, residuos sólidos y contaminantes atmosféricos. Así se han podido demostrar las fuertes presiones de lo urbano sobre el ambiente natural y sobre los habitantes. Los graves procesos e impactos que provocan se ha podido determinar y cuantificar con sofisticados sistemas y dispositivos tecnológicos que se han adoptado. Pero después de eso todavía no se ha podido examinar críticamente el conjunto de los parámetros que podrían condicionar y orientar las opciones de planificación y gestión territorial, lejos todavía de una solución razonable salvo escasas excepciones. Eso se evidencia en el deterioro general del medio ambiente cuyos efectos más notables se representan por las ciudades industriales en plena decadencia; la expansión urbana y el requerimiento cada vez mayor de redes infraestructurales; las industrias contaminantes trasladadas en el tercer mundo; toda una serie de procesos que significan una aceleración de los flujos de energía y un aumento de desorden que escapan a casi cualquier control.

El nuevo *modelo entrópico* de ciudad hay que imaginarlo como una polarización opuesta a la ciudad preindustrial. Si los primeros ecosistemas urbanos crecieron al lado de los grandes cultivos de cereales que hasta finales del siglo XIX continuaban siendo la principal contribu-

ción energética, si los muros de las ciudades, además de representar un sistema defensivo, constituían un «límite último», algo que las ciudades no podían sobrepasar sin hacer resentir el equilibrio de su modelo energético, ese modelo se ha perturbado completamente por la creciente urbanización moderna. Los territorios urbanos de Occidente y Sureste asiático se sostienen hoy gracias a una especie de colonización del mundo. La llamada *huella ambiental* de las megaciudades de hoy o área de influencia o dependencia energética es algo tan difuso como la *aldea global*, considerada desde el punto de vista cultural e informativo.

Resolver el problema de la entropía de los entramados urbanos, aldeas altamente disipativas por su artificialidad y complejidad significaría entonces dedicarse a frenar las pérdidas energéticas más evidentes de un sistema disipador limitando el gran consumo energético de los edificios y de los transportes. Pero lo que hoy día parece que constituye un paradigma de irracionalidad y de caos, es una virtud de desarrollo y una necesidad de bienestar. Así lo demuestran los modelos arquitectónicos que se presentan como vanguardia y las políticas en infraestructuras que potencian el transporte privado.

En el contexto de globalidad que lo es también de complejidad, lo urbano interviene como desastre entrópico con la simplificación o anulación que produce en algunos nudos fundamentales de las complejas interrelaciones ecológicas. Los procesos urbanos modelizan simplificando el medio ambiente, sometiéndolo así en una mayor inestabilidad, sustrayéndole defensas, acelerando sus procesos

de degradación. La urbanización dispersa al haber interrumpido a la vez sus propias relaciones y cualquier tipo de correlación con el sistema natural, al no estar diversificada en términos estructurales, al haber perdido cualquier individualidad y por ello su propia complejidad, ha perdido también su flexibilidad y ya no consigue adaptarse a las modificaciones ambientales; fuertemente especializada y homogeneizados sus procesos a nivel global presenta una vulnerabilidad muy acentuada y peligrosa frente a una realidad natural de sistemas físicos absolutamente diversos (Betini). Las tan frecuentes catástrofes naturales así lo evidencian. La simplicidad de los planteamientos técnicos que resultan incapaces de captar y responder a la complejidad de los procesos naturales (los cursos naturales de las aguas, la estructura del suelo, el régimen de los vientos, etc., sometidos a forzadas modificaciones como la deforestación, la impermeabilización y pavimentación de grandes áreas, la edificación) están provocando cambios climáticos a nivel global debidos al aumento de la temperatura y la contaminación atmosférica.

«Naturalidad» del ambiente urbano

En el transcurso de la historia evolutiva de la tierra ha habido disminución de la entropía gracias a la capacidad de capturar energía solar a través de la fotosíntesis y de irradiarla al espacio como energía infrarroja. Si esto se impidiese, y la superurbanización contribuyese aceleradamente a ello emitiendo gases de efecto invernadero, tendríamos una decadencia de la biósfera hacia el estado de equilibrio,

esto es, hacia la muerte térmica. Pero las megalópolis, que están creciendo como inmensas e informes masas de cemento, parecen no tener en cuenta los *inputs* energéticos requeridos para ponerlas en funcionamiento ni la masa de residuos que dejan como estela en el medio ambiente. Pese al aparato que se está desarrollando tanto en el ámbito de la política ambiental de la Unión Europea como globalmente, salvo algunas contribuciones a los balances parciales, los estudios ambientales que se llevan a cabo no trascienden de la especulación teórica y los modelos ideales (Betini p. 117).

Paradójicamente Hong Kong fue la primera ciudad objeto de una investigación sistemática en los años setenta sin que ello haya servido para mejorar su contexto ecológico. Hong Kong es una de las urbes más antimumfordianas de la historia de la humanidad. Basta con decir que si en las zonas metropolitanas, que tanto se asemejan unas a otras, los espacios residenciales por persona raramente alcanzan 10 m², en Hong Kong la superficie personal efectiva no supera los 3,5 m²; tiene un ciclo ininterrumpido de demolición-construcción que destruye cada año un 0,6% de lo construido, mientras que el volumen edificado aumenta un 5%. Evidentemente no se puede esperar que los equilibrios de mercado coincidan con los equilibrios ecológicos. Para un auténtico cambio de tendencia habría de alcanzar un nuevo paradigma distinto del «desarrollo sostenible» dentro de una nueva disciplina conocida como «economía ecológica». Desde esa perspectiva se sustituiría la prioridad de la renta inmobiliaria por los principios ambientales en búsqueda del «equilibrio urbano sostenible» (Tiezzi).

Las condiciones físicas del equilibrio ambiental debían ser impuestas al mercado sobre la base de datos cuantitativos fijados a nivel global. El modelo Newcombe indica en ese sentido: la necesidad de mejorar el rendimiento energético a nivel individual o doméstico; la necesidad de un diseño arquitectónico más eficiente a nivel global; la necesidad del abandono del transporte privado independientemente de las mejoras en la eficiencia de los motores (Betini p. 123).

62 Pero, sobre todo, hay que desarrollar políticas para limitar el desarrollo urbano. Promover la rehabilitación del patrimonio construido y favorecer aquellos modelos urbanos, morfológicos y organizativos adaptados al medio físico (suelo, clima). El paradigma de los centros históricos que hoy día parecen como la única ciudad sostenible, que consideran los factores del clima y del microclima en la edificación (insolación, temperatura, humedad régimen del viento) debía reconducir hacia un camino de conseguir el equilibrio urbano sostenible con un control de los usos de energía y con una disminución de los impactos ambientales.

Una cultura ambiental contraria al mecanicismo de la gestión de nuestras ciudades debería abrir los planes urbanísticos a otros conocimientos: el de los botánicos, los fitogeógrafos, los zoólogos, los etólogos, los químicos del agua, los hidrobiólogos, los edafólogos los hidrogeólogos y los físicos que se ocupan de la complejidad, del caos, de la estocasticidad. El problema urbano requiere una «aproximación holística» que los administradores de las urbes deberían cultivar sobremanera.

Pero la concepción y la gestión de los planes siguen sometidos a los grandes *lobbies* ambientalistas, siempre sujetos a la lógica del mercado, a la imagen y a los poderes mediáticos.

Bien es verdad que a partir de los años setenta se ha desarrollado una aproximación a la *ecología urbana*, prestando atención a los parámetros ambientales y encaminada al diseño urbano y a la protección de zonas verdes (Laurie, 1979). Esa tendencia evolucionaría hacia una teorización del «cómo» se podrá incrementar la «naturalidad» del ambiente urbano (Nicholson Lord, 1987). Pero sería a partir de los noventa cuando se asienta el paradigma canadiense (Gordon, 1999b) con una visión de la ciudad sobre bases netamente ecológicas. Las observaciones ecológicas de los sistemas naturales deberían transferirse al intrincado y problemático sistema humanizado (Giacomini). El significado de la naturaleza y sus valores transferidos a la biosfera que constituye el medio urbano estaría considerado en términos de extensión, distribución, historia y actualidad, devenir y transformación. La integración del hombre en la naturaleza del ambiente urbano, los parques, jardines y espacios verdes en general contribuiría de forma sustancial al bienestar físico, biológico y psicológico de los individuos y de la comunidad. En ese sentido, la producción y educación ambiental debería estar ligada a la conservación y recuperación de paisajes urbanos históricos; la regeneración de la naturaleza y de los beneficiosos efectos de la vegetación con la creación de parques, espacios abiertos, corredores y zonas de transición que permitan el acceso directo a la actividad recreativa, a la vida silvestre, al paisaje panorámico

y toda una serie de diferentes deleites (Bradley, 1995).

Pero lo que con más frecuencia se da hoy son las plantaciones de especies pobres de rápido crecimiento, poca diversidad y adecuación en el lugar. La mentalidad simple de plantar árboles cualesquiera, en cualquier sitio crea un «efecto expectativa» según la cual se disminuiría súbitamente el efecto invernadero y se manifestaría la vida silvestre, cosa que desgraciadamente ocurre pocas veces. La vegetación tan beneficiosa en los ámbitos urbanos está amenazada y sometida en condiciones duras e impactos ambientales incluyendo el monóxido de carbono, el dióxido de azufre, el ozono, las sales anti-hielo, los suelos compactados y el aumento de calor de reflexión.

El proyecto de una regeneración de la naturaleza urbana como parte fundamental del ecosistema urbano según procesos artificiales encuentra un excelente paradigma de naturaleza artificial en Holanda. El bosque urbano holandés es una especie de «espejo de la naturaleza», en el que se refleja la idea de lo que es y no de lo que podría ser el paisaje natural holandés. No pudiendo aprender de la tradición porque la naturaleza no ha podido diseñar un paisaje antropizado en ambiente estuarino, los holandeses han debido imaginar un nuevo paisaje de contornos naturales. La colina artificial construida con déritos, escorias y residuos es la única colina posible en un paisaje plano, lo que se inserta en la discusión de lo natural y lo artificial.

Ya muchos de los parques de la periferia de Madrid se diseñan sobre escombreras, lo que nos proporciona una visión esperanzada de fu-

turo, en cuando que la renovación urbana se intensificará dada la baja calidad de la construcción que se ha dado en los años del desarrollismo y se sigue dando, proporcionando afortunadamente áreas libres por la acumulación de materiales de deribo, no aptas para la construcción; un hecho posiblemente positivo que impedirá las grandes densificaciones que hoy se están dando en las periferias de las megalópolis.

La insertación del concepto de *naturalidad*, tanto en la ciudad como en la región ha de ser en términos de recuperación de los lugares que no sean meros destinos de uso o de explotación y de construcción de un paisaje urbano que constituya una profundización en los valores de naturalidad de los ecosistemas circundantes sin escudarse en el ambientalismo de diseño vago y que tenga como objetivo ofrecer una estructura ecológicamente coherente con el hábitat humano (David Goode).

El desarrollo de una cultura profundamente ecológica debe proporcionar un cambio de perspectiva; debe contemplar la dimensión local y regional sobre la base de un modelo local adecuado que permita no obstante su verificación universal; urbanismo y naturaleza han de fundirse en la planificación territorial, y ambiental. Una ciudad saludable es la que apuesta por los bosques naturales y la fauna, por terrenos que encuentran regeneración espontánea en el sentido ecológico, por cuñas de penetración de la naturaleza en hábitats urbanos, corredores vegetales naturales y artificiales y zonas húmedas. Asimismo se ocupa de la integración de sus residuos depurados en el ciclo biológico y es capaz de amortiguar los ex-

tremos meteorológicos y de crear un microclima beneficioso (Michael Hough, 1994).

La *ecología urbana* sería la disciplina que se opusiera al uso de las tecnologías homogeneizadoras de hábitats humanos y a los modelos urbanos de esa asombrosa precariedad que se repiten en el ámbito de las grandes metrópolis. Sería la disciplina que guiaría las intervenciones correctivas encaminándolas al desarrollo de la máxima naturalidad con la conservación y la regeneración de la biodiversidad. Así que los conocimientos y metodologías desarrolladas en el ámbito de esa disciplina deberían incorporarse en el ámbito disciplinar del urbanismo de forma efectiva. Los urbanistas debían reconocer el suelo urbano como ecosistema artificial y contemplar su naturaleza en su máxima potencialidad de albergar biodiversidad frente a los procesos de urbanización actual. Porque estos procesos no representan más que la forma externa de la acción del hombre sobre el medio ambiente tendente a sustituir un ecosistema natural por otro artificial.

Los parques metropolitanos serían la forma más eficaz de una regeneración de la naturaleza en las grandes áreas urbanas. Para ello, su concepto tendría que basarse en los criterios ecológicos específicos del diseño paisajístico e integrarse en el planeamiento urbano y de ordenación territorial. Pero habitualmente las líneas maestras que sirven a los trabajos de recuperación de las áreas verdes son las puramente ingenieriles, o las puramente estéticas. La cultura arquitectónica de nuestros días todavía no ha comprendido la necesidad de desarrollar los parques metropolitanos sobre una base ecológica además de tecnológica y de

«diseño» (Plat 1994). Los descampados destinados a la empresa privada de las escombreras, recurso fácil, podrían constituir un potencial suelo fértil para integrar en su recuperación como parques metropolitanos los conceptos tecnológicos y ecológicos.

Es necesario trabajar sobre la base de un diseño de la naturaleza en la ciudad en términos de un «ecosistema urbano sostenible» y no de una «ciudad sostenible». Para ello hay que partir de una educación ecológica que se lleve hasta los niveles más básicos y abandonar el discurso de la «sostenibilidad». Su equívoco vocablo trasciende de modelos económicos convencionales que son fundamentalmente no-ecológicos y, por tanto insostenibles.

Se trata de abandonar la lógica de Le Corbusier que ha dominado la arquitectura moderna y el urbanismo. Según Mumford, la principal razón del efecto de Le Corbusier proviene de haber conciliado dos concepciones arquitectónicas separadas: el ambiente técnico perfecto hasta el más pequeño detalle, mientras que por otro lado, para compensar la rigidez de la tecnología dispone un ambiente natural en el espacio más grande posible, lleno de sol, de aire y de verde. Las nociones de Le Corbusier que han seducido los arquitectos y urbanistas contemporáneos no prestan, en realidad, atención a la naturaleza en cuanto estructura y razón de la ciudad. La naturaleza en Le Corbusier se reduce en un paisaje visual desde grandes ventanas dentro de un modelo compositivo claramente definido por la verticalidad, la versión cartesiana del rascacielos alejado de cualquier forma de naturalidad. La naturaleza se contempla en el mismo nivel que el aire acondicio-

nado. Así que no basta con sostener, como hacía Le Corbusier, que el sol, el aire puro y la vegetación, bien distribuidos en el orden y en la medida de una buena arquitectura y de un plan urbanístico, son elementos esenciales para un ambiente urbano o rural racionales. Según Mumford, las posiciones de Le Corbusier han sido un obstáculo para arquitectos y urbanistas en desarrollar una perspectiva desde los parámetros de la ecología urbana. Su concepto de «ciudad en el parque» niega tanto la ciudad como el parque, lo que demuestra su evolución en un único sentido: el mercantil, que convierte el ámbito urbano en una parcelación. La conjunción de rascacielos y naturaleza es una mera abstracción, una especulación teórica estéril que hace abstracción de graves problemas derivados de las grandes densidades humanas y automovilísticas que comportan un efecto degenerador y depredador de la naturaleza.

Pero siquiera la ciudad jardín de Ebenezer Howard (1898), para quien los parques y los jardines debían enriquecer cualquier barrio, para la salud y el gozo, ni aquella que en los años veinte creyó posible que cada casa proletaria inglesa tuviese su propio pequeño jardín, son suficientes para defender un contenido ecológico que siempre tiene que conjugar un contenido social. Ese modelo fomentó un estilo de vida poco solidario funcionando en menoscabo de la construcción de espacios comunitarios. Las bajas densidades o contrapunto de la ciudad de rascacielos a las que ha dado lugar el modelo de urbanización expandida requieren para su funcionamiento de un gran despliegue infraestructural que implica grandes costes en suelo, recursos energéticos y capital.

Es por tanto importante conocer hasta qué punto es útil alargar el radio de la expansión urbana o como alternativa desarrollar una urbanización intensiva a costa de los ecosistemas maduros. Porque en términos, incluso, económicos se demostrará a la larga que mantener los ecosistemas naturales es una inversión de capital, no es un «lujo inútil», con que se evitará pagar intereses muy elevados. El propio habitante de la gran metrópoli debe posicionarse en defensa de su territorio.

Frente a un ambiente artificial superpoblado y esterilizado que no es vital desde el punto de vista ecológico, el ambiente urbano debería estar rodeado por un ambiente productivo (sistema base), por un ambiente parcialmente comprometido (sistema de usos múltiples) y un ambiente protector (sistemas maduros). El control conservacionista de los recursos en el ámbito urbano —el uso correcto del agua, la planificación de los espacios verdes y rurales, etc.— ha de situarse dentro de una filosofía de «territorialidad». Una vez establecido el límite de expansión de un ecosistema urbano o regional, los recursos no sólo deben ser mantenidos, sino después de usados, reciclados para su posterior utilización (Odum 1969).

Ecología urbana

Definir una zona de aproximación entre urbanismo y ecología donde se produzca una transferencia de las leyes y fundamentos científicos de la ecología en el campo de la comprensión e interpretación de la realidad urbana, considerándola analíticamente como un ecosistema, sería definir la ecología urbana. Hay que evitar por tanto las acepciones estereo-

tipadas del concepto de ecología urbana dadas habitualmente dentro de la práctica de «planificar haciendo». El riesgo de naufragar una vez más en la contraposición clásica de las dos escuelas urbanísticas, la de la planificación extensiva y prescriptiva sistematizada deductivamente desde la escala grande a la pequeña, y la escuela de la programación de proyectos estratégicos organizada de manera selectiva y por intervenciones puntuales sigue amenazando (Manieri Elia, 1995). Un urbanismo ecológico debe englobar acciones de reconversión de edificios y áreas degradadas; conservación y regeneración de zonas verdes; valoración del impacto ambiental; pero sobre todo no debería dejar de velar por la conservación y la regeneración de los tejidos sociales en los barrios y centros urbanos frenando la arrasante tendencia de segregación social que propicia la urbanización actual. La aplicación del principio de *diversidad* en términos sociales, los criterios de multifuncionalidad y el enriquecimiento social, evitarían en gran medida la crisis de los grandes sistemas urbanos.

Las intervenciones con criterios de ecología urbana tendrían que ir más allá de las meras medidas relacionadas con la contaminación del aire, la incineración de los residuos urbanos, la depuración del agua, el ruido, el carril bici, la tutela de los ríos. No se puede considerar como ecología urbana la transformación cromática de las fachadas, la restauración de edificios aislados, la inauguración de una «casa de la naturaleza» y acciones de no menos efímero destino. Siendo así y salvando algunas excepciones, los principios de la ecología urbana parecen ser meros objetivos de pro-

paganda. De hecho grandes ciudades se inclinan por grandes esquemas retóricos y propagandísticos, por actuaciones de fachada faltas de esencia y de un lenguaje que corresponde a un «ambientalismo aproximativo para prensa». Definir la ciudad como un organismo vivo no deja de ser una definición superficial y divulgativa cuando se trata así de referirse y justificar la siempre tendencia al crecimiento. La tendencia a la urbanización total del mundo según un modelo universal que obedece a la máxima explotación del suelo, la máxima capacidad del sólido edificado, el máximo beneficio económico y la máxima dependencia de las energías de combustibles fósiles y sobre todo del automóvil privado, nos impide hablar de ecología urbana. Cuando en nuestros días, el primer mundo presenta alarmantes índices bajos de natalidad, cuando el crecimiento vegetativo se aproxima a cero, cuando los movimientos migratorios tienden a ser reprimidos y reducidos por las legislaciones sobre extranjería y el mercado inmobiliario sigue produciendo en ritmos análogos del desarrollismo industrial, lo urbano se comprende exclusivamente como campo del mercado y no podemos hablar de ecología de urbana.

A pesar de todo en el balance general, podríamos detectar una corriente positiva de aproximación al ecosistema urbano aunque las soluciones que propone son todavía parciales. Es positiva por el hecho de oponerse a la tendencia de la teoría urbanística tradicional tratando de afrontar la crisis ideológica y práctica del proyecto urbanístico con una nueva orientación de la parte técnica —ocupada hasta ahora de organizar en principios y modelos la plani-

ficación urbana— incorporando conocimientos procedentes de otras disciplinas aunque todavía no haya logrado su integración; aunque el punto de vista del crecimiento y transformación urbana sigue siendo un punto de partida erróneo; aunque la perspectiva del consumo frente al bien colectivo de los habitantes —que se han convertido en las dos categorías, la de inversores y la de consumidores— sea la visión predominante. Alcanzar el equilibrio entre crecimiento, equidad y calidad ambiental en la metrópoli desprovista de alma e identidad resulta un reto al límite de lo imposible aunque se pongan en práctica modelos de desarrollo urbano de tipo «ecológico». Ha de ser por ello, la labor sistemática de los gobiernos, que arroje una visión holística sobre la problemática social y medioambiental de las áreas metropolitanas totalmente diferente a la que domina, la que podría cambiar esa tendencia; un «planificar haciendo» que garantice una activa defensa de los recursos naturales y de los seres humanos frente al negocio inmobiliario según una nueva filosofía de las relaciones entre naturaleza y seres humanos; una filosofía que parte de una percepción culta y sensible de la naturaleza, de una comprensión meditada y profunda de la estructura del paisaje, de una apreciación de los impactos visuales; en definitiva, una perspectiva que resitúe el hombre frente a la naturaleza no como un mero explotador si no como habitante, es decir, como parte de un ecosistema.

Así que para proyectar el aumento de *calidad de vida* de un territorio no hacen falta proyectos de expansión de la edificación como nos quieren hacer creer. Rehabilitar edificios y

áreas degradadas, dejar de construir en terrenos que presentan tasas de urbanización ya altísimas, recuperar para zonas verdes y de servicios zonas abandonadas o subutilizadas, serían algunas de las pautas a seguir sin olvidar la cuestión de la movilidad dentro del área urbana que se ha convertido en uno de los mayores desafíos políticos. La movilidad que condiciona la geografía de las viviendas, de los lugares de trabajo y de ocio, la preponderancia de las infraestructuras en la planificación urbana, siguen siendo el principal obstáculo para cualquier iniciativa concreta y creíble de «ecología urbana» —en los ámbitos urbanos europeos se prevé un crecimiento de automóviles de un 20% para el próximo decenio—. La urbanización expansiva y el crecimiento automovilístico no trabajan como se piensa en favor de la calidad de vida de los ciudadanos sino a favor de una imagen urbana degradada. La presencia del automóvil predomina distorsionando la percepción y la funcionalidad de la ciudad histórica. En las ciudades periféricas prácticamente la totalidad de las reservas de espacio libre están destinadas al estacionamiento. Las redes infraestructurales de la movilidad colonizan cada vez con mayor densidad el territorio y sus elevados costes y prioridad dada por las políticas estatales y regionales actúan en detrimento de otros capítulos primordiales como es la educación y la sanidad. Mientras, continúan las grandes obras de construcción de vías y de estacionamientos bajo las presiones de los grandes factores del desarrollo económico que son las grandes industrias automovilísticas. Y, «el esperado coche eléctrico no arranca» y si arancara el problema que produciría su reque-

rimiento de una ciudad completamente rediseñada en sentido arquitectónico, urbanístico y político sería enorme. La construcción de aparcamientos subterráneos en los centros urbanos se ha convertido en una atracción magnética para las políticas municipales, lo que hace prever como realidad plausible el concepto-bandera de muchos grupos políticos según el cual el futuro de las ciudades está en el subsuelo (Betinini).

Una verdadera solución de los problemas inherentes a la expansión urbana debe estar basada en una coherencia de planificación entre densidades de hábitat, infraestructuras y transporte público. La ordenación de la periferia como estructura policéntrica que garantice servicios colectivos y una mayor autosuficiencia en términos de multifuncionalidad del territorio, ocupación laboral y condiciones propicias de socialización, que significaría más que una mejora de la movilidad. Incentivar, la ciudad de peatones, situar los peatones en el centro de la problemática de los planes urbanos y proyectar de acuerdo con la naturaleza significaría mejorar la calidad de vida.

Para ello ha de superar del binomio urbano de nuestra época que quiere la ciudad como parcela edificable, —marco urbano separado de la naturaleza, edificaciones elevadas, condominios aislados, contenedores independientes— y, la megalópolis como subproducto de la descomposición, esparcimiento mecánico de fragmentos de ciudad en el paisaje natural, cancelación del potencial productivo, y también del agrícola. La consecuencia de la megaconcepción antiurbana es que destruye el tejido social de la ciudad tanto como su variedad

natural. La anti-ciudad es una negación de la complejidad, de la diversidad y de la cooperación social (Mc Harg 1969).

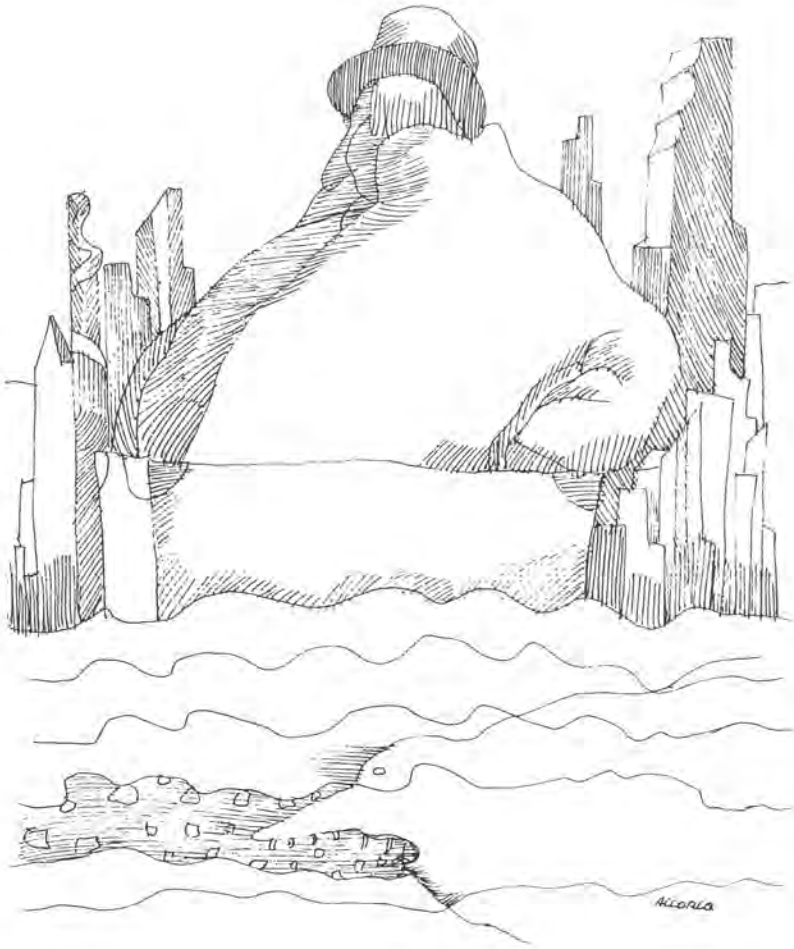
Se impone por tanto un retorno a un concepto de «ecología humana aplicada» (Odum 1953) según el cual la relación del hombre con la naturaleza se inscribe en los principios del desarrollo de los ecosistemas. Reconocer la base ecológica de la relación entre el hombre y la naturaleza sería un primer paso para una política racional del uso de la tierra. Las estrategias de la protección de la compleja estructura de la biomasa y la producción de recursos ambientales deberían estar en una misma línea de acción y no en conflicto. La intención del hombre y su deseo de alcanzar la máxima producción y una renta lo más alta posible debería mediar por la prudencia. Los proyectos urbanos y territoriales deberían considerar fundamentalmente los parámetros ecológicos. La conservación de los ecosistemas naturales, el uso correcto de los recursos hídricos, la atenta planificación de los espacios verdes y rurales, la consideración de los aspectos topográficos y las características naturales, son los únicos medios capaces de garantizar que el asentamiento urbano no sobrepase indebidamente los límites de carga de los ecosistemas. Los planes deberían tener como objetivos irrenunciables crear cinturones verdes en el perímetro urbano cuya función sería la restauración ambiental en el sentido de recuperar la evolución original, depurar los gases producidos por el tráfico, actuar de pantalla frente al ruido y mejorar el microclima; la restauración ambiental de la periferia; la defensa de los cauces de los ríos y torrentes y de sus cauces

de inundación; la defensa de los ríos y canales porque representan canales de la naturaleza en la ciudad, formando un sistema fitodepurante y oxigenante; y la defensa del valor de lo no construido en el ámbito urbano, con una mora-

toria *sine die* para las nuevas construcciones. No será posible dominar completamente la naturaleza y sería bueno que el hombre acepte la idea de un grado «sostenible» de dependencia de ella.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Harvey S., Perloff, edit., *La calidad del medio ambiente urbano*. Colección de Urbanismo, Oicos-Tau Ediciones, Barcelona, 1973.
- Amos H. Hawley, *Ecología humana*. Edit. Tecnos, Colección de Ciencias Sociales, Madrid, 1975.
- Ramón Margalef, *Perspectiva de la Teoría Ecológica*, Ed. Blume, Barcelona, 1978.
- Virginio Betini, *Elementos de ecología urbana*, Edit. Trotta, serie Medio Ambiente, Madrid, 1998.
- Mumford, *The Myth of the Machine* (1969) 2.ª Ed. esp. Emecé Editores, Buenos Aires, 1969.
- Mumford, *The City in History*, 2.ª Ed. esp. Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1979.
- Mumford, *The Urban Prospect* (1968). Ed. esp. Emecé Editores, Buenos Aires, 1969.
- B. Golley, *A History of the Ecosystem Concept in Ecology. More than Summ of the Parts*, Yale University Press, New Haven, CO, 1994.
- A. G. Tansley, «The use and the abuse of vegetational concepts and terms», *Ecology*, XVI/3, pp. 284-307.
- Patric Geddes, *Ciudades en evolución* (1915) 2.ª Ed. esp. Ediciones Infinito, Landa y Cia, Buenos Aires, 1967.
- E. Tiezzi, *L'equilibrio, i diversi aspetti di un unico concetto*, Cuen, Nápoles, 1995.
- I. Douglas, 1983 *The Urban Environment*, Arnold, Londres.
- A. Wolman «The metabolism of the cities», *Scientific American* CC-XIII/73, 178-190.
- I. C. Laurie, *Nature in the Cities. The Natural Environment in the Design and Development of Green Urban Space*, Wiley, Nueva York, 1979.
- D. Gordon, *Green Cities. Ecological Sound approaches to Urban Space*, Blak Rose Books, Montreaux, 1990b.
- V. Giacomini, *Perché l'ecologia*, La Scuola, Brescia, 1980.
- G. A. Bradley, *Urban Forest Landscapes. Integrating Multidisciplinary Perspectives*, University of Washington Press, Seattle, 1995.
- D. Nicolson Lord, *The Greening of the Cities*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1987.
- Eugene Odum, *Fundamentals of Ecology*, Saunders, Philadelphia, 1953.



ALORLA

ARTEFACTOS DE LOS NUEVOS SISTEMAS URBANOS

Carlos Hernández Pezzi

Desde una perspectiva cultural, el autor examina los comportamientos de la arquitectura en el medio ambiente como artefacto y como lenguaje. Para significar el desarraigo cultural o la arquitectura antiurbana, en términos análogos a una problemática medioambiental, se puede hablar de «ruido de la arquitectura» o de «contaminación del lenguaje».

Alguien sentenció que la arquitectura era música congelada, aunque nadie ha dicho nunca que la música sea arquitectura que se derrite. Sin embargo se ha omitido siempre lo más evidente: la arquitectura, aparte de unos pocos libros, es la única forma de historia posible. En algunos casos ni siquiera se conserva la literatura y queda la arquitectura sola como testigo mudo pero elocuente: un edificio vale más que mil palabras porque es una imagen dura que dura.

Guillermo Cabrera Infante.
El libro de las ciudades.

Campo y ciudad

Durante el siglo que termina pesó la contradicción entre la ciudad y el campo como una metáfora analógica de la ruptura de las condiciones de la era de la industrialización con el entorno. Apenas hacia el final de siglo se creyó que esa contradicción alumbraba esperanzas de un futuro tan romántico como el que habían puesto en pie los nostálgicos de la

Arcadia campesina, recurrentes durante todo del devenir del siglo de la revolución científica y técnica. El recurso a la melancolía de la precivilización artesana y la búsqueda de alternativas al entorno urbano que se adivinaba agobiante y conflictivo ya era antiguo en la época de Ruskin y William Morris, pero ahora se antoja casi pintoresco. Los defensores de las otras vidas en la tierra están en minoría frente a una globalización avasalladora que los uniformiza en todos los territorios y culturas a la vez.

Ni siquiera las grandes conflagraciones mundiales deslindaron ciudad y campo que eran objeto de conflicto o leyenda viva de una imposible *poiesis* del medio natural. La humanidad contemporánea ha sufrido en cualquier ecosistema o hábitat humano la derrota de sus expectativas de futuro sin mantener siquiera la esperanza de que, al menos, el campo —esa ilusión teñida de melancolía de la vida en la na-

turalidad— lo fuera como un recinto abierto pero reconocible. Si el término se aplicara tal como lo entendía Fernando Parra en su *Diccionario de Ecología*, como «condiciones naturales que inciden sobre una especie, y el lugar mismo en que vive dicha especie», más tendrían que aclararse en nuestros días las condiciones en que se aplican las palabras «natural», «especie», «lugar», hasta comprobar la «incidencia» de un mundo en el que, a menudo con frecuencia, se confunden crecientemente los términos del lenguaje en función de una aceleración inhóspita y continua, que modifica todas las circunstancias de tiempo y de espacio, hasta convertirlas en episodios efímeros, que casi son inmateriales para poder hacerse reales.

72

La pugna entre naturaleza y artificio hace tiempo que fue ganada por este último. Quizá por disolución de las barreras formales de uno y otro, es decir, ganada por los dos artificios puestos en conflicto. Poco a poco, artificio es todo; y todo lo natural es artificioso en la medida en que se cierra sobre sí mismo; se une en la mezcla indiscriminada de lo natural/artificial, porque los artilugios que mantienen la naturaleza son de origen tan humano como si hubieran sido creados en un laboratorio. El fenómeno de ocupación de la tierra es tan imparable como el lento deshielo de los bloques de hielo de la Antártida. El mundo controlado por los satélites tiene confines precisos y dentro de ellos el artificio de la naturaleza cada vez se representa más como un espacio residual de lo natural, transformado por lo artificial en apretada carrera, superprotegido, mimado y aseado por todo tipo de amenazas.

Para distinguir cualidades o características del medio natural y el medio habitable ya no caben aquellas poderosas contradicciones que echaban en falta los ciudadanos escépticos de la revolución industrial. Hoy ya no existen límites entre lo virtual y lo real, entre el simulacro y el hecho, entre el artificio y la naturaleza, porque la precariedad de lo realmente existente hasta nuestros antepasados, la herencia del planeta Tierra, —ésta sí entendida generosamente como *hábitat* en el más amplio sentido de la palabra—, depende hoy más que nunca de la voluntad social de supervivencia de la especie humana.

El intercambio, la difusión, la pérdida de límites es una de las características culturales de un entorno, en el que el análisis de los hechos es el de una percepción fenomenológica de sucesivas imágenes, muchas veces incorpóreas, de las que lo que se trasluce es una opacidad hendida por dudas y fragmentos, pero rehecha por la persistencia de epifenómenos que, en su reiteración, devuelven imparables formalizaciones de procesos más inmateriales que físicos. Con frecuencia, la repetición de acontecimientos aquilata los perfiles de lo real, configurando medidas complejas de interacción y disolución de energías contrapuestas, que desde muchos ámbitos y disciplinas se quieren ver como el hábitat humano por excelencia: el de la conformación global de un mundo de dudas en el que fluyen como escenarios distintos episodios de lo natural o lo artificial, a sabiendas de que representan en conjunto el mismo artificio ilusorio en el que nos desenvolvemos a cambio de establecer nuevos modos de ciclos vitales y nuevas formas de génesis de los procesos de creación

de vida. El paisaje genético se construye de plasmats tan vivos como los del genoma humano convertidos por la ciencia en diagramas que «viven» en la inteligencia artificial.

La realidad construida, esa macro masa de las ciudades en permanente crecimiento, es la cara visible de una tangibilidad siempre en peligro. En un artículo denominado «La muerte de la ciudad» el escritor y dramaturgo Jesús Ferrero alerta sobre la americanización de nuestro tiempo y nuestro espacio. Una advertencia que resuena desde hace tiempo en otros ámbitos y voces de la cultura europea, aunque ahora se hace eco en la construcción de nuestro espacio colectivo. «Y con la americanización llega su mundo y hasta su atmósfera: proliferación de tierras de nadie, de zonas que parecen impregnadas, hasta en su estética, de desarraigo y desolación. El mundo parecerá más desolado sin las calles. Y “la calle” de toda la vida está desapareciendo».

Más adelante, en una reflexión de mayor alcance, Ferrero, más pesimista, añade: «Resumiendo un poco: no estamos en un momento de urbanización propiamente dicha; estamos en un momento de “suburbanización” y destrucción del tejido urbano y social. Y puede que la ciudad esté ya desapareciendo como unidad civil y territorial, en beneficio de esa “suburbanización” global y, al parecer, imparables». Pero la desaparición es un mito, resuelto por los principios de la entropía, todavía válidos en las redes y los cables, o sujetos por las teorías de las nuevas unidades de medición o creación de la energía.

La suburbanización global supone la pérdida de límites entre campo y ciudad y, por ello la

pérdida de identidad entre la ciudad como ente separado de su entorno, la indiferenciación es la muerte de la ciudad. La desaparición de la ciudad alimenta las preguntas sobre su creación a lo largo del tiempo. «El hombre no inventó la ciudad, más bien la ciudad creó al hombre y sus costumbres», afirma el Premio Cervantes, Guillermo Cabrera Infante en el «Elogio de la ciudad».

«Pero la ciudad ha sido destruida más de una vez por el hombre que creyó que la creó». La historia de las ciudades y de la humanidad es la de creaciones, destrucciones y reconstrucciones, solapadas y contradictorias, en las que los hombres han sido genéricamente protagonistas. Tal vez sea por ello que la ciudad que conocemos se les atribuye tanto como la arquitectura que la identifica, como parte de la historia posible.

Cabrera Infante continúa explicando el significado que tiene la palabra *urbanidad*, tan a menudo contrapuesta a urbanismo: «Urbanidad viene originalmente de la palabra latina para la ciudad. La ciudad como la conocemos se originó posiblemente en el Asia entre el sexto y el primer milenio antes de Cristo...» Hoy sabemos que *urbanidad* no significa nada sin *ecología*. El medio ambiente sustituye al urbanismo como paradigma de futuro.

El descubrimiento de una última lógica racional del ser humano, la ecología como entendimiento trascendente de un metabolismo planetario, se ha desarrollado como ilusión de freno a la imparable fusión de los campos tangibles y los campos invisibles. Pero hoy sabemos que una ecología del límite es imposible como lo es una ontología de lo divino como unicidad

del ser al modo holístico de nuestros antepasados. La ciudad a la vez se crea y se destruye, pero al transformarse, lo hace en otra cosa. Un ámbito donde lo que ocurre sucede como fenómeno, se extiende como proceso y vive más como alegoría que como realidad tectónicamente verificable o experimentable a la manera tradicional. Arquitectura como alrededor, construcción como indefinición, espacio como variable multidimensional del tiempo: tales son los indefinidos contornos para evaluar un espacio dinámico de transgresiones y dudas.

La acumulación de sucesos construye la ciudad indiferente entre el campo y la naturaleza, en la que la arquitectura *no crece u ordena, sino participa* de una pulsión de penetración a través de los espejos buscando otros mundos, en los que prima el caos de las palabras, el deslenguaje. Lo que Millás ha denominado el desorden alfabético.

74

La indiferencia

En un breve plazo, se ha pasado del elogio de la periferia en relación con la centralidad, –hablando de polos que dialogan entre sí con energías fecundas tal vez por descubrir y visualizar–, a la realidad magmática de la pérdida de posiciones y orientaciones respecto de centralidad alguna. La indiferencia física entre el campo y la ciudad es el territorio informe, ocupado por todas partes. Es la falta de otra perspectiva de hábitat que no sea la del hábitat urbano, es la estadística que sitúa un 80% de ciudadanos en ciudades de más de 10.000 habitantes en Europa, a la vez que las ciudades pequeñas se transforman en barrios de aglomeraciones urbanas sin principio ni fin.

Indiferencia indiferente a la forma, al sitio, a las relaciones de producción y los equilibrios ambientales, sí. Pero indiferencia también a las leyes impuestas por antiguas geometrías que ya no sirven a ese propósito magmático de convivir soldados –o plegados– a los procesos vertiginosos que adquieren rango de realidad a través de las tecnologías de la información. La arquitectura ligada al entorno es un fenómeno que explica poderosos mundos de relaciones entre nuevas percepciones del globo, que ya no tienen que ver con los mundos clásicos, o la utopía moderna, sino con la constatación de que el mundo se reproduce en una genética de mutaciones que, en sí mismas, son las razones de fuerza que configuran sitios fluidos y paisajes efímeros, como torrentes de información para construir mundos a la carta.

Igual que la familia, el sexo, el tamaño o el color pueden elegirse a la escala de la especie, el lugar, el clima, el escenario y la movilidad pueden escogerse en gamas tan antinaturales como *ecológicas* en la medida en que cumplan diversos requisitos en relación con un mundo circundante que intenta blindarse o protegerse frente a los entornos de mayor escala, aunque se sepa, como bien dice el filósofo alemán Peter Sloterdijk, que todos estamos navegando «en el mismo barco».

Y eso porque la misma metáfora de las islas o el archipiélago atribuye a la naturaleza *una condición marina* que ahogaría o suplantaría la flora y fauna terrestres, para acomodarla a ese medio fluido y amoldable que es el agua. Lo mismo sucede con el aire. La ilusión de una bóveda planetaria en la que transcurre la vida de las telecomunicaciones alimenta el

imaginario contemporáneo con la idea de que los flujos son el espacio natural donde el hombre vive su aventura navegadora. Medios inabarcables, fluidos, ilimitados... que necesitan grandes energías o redes para ser transitados fuera del espacio gravitatorio que señalan convencionalmente *las formas antiguas de la naturaleza* de la envoltura sólida de la tierra, aquellas que requieren del espacio transitable en planos de formas y seres que buscan la luz a través de una relación ortogonal con el medio, que en los otros fluidos líquidos o atmosféricos, se puede llegar a perder. Hasta las empresas de telecomunicación necesitan asirse al latín *terra* para dejar –siquiera– algún cabo atado a la idea de un planeta totalmente transitable o globalmente eludible de cualquier vínculo con la gravedad que se supone a los objetos con forma y textura material.

Silencio y ruido

La diferencia entre naturaleza y el hábitat urbano es el ruido. El campo es el escenario del silencio de la naturaleza, un silencio de hechos y no de fenómenos, de lenguajes codificados y no de percepciones en movimiento. El campo, entendido como el artificio natural, es un lugar donde la imaginación puede poner en tierra el silencio que busca en el agua o en el aire, la limpieza acústica que echa en falta en la ciudad, donde el griterío urbano no deja ver el hábitat urbano donde lo hay.

Sostiene Castilla del Pino que «todo acto de conducta es un acto de habla y que la secuencia de actos de conducta compone el discurso». Un sentido es en el que se podría entender que el discurso urbano contradice «la

primacía del uso sobre el significado» de las expresiones lingüísticas que Javier Muguerza sitúa en las *Philosophische Untersuchungen* como culminación del trabajo acerca del «juego del lenguaje».

De forma que en la ciudad el juego del lenguaje alcanzaría la algarabía y en lo que veremos ver como campo, vacío, o arrabal de la conurbación, estaría el silencio impotente de la gravedad de los ecos naturales, de la vida de los ecosistemas menos artificiales de la tierra. El campo tendría sus límites en el artificio sonoro de la ciudad que transgrede los límites aéreos a través de la contaminación acústica que perturba las relaciones de fuerza de los espacios urbanos.

El ruido identifica a la ciudad. El ruido como alteración, como sonido inarticulado, como alboroto o desorden de las cosas, del entorno y del lenguaje. La arquitectura, como única forma de historia posible, –en las palabras de Cabrera Infante como única posibilidad de forma histórica para identificar el hecho construido–, la edificación de la ciudad, pierden peso para hacerse caja de resonancia del ruido atmosférico que se hace denso y opulento de redes y mensajes. La arquitectura desposeída de la función de certeza histórica alcanza una dimensión perceptiva que la transparenta con su medio, en la medida en que protagoniza entonces una función sonora, acústica, a cuyo través se pueden percibir los fenómenos sin necesidad de que estén encerrados en volúmenes grávidos. El ambiente del artificio urbano se produce porque esta forma de historia posible que se encuentra en la arquitectura que hemos conocido también se desvanece en lo físico.

En el resto de los componentes espaciales, apenas se tienen en pie algunas diferencias entre los hechos, las formas o los procesos contruidos y sus correlativos paradigmas ambientales. La misma desaparición de la arquitectura se reclama como parte de esa naturaleza de ficción en la que son los colores, los velos, lo informe, lo que resulta de las tensiones. Lo que emerge de las asincronías o lo que destaca por su desafinación, es el modelo emergente de una movilidad casi asincrónica. La pérdida del estatismo, de la sincronía de los hechos arquitectónicos, caracteriza el discurso del juego del lenguaje en el medio ambiente urbano.

76

El ruido es de la ciudad un componente básico, una sordina permanente de los conflictos y los actos humanos, que en el artificio natural del medio urbano se pierde, porque el campo sólo resuena en la ciudad, —lo mismo que la naturaleza—, sólo se oye en su simulacro artificial, como respuesta a una ausencia. La arquitectura del paisaje humano es en las ciudades una jerarquía de entrelazamiento, de interacción de los seres vivos con sistemas de metabolismo, por esencia antinaturales, o mejor, legítimamente artificiales.

El mundo acosado de los ecosistemas vivos se intercambia constantemente en el aire hacia los campos gravitatorios y electrónicos de las telecomunicaciones que integran una bóveda de cobertura sin barreras físicas ni acústicas, *tejiendo una red de indiferencia sobre los espacios antes desconectados*. El metabolismo inducido por esa bóveda no se contiene en su propio espacio, sino que se produce y articula sobre redes locales y sistemas ambientales que se construyen y articulan desde una ciudad sin

territorio, deslocalizada e interminable. Por eso resultaba tentador hasta hace poco, comparar la ciudad con un cuerpo, con un ser vivo. Por eso resulta hoy tan desalentador reconocer que los mecanismos de regeneración de la vida son, en la ciudad, mucho más caros y despilfarradores de lo que los son en ningún otro medio. La responsabilidad de la arquitectura se pone en crisis con la misma noción de juego que la de la pérdida de primacía del uso a favor de la del lenguaje, a la manera wittgensteniana.

Sin embargo, la conceptualización de la arquitectura como ecológica, biológica, bioclimática, inteligente, justa, o sostenible, contiene todos los elementos de una contradicción. Hasta cuanto y cuando conocemos, la arquitectura ha sido un litigio entre naturaleza y cultura o entre vida y artificio. Ahora, la arquitectura parece vivir en el artificio o, tal vez el artificio de la arquitectura se descompone en otras vidas que no sustentan sino razones parciales de ecología albergadas por paredes menos sustentantes o limitadoras que esponjosas y permeables. O tal es el mito. Porque fundir arquitecturas en paramentos con tapices verdes o acristalamientos con el color cambiante del cielo, o conseguir espejos de los cerramientos en las láminas de agua, con ser estéticamente elocuente en cuanto a grados de exquisitez de la belleza, no supone grandes cambios en esa fenomenología de las percepciones cambiantes en las que los ciudadanos están perdidos en la ciudad. Es más, si el acceso a esas arquitecturas está restringido, vigilado o dificultado por barreras físicas o sociales, las ofertas artísticas del artificio del paisaje

que se quieren contemplar, no facilitan su disfrute público salvo a algunos privilegiados.

El uso selectivo es una característica del paisaje urbano donde confluyen las tensiones de lo brutal, lo bello y lo siniestro. Es decir, la apropiación del medio ambiente urbano se parece a la antigua naturaleza desordenada en que es una selva para los más fuertes, lo que no quita mérito a los hallazgos expresivos de los elementos arquitectónicos puestos en los juegos del lenguaje, pero reduce muy potencialmente los valores adquiridos por apropiación de la experiencia adquirida por el uso. Otra vez la primacía del lenguaje sobre el uso.

La misma noción de uso —que podría tener en la ecología una razón moral de argumentación ética— pierde valor en función de la movilidad del lenguaje. Y esto a pesar de la afirmación de José L. Ramírez González con relación al silencio de que «aunque gramaticalmente se exprese con un sustantivo, el silencio no es un ente sino una acción» (Véase «El Silencio»). La acción del silencio es una acción de equilibrio, de restablecimiento de un tipo de orden en el que el fraseo, como en la música, requiere de pausas, de cambios de escala, de transferencias instrumentales, de vacíos y llenos que el sonido o su falta —esta vez sí como una sustancia matérica que se desliza en el aire—.

La ciudad como ecosistema

«Desde un punto de vista epistemológico» —dice Vicenç Sureda i Obrador— «las ciudades conforman hoy sistemas dinámicos complejos que permanecen en estado de no equilibrio y que se autoorganizan y desarrollan a expensas

del aumento de la entropía en el entorno del sistema. Son estructuras disipativas que necesitan constantes aportes de energía, materiales e información que metabolizan y transforman para producir bienes y servicios de todo tipo» («La ciudad como ecosistema»). Mientras la metáfora del sistema dinámico viene bien a los analistas de la ciudad a la vista de la analogía de «las mil mesetas» de Deleuze y Guattari, provoca ampollas en los analistas, desde el punto de vista botánico o biológico. Porque la ciudad parece el sitio donde muere lo vivo, sea vegetal o animal, el metabolismo más caro y bárbaro de cualquier alojamiento humano, si por tal entendemos las funciones vitales asignadas al «organismo» metropolitano.

Un corolario casi inmediato es que las ciudades más parecidas a un ecosistema equilibrado son las pequeñas y medias, en la medida que éstas producen una metabolización más sosegada de los aportes de energía y despilfarran menos a costa del aumento de la entropía en el entorno del sistema urbano. Hasta el umbral de «no equilibrio» en el que frágilmente se mantienen. Éste es el punto en el que se produce el desarrollo sostenible, la única vía de frágil esperanza para la arquitectura de la historia futura. Una arquitectura menos dura que dura menos y así cumple mejor con principios de menor vertido de residuos en el conjunto del sistema y su entorno de periferias desordenadas. Una arquitectura que suena menos, porque transmite silencio, pausas o sosiego, o quizá una que suena más si su estruendo sonoro está equilibrado en el entorno, mediante los recursos propios de la generación del paisaje artificial que es, entiéndase así, el paisaje

natural en la gran ciudad. Por muy preservado que esté de contaminación, acosos e influencias perversas de los sistemas de producción y consumo, o de la ocupación indiscriminada de los espacios de ocio, transporte o cultura que, a su vez producen nuevas formas de acciones negativas en los entornos más cualificados, se trata de un artificio construido por la humanidad.

La réplica de los espacios fundacionales, o de los patrimonios botánicos o faunísticos en los entornos urbanos, es una aproximación a una pérdida de realidad, pero es también una aproximación a una realidad nueva: La naturaleza de la ciudad se recrea en los vacíos urbanos, en las estrategias de movilidad, en la accesibilidad a los sitios y en la aportación de arquitecturas comprometidas contra el derroche lingüístico y comunicacional. Pues aunque muchos arquitectos no lo saben, la pérdida de percepción, la fatiga por la sobrecarga de mensajes, la falta de arraigo y de cuidado de los espacios públicos, la carencia de fluidez entre territorios cercanos o alejados y, en definitiva, la falta de espacio verde cualificado por una vegetación adecuada, zonas húmedas y espacios abiertos, añade tal *stress* a la vida de la ciudad que su propio «sistema» inmunológico, al degradarse, enferma a mucha población e infecta todos los sistemas de biodiversidad humana con consecuencias irreversibles.

Un ejemplo paradigmático es el del conjunto de estudios que se llevan a cabo sobre barrios desfavorecidos y grupos vulnerables. Resulta que las arquitecturas de realojo y de promoción pública, especialmente las de los años setenta y ochenta, a la postre crean tal avalancha

de problemas de segregación, degradación y ruina de la convivencia que convierten a sus habitantes en seres desarraigados de la vida comunitaria, aislados en *guettos* muchas veces infranqueables.

Si consideramos, flanqueando por los bordes la analogía termodinámica, que la ciudad no es un ecosistema y la incluimos en un simple espacio que alberga otros es porque las funciones metabólicas generan a su vez otros sistemas disipativos de influencias interminables sobre la vida de los seres humanos. La analogía del *recipiente* se puede hacer porque el urbano es un territorio de producción y consumo de materias, energías y basuras de una magnitud hasta hoy desconocida. Un auténtico mecanismo fabril, muy automatizado en el que se producen importantes efectos sobre la salud humana y en el que muchos riesgos se multiplican por factores de acumulación que inciden en otros entornos a veces muy alejados. Eso sin contar los efectos de posibles catástrofes extraordinarias, que pueden ser quizá factores de peligro potencial, pero que han de conjurarse la mayoría de las veces desde la planificación física, ambiental y arquitectónica para minimizar sus daños.

Por otro lado, desde la esfera ambiental de los escenarios urbanos característicos, el procedimiento ciudadano de emisión de ruido acústico, psicológico y ambientalmente degradable es tan complejo que hoy más que nunca aparece como una de las causas principales de insatisfacción de los habitantes de las aglomeraciones, junto con la contaminación y el tráfico, los otros dos grandes procesos que atañen a la complejidad de las urbes modernas o a su cali-

dad de vida. La ciudad se construye de elementos de lenguaje, tan contaminantes y despilfarradores como los demás. Elementos de lenguaje infográfico, —no sólo de papel o luminosos vive la ciudad—. Pero también, a su pesar, la contaminación visual es causa primordial de degradación de entornos urbanos. Aspectos antes no tenidos en cuenta, como la señalización, las cartelería, los omnipresentes anuncios de todo tipo y los emblemas urbanos edificados como hitos tienen mucha responsabilidad en la decadencia de espacios polivalentes antes reconocidos por su calidad ambiental.

La arquitectura como objeto del medio vivo o del inerte

Una arquitectura que se reclamara medioambientalmente respetuosa con su entorno habría, en primer lugar, de saber reconocerlo, distinguiendo entre la posibilidad de ignorarlo, regenerarlo o crearlo. Muchas arquitecturas no reconocen esa necesidad porque son emblemas o carteles de ellas mismas y se convierten en factores de señalización tan inertes como inútiles. Objetos de lenguajes cultivados u horteras, pero elementos de ese juego en el que el valor principal es el comunicacional, con independencia de que comunique valores ambientalmente defendibles o de los valores arquitectónicos con que lo haga. Objetos que se ven en la necesidad de brillar en cualquier entorno. O de crearlo recurriendo a lenguajes de otros lugares o réplicas de otros lugares trasladados de sitio. O los elogiados cambios de escala o de destino del mismo objeto formal, justificados por la forma de marca de los

objetos Koolhaas, MDRV o Calatrava, sin menoscabo del valor plástico de propuestas que van más allá de la arquitectura para convertirse en poderosos amplificadores de un espacio tecnológico de consumo, atracción y reclamo en el ensordecedor panorama de formas pueriles o sofisticadas en las que se ha transformado la ciudad que conocemos.

La arquitectura de un medio urbano innovado por la preocupación ambiental tal vez debería partir de supuestos en los que la primacía asumida de lenguajes sobre usos tuviera al menos una jerarquía de subordinación moral, deontológica y estética de los medios vivos sobre los inertes. Una arquitectura plástica, quizá, porque habría de responder a las llamadas cada vez más audibles de los ciudadanos sobre la necesidad de contaminarse con formas artísticas y rechazar las indiferenciadas formas de lo rutinario pero, simultáneamente, impregnar otros valores de lo frágil, lo transparente, lo fugaz o lo instantáneo si ayudan a recrear convivencias de los ciudadanos con medios vivos que incluyen a la especie humana, pero se alimentan también de otros elementos de tipo biológico en los que muchas funciones de mejora ambiental pueden ser inducidas o multiplicadas a favor de reequilibrios sostenibles en el tiempo.

Tal vez deberíamos mostrar los arquitectos que este siglo no ha pasado en vano, ofreciendo fórmulas de regeneración de tejidos degradados, mediante intervenciones de fina cirugía que contrarrestaran las brutales renovaciones que se han aplicado durante años a barrios existentes, suburbios de nueva creación. Las revistas españolas de arquitectura y

por supuesto las ciudades, están llenas de ejemplos de edificaciones y conjuntos que no intercambian nada con su medio, que no se relacionan con ningún paisaje, que no tienen entornos vivos, que carecen de otra cosa alrededor que no sean paisajes inertes. La casa opaca, fortaleza hermética y claustro endogámico que es el modelo más prototípico de vivienda unifamiliar «el síndrome de La Casa de Bernarda Alba» de altos muros hostil al exterior y dura al interior constituye la mayoría de los ejemplos de mejor arquitectura de vivienda aislada. Los bloques torres o pantallas de vivienda social o pública abandonan los mejores proyectos de vivienda colectiva en altura. Los bloques adosados en conjuntos de vivienda unifamiliar evocan bien a las claras su ascendente entre la clase media. Pero la característica más común a todo ellos es que el espacio exterior no existe. Que no hay permeabilidad o interacción con posibles entornos. Que no resisten una fotografía más que insertos en su propio límite, porque fuera de muros, jardines de acceso o patios de fachada obligatoria, el paisaje armónico de un entorno urbano cualificado, simplemente no existe.

Los seres vivos en el espacio arquitectónico

La perversión de esa forma de entender la arquitectura tan aislada de su propia circunstancia no es cuestión solo de carencias culturales o de la persistente manía arboricida y contra las láminas de agua, que caracteriza hasta hoy a ediles y ciudadanos españoles, ni proviene tanto como pueda creerse de carencias presupuestarias o necesidades parentorias, sino de

la falta de esa cultura de intercambio con la comunidad humana y su entorno ambiental en el que los límites han de traspasarse para establecer nuevas formas de relación aunque sea en casas de pisos entre medianerías.

El énfasis en resolver los problemas de vivienda «a secas» y hacerlo secamente, sin sombras, veredas, humedales o arboledas en los alrededores constituye todavía una imagen de marca de nuestros proyectos, por problemas que a veces no dependen sólo de ellos. Sin embargo, otras veces comprobamos cómo proyectos de indudable calidad se convierten en recipientes aislados, que resuenan o susurran sólo hacia dentro, menospreciando cualquier intento de diálogo. Este problema afecta incluso a los catálogos de la Bienal de Arquitectura Española. Fuera de los recintos, esa *arquitectura de recipientes* está aislada en eriales, cercada, amurallada o encerrada por calles sin vegetación.

El catálogo de dificultades para lograr la transpiración de las arquitecturas con los entornos —que tiene su reciprocidad en las ciudades pequeñas y medias que se aíslan o retrotraen de su territorio circundante— sería una de las primeras medidas para establecer un nuevo sistema de relaciones con el medio ambiente, sin necesidad de recurrir a etiquetas ecológicas, que por lo que se ve no aportan innovación, ni valores ambientales añadidos dónde más falta hace, esto es, en el espacio de transición en el que operan las variables más sensibles a los indicadores ambientales. La arquitectura que además emite ruidos inaudibles o señales de cacofónica lectura invierte los parámetros saludables por otros nocivos de mayor

amplitud sonora y contamina más aún, llenando de fatiga el medio ambiente urbano de los entornos más vulnerables.

Una rápida mirada de los arquitectos sobre las aspiraciones de los usuarios sobre sus alojamientos enseñaría, probablemente, un panorama poco halagüeño de rejas, inflexibilidad y materiales estancos en estancias compactas. Pero es que no hay *ejemplos* dónde mirar. En tanto unas arquitecturas se miran hacia dentro como si miraran al centro de la tierra, las otras desconocen en su diseño las ventajas de aplicar al alojamiento las ventajas de las nuevas tecnologías ambientales y de las facilidades de las nuevas tecnologías aplicadas a la construcción innovadora de los espacios de transición.

El reciclaje de aguas grises y la recogida de agua de lluvia, la reutilización de basura orgánica, el uso de energía solar y fotovoltaica, los tapices vegetales, los paramentos porosos, la utilización de aerogeneradores, la arquitectura transpirable, el confort climático y la utilización y prescripción de materiales con alto grado de eficiencia energética se tratan en nuestro país como si fueran curiosidades sólo para ingenieros y expertos ecologistas.

La sombra y el sol son todavía grandes desconocidos en los proyectos arquitectónicos. A pesar de los elogios de Tusquets y Tanizaki sobre las umbrías, los espacios velados o difusos, la introducción de humedad mediante fuentes o acequias, los paramentos que aíslan y desprenden calor, los patios, la madera, los suelos porosos, las cubiertas vegetales, los sistemas eficientes de iluminación mediante energías alternativas, la recogida de basuras por circuitos neumáticos, la creación de mi-

croclimas en altas temperaturas, la selección de pavimentos terrizos y otras muchas cosas suenan raro todavía a arquitectos por otro lado seducidos y familiarizados con el titanio, el acero cortén, los muros de hormigón, los paneles de aluminio y las soluciones de instalaciones tradicionalmente contaminantes o ambientalmente despilfarradoras.

Arquitectura húmeda frente a seca arquitectura

Tal vez éste de la humedad frente a la aridez sea el reto ambiental de esa hipótesis de unas ciudades ambiental y humanamente más sostenibles. Probablemente un reproche cultural que lanzan desde su atípica belleza algunas obras de Ábalos y Herreros que no han renunciado a conseguir de los artilugios arquitectónicos proclamas culturales en las que los lenguajes van más allá del juego de las formas y se aproximan silenciosamente a la belleza de las cosas que trascienden la utilidad arquitectónica. Pues, aun caracterizándose por un repunte estético demasiado evidente, guardan un compromiso con la ética de la ecología apoyada en técnicas vanguardistas de entender el patrimonio verde o de inventarlo. Y no sólo se trata de depuradoras como la de Valdemingómez u otras, sino de *nuevas miradas* sobre los lugares que recuerden que el artificio de crear va más allá del ruido de los manifiestos vanguardistas o de los colectivos artísticos.

Y es que existen en el silencio y limpieza lenguajes vigorosos y nuevos recursos formales conjugables con nuevas tecnologías aplicadas a los viejos problemas.

La biodiversidad arquitectónica en la era de la red

Y es que la biodiversidad humana es un elemento a defender tan importante como la biodiversidad de las especies y en el sitio donde más en riesgo se pone es en la ciudad, en la biodiversidad de nuevas arquitecturas rebeldes con los apriorismos conocidos hasta ahora. Porque es en la ciudad donde se libran las batallas por la herencia de nuestro planeta. Una herencia que se entiende un poco más generosa que la de nuestros abuelos. Ahora se trata no tanto de que algunos reciban los frutos de sus antecesores sino, más bien, que todos no se llenen para siempre de los desechos.

Quien crea que este último no es un problema arquitectónico, por aquello de que la arquitectura ya no tiene como pretensión ofrecer alternativas para «salvar» o «configurar» el mundo, no hace falta que recuerde las deudas que el estilo internacional y las perversiones del movimiento moderno han dejado como secuelas, sino simplemente pensar que de la construcción y sus residuos depende más del cuarenta por ciento de la contaminación mundial y de la pérdida de recursos naturales de primera magnitud.

Si este no es además un problema cultural central de la arquitectura de las ciudades es porque quizá todavía no estamos acostumbrados a oír el silencio del planeta azul y porque las fantasías artísticas atronan nuestro mundo subliminal, sin dejar espacio a otros recursos vitales. Esos métodos disciplinares pasan por cambiar concepciones caducas sobre urbanismo y arquitectura –todavía reclamadas hoy como contrapuestas a los retos ambientales–

cuando, a la vez, ciudades como Sidney acometen con los Juegos Olímpicos del pasado verano los desafíos de reducir, reciclar y reutilizar, los edificios, materiales, desechos y vertidos ocasionados por el propio acontecimiento.

La red, las redes, las bóvedas de navegación tecnológica ofrecen cada día nuevas enseñanzas de cómo acometer los problemas de gravedad e ingravidez, del proyecto de formas in-formes y formas complejas, de vidas reales y virtuales en medio del acoso del ruido, de nuevos horizontes en la geometría de lo fluido y nuevas tectónicas denodadamente poéticas e inmaterialmente tangibles, como para ofrecer nuevas alternativas de intercambio dentro del artificio de la naturaleza transformada que es nuestra obligación profesional mantener y mejorar.

Las esperanzas de que el desarraigo cultural de arquitectura y ambiente, producto de la falta de compromiso de la arquitectura con la ciudad y de la ciudad con el medio que la soporta, ofrezcan cada vez más casos de buenas prácticas y de mutua cooperación con las experiencias de los países en vías de desarrollo todavía no han tenido el debate cultural que se merecen. En tanto no pasen de ser más que objeto de curiosidad, las técnicas sostenibles de proyectar el futuro de los alojamientos y buscar las bellezas de lo entornos, respetando el paisaje y recursos del lugar, –ahí están el Cementerio de Igualada o el Jardín Botánico de Barcelona, el Parque de S. Domingo de Bonaval o las experiencias de rehabilitación en Santiago, la regeneración de barrios en Madrid, Oviedo o Sevilla, etc.– las experiencias

de viviendas responsables con sus habitantes, con el medio ambiente, o las calladas políticas de las ciudades pequeñas y medianas para interrelacionarse equilibradamente con sus territorios serán excepciones pintorescas para la mayoría de los consumidores de arquitectura de consumo, cartel y comunicación.

Se trata de que artilugios y tinglados arquitectónicos vayan dejando paso a una nueva cul-

tura tectónica en la que otras variables adquieran peso en relación con los problemas de la belleza y de la forma. Variables ecológicas inseparables de otras variables culturales, pero que también son consustanciales a la calidad de vida de los habitantes de las ciudades y cada vez más estrecharán sus lazos fundamentando las alternativas de conservar un medio vivo en las grandes aglomeraciones humanas.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Jesús Ferrero. *El País*, 30 de septiembre de 1999.

Guillermo Cabrera Infante. *El libro de las ciudades*. Alfabeta. Madrid 1999.

Vicenç Sureda i Obrador. *Fundación Alternativas*, «La ciudad como ecosistema». Madrid 1998.

Ábalos y Herreros. «Natural/Artificial».

Steven Holl. «Entrelazamientos».

Fernando Parra. *Diccionario de Ecología*. Alianza Editorial. Madrid 1984.

Carlos Castilla del Pino. *El silencio*. Compilación. Alianza Universidad. Alianza Editorial. Madrid 1992.

Wittgenstein. Discurso sobre la ética. *Tractatus*. VV.EE.



CIUDADES Y CRISIS DE CIVILIZACIÓN*

José Manuel Naredo

Partiendo de un relato de los procesos de la modernización urbana, el autor señala la secuencia de crisis social y medioambiental en el contexto actual. Bajo el signo de la globalización económica se evidencia la insostenibilidad de la producción urbana.

¿Crisis de civilización?

La preocupación por la crisis ambiental y la polarización social ha marcado el final del siglo XX, poniendo en cuestión la fe en la senda de *progreso* indefinido que nos había propuesto la civilización industrial. Sin embargo este hecho no autoriza por sí solo a hablar de crisis de civilización. Es más, puede argumentarse que el *proyecto de modernidad y progreso* subyacente nunca se había extendido tanto, ni había desbancando tanto como ahora a otras formas de concebir y de sentir el mundo.

Precisamente el gran éxito del proyecto de *modernidad* civilizatoria que nos ha tocado vivir estriba en su capacidad para apoyar sus fundamentos en valores que se suponen universales, trascendentes y, por lo tanto, ajenos a consideraciones espacio-temporales, y para vincularlos, con visos de racionalidad científ-

fica, a evidencias empíricas domesticadas que dan puntual cuenta de los logros del *progreso* prometido, a la vez que soslayan las consecuencias *regresivas*, no deseadas, que los acompañan. La ciencia económica ha desempeñado un papel fundamental en este juego reduccionista, aportando el núcleo duro de la racionalidad sobre la que se asienta el llamado «pensamiento único»¹. Una vez sometido el mundo al yugo de ese «pensamiento único» guiado por una racionalidad económica servil al universalismo capitalista dominante, se ha podido postular a bombo y platillo la «muerte de las ideologías» y «el fin de la historia». La falta de pudor intelectual que subyace al manejo acríptico y desenfadado de tales afirmaciones², en un mundo intelectual que se supone informado, da cuenta de la impunidad con la que se desenvuelve el reduccionismo imperante cuando tales consideraciones parecen más propias de visiones paleocientíficas hoy

85

trasnochadas: nos recuerdan ese supuesto «orden natural» *inmutable*, fruto de la *creación divina*, al que se consideraba sujeto el mundo antes de que Darwin construyera la teoría de la *evolución*. Curiosamente, en una cabriola intelectual sorprendente, semejante inmovilismo reduccionista suele venir aderezado con alardes de relativismo «postmodernista», para huir así de los problemas del presente.

A la vista de lo anterior, parece que se ha invertido el antiguo papel *progresivo* que en su día se atribuyó a las ciencias sociales. Desde Platón y Aristóteles se ha venido pensando que las personas son capaces de mejorar la sociedad en la que viven y que el conocimiento racional (científico) brindaría el punto de apoyo necesario para posibilitar el cambio social. Sin embargo hoy la economía, esa «reina de las ciencias sociales», ha invertido la situación: hemos asistido a la extensión de un discurso económico reduccionista que aniquila la posibilidad de reconsiderar las metas de la sociedad y, por lo tanto, de cambiarla, haciendo que incluso la política se supedite a ese discurso. La reflexión económica estándar se sitúa así en un campo meramente instrumental, servil al ciego instinto de promoción competitiva y al desatado mecanismo del *crecimiento económico*, cerrando los ojos a los daños sociales y ambientales que tal modelo ocasiona o ayudando a asumirlos como algo normal o inevitable, como si del pedrisco o el rayo se tratara. Sin embargo el territorio testifica los daños físicos y sociales infligidos, que permanecen reflejados en los paisajes urbanos, periurbanos y rurales.

La situación crítica de la actual civilización alimenta una pugna ideológica sorda entre el

recurso antes apuntado a evidencias domesticadas que magnifican «la irrefrenable marcha hacia el *progreso*» de nuestra sociedad, y los signos de *regresión* cada vez más ostensibles que muestran el deterioro ecológico y la polarización social en el acontecer diario. Asistimos así a las tribulaciones del discurso dominante del «pensamiento único» para ingeniárselas, no sólo para subrayar los signos de *progreso*, sino sobre todo para ocultar los signos de *regresión*. En esta pugna juegan dos novedades dignas de mención: una, la escala sin precedentes que han alcanzado los fenómenos urbanos y los problemas y deterioros que éstos generan y, otro, los medios de difusión, y de disuasión, también sin precedentes, con los que cuenta el «pensamiento único» para favorecer el conformismo y desactivar la disidencia.

La crisis urbana del XIX en los países industrializados y sus enseñanzas

Las grandes concentraciones urbanas que trajeron consigo la revolución industrial supusieron una clara ruptura con los modelos de orden que, con diversas variantes, habían venido presidiendo hasta entonces la configuración de las ciudades. Estas concentraciones rompieron las primitivas ideas de unidad en el trazado que se tenía de las ciudades, haciendo que su continua construcción y remodelación evolucionara de forma errática e incontrolada, para ofrecer el panorama de las modernas «conurbaciones»³.

Pensadores que van desde la antigüedad hasta el medioevo (como Aristóteles o san Isidoro de

Sevilla) dijeron: «no son las piedras, sino los hombres los que hacen las ciudades», subrayando así la dimensión comunitaria que desde antiguo permitió la realización y el mantenimiento de ese instrumento material de vida colectiva que ha venido siendo la ciudad. Sin embargo, la ética individualista e insolidaria y los enfoques de una ciencia parcelaria, que se extendieron con la civilización industrial, socavaron sistemáticamente esa dimensión comunitaria que en su día sostuvo los proyectos urbanos. El nuevo tono moral que presenta como algo aceptable, e incluso socialmente deseable, la realización de los apetitos más voraces de poder y de dinero, acabó haciendo de la construcción urbana una actividad especulativa más y motivando que ya no sean «los hombres», sino el lucro apoyado en el hábil uso del cemento, el ladrillo y las influencias, lo que de verdad hace la ciudad, presentando esos gigantes sin alma que son las actuales «conurbaciones».

La implantación del Estado Moderno como afirmación de un nuevo poder político desbrozó el camino hacia el actual orden de cosas. La expresión territorial del nuevo complejo cultural, político y social se plasmó en el modelo de «ciudad barroca», así denominado por Mumford y otros autores. La «ciudad barroca» rompió los antiguos recintos amurallados para desplegar por el espacio abierto un plan geométrico en el que primaban la perspectiva horizontal, las largas avenidas y el diseño ortogonal, por contraposición a las calles más angostas y curvas y al diseño más orgánico de los «cascos» medievales. La homogeneidad administrativa en el tratamiento de las perso-

nas y los territorios y la formalización democrática de los Nuevos Estados contribuyeron a eliminar la idea medieval de la ciudad como baluarte de libertad o refugio de «hombres libres», debilitando, con ello, la antigua cohesión de los *ciudadanos*, y haciendo que este término pase a designar al conjunto de los súbditos de un Estado con independencia de que vivan o no en ciudades: la gran ciudad sólo otorga ya a los individuos la libertad que, para bien o para mal, se deriva de las mayores cotas de anonimato.

El peso determinante de la autoridad política fundadora de los nuevos Estados explica la firmeza planificadora que subyace a las realizaciones de la «ciudad barroca» que, pese a todo, se escalonaron en el tiempo, compartiendo estilos y conviviendo con el tejido urbano preexistente para originar en el «viejo mundo» lo que acostumbra hoy a denominarse la «ciudad clásica» o «histórica», por contraposición a las presentes «conurbaciones». El proyecto de «ciudad barroca» fue así un paréntesis en el desmantelamiento de la vieja cultura urbana que dejó abierto el camino hacia el mayor peso del capitalismo y el predominio del modelo de urbanización que, con diversas variantes, ha llegado hasta nuestros días.

Como es sabido, el capitalismo orientó la gestión del mundo físico desde el universo de los valores monetarios para maximizar beneficios. Este criterio de gestión es una máquina potentísima de deterioro del patrimonio (natural y construido) de la sociedad: los «agentes económicos», tratan de favorecer su beneficio particular forzando sus ingresos a base de ex-

plotar bienes «libres» o de terceros o trasladando sus costes sobre otros «agentes» o territorios que quedan fuera de su ámbito contable. Este principio de acrecentar beneficios privados a costa del deterioro público o de terceros es el que originó la crisis de la urbanización masiva que trajo consigo el capitalismo industrialista del XIX.

Ese gran «arrecife humano»⁴ que era, al decir de Geddes, el Gran Londres de la época, constituía el ejemplo más característico de la nueva problemática urbana. Las imágenes poco recomendables que presentaban las primeras ciudades industriales en la Inglaterra del siglo XIX, gobernadas por el afán de lucro empresarial, trajeron consigo un fuerte movimiento de reflexión y de protesta. La importancia inédita del nuevo fenómeno y el empeño en discutir con datos en la mano la amplitud y gravedad de los problemas suscitados, dio pie a numerosos estudios y estadísticas⁵. Las encuestas y los registros sistemáticos de población ayudaron a cuantificar la pobreza y a confirmar que las nuevas aglomeraciones urbanas de la época acarreaban tasas de mortalidad superiores a las del medio rural⁶, como fiel reflejo de las deplorables condiciones de vida de una parte importante de la población y el medio ambiente. Lo cual desencadenó en Inglaterra un fuerte movimiento «antiurbano» que veía las nuevas aglomeraciones más como «tumores abominables» que como exponentes del progreso prometido por la civilización industrial. Las obras de Charles Dickens, Thomas Carlyle y John Ruskin ejemplifican el reflejo literario de esta corriente, que inspiró elaboraciones importantes en el campo del socialismo

(William Morris y, en cierta medida, Marx y Engels) y del urbanismo (Howard, Geddes y, más tarde, Mumford). Este movimiento ayudó a ver el *statu quo* como algo inadmisibles, extendiendo entre políticos, administradores y filántropos, afanes de reforma tendentes a corregir los aspectos más negativos que acompañaban al proceso de urbanización ejemplificado por esa «ciudad monstruo» de Londres. Se trataba, sobre todo, de paliar la insalubridad y la inseguridad mejorando «las condiciones de vida de los pobres» que se concentraban en el medio urbano, para hacer de él algo más saludable y apacible.

Un muy documentado y divulgado estudio sobre los problemas sanitarios que entrañan las grandes aglomeraciones urbanas⁷ permitió orientar con eficacia las reformas en Inglaterra. A nuestros efectos cabe destacar que este estudio identificó las causas de la elevada mortalidad urbana y propuso soluciones en el campo técnico, dejando de lado las inquietudes sociales, éticas, estéticas y religiosas que veían en esa mortalidad el reflejo de una moral y unas formas de vida poco recomendables. En resumidas cuentas, se separó definitivamente la moral de la patología urbana⁸, postulando que no hacía falta cambiar la sociedad, ni siquiera reducir el tamaño de las concentraciones urbanas, sino hacer que éstas se atuvieran a determinados estándares de salubridad. Al ver que las enfermedades infecciosas explicaban el grueso de las elevadas tasas de mortalidad urbana, se trataron de mejorar las condiciones higiénicas de la ciudad y las viviendas, controlando la densidad de población, separando el abastecimiento de agua de los verti-

dos, pavimentando las calles y recogiendo los residuos sólidos. Ante la evidencia de que el mercado no resolvía por sí mismo estos problemas, se planteó la necesidad legal de establecer una serie de estándares mínimos de densidad y de salubridad, entre los que figuraba la emblemática dotación de un retrete por familia.

Los nuevos estándares y reglamentos entroncaron con otros derivados del proyecto de ciudad «barroca» que ligaban, por ejemplo, la anchura de las calles a la altura de los edificios o la dotación de equipamientos al número de habitantes, para reordenar el nuevo crecimiento urbano y readaptar el antiguo, resolviendo los principales problemas de las nacientes «conurbaciones». Con lo cual, las tasas de mortalidad (y de natalidad) urbana disminuyeron en la Inglaterra de finales del siglo XIX, hasta situarse por debajo de las del medio rural, anticipando el patrón demográfico que, con más o menos desfase, siguieron los otros países industrializados. Las «omnipotentes» palancas de la ciencia y la técnica facilitaron una salida razonable a la crisis que plantearon las nuevas aglomeraciones urbanas del XIX. Renació la fe en el progreso, decayó el «antiurbanismo» antes mencionado y aumentó la confianza en el capitalismo y en los aspectos benéficos del crecimiento económico (y urbano).

Hemos de insistir en el carácter técnico-parcelario que impregnó a las soluciones: cada problema fue tratado con reglamentaciones y medidas *ad hoc*. La salubridad y la seguridad urbana mejoraron a base de evitar el excesivo hacinamiento, instalar retretes en locales y viviendas, de elevar la altura de las chimeneas

fabriles o de enviar los detritus físicos y sociales a vertederos y cárceles⁹. Se pudo mejorar así el confort y la limpieza del medio ambiente urbano, pero a base de ocupar más suelo, de utilizar más recursos foráneos y de llevar al extra-radio una contaminación acrecentada, aumentando por todo ello las necesidades de transporte.

Problemas de las conurbaciones actuales

Extensión e importancia del fenómeno urbano

Las ciudades de la antigüedad, e incluso del medievo, tenían una dimensión muy inferior a la de las aglomeraciones de hoy día. En 1800 sólo Londres alcanzaba el millón de habitantes, siendo Inglaterra el país más urbanizado del mundo. En 1850 sólo había en el mundo dos ciudades que superaban el millón de habitantes, Londres (con 2,3 millones) y París (con 1,1 millones). En 1900 aparecen ya diez ciudades con más de un millón de habitantes, encabezadas por Londres (4,5), Nueva York (3,4) y París (2,7). En 1910 ya hay trece, a la vez que empieza a observarse la presencia de aquellas ubicadas en los antiguos países coloniales, que tomarían la delantera en tamaño de población: hoy, entre las aglomeraciones de más de 10 millones de habitantes se encuentran, junto a Nueva York, México, São Paulo, Calcuta, Shangai, etc., etc.

Podemos resumir el giro mencionado en la evolución de la población urbana mundial de la siguiente manera. La población mundial que vive en ciudades de más de 100.000 habi-

tantes pasó de representar el 16 de la población total en 1950, al 24 en 1975 y al 50 por 100 en el año 2000. Pero subrayemos, como dato más significativo, el peso dominante que han adquirido los países pobres o «menos desarrollados» en el proceso de urbanización mundial: en 1950 la población urbana antes mencionada que estaba situada en los países ricos o «desarrollados» doblaba a la de los países pobres, mientras que en 1975 la población urbana se distribuía mitad y mitad entre países pobres y ricos y en el año 2000 la población urbana de los países pobres dobla ya a la de los países ricos. Los problemas derivados de la urbanización masiva han dejado, así, de ser el problema casi exclusivo de los países ricos que era hace un siglo, a convertirse en un problema de primer orden en los países pobres, cuya tasa de urbanización creció en consonancia con los datos aportados, pasando del 7,8 por 100 en 1950 a superar el 40 por 100 con el cambio de siglo.

Sobre los criterios que orientan el actual orden de cosas

Mumford señaló la fuerza impulsora que condujo desde el orden geométrico estricto de la ciudad «barroca» hasta el caos de la «conurbación»: «el gusano de la especulación –dijo– atacó hasta el corazón la bella flor barroca». El distinto modelo de ciudad, o más bien de «no ciudad», al que se atenían las primeras «conurbaciones», reflejaba ya la hegemonía del capitalismo sobre la autoridad política. Esta hegemonía tuvo que atenerse a los nuevos estándares de calidad urbana acordados en las metrópolis para seguir progresando. Pero a

medida que tal hegemonía se fue extendiendo por el mundo, con ella se extendió también, en lo esencial, el nuevo modelo de orden territorial, con alguna variante que precisaremos a continuación. La tan cacareada «globalización» económica, y la consiguiente extensión del «pensamiento único», trae consigo la aplicación planetaria de un *único* modelo de ordenación del territorio. Resumamos sus rasgos esenciales. En primer lugar, creo haber demostrado¹⁰ que las reglas del juego económico desarrolladas por el capitalismo tienden a ordenar el territorio en «núcleos de atracción de capitales y productos (más densos en población e información) y áreas de apropiación y vertido». Junto a esta tendencia general, que funciona a escala nacional e internacional, se plantean otras que explican más matizadamente la universalidad del modelo aparentemente caótico de las propias «conurbaciones». Éstas vienen dadas por la confluencia de ciertos presupuestos técnico-económicos que cabe resumir de la siguiente manera:

Presupuestos económicos: Con el capitalismo la mayoría de los edificios y viviendas no se construyen ya directamente para el uso de sus futuros usuarios, sino para la venta (o el alquiler), por entidades interpuestas que buscan el beneficio monetario. Esta finalidad hace que se tienda a maximizar (al menor coste posible) el volumen construido por unidad de superficie hasta donde lo permita la normativa vigente y que los propietarios de suelo traten de modificar su calificación hacia normas más laxas, alterando los planes existentes¹¹.

Presupuestos técnicos: El perfeccionamiento técnico, y el abaratamiento, observados en el

manejo del hierro y el hormigón desde finales del siglo XIX, permitió dotar a los edificios de un «esqueleto» de vigas y pilares independiente de los muros, capaz de soportar numerosas plantas y de conseguir un volumen construido por unidad de superficie superior al de los edificios tradicionales, con un coste inferior, a base de sustituir trabajo por energía fósil¹².

Con los presupuestos señalados se generalizó por el mundo la apariencia uniforme de los edificios, originando una «estética universal» acorde con el predominio del «pensamiento único». A la vez que la nueva posibilidad de aumentar el volumen construido sobre el suelo ocupado por edificios antiguos, desencadenó procesos de demolición de la «ciudad histórica» sin precedentes, cuando el marco institucional lo permitía, como ha sido el caso de España¹³. Por otra parte, el desastroso comportamiento térmico de los nuevos edificios acrecentó el gasto energético necesario para hacerlos habitables.

Evidentemente, como el afán de lucro no tiene límite, tampoco lo tienen las aglomeraciones constructivas que con tal fin se producen. Entre los numerosos aspectos que complementan o matizan el funcionamiento de las tendencias indicadas, hay que insistir, en que cada modelo de usos del territorio conlleva unas necesidades de transporte que a su vez tienen incidencia territorial e influyen sobre los usos. La posibilidad técnica y económica de satisfacer adecuadamente estas necesidades condiciona el tamaño de los asentamientos. Serían inconcebibles las «conurbaciones» actuales sin contar con los oleoductos, los gaseoductos, los

tendidos eléctricos, los ferrocarriles, los aeropuertos... las autopistas, que facilitan el continuo trasiego de personas, materiales e información que reclama y posibilita la creciente dispersión geográfica de sus funciones (separando zonas dormitorio de zonas industriales, comerciales, de esparcimiento, etc). Precisamente los avances técnicos observados en el terreno de los transportes y las comunicaciones han facilitado la enorme extensión territorial en forma de «mancha de tinta o de aceite» que caracteriza a la «conurbación difusa» o al «*urban sprawl*»¹⁴ de nuestro tiempo. Si reducir el hacinamiento ayudó en su día a mejorar la salubridad urbana, la extrema dispersión actual de los usos y la gran dependencia del transporte constituyen hoy uno de los principales factores de deterioro del medio ambiente urbano.

Conviene señalar al menos dos variantes fundamentales. Una es la que señala la incapacidad de los países pobres para mantener la calidad interna de sus cada vez más pobladas «conurbaciones», asegurando unos estándares mínimos de salubridad y habitabilidad acordes con los logrados en los países ricos, marcándose así la diferencia entre el Norte y el Sur. Otra es la que distingue el urbanismo del viejo continente europeo, que trata de revivir más o menos formalmente los restos de esa «ciudad histórica» tan valorada por todos, del urbanismo de ultramar, en el que el «estilo universal» y el «*urban sprawl*» evolucionó con menos cortapisas.

Por último, hay que advertir que la «globalización» económica llevó a escala internacional las relaciones de dominación, atracción y de-

pendencia que antes se daban entre las ciudades o capitales y el medio rural, haciendo que ciertos Estados desempeñen también el papel que han venido desempeñando las ciudades. A finales del XIX, la palabra *metrópoli* pasó a designar no sólo la capital de un país, sino también al país que controlaba territorios más amplios. Inglaterra entera era ya la *metrópoli* del Imperio Británico¹⁵. Así, junto a esos núcleos más concentrados de atracción de capitales y productos que son las «conurbaciones», hoy ejercen tales funciones atractoras los *Estados metropolitanos* en los que se domicilia el poder político y económico de nuestro tiempo (Estados Unidos, la Unión Europea y Japón)¹⁶. La proyección internacional de las relaciones de la ciudad con el entorno hace que la tradicional emigración del campo a la ciudad tienda a producirse también ahora desde el resto del mundo hacia los Estados metropolitanos, testimoniando que la época de las grandes colonizaciones y la apertura de nuevas fronteras se acabó ya hace tiempo. Tras la confusión que originó el antiguo «bipolarismo» político entre los dos Estados más poderosos, la desaparición de uno de los polos nos ha deparado inequívocamente un orden mundial *unipolar* dominado por el poder económico capitalista y escindido sólo por la segregación entre pobres y ricos, que se proyecta dentro y fuera de las «conurbaciones» y los países.

Los nuevos Estados metropolitanos pasaron a ejercer una función que Weber (1921) consideraba característica de las ciudades: la de constituir, no sólo una organización económica interna, sino la de organizar también un

espacio económico más amplio capaz de garantizar establemente sus abastecimientos a precios moderados. Las reglas del juego económico que orientan el funcionamiento del mercado mundial, aseguran el abastecimiento a bajo precio de los territorios metropolitanos, a la vez que el sistema financiero internacional inclina a su favor la capacidad de compra sobre el mundo para utilizarlo como fuente de recursos y sumidero de residuos¹⁷. Lo cual sitúa a estos países en una posición privilegiada para cuidar de su «medio ambiente». Pero, lo mismo que no cabe concebir la existencia de las ciudades sin poner un entorno rural a su servicio, hoy resulta inconcebible la opulencia de los países metropolitanos sin poner a su servicio el resto del mundo. Al ser fruto de su posición dominante, esta opulencia se convierte en un «bien posicional» imposible de generalizar al resto del mundo. Hacer creer lo contrario sigue siendo uno de los mayores engaños de la civilización industrial.

Sobre el «panem circensis» prometido a las urbes mundiales

Un grave problema de fondo ligado al actual proceso de urbanización es el que plantea el indiscutido afán de extender a todo el mundo los patrones urbanos de vida de las metrópolis mundiales, cuando estos patrones se muestran hoy inviables para el conjunto de la población: su generalización plantea unas exigencias en recursos y residuos que se salen del limitado entorno planetario, evidenciando esta imposibilidad. Pero el problema no sólo se limita a proponer a la especie humana un modelo de

progreso que se revela inviable a la luz de la lógica más elemental, sino que en los últimos tiempos la distancia entre ricos y pobres se acentúa a pasos agigantados a escala planetaria, reflejándose en el ensanchamiento de la brecha Norte-Sur y en la aparición de crecientes «bolsas de pobreza» y de marginación en el propio Norte¹⁸. Por contraposición al modelo de *progreso* y *bienestar* que presentan, con la ayuda de los *media*, esos escaparates que hoy son las metrópolis del mundo civilizado, resalta sobre todo el panorama cada vez más dramático que ofrece el disparatado crecimiento de las conurbaciones de los antiguos países coloniales, con sus enormes «cinturones» de miseria. Es como aquel aprendiz de brujo que fue víctima de su propio éxito, al desencadenar fuerzas que luego no pudo controlar. Los cantos de sirena del desarrollo económico industrialista y urbanizador apuntalaron con éxito la posición de dominio de las metrópolis del capitalismo mundial, pero desencadenaron procesos de creciente frustración y crisis que se manifestarán en toda su crudeza durante el nuevo siglo que comienza. De ahí que tenga sentido hablar de crisis de civilización, cuando el *panem circensis* que la llamada «sociedad de consumo» había prometido a las urbes mundiales resulta cada vez más inalcanzable para la mayoría de la población, revelándose incapaz de adormecer su conciencia crítica sobre los conflictos y deterioros cada vez más acusados que se derivan del orden social y espacial imperantes.

En efecto, el «desarrollo», en vano su pretensión de erradicar la pobreza, no ha intervenido mejorando de entrada las condiciones de vida

de las sociedades «periféricas» al capitalismo, sino provocando su crisis, sin garantizar alternativas solventes de mejora para la mayoría de la población implicada e incluso originando, en ocasiones, situaciones de penuria y desarraigo mayores que las que se pretendían corregir. Desde esta perspectiva «podemos imaginar al desarrollo como una ráfaga de viento que arranca al pueblo de sus pies, lejos de su espacio familiar, para situarlo sobre una plataforma artificial, con una nueva estructura de vida. Para sobrevivir en este expuesto y arriesgado lugar, la gente se ve obligada a alcanzar nuevos niveles mínimos de consumo, por ejemplo, en educación formal, sanidad hospitalaria, transporte rodado, alquiler de vivienda,...» [Illich, I. (1992)]. Y para ello es necesario disponer de unos ingresos que el «desarrollo» acostumbra a escatimar a la mayoría de los individuos, originando procesos de miserabilización¹⁹ sin precedentes que afectan incluso a las necesidades llamadas primarias o elementales (alimentación, vestido...). Porque, además, las nuevas necesidades aparecen como algo ajeno a las posibilidades de los individuos para hacerles frente directamente, con lo que la persona carente de trabajo e ingresos aparece como un residuo obsoleto, inadecuado a las nuevas exigencias del «desarrollo», que cae con facilidad por la pendiente de la marginación social y el deterioro personal. Así, no cabe considerar el proceso actual de urbanización que se opera en los países pobres como un paso que repite la misma senda de modernización y progreso seguida tiempo atrás por los países ricos: es más común que este proceso resulte de la mera destrucción de las formas de vida y de cultura que secular-

mente habían venido modulando y asimilando el crecimiento demográfico, que de las capacidades del «desarrollo» para sacar a la población del «idiotismo de la vida rural»²⁰ y mejorar su calidad de vida en las actuales aglomeraciones. La magnitud de las imágenes de frustración y desarraigo que presentan hoy las «conurbaciones» de los antiguos países coloniales así lo atestiguan, empequeñeciendo los problemas que presentaba el Gran Londres de hace un siglo. La calidad ambiental de Londres ha podido sin duda mejorar, junto con la de otras antiguas ciudades industriales²¹, mostrando que, por las razones antes indicadas, los países metropolitanos están en condiciones mucho más favorables que el resto del mundo para mantener la calidad interna de sus propias «conurbaciones» y para seguir desarrollando formas de urbanización inviables a escala planetaria.

94

Sobre las perspectivas de la crisis

Tener clara conciencia de las causas de nuestros males es el primer paso para curarlos o, al menos, para diagnosticar su posible evolución. Cabe subrayar esta evidencia cuando, en la situación actual, las racionalidades parciales que nos depara el coincidente predominio de un conocimiento científico parcelario y un individualismo insolidario, conducen más a soslayar, que a subrayar, las raíces de los problemas, y más a dejar indiscutidas, que a revisar, las metas sobre las que se ha venido construyendo la civilización industrial. Lo cual hace que la dificultad para incidir sobre la marcha de la actual civilización y su reflejo territorial, no estribe tanto, como suele decirse, en la falta

de medios económicos o de instrumentos técnicos, como en nuestra incapacidad para revisar los fines que presiden y orientan los comportamientos en nuestra sociedad.

Hemos visto que la crisis urbana que atravesaron los nacientes países industriales del siglo XIX estuvo motivada por fallos de calidad interna del propio sistema urbano y que se resolvió, con el apoyo del Estado, utilizando más intensamente los recursos y sumideros del resto del territorio. Sin embargo la crisis actual no sólo vuelve a plantear nuevos problemas de calidad interna, sino que se topa con el deterioro acrecentado del resto del territorio. Su tratamiento exige, por lo tanto, reconsiderar las relaciones del propio sistema urbano con el resto del territorio. El enfoque sectorial y parcelario que se había utilizado con éxito para resolver la crisis anterior se revela ahora insuficiente. Los problemas ya no se resuelven aumentando la altura de las chimeneas o tirando de la cadena de los wáteres. Hay que preocuparse del funcionamiento del sistema urbano en su conjunto y, para ello, hace falta volver a considerar la ciudad como proyecto, consideración que se había desvanecido junto con la cohesión y la participación social que en otro tiempo construyó y mantuvo las ciudades. Se cae, así, en la cuenta de la necesidad de reconstruir el cuerpo social de la ciudad y de dotarlo de órganos responsables capaces de controlar su funcionamiento físico y el deterioro que origina sobre el territorio. Pero entonces nos encontramos con que el tamaño sobrehumano de los asentamientos actuales dificulta enormemente esta reconstrucción, lo que urge a redimensionar esa ciudad-proyecto,

rompiendo la inercia expansiva de las «conurbaciones». Lo cual exigiría supeditar la finalidad imperante del lucro al logro de otras metas (sociales, ambientales...) desencadenando un proceso que, mediante la interacción transparente entre información, participación social y normativa, vaya definiendo el nuevo proyecto de ciudad y su relación con el resto del territorio. Pero, a la vez, la dimensión internacional y planetaria de los problemas hace que éstos trasciendan de la esfera local o nacional en la que se han venido tratando. La traslación de las funciones de la ciudad a Estados metropolitanos cada vez más serviles a los intereses del capitalismo transnacional, reflejada en la llamada «globalización económica», demandaría organizaciones internacionales capaces de ponerles coto, y con ello, a la ordenación en curso del espacio planetario. Este nuevo internacionalismo tendría que apoyarse en un nuevo geocentrismo para proyectar esa imagen de Casa-Madre, más allá de la ciudad y del Estado, hasta abarcar a la Tierra en su conjunto. Por todo lo expuesto, la crisis del modelo ordenación del territorio que se ha extendido por el mundo está llamada a resolverse con la crisis de la civilización que lo engendró.

La situación actual es bien poco receptiva a las ideas que acabamos de esbozar como guía para abordar en su raíz las causas de la situación crítica actual. El panorama no justifica el optimismo más que como fruto de la desinformación o de la cobardía para enfrentarse a la cruda realidad. Solucionar la crisis de las nacientes «conurbaciones» en la Inglaterra del siglo XIX, requirió plantear sin tapujos los pro-

blemas, recabar estadísticas para documentarlos y tener empeño en resolverlos. Sin embargo hoy flaquean la reflexión, la toma de datos y la voluntad política necesarias para resolver los problemas, con el agravante de que son mucho más complejos y difíciles de tratar.

Por lo común, tanto las ciencias sociales y ambientales, como las instituciones que se ocupan del territorio y del medio ambiente, invierten más esfuerzo en ocultar que en analizar y paliar los problemas de fondo que suscitan la crisis actual. La vergonzosa falta de datos sistemáticos sobre la ocupación del suelo y los flujos que componen el metabolismo de la actual sociedad, a sus distintos niveles de agregación, o sobre las condiciones de vida de la población, corre paralela con los miles de satélites enviados a la atmósfera, con los cuantiosos recursos destinados a estudiar el «medio ambiente», el clima e incluso el planeamiento territorial y sus valoraciones monetarias. En el terreno de las ideas, por ejemplo, ya no se critica a ese sistema histórico que es el capitalismo, sino a los nuevos demonios del neoliberalismo, como tampoco se discuten los absurdos que conlleva la mitología de la salvación por el crecimiento, consustancial a ese sistema, sino que se trata de hacerlo «sostenible»²²... o, más en relación con el tema que nos ocupa, se soslaya el diario deterioro territorial mientras se discute sobre hipotéticos cambios climáticos. Y a medida que se refuerza la función apologética del *statu quo* que ejercen las academias y las administraciones estatales y empresariales, embarcadas en reflexiones instrumentales y campañas de «imagen verde»²³ dignas de mejor causa, de-

cae su capacidad para interpretar y gestionar la crisis actual.

De esta manera es probable que las tendencias regresivas sigan, como hasta ahora, adelante, sin que la sociedad tome conciencia de la crisis. Porque resulta difícil que una civilización prevea su propia crisis y ponga los medios necesarios para resolverla cuando afectan a sus cimientos: lo normal es que ésta le sorprenda, como ocurrió en la Grecia clásica o la Roma imperial, cuando adquiere tintes claramente catastróficos y difícilmente reversibles. La crisis hacia la que apunta el masivo proceso de urbanización actual tiene, en este sentido, más puntos en común con la crisis en la que desembocó el auge de las ciudades ocurrido en el occidente medieval entre los siglos XI y XIV, que con la del siglo XIX antes comentada. Las enfermedades, los conflictos y el deterioro de-

mográfico, social y económico desembocó en la crisis del modelo de la ciudad-isla medieval²⁴, que no se pudo solucionar mediante iniciativas locales. Hubo que esperar muchos años para que las ciudades renacieran de la mano del Estado Moderno sobre bases distintas. La crisis urbana de nuestro tiempo ni siquiera puede resolverse ya en el interior de esos Estados-isla. Necesita de nuevos enfoques y organizaciones capaces de generar modelos de urbanización local acordes con los requerimientos del geocentrismo antes mencionado. El problema se agrava cuando el modelo de organización jerárquica propio de las empresas transnacionales se extiende ya por encima de los Estados y parece poco proclive a admitir la competencia, sobre todo con organizaciones que pretenden condicionar las reglas del juego económico que impulsa el presente modelo de orden territorial.

96

NOTAS

* Texto publicado en *Documentación social*, n.º 119, abril-junio 2000 (corregido y ampliado).

¹ Término acuñado por Ignacio Ramonet para designar la unicidad de la ideología dominante, regida por la razón económica: «Atrapados. En las democracias actuales, cada vez son más los ciudadanos que se sienten atrapados, empapados en una especie de doctrina viscosa que, insensiblemente, envuelve cualquier razonamiento rebelde, lo inhibe, lo perturba, lo paraliza y acaba por ahogarlo. Esta doctrina es el *pensamiento único*, el único autorizado por una invisible y omnipresente policía de opinión» (Ramonet, I. (1995)). Véase también «Sobre el 'pensamiento único'» (Naredo, J. M. (1997)).

² Véase, por ejemplo, «El Orden Global en el Siglo XXI», debate entre Fukuyama, F., Cooper, R., Garton Ash, T., Luttwak, E. y otros, publicado en *El cultural*, 20-2-2000, págs. 20-24.

³ Término éste acuñado por Patrick Geddes (1915) para designar esta nueva forma de urbanización, diferenciándola de lo que antes se entendía por ciudades. Lewis Mumford, en *La cultura de las ciudades (s/f)*, llega a hablar de «desurbanización» para referirse a este mismo

proceso, subrayando que suponía la destrucción de la antigua idea de ciudad.

⁴ «Ese pulpo de Londres es algo sumamente curioso, un vasto desarrollo irregular sin paralelo anterior en este mundo; y quizá a lo que más se parece es a los desarrollos de un gran arrecife de coral. Como éste, tiene un esqueleto pétreo y pólipos vivos; llamémoslo, por tanto, arrecife humano. Crece hacia adelante, débilmente al principio, con matices pálidos, pero siendo seguido sin descanso en todos los puntos por los matices más oscuros de la población más densa. En el interior se halla una zona sombría y congestionada cuyo centro pulsátil cotidiano nos exige buscar, empero, una comparación con algo más elevado que la vida coralina» (Geddes, P. (1915), pág. 45.).

⁵ Los 17 volúmenes del monumental estudio de Charles Booth (1840-1916) *Life and Labour of the People of London*, en Inglaterra; el de Frédéric Le Play (1855) *Les Ouvriers Européens*, y los aparecidos en la revista *Réforme Sociale*, en Francia; la línea de estudios sociales empíricos promovida por Gustav Schmoller (1838-1917) a través de la Asociación para una Política Social (*Verein für Socialpolitik*) en Alemania; ...o el libro de Henry George

(1878) *Progress and Poverty*, en Estados Unidos, son exponentes de la mencionada corriente de reflexión y toma de datos, iniciada en Inglaterra y seguida después en otros países. En España, la importante documentación estadística sobre las condiciones de vida de la población manejada en la obra cumbre de Idefonso Cerdá (1867) refleja el afán generalizado de medición y estudio de los problemas que precedió y acompañó a la propuesta de soluciones efectivas.

⁶ Por ejemplo, en 1840, la tasa de mortalidad en Liverpool era del 71 por 1000, multiplicando por tres a la registrada para la media de Inglaterra (el 22 por 1000) (Carter, H. y Lewis, C.R (1990), p.38). En la Francia de la Restauración, por término medio la tasa de mortalidad en las ciudades era una vez y media superior a la registrada en el medio rural (Pinol, J.-L. (1991), pág. 145). Esta diferencia se siguió observando en Europa y en los Estados Unidos hasta finales del siglo XIX y principios del XX.

⁷ Se trata del Informe general presentado en la Cámara de los Lores en 1842 fruto de una amplia investigación realizada por Edwin Chadwick (1800-1890) sobre las condiciones sanitarias de la población urbana y sus nuevos requerimientos. Este informe forma parte de la amplia corriente de estudios sobre salubridad urbana realizados por médicos e higienistas durante el siglo XIX en Europa y en Estados Unidos, en consonancia con la corriente de estudios demográficos y sociales antes mencionada.

⁸ La evolución de la medicina apoyó esta corriente higienizadora: las investigaciones de Pasteur descubrieron que muchas enfermedades procedían de microorganismos que proliferaban con la suciedad y que la salud, lejos de ser un atributo intrínseco de los seres humanos, venía condicionada por el medio ambiente físico.

⁹ En el empeño de tratar los fenómenos sociales en el contexto de un mecanicismo parcelario, la criminología acabó considerando al delincuente como un enfermo y tratando de buscar en su configuración cerebral las causas de su comportamiento, al igual que la euforia antropométrica de la época llevó a afirmar que «la emigración del campo a la ciudad estaba llamada a crear un raza diferente, dada la tendencia a emigrar de los *dolicocéfalos* (con cabeza alargada), mientras que los *braquicéfalos* (con cabeza redonda) permanecían en el campo» (Otto Ammon, ref.: Weber, A. F. (1899), pág. 441).

¹⁰ Naredo, J.M. y Valero, A. (dirs.) (1999) Capítulos 25 y 26.

¹¹ La reciente tesis doctoral de Javier Ruiz (1999), confirma que, en la Comunidad de Madrid, la ocupación del territorio ha transcurrido en buena medida corrigiendo o contraviniendo lo previsto en los planes municipales y que los planes de infraestructuras han sido más condicionantes del modelo de crecimiento que el planeamiento urbano originario.

¹² La generalización de la nueva técnica constructiva se apoyó, al igual que otros muchos logros de la civilización industrial, en el manejo masivo y barato de combustibles fósiles, lo que le permitió desbancar a las técnicas de la

arquitectura vernácula, tradicionalmente proclives al uso de los materiales del entorno próximo, también por razones económicas. El contexto técnico-económico favorable y la falta de normas que limitan la altura y el volumen de los edificios, hicieron de Estados Unidos el país pionero en la aplicación de esta técnica constructiva.

¹³ España es el país con el parque de viviendas más renovado de la Unión Europea, lo que permite concluir que el «desarrollo económico» fue proporcionalmente más destructivo de nuestro patrimonio inmobiliario de lo que lo fue la Segunda Guerra Mundial en países como Alemania (Vid. Naredo, J. M. (dir.) (2000)).

¹⁴ Término acuñado en 1955 por W. F. Whyte para referirse a este fenómeno en el caso extremo de Los Ángeles.

¹⁵ El reflejo que tuvo en la literatura anglosajona este cambio de escala está bien documentado en Williams, R. (1973). La identificación de Francia con París, se plasma en Delon, Ch. (1888) *Nôtre capitale, Paris*.

¹⁶ Los países ricos están recibiendo anualmente, a través del comercio exterior, una entrada neta que supera el billón y medio de toneladas de recursos procedentes del resto del mundo, la mayoría de ellas en forma de combustibles y minerales, que al convertirse en residuos hace de la contaminación el principal problema ambiental de los países ricos (Naredo, J. M. y Valero, A. (dirs.) (1999)).

¹⁷ Véase Naredo, J. M. y Valero, A. (1999), Capítulos 6, 25 y 26 sobre el «requerimiento total de materiales de la civilización industrial», los «flujos físicos y monetarios» del comercio y las finanzas mundiales, que permiten sostener los patrones de vida de los países ricos utilizando el resto del planeta como fuente de recursos y sumidero de residuos.

¹⁸ No en vano la esperanza de vida cae en los suburbios de Nueva York por debajo de la media de Bangla Desh (Petras, J. (1992)).

¹⁹ «Al igual que la crema batida se convierte súbitamente en mantequilla, el *homo miserabilis* apareció recientemente, casi de la noche a la mañana, a partir de una mutación del *homo economicus*, el protagonista de la escasez. La generación que siguió a la Segunda Guerra Mundial fue testigo de este cambio de estado en la naturaleza humana desde el hombre común al hombre necesitado. Más de la mitad de los individuos humanos nacieron en esta época y pertenecen a esta nueva clase» (Illich, I. (1992)).

²⁰ Como decía Marx en el *Manifiesto comunista*.

²¹ A ello ha contribuido también el proceso de desindustrialización observado en los países ricos, que hace obsoleto el vínculo que unía la industria con la modernidad y el progreso, vínculo que sigue vivo en el imaginario popular de las zonas «deprimidas» alimentando falsas promesas.

²² Véase, en el nº 102 de esta misma revista, Naredo, J. M. (1996) «Sobre el origen, el uso y el contenido del término 'sostenible'», págs. 129-147.

²³ Véase Greer, J. y Bruno, K. (1996). Este libro pone al descubierto el cambio de actitud y las políticas de «ima-

gen verde» desarrolladas por veinte importantes grupos de empresas transnacionales («una corporación *leader* en destrucción del ozono, se acredita como *leader* en protección del ozono; un gigante transnacional del petróleo se presenta como pionero de los programas de “prevención” frente al calentamiento global...»). Se revela, asimismo, la influencia de estas corporaciones en la orientación de la

«cumbre» de Río de 1992, la desactivación del ecologismo y de la opinión pública en general.

²⁴ No cabe historiar aquí esta crisis que, como la actual, generó xenofobia, segregación social,... y *Órdenes mendicantes* que, a modo de actuales ONGs, trataron de paliar los daños sociales sin subvertir el *statu quo* que los engendra. Véase Roux, S. (1994).

BIBLIOGRAFÍA

Carter, H. y Lewis, C.R. (1990). *An urban geography of England and Wales in XIX Century*, Edward Arnold, Londres.

Cerdá, I (1867). *Teoría general de la urbanización y aplicación...al ensanche de Barcelona*, Imprenta Española, Madrid. 2 volúmenes (Reed. facsímil del IEF, Madrid, 1968).

Fukuyama, F. et al. (2000) (debate). *El cultural*, n.º de 20-2-2000.

Geddes, P. (1915). *Cities in evolution* (versión española de Ed. Infinito, Buenos Aires, 1960).

Greer, J. y Bruno, K.(1996). *Greenwash. The Reality Behind Corporate Environmentalism*, Third World Network Penang y The Apex Press, Nueva York.

Illich, I. (1992). «Needs», en Sachs, W. (ed.) *The development dictionary. A guide to knowledge as power*, Zed Books, Nueva Jersey (hay traducción española de CAI, Cochabamba).

Mumford, L. (s/f). *La cultura de las ciudades*, EMCE, Buenos Aires, 3 volúmenes.

Naredo, J. M. (1995). «Sobre el origen, el uso y el significado del término “sostenible”», *Documentación social*, n.º 102.

Naredo, J. M. (1997). «Sobre el “pensamiento único”», *Archipiélago*, n.º 29.

Naredo, J. M. y Valero, A. (dirs.) (1999). *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Fundación Argentaria y Visor Distrib., Madrid.

Naredo, J. M.(dir.) (2000). *Composición y valor del patrimonio inmobiliario en España*, Ministerio de Fomento, Madrid.

Petras, J. (1992). «New York fait éclater le mythe de la société post-industrielle», *Le Monde Diplomatique*, n.º de abril.

Pinol, J. L. (1991). *Le Monde des villes au XIX siècle*, Hachette, París.

Ramonet, I (1995). *Le Monde Diplomatique*, n.º de enero.

Roux, S. (1994). *Le monde des villes au Moyen Âge*, Hachette, París.

Ruiz, J. (1999). *Madrid 1963-1994:...La génesis del modelo disperso*, Tesis doctoral, ETSA de Madrid.

Weber, A.F. (1899). *The growth of cities in XIX Century, a study in statistics* (Reed. Cornell University Press, 1967).

Weber, M. (1921). *Die stadt* (Ed. en español: *La ciudad*, La Piqueta, Madrid, 1987).

Williams, R. (1973). *The country and the city*, Oxford University Press, Nueva York.

ALGUNOS FETICHES DEL ECOLOGISMO PROFUNDO

Felipe Colabidas

El autor teme por un posible «ecologismo profundo» y doctrinario que como movimiento social inducido y manipulado pone en peligro la centralidad humana. Ante ese peligro resalta las distintas formas de reciprocidad entre la naturaleza y lo humano.

«[...] ¿Cuándo nos será al fin permitido, a nosotros los hombres, comenzar a ser naturales, a “naturalizarnos”, con la pura naturaleza, la naturaleza recobrada, la naturaleza liberada?»: tal es la cuestión planteada por Nietzsche al final de un aforismo de *La gaya ciencia* [...] A esta pregunta se ofrecerá aquí una respuesta concebida del siguiente modo: el hombre será «naturalizado» el día que asuma plenamente el artificio renunciando a la idea de naturaleza misma, que puede ser considerada [...] como el principio de todas las ideas que contribuyen a divinizar la existencia (y, de esta manera, a despreciarla como tal).

Clément Rosset¹

Nadie en su sano juicio puede negar legitimidad y congruencia a quienes critican con tenacidad el estado medioambiental del mundo moderno que entre todos estamos construyendo. Gestionar con sutileza la degradada biosfera sigue siendo

una asignatura pendiente que, sin embargo –hay que decirlo– la humanidad ha incluido ya desde hace bastante tiempo entre sus niveles prioritarios. Y si no, ahí está la abrumadora escalada y el progresivo protagonismo que, al socaire de lo políticamente correcto, ha experimentado en muy pocos años el concepto de *sustentabilidad*. Vaya pues por delante que *la razón común* más manifiesta y urgente está mayormente de su parte y que, por tanto, la cordura inmediata asiste, a todas luces, a quienes se esfuerzan en impulsar esta –fuerte o débil, radical o conciliadora– nueva sensibilidad medioambiental. El proyecto ilustrado, a la larga, conduce al auge de la sensibilidad medioambiental y a su correcta aplicación, a tratar con la debida sabiduría y esmero el planeta común que todos tenemos por morada.

Con esta convicción me atrevería a sostener además que el ecologismo es –quizá tras el feminismo, con el que tan a menudo ha cami-

nado de la mano— el movimiento social que desde mediados de los sesenta ha irrumpido con más ímpetu y ha mostrado más vitalidad para enfrentarse a algunos de los males manifiestamente evitables que ahora tiene planteados la civilización por causa, paradójicamente, de sí misma, de su propio progreso: de la incesante lucha de la voluntad humana por hacer efectiva la habitabilidad del mundo. Esto es, por superar *el reino de la necesidad*, con el penoso esfuerzo personal que siempre le acompaña, para propiciar el despliegue de la libertad y la paulatina emancipación de nuestra especie.

100 Tan es así, que esa profusión de ideas críticas y acciones hostigantes al Sistema, englobadas bajo un mismo lema: el ecologismo, ha hecho exclamar que «un nuevo fantasma recorre el Occidente industrializado»; y si bien es verdad que tampoco hay que sacar las cosas de quicio, no se puede negar que pocos enfrentamientos con las deficiencias manifiestas de lo establecido se han impuesto tan de prisa y han agrupado en solidaridad a tanta gente como lo ha hecho, en las últimas cuatro décadas, este masivo movimiento de amargo descontento naturalista. Y, antes de pasar a la carga, otra de las virtudes que tampoco quiero dejar de señalar del ecologismo es que —tratándose de un movimiento que cuestiona con rotundidad las bases del modo de vida dominante en el mundo desarrollado y, por tanto, de su sistema de producción y consumo—, en general, hasta el momento y en lo que yo sé, no se ha manchado las manos de sangre ni se ha dejado llevar por el obscuro fetiche de la realidad más negra: el de «la violencia como partera de la

historia». Algo, en lo que desgraciadamente han caído gran parte de los otros movimientos políticos esencialistas y tajantes, que identifican mecánicamente radicalidad con sangre; y de los que por desdicha tenemos sobradas muestras nacionalistas en nuestro país.

Pero todos los movimientos sociales presentan una contradicción insoslayable: por una parte, son los lugares preferentes para la acción social reivindicativa y la transformación política, para la fecunda contestación y resistencia a la parte más sórdida de lo indebidamente asentado; y por otra, segregan también pautas gregarias de abyecta adhesión incondicional por parte de quienes se entregan de buena gana al blindaje de sus idearios cerrados. Así desempeñan pues también la función de Gran Mamá que reparte cobijo e identidad a aquellos de sus militantes que optan por someterse sin el menor espíritu autocrítico a su tutela. Y de esta contradicción tampoco ha logrado escapar el ecologismo, más bien todo lo contrario. Al efecto, se ha hablado largo, y con competencia, de la existencia de tres ecologías, de «tres corrientes bien diferenciadas, incluso opuestas en sus mismos principios al abordar la cuestión directriz de las relaciones del hombre con la naturaleza»². Tres maneras, pues, de ser, lo que, de forma quizá demasiado extensa pero bien significativa, podemos sin engaño llamar *ecologistas*. Sin embargo, para lo que yo quiero desarrollar ahora —la preocupación, intrínseca y central, por las distintas formas de reciprocidad que se postulan entre la naturaleza y lo humano—, estas tres ecologías se reducen únicamente a dos, como bien se deduce al analizar en profundidad el libro de

Ferry que acabo de citar. Así es: al pretender establecer cualquier taxonomía de las mencionadas relaciones entre hombre y naturaleza, lo cualitativo se aborda, precisamente, señalando el lugar específico que el hombre ocupa en el conjunto del cosmos. Y, al efecto de fijar tal ubicación, sólo conozco dos respuestas sustantivas y concluyentes: la que, de una u otra forma, privilegia y singulariza la posición de lo humano y la que niega tal cosa, siendo el resto de las opciones posibles una cuestión meramente de grado, cuantitativa, entre esos dos extremos.

Ciertamente, una de estas dos opciones concluyentes, la menos imperativa en su dogmática, usa la naturaleza únicamente como excusa, como «instrumento» necesario para que la humanidad refuerce sus privilegios y logre así lo mejor dentro de lo que se le ofrece como posible. Vista de esta forma, la naturaleza no tiene otro valor en sí que el que cobra en su pleno aprovechamiento y –digámoslo sin tapujos– explotación por la humanidad misma. Para quienes militan en esta corriente, si los hombres se ven inducidos a respetar la naturaleza es únicamente porque constatan que un maltrato continuado del entorno vuelve sus resultados contra ellos mismos, y la escasez material consecuente acaba por enturbiar sus propias relaciones personales. Todo lo vaga que se quiera, tal corriente establece, sin el menor género de dudas, un corte claro en la cadena del ser, un corte radical entre los humanos y el resto de las cosas. Se parte pues aquí –admitámoslo– de un cierto antropocentrismo, el que históricamente ha sido mantenido con tesón por el humanismo más operativo y el pensa-

miento ilustrado menos metafísico e ideologizado de la modernidad. Forma de reflexión que, por otra parte, tiene sus más claros cimientos en una tradición griega más antigua, una tradición basada en la profunda convicción de que –para bien y para mal, y obligado es también renocer que algunas veces incluso para peor–: «el hombre es la medida de todas las cosas».

La opción antagónica sostiene, con grados muy diversos de radicalidad, que «el ecosistema –la biosfera– asume un valor intrínseco muy superior al de esta especie, a fin de cuentas harto pernicioso, que es la especie humana»³. Lo que, obviamente, supone siempre una lucha frontal, y algo obsesiva, contra el más mínimo resto de antropocentrismo. Se exhibe así, sin el menor pudor, el extraño complejo de arrogarse la plena defensa del *Todo*, del universo, defensa basada en la supuesta superioridad de los denominados *derechos de la naturaleza* sobre los, más acotados, *derechos humano*, los cuales son, por tanto, subsidiarios frente a los de la naturaleza en su conjunto. Y lo que es más grave: se pretende que este confinamiento rija incluso las relaciones entre los hombres mismos; pues es aquí donde reside a mi entender la gran ignominia de su planteamiento. Tal disyuntiva muestra la ya clásica oposición entre «la ecología profunda» (*deep ecology*), “ecocéntrica” o “biocéntrica”, y la “ecología superficial” (*shallow ecology*) o “medioambientalista”, que se fundamenta en el antiguo antropocentrismo»⁴.

Por otra parte, si bien la preocupación por el funcionamiento correcto del ecosistema no carece de importancia para nuestra emanci-

pación, tampoco es, ni con mucho –y en pugna con lo que comúnmente sostienen los que priman esa sensibilidad medioambiental– el problema crucial; pues la liberación humana –a mi entender– depende mucho más del estado de desarrollo de las relaciones sociales que unos mantenemos con otros que del tipo de vínculos establecidos por todos nosotros con el entorno exterior. Contrariamente, pues, a lo que se suele mantener, la vía medioambientalista es la genuinamente política, la única que clava sus cimientos en la inmanencia y la autonomía humana, en su voluntad, mientras que *la ecología profunda* parte de una petición de principio; la que asume un orden heterónimo superior: *la naturaleza*, que se presenta así como la última sombra de un poder que nos trasciende con su *proyecto* abrumador.

102

Ambas actitudes –la medioambiental y la profunda– tienen su público. Sin embargo, no es ningún desvarío mantener que, en general, *lo profundo y radical* –con todo el fundamentalismo que inexorablemente se adosa a su impronta esencialista, y que tan magistral y tempranamente destapó Isaiah Berlin en el pensamiento político surgido del romanticismo– tiene mejor prensa. Puede que en la práctica, tal actitud radical vea sensatamente restringido su campo de acción social frente a un reformismo más limitado y más cauto, pero, en el ámbito normativo, *lo drástico y extremo* sigue ofreciéndose como un argumento de autoridad que el mundo real de lo propiamente establecido –mejor o peor, pero siempre en remodelación y transformación perfectible– se ve obligado a aceptar de la tantas veces ne-

bulosa e irresponsable utopía. Rememorando pues, aunque a la contra, a un poeta alemán arrebatado⁵, muy pertinente cuando se trae a colación, como yo ahora, movimientos sociales con una fuerte base romántica –altamente reactiva y, por tanto, *sistemáticamente anti-Sistema*–, podríamos decir que *donde surge lo que nos quiere salvar*, muchas veces también *crece el peligro* que más tarde nos aplasta.

La *ecología profunda* quiere arrasar toda distinción cualitativa entre la humanidad y el resto del cosmos, todo antropocentrismo: no sólo el antropocentrismo ingenuo y metafísico –del que la humanidad no tuvo más remedio que apearse tras las irrefutables pruebas que la ciencia ha venido ofreciendo al efecto desde, al menos, el Renacimiento–, sino también ese otro antropocentrismo lúcido tercamente mantenido por el humanismo más digno y operativo, más impenitente⁶. Este antropocentrismo lo es únicamente en que no cede al privilegiar, frente al resto de las cosas del mundo, lo humano para lo humano mismo. Y qué duda cabe que ahora es esa *ecología profunda* la que, con más vehemencia catastrofista y más seguridad doctrinaria, nos quiere ‘salvar de nosotros mismos y de nuestro muy injusto, pobre y perfectible, Sistema. De ahí que en las entrañas de su contestación radical también esté creciendo, creo yo, *el peligro que nos aplasta*.

Tal peligro lo veo en su manifiesta dogmática, en su falta de ironía y su predisposición a no conformarse con ser sólo un movimiento abierto más en el juego plural de las transformaciones sociales, un movimiento que se somete a las paulatinas críticas y autocríticas, sino más bien todo lo contrario: un pronuncia-

miento que se atrinchera en su estricto ideario dogmático y que, por tanto, no hace sino pensarse a sí mismo como «el único pensamiento que combate integralmente, y con la debida convicción, al denominado pensamiento único» y escorarse así hacia el ámbito y las formas de hacer de las Iglesias. Esta mani-fiesta falta de ironía, este exceso de seriedad, y su consecuente desliz hacia las declaraciones pomposas, queda patentemente al descubierto en el siguiente párrafo que, dirigido a una diana distinta del ecologismo, da sin embargo de lleno en algunas de sus características más dudosas –su mesianismo, su pretensión de saber integral cerrado, su impronta salvífica, et-cétera: «Lo opuesto a la ironía es algo que vamos a llamar Iglesia, entendiendo por tal ese discurso cerrado, total, que da cuenta de todo y sabe siempre lo que hay que hacer y por qué; discurso que explica, justifica y recomienda que *sabe*. La Iglesia siempre es católica y ecuménica, totalizante, arca que salva del diluvio que ella misma predica»⁷.

Para avalar con algunas razones el precedente diagnóstico, quisiera a continuación mostrar con brevedad, apuntar más bien, algunas ideas en las que, creo, se sustenta el pensamiento político del ecologismo profundo y que muestran muy a las claras su naturaleza esencialista y sectaria. Éste es el aspecto en que ahora me interesa incidir, el que le lleva a homogeneizar el pensamiento de sus militantes y a desfondarlo de pasión y de autocrítica. Voy a mostrar tan sólo cuatro de las ideas-fetiché que subyacen en su filosofía; cuatro lugares comunes que de forma insistente aparecen en los escritos y publicaciones ecologistas y que dejan

ver bien a las claras su talante. Para evitar equívocos, me presto de inmediato a aclarar que la concisión de mi crítica se debe al carácter meramente intuitivo de la misma. Estos cuatro fetiches son.

La Naturaleza como orden cerrado

La total entrega a la idea de *Naturaleza* como un orden cerrado, sombra del Hacedor omnipotente y heterónimo a lo humano mismo, de la que ya hemos hablado como sustento ideológico básico del ecologismo profundo. La naturaleza se presenta pues así como aquello que debe seguir determinando la vida de la gente; y así lo manifiestan a través de una reivindicación, recurrente en sus programas, heredada del materialismo histórico: la necesidad de acabar poniendo *valor de uso* donde la sociedad hoy pone mero *valor de cambio*; bien entendido que el valor de uso es lo que la naturaleza quiere que las cosas sean. Y los ecologistas están bien dispuestos a ser sus mercenarios, a materializar ese querer implícito. Ésta es pues para ellos la lucha: valor de uso *versus* valor de cambio. Surge así un optimismo utopista: las cosas, y entre ellas el hombre mismo, tienen naturaleza y esencia. Se trata únicamente de descubrirla para posteriormente reorganizar el mundo a su manera. He aquí ese mundo como naturaleza que remite a «una petición previa de principio», que ya fue sabiamente conjurada por Clement Rosset en su momento, al ver en ello una de las principales sombras de lo inhumano: «uno de los mayores obstáculos que aíslan al hombre en relación con lo real, al sustituir la simplicidad caótica de la existencia por la complicación ordenada

del mundo». La cosa resulta, pues, más difícil, más trágica y mordaz de lo que ellos postulan, pues los hombres no tienen otra naturaleza que la de no tenerla. O mejor aún, su naturaleza es la permanente transformación de lo que son. El hombre es, ante todo, un desertor de la zoología, y esta deserción tiene el sello complicado, y algo enigmático, del azar y la voluntad. Resulta por tanto un intento banal tratar de fijar «científicamente» su valor de uso estableciendo, por ejemplo, una teoría completa de las necesidades humanas, aunque para ello se hable de necesidades radicales surgidas de la auténtica naturaleza humana, y opuestas a las necesidades inducidas por el mercado, pues, como acabamos de decir, esa naturaleza propiamente no existe, sino que nos vemos forzados a tener que inventarla. Para atemperar este optimismo simplista y cerrar esta primera crítica, no me parece pues del todo inoportuno traer a colación el talante escéptico que ofrece el siguiente párrafo de Faulkner. Siempre, claro está, que se sepa a la vez orillar el nihilismo y superarlo con la oportuna acción trágica.

No te lo doy para que puedas acordarte del tiempo sino para que puedas olvidarlo de vez en cuando y no dediques todo tu aliento a dominarlo. Porque —me dijo— jamás se ganó batalla alguna. Ni siquiera se dan batallas. El campo de batalla no hace sino revelar al hombre su propia estupidez y desesperación, y la victoria es una ilusión de filósofos y de locos.

Un saber integral

La pretendida existencia de un *Saber Integral*, omnicomprendivo y superador de cualquier

parcialidad inherente a nuestros conocimientos operativos, con el que únicamente ellos presumen poder planificar un desarrollo homeostático del mundo. La idea de que todo puede ser conocido, y desde todos los puntos de vista a la vez, mejor aún, desde un punto de vista que engloba a todos los demás, parciales, y que no puede ser otro que el estrictamente naturalista y físico, el que corresponde al *Todo integral*. Este conocimiento que al principio había sido patrimonio de Dios, pasó posteriormente a ser referencia obligada de la razón de Estado y hoy lo es del movimiento alternativo. Y esta vindicación la realizan precisamente los ecologistas porque el Estado, imperfecto él, no ha podido ni ha sabido hacerse con semejante punto de vista totalizante. Así, el argumento que más comúnmente esgrimen contra el poder establecido es que toda su planificación del presente es parcial y que sólo ellos, a través de un planteamiento integral —basado la mayoría de las veces en un rechazo explícito de la lógica que establecen los intercambios monetarios y el ofrecimiento alternativo de una valoración a través de flujos energéticos— pueden aportar tal racionalización general. Lo que subyace a este razonamiento —aparte de una supremacía moral, también supuesta, desde la que creen actuar una parte significativa de sus militantes— es la posibilidad, bastante mecánica y simplista, de un conocimiento completo de los fenómenos, tras el entendimiento de todas las causas que los determinan. Sin embargo, este cientificismo determinista ha sufrido ya hace tiempo un duro golpe desde el propio campo científico, mediante la impugnación parcial del principio de causalidad mecánica y el reconocimiento del

propio azar como otra de las causas determinantes de los fenómenos. Valgan, para acabar esta segunda crítica, y como terapia ahora del cientificismo anclado en el saber global, unas palabras de alguien tan al margen de toda veleidad anticientífica como es el propio Galileo.

La frívola fatuidad de querer entenderlo todo surge de la completa carencia de cualquier conocimiento. Si uno hubiera intentado tan sólo una vez entender perfectamente una cosa, y hubiera llegado a gustar verdaderamente cómo está hecho el saber, se daría cuenta de que no entiende las demás infinitas verdades.

La mortalidad

No menos revelador del espíritu que subyace a estos militantes es la posición generalizada que mantienen ante la muerte. Para gran parte de ellos, y así lo he podido comprobar en escritos de aquí y de allí, nuestra mortalidad es un hecho natural, ni más ni menos que la del resto de lo que en algún momento de su existencia tuvo vitalidad —el reino extenso de la biología—. Parten de una visión un tanto estrecha que apuntala el crédito del sacrificio, que postula, simplemente, devolver al todo natural, a través de la tierra, lo que paulatinamente fuimos tomando de ella, para seguir haciendo así posible el eterno intercambio de los flujos materiales y energéticos. Lo menos que se puede decir es que se trata de materialistas vulgares, de románticos también a medias: gente a la que jamás le ha golpeado en los pulsos «la alegría de la inmortalidad». Diría más, a mi entender hay en semejante *razonabilidad* un talante abyecto que acepta, con sumisión,

la Muerte y sus emisarios, lo que en sí es una merma ética y estética frente a las —concedámoslo— inútiles condenas de nuestra trágica condición; desesperados lamentos que con tanta lucidez solidaria se ponen bien de manifiesto en la cita con que voy a concluir esta tercera crítica.

El rey persa azotando al mar [por el naufragio de sus naves y la pérdida de sus tripulaciones], Voltaire escribiendo en pública protesta por el seísmo de Lisboa no son ridículos ejemplos de desvarío, sino coherentes y rigurosas figuras de moral militante bien entendida que comprende el absurdo inscrito en cualquier conducta ética y lo acepta⁸.

Alternativa revolucionaria

Y para acabar, me gustaría también poner al descubierto algo que hace años —cuando yo leía con más interés sus panfletos— el ecologismo solía explicitar con frecuencia, y que hoy, creo, se mantiene con igual intensidad en su ideario, aunque sólo tácitamente: la reivindicación de ser «la única alternativa revolucionaria posible»; lo que revela claramente el sectarismo inherente a quienes sólo entienden *el pluralismo democrático* como un mero instrumento táctico de oportunismo político. Esto, a su vez, manifiesta desprecio por la concepción política radical —ahora sí— que piensa la única alternativa *revolucionaria* —en lo poco de digno que aún le resta a la palabra— como inexistencia, precisamente, de una única alternativa revolucionaria correcta; pues ésta siempre desemboca en la sociedad cerrada, mientras que, por el contrario, la pluralidad de una sociedad abierta, vertebra-

dora, es capaz de acoger en mestizaje las diversidades existentes y darles aire. Pues quizá, más allá del exaltado esencialismo romántico que globalmente propone el ecologismo –y tómese con holgura y precaución ese «globalmente», pues, como hemos visto,

los ecologistas también son entre sí gratamente distintos–, el auténtico reto que ahora tenemos planteado es precisamente el múltiple desarrollo personal de las individualidades, compatible con la sociedad solidaria de los hombres.

NOTAS

¹ Clément Rosset. *La anti naturaleza*. Taurus, Madrid, 1974, página 9.

² Luc Ferry. *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre*. Tusquets, Barcelona, 1994, página 27.

³ Luc Ferry. *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre*. Tusquets, Barcelona, 1994, página 29.

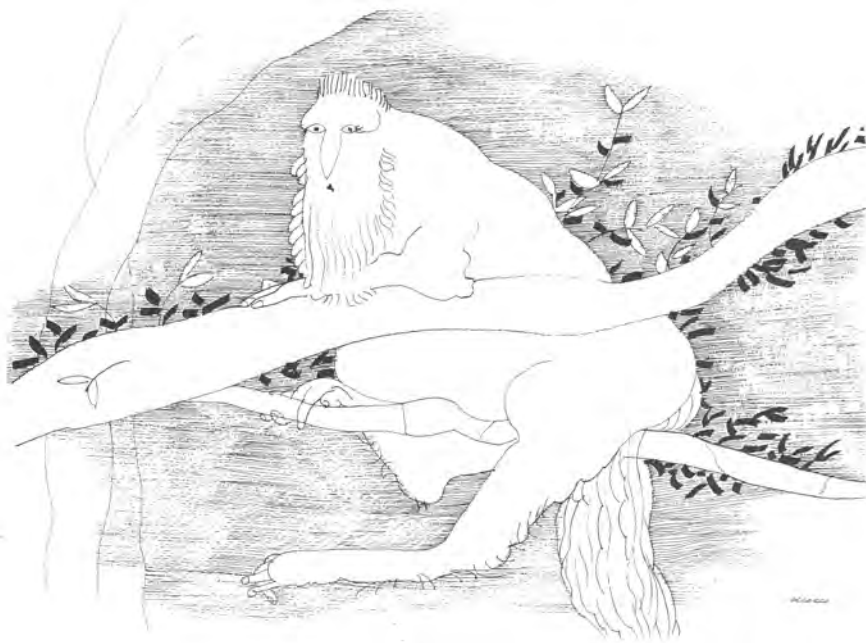
⁴ *Ibíd*em, página 29.

⁵ Hölderlin: «Pero donde crece el peligro surge también lo que nos salva».

⁶ Fernando Savater. *El humanismo impenitente*. Anagrama, Barcelona 1990.

⁷ Fernando Savater «Ironía o Iglesia», 1977 en *La voluntad disculpada*, Taurus, Madrid, 1996, página 155.

⁸ Fernando Savater. *Nihilismo y acción*, Taurus. Madrid, 1970.



NUEVAS TÉCNICAS, NUEVAS FORMAS*

Julio Martínez Calzón

Una vez más la consideración de la incidencia de la técnica en la naturaleza recobra para el autor relevancia en la medida que nuevas técnicas toman el relevo: en el lugar de la ingeniería civil, la gran técnica de las transformaciones territoriales y desarrollo de las sociedades, una «supratécnica que planea sobre todas las actividades humanas: la informática». Ante el nuevo panorama subyace una preocupación por la transgresión de importantes valores del pensamiento y de la creatividad en todas sus expresiones formales.

Se acaba un siglo y, nuevamente, las reflexiones sobre las diversas actividades del ser humano parecen inevitables, tratando de establecer una especie de inventario o registro de los logros conseguidos, que deje suficientemente ordenado o catalogado lo ya realizado, y libere apropiadamente a la mente para enfrentarse más vital y activamente al arcano devenir. 107

Pero no voy a basar esta presentación en una recopilación de las técnicas y las formas que este siglo haya traído consigo a la Ingeniería Civil; ni tampoco, a las actividades de la misma en relación con el Arte y la Naturaleza a lo largo de este centenar de años.

Como mucho, lo que trataré de abordar será el gradiente, el ritmo, el pulso de la actividad humana en este conjunto combinado de campos, en los últimos años del siglo que ahora finaliza; para intentar visualizar ciertas claves o signos del presente que estas materias manejan y lograr en lo posible percibir o proponer para el próximo futuro específico algunas líneas de presencia o ausencia, de conexión y posición, de mentalidad y estímulo, tratando de comprender y armonizar el sentido de nuestra acción con el medio en el que se sitúa.

Si este mismo ejercicio de reflexión se hubiera realizado hacia finales del siglo XIX, no cabe duda de que se habría resuelto con una valoración muy positiva, de grandes esperanzas, debido a la importante serie de aportaciones técnicas y descubrimientos sobrevenidos en la segunda mitad de dicho siglo: las estructuras de acero; el hormigón armado; el ferrocarril; etc.; todo ello en una fase de intensa proyección en aquellos momentos.

Por el contrario, en el caso presente la disposición es, a menudo, muy escéptica.

Por una parte, podría decirse que ello es debido a la falta, real, de nuevas técnicas recientes de importancia; puesto que las aportaciones del pretensado, la soldadura, las estructuras mixtas, las mallas, la tierra armada, etc., técnicas formidables, están ya bastante alejadas en el tiempo y suficientemente dominadas, sin que se hayan aportado en los tiempos recientes otras de análoga importancia.

Por otra parte, quizá, también pueda deberse este escepticismo al hecho de que la ingeniería civil ha perdido en gran medida la posición de técnica de punta o locomotora del desarrollo de la sociedad; posición que ocupó prácticamente sin oposición durante los dos primeros tercios del siglo, para haberse visto relegada a partir de entonces por otras actividades y técnicas con mayor índice de creatividad, novedad o aportación: las telecomunicaciones, las técnicas aeroespaciales, la biogenética, las industrias de armamento; etc.; pasando la ingeniería civil a representar una actividad de base, de soporte. Incluso puesta en cuestión, opino que falsamente, por las acusaciones de los grupos ecologistas, que han calado en gran medida en el público relacionándola con el deterioro del medio ambiente. Pero en todo caso, lo que sí resulta real es que la ingeniería civil atraviesa una época sin apenas incidencia o consideración en el contexto social, salvo en los aspectos presupuestarios y de absorción de mano de obra, o cuando se produce algún tipo de incidente.

108 Pero estas consideraciones son, a mi entender, cuando menos visiones sesgadas del asunto. Porque lo que sí se ha producido en estos últimos años es un florecimiento muy amplio y extenso de nuevas minitécnicas, o aportaciones innovadoras parciales, que están, en conjunto, impulsado poderosísimamente las posibilidades de la ingeniería civil:

- Hormigones de muy altas prestaciones en cuanto a: resistencia, durabilidad y otras propiedades.
- Aceros de muy alto límite elástico con un carbono equivalente que los hace fácilmente solubles.
- Aceros inoxidables estructurales.
- Materiales compuestos y organometálicos muy avanzados.
- Telas estructurales de gran cualidad y resistencia.
- Instrumentación muy precisa de control y monitorización.
- Transportes y suministros de gran rapidez y alcance.
- Tratamientos protectores de gran cualidad y eficacia.
- Etc.; etc.

Asimismo, se cuenta con una potente y activa utilización de piezas y elementos industrializados de gran cualidad y fiabilidad crecientes:

- Elementos prefabricados de grandes dimensiones y elevada calidad.
- Tubos y perfiles de todo tipo y grado.
- Cables y barras autoprotectidos de gran capacidad.

- Anclajes y uniones muy polivalentes, activas y seguras.
- Etc.

Y todo ello combinado con la valiosa colaboración de equipos y maquinarias de gran capacidad, seguridad y precisión, que han hecho posible el desarrollo de innumerables y potentes métodos y procesos constructivos nuevos de enorme envergadura y sofisticación.

Consiguientemente, puede decirse que todo este conjunto de posibilidades determina una especie de técnica nueva, de «neotécnica», que impulsa de manera muy intensa cuanto hacemos o emprendemos.

Y, además, planea sobre todo ello –como lo está haciendo en todas las ramas de la actividad humana– una nueva técnica o mejor dicho *supratécnica*: la informática.

La computación: los ordenadores, el mundo del *software* y el *hardware*, o si se prefiere en español, de los soportes lógicos y mecánicos, presenta una celeridad de crecimiento brutal, un avance imparable, que está permitiendo llevar a cabo una impresionante interconexión entre todas las técnicas y actividades del hombre; y lo que es más importante, una interconexión muy activa y profunda con las ramas de la Ciencia, dando lugar a la consecución de una extensa serie de relaciones y redes de máxima interactividad, que están generando aspectos transcendentales.

En el ámbito de la ingeniería civil todo está determinando, entre otras muchas, las siguientes posibilidades:

- El cálculo y control prácticamente absolutos del comportamiento deformativo-resistente de la inmensa mayor parte de las estructuras necesarias; que no sólo permiten el control de las realizaciones, sino que con el uso sistematizado de estos recursos se está acrecentado la intuición y la creatividad de aquellos usuarios que los emplean con los conocimientos intrínsecos adicionales apropiados.
- Una interacción muy directa entre el cálculo-proyecto auxiliado (CAD) y la ejecución también auxiliada (CAM); logrando metas de precisión impensables hace pocas décadas que llevan a la realización de extraordinarias construcciones.
- La gestión auxiliada; que permite el máximo aprovechamiento de los recursos en todo el ámbito de producción, construcción y utilización de las infraestructuras, incrementando con factores muy elevados los rendimientos de las mismas.

Toda esta tecnología combinada, que resulta oportuno denominar «politecnología actual» ha provocado un empleo desaforado y masivo, que está generando un desarrollo incontrolado y turbulento de nuevos usos y formas en la ingeniería civil, que desafían toda clasificación y análisis.

Además, en plena interactividad con otros campos y ramas del conocimiento, está produciendo la aparición de nuevos ámbitos de acción totalmente inexplorados.

Así como, el substrato de la *potencia* aristotélica puede ponerse en *acto* por simple acumulación, así este potencial de acción con crecimiento incontrolado requiere, al alcanzar un cierto umbral, desarrollar inevitablemente nuevas necesidades que van a modificar de manera radical gran parte de la ingeniería civil que conocemos.

Afortunadamente, todo esto está claramente vinculado o conectado con el cerebro humano auxiliado a través del *periférico* más trascendente creado por el ser humano, tras la aparición del libro: el ordenador; e incluso superior a aquél en muchísimas facetas, por la posibilidad de interacción o trabajo en conexión instantánea, real o figurada, mediante las redes y los «superlibros» que vienen a ser las bases de datos.

Consiguientemente, puede decirse que la situación de la ingeniería civil resulta, a la vez, dudosa y magnífica, dependiendo de los aspectos con los que quiera relacionarse y la manera en que planteemos su uso. Más que nunca, por tanto, debemos apelar a la utilización de una correcta y ajustada metodología de enjuiciamiento de los procesos que queremos analizar o realizar.

110 Ya el gran Husserl, padre de la fenomenología, se quejaba amargamente al final de su vida de no haber podido desarrollar toda su capacidad por la falta de una metodología apropiada. Y análogamente podría decirse de Ortega, cuya fenomenal intuición se desaprovechó casi íntegramente por idénticas razones.

En correspondencia completa con la situación expuesta para la ingeniería civil, resulta claro que la totalidad de la sociedad está atravesando –y no sabemos cuán cerca del final estamos– un período profundamente manierista, que está destruyendo poco a poco las reservas que la modernidad procuró; que manipula en formas grotescas o pueriles importantes valores del pensamiento y la creatividad de los siglos anteriores; que fagocita los valores que el paradigma cartesiano, de las relaciones del hombre con las cosas, puso en marcha ya casi hace cuatro siglos.

Las artes plásticas –avanzadilla de casi todo cuanto sucede, aunque con un lenguaje ciertamente crítico la mayoría de las veces– nos muestran con precisión dicha situación.

También la arquitectura, arte hermanado profundamente con la ingeniería civil en las realizaciones importantes, que son las que le dan la mayor parte de su categoría, lo manifiesta a su vez de manera muy clara y precisa.

El resultado de todas estas consideraciones se centra en el hecho de que la capacidad de acción de la sociedad actual es muy superior a la de las *ideas fuerza* que la impulsan; lo cual determina un embotamiento u obstrucción de los sistemas y subsistemas, que trabajan como en vacío, generando excipiente, materia inclasificable, basura social y tecnológica, tan abundante o más que la preocupante del despilfarro y la actuación absurda de la práctica totalidad de la sociedad que

denominaremos civilizada; la cual, además, para mayor inri se nutre de forma despiadada con los recursos del tercer mundo, cuya meta –algo que es terrible– resulta ser integrarse miméticamente en el «pseudoprogreso» actual que nos envuelve.

No existe, o no la conozco, una filosofía precisa del nuevo paradigma que ha de sustituir al que finaliza, que nos permita resolver los problemas del mundo de relaciones en lugar del mundo de cosas actual. Pero debe estar forjándose.

Es como el niño en el vientre de la madre antes de nacer; tiene sus órganos preparados para la nueva etapa pero no ha sido alumbrado aún y su situación es inconsistente. Todos los aspectos de la Ciencia y la Técnica actuales revelan esta situación; están preparados para actuar en ese nuevo mundo de relaciones, de complejidad formidable, pero obran con arreglo a los patrones del mundo de las cosas, dando lugar a una enorme inconsistencia de las actuaciones.

Resulta necesario, por tanto, nacer al nuevo mundo cuanto antes.

Para ello sería necesario definir una línea de acción a través de las formas y conseguir si es posible preparar un *punte* hacia ese nuevo territorio.

Tal vez la clave de todo ello se encuentre en la ética; no sólo siguiendo al gran pensador Eugenio Trías en su visión del hombre fronterizo, materia de inteligencia y pasión, y su imperativo para alcanzar tal intuición sino también recogiendo otros imperativos anteriores que apelan al ser humano pleno, como el délfico: «Conócete a ti mismo»; el pindárico: «Llega a ser lo que eres»; o el categórico kantiano: «Obra con los demás como desearías que ellos lo hicieran contigo».

111

En ese nuevo ser de la frontera, la *ética de la contribución*, de la relación, del abandono del beneficio directo personal, será imperativa. A ello pueden contribuir muy intensamente esas supratécnicas de la relación y la complejidad que hemos enumerado.

La ética es la asignatura pendiente de la sociedad de hoy y, sin duda, la llave maestra que debe conducir al perfeccionamiento del ser humano, no limitándose a ser el que con sus capacidades científico-técnicas del pensamiento abstracto, ha llegado a situarse en la dominante y tremenda situación sobre la Naturaleza y la propia especie que hoy ocupa.

¡¡ Qué impresionantemente potente ha resultado ese paradigma cartesiano en lo que respecta al mundo de las cosas!! Basta contemplar lo que en los últimos tiempos sucede en nuestro entorno.

Cuán penoso ha sido, sin embargo, en cuanto a lograr un verdadero entramado de conciencias; a pesar de que su fundador, Descartes, pretendía –mediante el anclaje del pensamiento en la roca firme del espíritu absoluto– potenciar al ser del hombre transcendente, a través de sus categorías.

Si las células de cualquiera de nuestros organismos se comportaran como lo hacen los individuos de nuestra sociedad actual, no sólo lo calificaríamos como afectado de una especie maligna de cáncer, sino que lo veríamos con el más profundo terror.

Al no estar formalizado el nuevo mundo de la acción y sus relaciones, no nos damos cuenta que obrar centrípetamente, «per me» como diría el gran pensador Gabriel Marcel, determina la destrucción del tejido social en el que nos situamos, lo cual se revuelve en poco tiempo contra el propio individuo. Necesitamos superar esa disposición mental hacia la interacción trasdisciplinar, trashumana, para lograr ese nuevo estadio de acción.

La complejidad es la estructura, el campo, la categoría, en la que debemos basarnos y trabajar. Y esto es ya posible mediante el ordenador y la comunicación prácticamente instantánea; la informática aplicada y miniaturizada nos lo permite, casi nos lo ordena.

En resumen, las consideraciones que podemos establecer acerca del objetivo de una reflexión entorno a la ingeniería civil, el arte y la naturaleza son:

- Potencia descomunal de los medios, materiales y sistemas de la ingeniería, preparados para una apropiada o inadecuada utilización; con un despliegue de posibilidades formales, artísticas y sociales de la máxima entidad.
- Vaciedad dominante de los medios de comunicación, y también de formación, que la sociedad maneja, que están llevando hacia un absurdo sentido del divismo y la marca, del culto a la personalidad y a la firma; basadas en diferencias mínimas y circunstanciales, sin el más mínimo fondo o espíritu creador; la mayoría de las veces incluso con un carácter penoso e inquietante.
- Falta de estructuras operativas para la auténtica creación, y tal vez falta real de auténticos creadores centrados en lo profundo-substante de la esencia y dignidad humanas en el específico momento actual.

112

Para modificar este diagnóstico tal vez puedan ser adecuadas las líneas de acción siguientes:

- Tratar de modificar, reducir y ajustar las valoraciones que la sociedad actual otorga de manera tan lábil, inútil y pedante a partir de baremos mezquinos, que han de ser necesariamente cambiados.
- Incrementar el compromiso personal ético, autorreflexivo, que nos lleve a potenciar y elevar nuestra actividad en colaboración activa con la de los demás, en amistosa y decidida profundidad y lealtad.
- Intensidad en la conexión y entendimiento de las ciencias que están llevando a cabo el desarrollo y avance del frente del conocimiento humano de la Naturaleza, único interlocutor extrahumano que tenemos. Especialmente en los campos del espacio cósmico; el cerebro; el genoma y el espacio subatómico, que nos ayudarán a captar nuevos contenidos y propuestas del mundo y, por tanto, del hombre.

– Mirada profunda y comprometida hacia la naturaleza en su doble vertiente: «antigua», basada en la visión macrocósmica del ojo humano; y la «nueva» desvelada por el gran poder de los instrumentos y medios logrados por el hombre que, como una especie de supergafas, nos ayudan a ver aspectos transcendentales.

La Ingeniería tal vez esté perdiendo posición, pero con estos planteamientos puede y debe ganar calidad, arte y situación.

Y tal vez, para terminar en una forma suficientemente oscura pero comprometida, me atrevo a concentrar todo lo anterior en un corto poema que hace algún tiempo y en el espíritu de Walt Whitman me sugirió el conjunto de los aspectos aquí tratados:

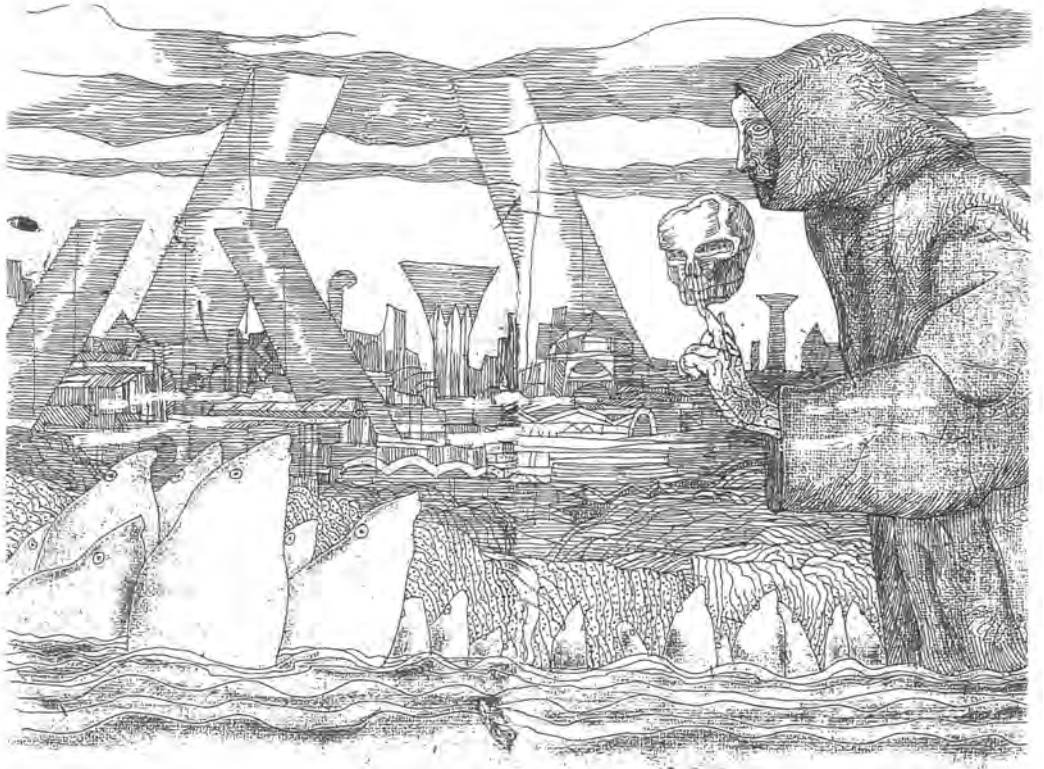
Permanezco en firmeza y silencio
al ritmo de la hierba creciendo.
Y si dices que estoy envejeciendo,
diré que soy más joven que nunca lo haya sido.
Y si me dices que me estoy volviendo débil,
yo sé que soy mucho más fuerte que antes.
Porque nunca olvidaré la blanca camelia
ni la violeta de la duda.

Obviamente, en este contexto la camelia es el deber ético, y la violeta la condición humana.

113

Y bien, hasta aquí esta reflexión combinada que la ingeniería civil, el arte y la naturaleza me han suscitado.

* Conferencia pronunciada en el curso de Ingeniería Civil, Arte y Naturaleza en ámbito de los Cursos de verano de El Escorial, organizados por la Fundación General de la Universidad Complutense, septiembre de 2000.



LA DERROTA PERMANENTE

Antonio Miranda

Con motivo del cuarto centenario de la muerte en la hoguera de Giordano Bruno, el autor aprovecha la ocasión para recordar la derrota permanente que desde aquel 1600 hubo de padecer la arquitectura a lo largo de cuatro siglos.

...Las Ciencias Naturales dieron sus mártires a las hogueras y mazmorras de la Inquisición. Es de notar que los protestantes aventajaron a los católicos en sus persecuciones contra la investigación libre de la naturaleza. Así, Calvino quemó a Servet cuando éste se hallaba ya en el umbral del descubrimiento de la circulación de la sangre, y lo tuvo dos horas asándose vivo; la Inquisición Romana por lo menos, se dio por satisfecha con quemar simple y rápidamente a Giordano Bruno.

Federico Engels: *Introducción a la dialéctica de la naturaleza*

El renacimiento abortado

Desde este final europeo del siglo XX, en que los «burgueses» fichan en reloj industrial, a las ocho de la mañana, y los «proletarios» viajan de vacaciones al exotismo turístico para masas mayoritarias y necias en Cancún, una nueva perspectiva histórica se abre ante nosotros para quizá permitirnos acabar con

los estereotipos de los modelos sociales o formales, y empezar a pensar en el cambio que el nuevo siglo debiera traer al mundo, ese viejo, siempre transformado y doliente canto rodado construido por gases y luces estelares.

115

Todas las revoluciones –con las pocas excepciones acotadas, renacentista (1400-1498), francesa (1789-1804), soviética (1917-1933), española (1936-1939), cubana (1960) vistas desde nuestra abismada atalaya no han sido más que islotes de *modernidad* humanística en un inmenso mar de conservadurismo esnob –en el mejor de los casos trufado con algún *modernismo*– que finalmente se ha ido tragando aquellas pequeñas emergencias.

Nos encontramos hoy con un mundo hipercapitalista y, en consecuencia, miserable en sus tres cuartas partes sobre las que un astuto *Poder Financiero Minoritario permanece* incontrolado (*libre*) y *continúa* extendiendo su hegemonía de dolor y muerte por todo el

mundo. Frente a él, un ya longevo –casi siempre inane o pasivo– *poder* intelectual permanece y continúa siendo impotente en los escasos momentos en los que supuestamente se ha enfrentado al *Poder*. El *poder o racionalidad* razonable de la razón, en potencia revolucionario pero asustado de su propia osadía, ha sido casi siempre debidamente asimilado –deglutido y excretado– por el *Poder o racionalismo* mafioso de las finanzas, las armas y las drogas. Dicho de otro modo, ese *poder* popular de la razón común, ha sido con demasiada frecuencia, degradado en formas rebeldes o esnobs por los intelectuales cómplices del estatus para llegar a convertirse en mero funcionariado ideológico o contra revolucionario al servicio de aquel *Poder* al que decía –o fingía– enfrentarse. Ese mismo *poder* intelectual degradado se ha puesto al servicio directo o indirecto de la explotación nacional e internacional ejecutada sobre inmensas muchedumbres desvalidas. Los mejores cerebros, por ejemplo de la física, en cantidades enormes trabajan para la más sofisticada, siniestra y letal industria de armamento.

Así pues, en la seguridad de que *tanto más desconocemos el pasado, tanto más nuestro futuro es desgraciado*, retrocedamos unos pasos para poder ver mejor. La mistificación o encubrimiento de las miserias del pasado es el principal servicio que los intelectuales orgánicos, ancillares o lacayunos prestan al *Poder*, o sea, a la dictadura del capital sobre el mundo.

Quiero pensar, desde la arquitectura, que cuando se estudie el siglo xx con mayor dilación y parsimonia, será contemplado como una homotecia contraída del frustrado y frus-

trante humanismo renacentista. Una fase inicial científica o semi revolucionaria, –robótica, entusiástica y *modernista*, que no *moderna*, pero laica, racionalista, civil y al gusto intelectual o «aristocrático»– activista, por tanto, del *poder* o razón crítica, encabezada respectivamente por Brunelleschi y Gropius. A continuación, una interrupción antihumanística de violencia y horror a cargo del *Poder* (dinero y armamento) con sus guerras económicas: religiosas en un caso, e ideológicas (económicas) en el otro. Y por fin, una fase bufonesca y ecléctica dirigida al gusto vulgar, una fase revisionista o nostálgica, encabezada respectivamente por Romano y Kahn. Esta última época, igualmente modernista o antimoderna –de maneras manieristas– plena de confusión formal, vendría a estar definida por una ambición simbólica, metafísica, formalista, distractiva, fantasiosa, posmoderna y decadente.

Aquel período tripartito y renacentista desembocó –hace ahora 400 años justos– en la hoguera que abrasó el cuerpo de Giordano Bruno (1600). El período similar contemporáneo se extiende –cuando vamos a cambiar de siglo– con las continuadas hambrunas y masacres en el Segundo, Tercero y Cuarto Mundo.

El siglo xvi terminó, fue rematado y cerrado en su último año, con la combustión de Bruno, aquel representante de quienes vivían y pensaban con *la razón por delante*. No nos puede extrañar el horrible pesimismo del xvii, una vez zanjada definitivamente (tanto por católicos como por protestantes) cualquier veleidad rebelde, renacentista, paganizadora, emancipadora y humanista¹.

Para nuestra misión perspectiva, de nada vale la precisión maníaca en las fechas históricas. Por ello, y deliberadamente, las utilizo *grosso modo* aunque con la suficiente precisión panorámica. Evitar el detalle obsesivo, tal vez nos permita ver mejor el bosque sin que los árboles nos sean ajenos o desconocidos. Y el bosque es asequible: el gran salto renacentista desde un mundo de anonimatos y estamentos a otro mundo de personalidades y clases sociales, fue como casi siempre ha sido una seudorrevolución que cambiaba las formas de la opresión —el modelo de bota humillante— dejando intacto el contenido de la explotación, esto es, la apropiación privada del producto social y colectivo.

Como luego veremos y cualquiera conoce, las clases dominantes (entre las que ya se podría empezar a incluir a cierta protoburguesía o plebe antipopular) vienen a esquilmar a Europa entre 1400 y 1900, para lo cual revisten su cultura hegemónica de 500 años, con un clasicismo más o menos bastardo, en función de sus necesidades ideológicas, es decir, económicas. Así pues, la falsa aristocracia del dinero —tal y como sospechara Voltaire— construye un *único*, unitario y compacto ciclo utilitarista y vulgar de cinco siglos, aunque disimulado y troceado por el *poder* servil de los estilistas cuyo juego de siete disfraces podría exponerse de modo rudimentario y esquemático así: Renacimiento (1400-1500), Manierismo (1500-1600), Barroco (1600-1700), Rococó (1700-1800), Neoclásico (1800-1825), Romanticismo (1825-1850) y Eclecticismo Historicista (1850-1900).

La sombra *romántica*, pues, se extiende entre 1500 y 1900. No es sólo la *moneda* que se nos quita, sino sobre todo, la *manera* que se nos impone, aquello que el dedo teatral del Poder inmovilista señala para entretenernos haciéndonos soñar que el mundo cambia y mejora. Cuando el dedo señala, el idiota mira el dedo —dicen en Oriente— pero algunos pensamos en Occidente que más idiota aún es aquel que mira a donde el dedo —mediático y espectacular— del enemigo señala².

Para explicar la homotecia antedicha, me detendré en las monedas y cuentas de los dos primeros períodos, sin dejar de lado los disfraces, maneras y cuentos que —fantasiosa y agradablemente— los encubren. Nuestro laboratorio es el mejor deseable: la arquitectura, *siempre* dependiente del Poder, por su intrínseco y económico débito con el materialismo capitalista.

A lo largo del siglo xv, la joven, ilustrada y revolucionaria burguesía no tiene el poder político aunque sí una buena parte del poder económico, como ya se demostraba con la financiación de la campaña de Indias desde España. En Italia, el entusiasmo por las libertades republicanas se arma con la ideología de la Razón convertida en mito vendible, sembrándose así la semilla de los males posteriores atribuibles al racionalismo procustero, mecánico, dogmático y abstracto, tan cargado de irracionalidad como de metafísica escolástica y reaccionaria.

La restauración del clasicismo arquitectónico antiguo, tratado con el nuevo instrumento perspéctico, viene a satisfacer las laicas ape-

tencias de una «razón humana» unida a la razón natural de la que racionalmente dice haberse apropiado. Artesanía técnica y protociencia confluyen y coinciden en una disciplina que —a causa de la firma áulica, empieza a perder el su antiguo y sano anonimato que garantiza la sabiduría— la arquitectura como la *primera y nueva* ciencia. La arquitectura viene a ser recuperada —sólo en apariencia— como la inteligencia o sabiduría universal y omnímoda citada en *Proverbios*—8. Esta bíblica y verdadera sabiduría —presente en el gótico semi anónimo o despersonalizado— en nada se distingue del *Alma Universal* de Giordano Bruno, cuya máxima arquitectónica cita Abel Martín con relación a la autoconciencia integral del universo entero perceptible en cada uno de sus puntos: *Anima tota in toto et qualibet totius parte*³.

118

Fue precisamente la arquitectura, con su capacidad de coordinación dimensional, con su sistemática modular, con su geometría aplicada al espacio y al tiempo —y por más que lastrada por el reciente personalismo de autoría— la que, a mi modo de ver, pone las bases del nuevo pensamiento científico. Para ilusión de renacimiento, la nueva y antigótica racionalidad espacial del *Sentido* en la forma arquitectónica se hace aparentemente unitaria con la racionalidad *Lógica* y mecánica de la estructura esquelética. Pero la *Verdad*, es que Brunelleschi inventa (revela o descubre), en Sta. María de Fiore, un clasicismo, que —como el del Panteón (más de mil años anterior)— escondía la menos clásica de las estructuras. Los arcos alaveados de directriz esférica que constituyen la armadura del Panteón,

fueron habilmente ocultados por casetones epidérmicos acordes con el clásico Partenón que luego fingiría la entrada principal. En Florencia, de ese modo, aquella armadura fue sustituida por otra de arcos góticos —con menor empuje horizontal— a su vez encubierta por la más neutral de las plementerías. Hay una gran falsificación en el origen, pero al menos la imagen urbana publicitaria había sido conseguida por aquellos modernos y audaces burgueses traficantes de la seda.

El código normativo, reticular, racional y canónico se haría cargo, a partir de entonces, del espacio natural así civilizado y racionalizado. Naturaleza, cultura, historia, sociedad y razón serían acrisoladas en un solo orden armónico de la máxima coherencia entre ética (bien), ática (verdad) y estética (belleza). La síntesis artificial y cósmica se hacía posible en la ciudad gracias a la arquitectura, y al dinero de una burguesía emergente que ya había pactado con la «nobleza» descendente la manera —manierista— de repartirse el botín.

La utopía de las ciudades ideales quedaría para los tiempos de paro profesional, descrédito o crisis económica. Mientras tanto y entonces, parecía posible la realidad del Hombre Libre (burgués), en una ciudad libre (liberal), moderna, republicana y real. Un lenguaje en sentido estricto, un sistema de *elementos* de catálogo o diccionario, sometidos a forma por una *estructura* gramatical y sintáctica constructiva, daría lugar a una tipología o *sistema* universal en que el significado aislado de los elementos desaparecería ante el empuje convencional del nuevo método racional. La permanencia de la estructura —como en la

naturaleza— venía a ser garantía de la riqueza, diversidad y variedad de las formas, por aquella estructura generadas y derivadas. La universalidad cosmopolita del espacio, gracias a la métrica y la geométrica de la arquitectura, se materializaría en una espacialidad científica de un universo hasta entonces mitológico. Así, en plena ilusión racionalista e intelectual o abstracta, los problemas de la forma urbana no serán militares ni económicos sino exclusivamente arquitectónicos, es decir, mecánicos, espaciales y ópticos. La gran superstición urbanística había sido puesta en marcha. El urbanismo a la siciliana, esto es, al servicio de la propiedad privada —o estatal, lo mismo da— ya no nos abandonaría hasta nuestros días.

Alberti, teórico del gran montaje y con la ingenuidad del momento, asegurará que cada ciudad será una gran casa ideal y que cada casa será una ciudad ideal. Pero un matrimonio —celebrado por los sacerdotes del Poder— entre el nuevo lenguaje intelectual y el clasicismo, engendraría una síntesis demasiado dialéctica y paradójica como para ser cierta y autoéptica. Los arquitectos al menos, y a pesar de su ciego idealismo, sabían los trucos que se escondían detrás de los platónicos placentinos.

En cualquier caso, ya hemos llegado al final del siglo xv y el entusiasmo no ha decaído. Por el contrario, el pueblo de Florencia arrebatada a americanos y franceses la primogenitura de la república burguesa (una república popular hubiera sido impensable) y nombra presidente al revolucionario y visionario dominico Savonarola. Una «hoguera ardien-

te» encendida por el oportuno pacto entre el papado y la aristocracia, en los finales del siglo terminará no solamente con Savonarola y la República sino en la destrucción de toda aquella esperanza ilustrada e idealista del mejor humanismo político, social, filosófico o arquitectónico que había sido puesto en juego durante los últimos cien años. El final de toda esperanza panhumana ilustrada por la racionalidad llegaría de la mano de Carlos V con el *Sacco* de Roma en 1527. Para que tal operación no quedase incompleta, a partir de entonces el racionalismo, —aplicado ya sin mayores pudores a consolidar e incrementar la inveterada costumbre de la apropiación privada y minoritaria de los productos colectivos o del trabajo social— no dejaría de crecer hasta estos mismos tan informáticos como tecnológicos momentos.

La permanente derrota de la arquitectura omnimoda

Así llegamos al año 1500. El Renacimiento italiano —que en el resto de Europa no empezaría jamás— visto desde nuestro abismado otero, ha concluido pero no así sus modales preferidos. La ideología dominante en Europa —que como sabemos no es otra que la ideología de la clase dominante o aquella que necesita el Poder para perpetuarse en el poder— propone, dispone, impone y pone en marcha un neoclasicismo monárquico, un hiperclasicismo imperial dentro del clasicismo, una seguridad que termine no sólo con la aventura goticista, bárbara o popular, sino que sea también capaz de barrer hasta las últimas cenizas republicanas. Se trataba de un

manierismo similar al de aquella seguridad protobarroca que le debió de ser ofrecida a Augusto para construir su imperio con los pecios republicanos. Algo similar o parecido a aquella seguridad económica que —en el siglo XX— aportaría Le Corbusier al modernismo financiero de los menos augustos constructores de suburbios, viene en el siglo XVI de la mano de Bramante para legitimar una injusticia social anticristiana e intolerable.

Utilizando maquetas de gran tamaño, Bramante resuelve el problema que más tarde explotaría Vignola, haciendo explotar —*deconstruir* diríamos hoy con la jerga de la pseudo filosofía francesa al uso— la sintaxis que luego se recompondría en el pastiche prebarroco. La misma sintaxis que Palladio explotaría después con aquel su antiutópico experimentalismo práctico y burgués cuya disciplina autónoma y realista abriría las puertas a las nuevas tipologías demandadas por la clase despiadada que le pagaba y mantenía.

El generalizado y obsequioso ofrecimiento, el «problema resuelto» y listo para ser vendido podría expresarse así: sin perder las raíces históricas del lenguaje clásico y su combinatoria de Órdenes —ya civilizada por la burguesía civil y religiosa— encuéntrense los resortes de *escala tipológica* que permitan cubrir sin perder las formas, las más pequeñas y las mayores estructuras mecánicas. Sería Galileo, cien años más tarde, quien demostraría la imposibilidad de aunar sobre la Tierra, el mantenimiento de la forma y el aumento sustancial de los tamaños. Pero de momento, y aunque sólo en apariencia, lo que sirvió para S. Pietro in Montorio, serviría para S. Pietro

in Vaticano: la centralidad única e ideal del cosmos y el idealismo más despiadadamente materialista, vinieron a fortalecer la tambaleante imagen del papado. En palabras de Tafuri, el apuntalamiento se realizó *por medio de una perfecta unidad entre dogma, naturaleza e historia*.

El egoísmo individualista, propio de la burguesía utilitarista, se va imponiendo sobre las masas; con todo ello el descrédito respecto a los valores humanos no hace más que crecer. El sueño humanístico encabezado por los intelectuales orgánicos de la nueva clase empieza a disolverse en efectismos emocionales, en impresionismos cuyos objetos pierden su entidad arrebatados por la luz que los enajena; la teatralidad sustituye a la imposible y dolorosa realidad enajenada o disfrazada con decoraciones que simulan cierta provisionalidad. Cuando muere el entusiasmo por la posible realidad racional —falacia que siglos más tarde sería recuperada, con el mismo reaccionario fin, por el idealismo alemán— solamente queda el recurso ilusionista, revisionista y cínico de la esperanza engañosa. La abstracción decorada, la fantasía efectista, la ficción victoriosa, la evasión apolítica y el humanismo como quimera, modelarán el tinglado genérico que florece a partir de 1500.

Cuando por fin, tras siglos de larvada lucha social, se ha conseguido sustituir en el centro del mundo —y del parteluz gótico— a los dioses de piedra por el tercer arco abierto al paso del Hombre; precisamente cuando aparece la luz tras el túnel, se descubre y demuestra que el hombre, lejos de ser el centro del universo, es un habitante oscuro de un oscuro planeta

perdido en la inmensa oscuridad del universo. Pico y Ficino, representantes del mejor laicismo del anterior siglo xv, habían instalado al hombre en el centro del cosmos para recuperar su dignidad ante la dictadura –que no *autoridad*– del dinero y las armas. Así pues, el universalismo, que hacía sólo 100 años pareciera tan profundamente panhumano, deviene en bandera de antihumanidad financiera internacional con el pacto económico de hierro entre la burguesía, la «nobleza» y el papado. *Lo Internacional*, (¡ya desde entonces!) fue arrebatado a las clases trabajadoras para ser convertido en el gran instrumento financiero transnacional, liberal y global.

El ya imposible modelo de universo único, girando alrededor de un centro único –medieval e inhumano– situado en el geocéntrico y teocéntrico planeta Tierra, estaba siendo borrado y barrido por un nuevo modelo más científico inducido desde la *pluralidad de los mundos* proclamada por el dominico Giordano Bruno por entonces aún no encadenado en el castillo de Santangelo. El nuevo mundo *soñado* por el humanismo renacentista, el espacio libre donde la persona humana burguesa y civil ocuparía el lugar central ocupado hasta entonces por el poder militar de los tiranos y de la Iglesia, no encontraba su correlato en la ciencia del cosmos. El modelo heliocéntrico de Copérnico y Galileo, quitaba del medio a Dios, pero también al Hombre recién llegado al lugar central. La contradicción golpeaba con el aldabón de la imprenta y entraba. Cuando ya parecía que por fin el centro del mundo

podría ser la persona humana y que el laicismo humanista sustituiría al poder de la superstición –la institución y la seudo religión católica o luterana– es precisamente la ciencia laica quien demuestra el simplismo de la centralidad. Los arquitectos manieristas de manera similar a los perros locos de Pavlov –confundidos por la doble ambigüedad entre catolicismo y protestantismo, por un lado, y entre una teología o ideología agónica y una teoría o geometría cosmogónica, por otro– deciden un exasperado y desesperado policentrismo, un espacio manierista, fragmentado y escéptico⁴.

Miguel Ángel –tras el *Sacco* de Roma– es el mejor ejemplo del perro loco, lúcido, titánico y desesperado que somatiza toda la crisis exterior y el naufragio del humanismo y los traduce en los manifiestos monstruosos de la Porta al Prato o la Porta Pia. Allí Miguel Ángel representa al suicida estético por antonomasia. Por una siempre necesaria paradoja, de la dialéctica y de la negación y sólo de ellas brota el conocimiento superior. De la *doxa* o locura aberrante de la Porta Pia no brotarían hasta el día de hoy, más que otras locuras⁵.

Por paradoja también, el criticismo manierista, acosado por la crisis en el concepto de espacio, inventa dentro de sus miserias modernistas –es decir, seudo o anti modernas– un nuevo racionalismo espacial que será recuperado cuatrocientos años más tarde por la parte más romántica del Movimiento Moderno. La paradoja histórica se hace verdad una vez más, cuando vemos que fue precisamente entonces, como lo es ahora,

cuando la arquitectura —que desde fuera había tirado de la cabeza de la protociencia en la mayéutica del siglo xv— fue, una vez más, convertida en instrumento ancillar y decorativo del oscurantismo formal. Aun así, el espacio flexible y policéntrico dilatado y contraíble, y en los mejores casos antinaturalista y teatral, constituye la escasa mena extraíble de aquel siglo de gangas arquitectónicas.

Con las excepciones de todas conocidas, una pléthora de «inventores irónicos» —Genga, Romano, Alessi, Tibaldi, Ammannati, Ligorio— hacen de la arquitectura al gusto del Poder local, una celebración amanerada y cínica, menos herética que sensualista, menos licenciosa que vulgar, menos surrealista que extravagante, menos hermética que ambigua, menos irreal que fantasiosa, menos irónica que zafia, menos neurótica que irracional, menos alegre que salaz, menos contaminada que infecta, menos libertaria que liberal, menos sensual que sentimental, menos fruto de variaciones que de variedades, menos revolucionaria que rebelde, menos crítica que bufonesca⁶.

El arquitecto incapaz de obtener la única belleza posible por medio de la verdad y la razón puede, a través de la seducción facilista y vulgar del espectáculo y la decoración edulcorada, convencer a los desprevenidos. El que no puede crecer, si quiere subir, ha de trepar. Decorativismo efectista e irracionalidad —bien luteranos, bien calvinistas— completaron aquella descomposición posmoderna de la arquitectura católica. Porque la ínfima calidad coincide con aquella que unifica en un solo objeto lo falso y lo pretencioso.

El cosmopolitismo social del cuatrocientos dio paso a un individualismo gregario, nacionalista, burgués, protestante y provinciano que extendió la degradación edilicia por toda Europa. El simbolismo numérico de pitagóricos y neoplatónicos que dio lugar a la forma poética, musical y abierta de la antigua sabiduría, engendró un pedestal antropomorfismo naturalista, animista y mágico, pero pleno de las alegorías vulgares propias de una aristocracia aburguesada, plebeya, oscurantista y anticientífica. Los anhelos populares y sociales de justicia y libertad fueron disueltos en la abstracción escenográfica y en una retórica sensualista, naturalista e informal, aparentemente anticlásica, aunque simplemente protorromántica, y lastrada por ello de necia arbitrariedad al «gusto personal»

Nada tan ridículo como el intento de imitar a la naturaleza, no en sus métodos biónicos, sino en sus objetos y productos. Un germen del naturalismo manierista ya había sido sembrado en el siglo xv con el almohadillado rústico y *kitsch* del trabajo falsario con la piedra. A pesar de todo, el crecimiento del predominio ideológico laico de aquella primitiva burguesía ilustrada y racionalista para la que trabajó Brunelleschi, aunque relentizado, no se detiene. La Iglesia y la Reforma —entregadas a pactos con los poderes financieros— mantienen el predominio ideológico, ahora más que nunca, irracional, plebeyo y antisocial del que la arquitectura, nunca inocente, se convierte en instrumento imprescindible y sustancial.

Dentro de semejante crisis de origen económico, son los arquitectos menos dotados, los más prácticos y menos combativos los que

procuran, al menos, obtener grandes encargos. Son los tecnócratas oportunistas del momento que renuncian a su papel intelectual y crítico...Sangallo, Vignola, Fontana. Todos ellos se limitarán a dar cobertura formal verosímil, y con frecuencia acertada, a un programa y tipología fijados de antemano por los clientes áulicos. Otros de entre ellos, dentro y fuera de Roma, se dedicarán a trabajar sobre los planos de la «ciudad ideal», pero esta vez no desde la utopía humanística sino desde su contradicción: la realidad militar y fortificada para la defensa de los intereses dominantes frente a la nueva artillería armada por el competidor en los negocios.

«El ocaso definitivo de las ideologías superestructurales del Humanismo queda así sancionado» dice Tafuri y continúa: «En los siglos sucesivos la arquitectura no tendrá más remedio que aceptar su papel de retaguardia en las transformaciones urbanas o cubrirlo con el frondoso pero patético florecer de una evasiva y retórica celebración de imágenes».

A pesar de lo dicho, la forma *Panteón sobre Partenón*, que a su modo intentaron Bramante o Palladio vendrá a extenderse de tal modo y con tal éxito que cubrirá –para mayor humillación– la arquitectura áulica de los siguientes cuatrocientos años en todo el mundo occidental. Hoy mismo basta pasear por Beverly para poder disfrutar de esa arquitectura basura que tanto nos gusta.

De hoguera en hoguera

Del libro *Las Semanas del Jardín*: «*El espíritu apologético se reconoce también en el viraje*

de la arquitectura, especialmente a partir de Buonarroti, en la organización fallera ultrateatral de las fachadas del barroco, fachadas oratorias, suasorias, vociferantes, gesticulantes, increpantes [...] el templo ya no está seguro del tesoro que guarda [...] y sale a la puerta de la calle a pregonar su mercancía. Son ademanes enfáticos, dramáticos, prepotentes de orador sagrado, que señalan la pérdida de la fe y su encanallamiento en propaganda: los cuernos del frontón partido son los brazos de un predicador que grita “Pasen y pasen, señores, a la gran barraca, al baratillo de la redención”; lo que, por lo demás, tampoco excluye, ni muchísimo menos, la amenaza.» (Rafael Sánchez Ferlosio).

La ciencia moderna, proclama el aséptico Kirchoff, no explica ni debe explicar sino que describe o debe describir la realidad. Hasta ese punto tan estrictamente disciplinar, la ciencia debe abstenerse de explicar, opinar y sobre todo transformar inoportunamente la realidad. Afortunada y paradójicamente, la arquitectura cuanto más auténtica, tanto más se aleja de esas ciencias abstractas y descomprometidas a la vez que tanto más abandona el campo de las obnubiladoras, manipulables, deslumbrantes y, en términos generales, superfluas artes plásticas. Aun así, el más valioso compromiso de la arquitectura –como la tecnología en el mejor objeto, como la mejor música de cine, o el mejor árbitro de fútbol– a primera vista se *muestra imperceptible*. Bien a su pesar, la mejor arquitectura –aunque con mucha menor pregonancia que la peor– también describe, representa e incluso prescribe.

Giordano Bruno (1548-1600), aunque no por ello menos científico, se comprometió con la realidad mundana y, como un nuevo Prometeo, arrancó de los dioses un poco de nueva luz construida con el viejo fuego seco de la moderna racionalidad, para entregarla a los hombres. Huyendo del brillo –deslumbrante, cegador, húmedo, fácil, efectista y asimilable por el Poder– propio del *modernismo racionalista* pone en juego su vida y la pierde en aras de una iluminadora, reveladora y seca *modernidad racional*. Otro fuego –esta vez fuego oscurantista– y no los buitres darán cuenta de Prometeo.

124

Podríamos decir que es 1600 –dos años después de la muerte del escurialense Felipe II– con las llamas envolviendo el cuerpo de Giordano Bruno, y con el triunfo relativo de la Contrarreforma– cuando el siglo XVI se purifica de su *folie* manierista. Solamente en algunos escasos momentos de Miguel Ángel, Sansovino, Palladio y Herrera, la arquitectura de aquel siglo podría haber sido calificada de admirable. A partir de la fatídica fecha, el musculoso, gesticulante y visceral barroco viene a perpetuar –con su gran espectáculo fallero, religioso o ideológico– la misma infamia social, política, religiosa y arquitectónica, pero ya cristalizada en un fuerte Estado neoteocrático, esto es, *modernista* –o reaccionario– incapaz de compartir el poder político con la *modernidad*, a la sazón, representada por la burguesía. Del aplastado estamento popular más vale no hablar porque, no ya sólo el poder, sino hasta muchas de las más elementales libertades le habían sido hurtadas ya entonces como en nuestros días.

La superstición bufonesca (manierista y rococó) que dio hoguera al robótico y estricto Savonarola fue replicada un siglo más tarde desde otra superstición complementaria, y simétrica de su opuesta anterior. Por medio de la siempre renovada irracionalidad del racionalismo, con el asesinato de Bruno, Savonarola había sido vengado. El nuevo orden barroco había enseñado que su gótico rostro de horror no era sino el reverso del iluso renacentismo, aquel que pensaba *poder cambiarlo todo* sin tocar la médula protocapitalista (propiedad y herencia de los medios de producción) del mismo sistema de siempre ⁷.

En el Campo de Fiori, en el lugar mismo de la combustión de Giordano y al parecer, en la única plaza laica de la Roma Eterna, un impactante, ausente y sombrío monumento –con la erecta aunque cabizbaja figura en bronce de Bruno– preside el extraordinario recinto. Con esa escultura, la ya inane y bienpensante burguesía masónica –para entonces ya omnipotente– en uno de sus últimos gestos ilustrados o semirrevolucionarios, recuerda en 1889 a uno de sus filósofos-arquitectos. Bajo el bronce, inscrito sobre el pedestal, el hito se hace algo más explícito: «A BRUNO IL SECOLO DA LUI DIVINATO QUI OVE IL ROGO ARSE». Acompañando al texto y repartidos en las cuatro caras laterales del prisma, un recuerdo memorable se extiende amedallado para otros ocho perdedores, tan neoplatónicos como antiescolásticos o antiaristotélicos⁸.

Wicliff (1320-1384) reformador que combatió las supersticiones del culto a las reliquias e imágenes.

Huss (1369-1415), discípulo del anterior, niega la autoridad papal y denuncia los vicios de la clerecía. Fue quemado vivo en Costanza unos años antes de que el dominico Savonarola pisara la hoguera.

Servet (1511-1553). Nos obliga a recordar cierta estética del calvinista y suizo Le Corbusier. Dentro de un panteísmo antecesor del de Bruno, Servet postula certero que la luz es el origen de la Creación. A causa de otra rara, clara y luminosa idea descubre, aunque demasiado tarde, que el enemigo principal se suele ocultar bajo formas aparentemente amigables. Fue quemado vivo por el reformador y predestinista suizo Calvino⁹.

Ramus (La Ramée)(1515-1572). La aristocracia francesa, halagada y justificada por la ultraliberal doctrina de Calvino según la cual los privilegiados de este mundo serán los únicos privilegiados en el otro, se enfrenta a la plebe socializante y papista. La Ramée, precursor de Descartes y de la filosofía moderna, luchó por imponer la primacía de la razón sobre el primado de la autoridad. A pesar de ello se hace hugonote o seguidor de Calvino en el sitio equivocado. Fue asesinado en París –con otros hugonotes– en la Noche de S. Bartolomé.

Campanella (1568-1639). Propone un Estado utópico en tiempos de crisis del Estado. Al igual que Bruno y Savonarola vistió los hábitos blancos de los dominicos. Propuso una ciudad ideal comunista para acabar así con la codiciosa propiedad, origen de todos los males de la humanidad. Allí la comunidad de bienes debía hacerse extensiva

a las mujeres. Salvado milagrosamente de la hoguera, permaneció encarcelado los últimos treinta años de su vida.

Sarpi (1552-1623). Redactó una Historia crítica del Concilio de Trento y fue el gran maestro que Galileo reconocía como propio.

Vanini (1585-1619). Neoplatónico y panteísta como sus compañeros de efigie, fue quemado vivo.

Paleario (1743-1805). Escolástico, aunque seguidor de Locke y Hume. Encarnó, a su modo, a un nuevo filántropo defensor de los derechos de los negros.

El reprimido reprime, el antes apaleado hoy apalea. La burguesía, antaño y secularmente humillada, en esa fecha humilla al mundo. La inseguridad farisaica del burgués que se escandaliza se convierte en un peligro para los demás, en el momento en que se le permite tomar el poder. Para entonces, lavará su conciencia con monumentos.

La extraña colección o selección de benéficos héroes y mártires de la razón, merece ser investigada a través de alguna estructura común a la serie que sospecho pueda ser el noble panteísmo neoplatónico proveniente del «Todo en todo» de aquel magistral Nicolás de Cusa, que facilitó a la arquitectura su esencia geométrica depurada: «Pensar es medir»... *Mens es mensura*, y su esencia conceptual: «Cada parte es una condensación cósmica del todo». De modo más concreto Leonardo entendía que las cosas no terminan donde acaba su volumen, si no más allá. A su modo anticipaba –y generosamente generali-

zaba— el aura que Benjamín y Wittgenstein reservaban a las obras de arte *únicas*¹⁰.

Las cuentas: contraveneno de ciertos ponzoñosos cuentos

El siempre renovado intento de recuperar para cada persona esa *dignidad de los seres humanos por encima de TODO*, por cuya defensa sufrieron nuestros nueve héroes de la teología, sigue siendo el primer objetivo de la arquitectura y de cualquier otra actividad que se reclame noble y digna. En un mundo no tanto sometido a la dictadura de la técnica como a la dictadura del capital y de la mercadotecnia—dentro de la cual la convivencia intersubjetiva se hace imposible a causa de la codicia—un nuevo renacimiento, a partir del año 2000 puede ser posible. De modo parecido a como Alejo Carpentier descalifica a la Masonería de finales del siglo XVIII, hoy sabemos que —a partir de distintas fechas del siglo XIX— el benéfico liberalismo que animó a nuestros nueve héroes, dejó de ser revolucionario para aliarse con la dictadura del capital. La razón de Bruno —y Spinoza, y tantas otras víctimas del oscurantismo— contra las fuerzas de la esclavitud, vuelve a ser más necesaria que nunca. Hablamos, quizá, de aquella razón panteísta que creía en la inmanencia de lo infinito en lo finito («Todo en todo») y en la trascendencia de lo finito en lo infinito.

Semejante síntesis, pienso que solamente será posible, si la dignidad panhumana —para toda la humanidad sin exclusiones— gana su eterna batalla que hoy se libra contra los desalmados intereses económicos de un grupo no mayor

de medio millar de Consejos de Administración con sus correspondientes mafias financieras multinacionales que asolan, de modo criminal, la economía del mundo. Bien es cierto que nada de eso será posible sin el desenmascaramiento previo de los ilustres lacayos institucionales: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y los diferentes gobiernos cómplices repartidos por el mundo.

El reciente informe sobre Desarrollo Humano del Plan de Naciones Unidas (O.N.U.) para el Desarrollo (P.N.U.D) nos señala que las aberrantes desigualdades de riqueza entre los habitantes del Planeta ya no pueden justificarse «a la malthusiana» como el resultado de ninguna fatalidad natural. Que no debe, sin cinismo, hablarse de solidaridades o de caridades que rediman sino que hay que exigir claramente y en todos los foros que cambien las siniestras reglas del juego económico internacional con el fin de configurar una transformación estructural, un nuevo modelo histórico. No sin cierto humor o sarcasmo ante nuestra lenidad frente al sufrimiento innecesario en el mundo, y ante nuestra carencia de una mínima decencia, el informe nos facilita algunas cifras a modo de ejemplo comparativo.

Presupuesto anual en millones de dólares para cubrir en todo el mundo las necesidades básicas:

De salud.....	5.000
De enseñanza.....	6.000
De agua y saneamiento.....	9.000
De nutrición.....	10.000

Algunos gastos anuales en millones de dólares:

Cosméticos en EE.UU.	8.000
Helados en Europa	11.000
Comida de animales domésticos	
EE.UU. + U.E	17.000
Cigarrillos en Europa	50.000
Juguetes informáticos	
en Japón.....	60.000
Bebidas alcohólicas	
en Europa	105.000
Drogas estupefacientes	
en el mundo.....	400.000
Gasto militar en el mundo.....	780.000

La repugnante falacia malthusiana ya no puede ser esgrimida por nadie como coartada para nuestra indecencia. Ya no valen las disculpas darwinianas, ni las disculpas de futuro, ni las de ninguna otra calaña, para el horror establecido en más de medio mundo por la miserable cuadrilla financiera; llámese a ésta: G-7 (países industrializados), F.M.I (fondo monetario internacional), O.M.C. (organización mundial del comercio), o Banco Mundial. Nada de relativismos. Einstein representa la *relatividad* tanto como Hiroshima el *relativismo*; y ambos son contradictorios e incompatibles tanto para la ética como para la estética y la razón, si es que las tres no constituyeran un mismo ser.

La prepotencia de las grandes palabras es profundamente inhumana porque con ella se alimentan las fábricas armamento, a su vez productoras de las grandes hambrunas en el mundo. Nada sobre la Tierra: ni el Socialismo, ni el Progreso, ni la Nación, ni el Arte, ni la Religión, ni el Estado, ni la Sociedad

Civil, ni el Derecho, ni la Ciencia, ni la Arquitectura, ni el Pensamiento.... pero mucho menos la Economía —y menos aún la Economía de los quinientos particulares que poseen el control de los medios de producción de medio mundo— puede anteponerse o superponerse a una dignidad panhumana de mínimas necesidades cubiertas, exigibles para todas y cada una de las personas que habitan el Planeta. El mejor, escaso y raro individualismo no gregario, el que obtiene el máximo respeto hacia la dignidad de cada persona, no tiene nada de insolidario —como se piensa en EE.UU.— por el contrario implica en su médula un colectivismo cuya razón individualista es precisamente la progresiva redistribución racional de la riqueza total o común. Si la Moral y el Derecho no sirven, nos queda, para empezar, una Ética popular que sea hegemónica en los crecientes colectivos ilustrados. *Nada por encima de una racional dignidad panhumana; todo a su servicio.* Este parece ser el gran legado de nuestros mejores mayores a los que aquí recordamos. Esa parece ser la exigencia de lucha por la liberación y la justicia reclamada a los que aún vivimos, para que nos alistemos contra un sistema pérfido que —ya no cabe duda a tenor de la insignificante cantidad de dinero necesaria para evitar tanto sufrimiento humano— *necesita* insaciable, para perpetuarse alimentarse del miedo, la ignorancia, el dolor, y la muerte a escala universal.

Como consecuencia del pensamiento múltiple y antiguo que aquí he intentado glosar podemos inferir que todos los seres humanos

que habitan el planeta –al modo de ciertos bosques– constituyen para la biogenética una sola persona. Una sola estructura desplegada en las más numerosas formas fraternas. Tal vez plantas y animales no escapen a semejante unidad. Se conocen hayedos y líquenes de kilómetros de extensión que constituyen una sola planta. El otro no es mi prójimo ni mi hermano. El otro soy (es) yo mismo hecho pueblo. Y cuanto más odioso o despreciable me resulte (véase la *Sombra* de Jung) más intensamente coincide conmigo. Por eso recordemos a Tola Motola cuando se preguntaba «¿Quién soy yo para matar una simple hormiga?»¹¹.

Si la desgracia se abate sobre la mayoría de la población mundial no es porque ésta sea excesiva, ni porque los bienes escaseen. Dejo el descubrimiento de la causa en manos del ávido lector. Mientras tanto, en los países inferiores de todo el mundo, esto es, en aquellos –más de la mitad– en los que aún perdura la pena de muerte (incluso para chicos negros menores de edad, como EE.UU.) , el malthusianismo se aplica con otros métodos.

En similar sentido al del P.N.U.D., cualquier escolar usando un lápiz sobre el reverso de una entrada para el cine, puede rebatir la delincuente falacia malthusiana. Con un cálculo exiguo podrá comprobar que si *todos* los habitantes del planeta –usando del derecho de manifestación, con lo que las madres o padres habrían de llevar a sus niños en brazos– contando con que cada manifestante ocupase un metro cuadrado, no necesitarían, para tan bella demostración, más que una parte minúscula de la superficie terráquea.

Bastaría para tan feliz acontecimiento con disponer de una de las provincias pequeñas –Madrid– de un pequeño país, España. Si al terminar la manifestación *todos* los seres humanos se desperdigaran de modo uniformemente homogéneo por ese pequeño país, cada persona podría disponer de 100 metros cuadrados... Se insta al citado escolar para que descanse, tras sus cálculos, poniendo sus ojos sobre un *mapamundi*.

La Ilustración jacobina (reunida en el convento dominico de París) se mantuvo firme ante la guillotina. Bruno se mantuvo firme ante la hoguera. Unamuno lo hizo ante la barbarie fascista en Salamanca. Hoy no se nos pide tanto. Siempre nos quedará Salamanca. El poeta Mandelstam desde el exilio impuesto por Stalin escribe: «Quede siempre una Salamanca frondosa como refugio de los pájaros sabios y desobedientes»¹².

El compatriota de Bruno, el arquitecto Pagano, fue asesinado hace poco más de medio siglo en el *lager* nazi de Mauthausen. Había luchado en la resistencia partisana frente al fascismo. Aun hoy, (desde Austria otra vez) el Maniquí de Carintia vuelve a recordarnos que no se puede bajar la guardia, que como escribiera Brecht, la *Bestia apocalíptica esta siempre preñada*. Por ello valga la oportunidad para volver a recordar que el *Mal* o Dictadura Financiera –en cualquiera de sus dos formas: la autoritaria o fascista, y la liberal o consumista– *consiste en la generalizada prohibición del pensamiento*. De ahí que cualquier orden nacido de ellas sea el desorden de la violencia del fuego destructor y de la muerte¹³.

¹ Si no fuese lo que tiene de mezquino nacionalismo y de siniestra acepción de personas (esto es: hacer distinciones de categorías esenciales entre los seres humanos) podría decirse que, al menos, España no quemó a los más altos representantes de la inteligencia como Juana de Arco, Savonarola, Servet, Bruno...

² El *idiotees* clásico, que constituye hoy –por suma aritmética y estadística– las amplias mayorías masificadas y domesticadas, viene a ser el esnob «independiente» que separándose de la sabiduría, arquitectura o razón común a la humanidad, adopta el *sentido común vulgar*, a veces local, prescrito por el estatus bajo sutiles formas de consumo personalizado. Esta adopción presenta en el *idiotees* la ingenua particularidad de que tal individualismo –gregario pero inconsciente– se ufana de «personal» porque fantasea con que tal inyección de creencias desde arriba instaladas, son ideas propias, ideas originales, «creaciones» autogeneradas. Pobre idiota. Cuanto más se aleja del pueblo, en más burgués –o sea, en más plebeyo– se convierte.

³ Dios es el Verbo en el Evangelio, el Lenguaje, en nada distinto a la razón universal y común identificada con Dios (Logos) también por Heráclito, y con el cuerpo místico panhumano por san Pablo. *El gran ojo que todo lo ve al verse a sí mismo* (del Abel Martín machadiano), es el universo (Dios) como actividad consciente, creador de la nada, creador del *Gran Cero ese milagro del ser integrado por todas las negaciones de cuanto es*. Todo este discurso geométrico, amoroso y arquitectónico del mejor panteísmo –Bruno, Espinoza, Machado– es insoportable para el estatus integrista y clasicista del Poder. *No es posible* –dice Martín– *un pensamiento heraclitiano dentro de una lógica eleática*.

⁴ Demócrito rompe con las supersticiones teleológicas o de explicación causal: *La causa se encuentra en las cosas mismas. No hay destino*.

⁵ La opinión pública manipulada (*doxa*) es la contrafigura excluyente de la inteligencia (*episteme* o *paradoxa*) Heráclito separa la Razón de aquello que vemos con nuestros ojos.

⁶ Las *Variaciones Goldberg* de Bach, me parecen, además de un prodigio musical el mayor y mejor monumento al trabajo humano jamás construido.

⁷ Un extremo de racionalismo puro puede verse en la afición hitleriana por aniquilar cualquier vida enfermiza y no «rentable» para la sociedad.

⁸ La epigrafía podría glosarse así: «El siglo –o el mundo anticipado o profetizado– por Bruno le ofrece este memorial en el mismo lugar en que el propio Bruno fue entregado al fuego ardiente».

Un personaje histórico que ahora –con gran pesar– no recuerdo tuvo 1) la inteligencia y 2) el valor físico (el uno sin el otro valen de muy poco) de espetarle en la cara a Calvino, que se estaba cohonestando con la excusa de que *luchaba por unas ideas*, la siguiente frase insuperable: «No has defendido unas ideas, has matado a un ser humano»

¹⁰ *Todo está lleno de dioses* (Thales de Mileto).

¹¹ *Los hombres luchan entre ellos a causa de su depravación, sin darse cuenta de que proceden de una sola y misma sangre, ni de que están sujetos a una sola y misma tutela.* (*De las leyes*. Marco Tulio Cicerón)

¹² El Mal, el odio a la verdad, o sea, el capitalismo –con sus dos caras de odio: la nazifascista y la ultraliberal, es anticipado por Empédocles de Agrigento: *El amor une, el odio separa*.

¹³ En el fascismo esta prohibido decir lo que se piensa, en el liberalismo está prohibido pensar lo que se dice. Tanto en uno como en otro somos obligados a callar, salvo en los casos en que somos obligados a hablar para delatar el paradero de nuestros mejores camaradas perseguidos. En ambos casos complementarios la arquitectura artística tiene importantes papeles ideológicos o cretinizadores: sustituir las peligrosas palabras de la verdad y la realidad por las imágenes manipulables de la virtualidad y de la «parquetemática»; confundir de las calidades, la mena con la ganga; mentir sobre el espíritu de geometría; incomunicarnos respecto a la colectividad, bien por imposición chulesca, bien por vigilancia de lo público, bien por distracción fantásica, espectacular o idiotizadora. Por todo ello, es propio del liberalismo la tolerancia, por ejemplo, frente a quienes encarnados en el Mal Puro de la mentira histórica, niegan la verdad, la *Nuda veritas*: el Holocausto nazi.

LA PARTIDA

Fernando Pessoa

Pródigo sembrado por mi propia indiferencia
de conceptos de modernidad todos diferentes,
todos en el momento en que son concebidos verdades,
todos personas diferentes, todos yo mismo apenas
¿Moriré así? No: el universo es grande
y tiene la posibilidad de que sucedan cosas infinitas.
No: todo es mejor y mayor de los que pensamos
y la muerte revelará cosas absolutamente inauditas...
Dios es más no obstante.
¡Salve, oh nuevas cosas, por sucederme cuando muera,
nueva movilidad del universo despuntando en mi horizonte
cuando definitivamente
como un buque de vapor abandonado en el puerto para largo viaje,
con la banda de a bordo tocando el himno nacional del Alma
y abandonado hacia X, perturbado por la partida
pero lleno de la vaga esperanza ignorante de los emigrantes,
lleno de fe en lo Nuevo, de limpia creencia en el Ultramar,
Ea –por ahí afuera, por esos mares internado,
a la busca de mi futuro en las tierras, lagos y ríos
que une la redondez de la tierra –todo el Universo–
que oscila a la vista. Ea por ahí afuera...
¡Ave atque vale, oh clamoroso Universo...!

130

Poema de Álvaro de Campos
ed. Poesía Hiperión
traducción de Adolfo Montejo Navas

AL NORTE DEL FUTURO*

Antonio Fernández-Alba

El autor se refiere a la crisis del proyecto arquitectónico desde el punto de vista de la espacialidad así como de la historicidad arquitectónica. En los nuevos contextos socioeconómicos, los escenarios de la vida tienden a cambiarse por nuevos escenarios culturales.

La alienación que la civilización actual impone a nuestro comportamiento en el espacio, es consecuencia de la disociación que en su conciencia ha experimentado el hombre moderno. Un sistema *homogenizador* se encarga de *disecar el significado vital* de nuestra existencia y de otorgarle un *significado cultural*, significado y valoración que se establece al margen de los límites de la persona. El espacio de la arquitectura hoy recibe su significado y sentido en la «intersección con lo artificial» y en las itinerantes oscilaciones del mercado financiero, sin que exista mediación posible con el usuario, el usador de su reducto y sin que el edificio asuma su especificidad espacial, siendo esta una de las razones por las que el arquitecto moderno ha dejado de participar en la formalización y redacción del proyecto como sujeto individual. Sus decisiones tanto en el programa como en la valoración de sus diseños, se alejaron ya hace

algún tiempo, de los intereses inmediatos de sus semejantes, para servir a los postulados y finalidades de un sistema que ha cosificado en las rígidas normas del mercado los específicos valores humanos.

Lo que amenaza hoy a este ingenuo sentimiento del proyecto del último arquitecto en la cultura postmoderna, es que el diseño por el que discurre el proyecto no asume no sólo lo específico de su espacialidad, sino que la pretendida historicidad con la que a veces se rodea su discurso formal no deja de ser un pretexto para verter falsas cronologías, arcaísmos simbólicos, en definitiva, referencias formales que facilitan a algunos arquitectos el poder justificar el todo y las partes, la totalidad y los contenidos, de manera que no es extraño encontrar sobre las últimas imágenes del espacio burgués reciclado superpuestos los cromlech del nómada telemático, de manera que la reali-

131

dad de la persona se funde sin alternativa a la irrealidad del espacio.

Ante esta descomunal fractura entre objetivos y resultados cabe preguntarnos, ¿por qué tanta referencia al pasado en estas arquitecturas que albergan la sociedad del cambio? Los filósofos nos recuerdan que la muerte interior suele presentarse en forma de melancolía y que es a partir de la contemplación en el recuerdo, en la mirada al pasado, en la recreación de lo sucedido, como se mitiga la orfandad del yo escindido. La función simbólica de la arquitectura en cuanto se refiere a los pioneros, estuvo más ligada a una representación emblemática de una técnica liberadora que a mitigar los dramas que llevaba implícitos la adecuación del hombre nuevo a la sociedad industrial. Sus proyectos iniciales descomponían los modelos arquitectónicos en diferentes elementos a los que atribuía una identificación formal de naturaleza técnica y una serie de usos y valores. Su legitimidad simbólica era requerida para hacer patente la «imagen de modernidad» y el modelo de proyecto se entretenía en cómo ordenar y componer tales elementos (separación de estructuras y cerramientos, eliminación del carácter de la fachada como elemento resistente, introducir el soporte basamental sobre pilotes, reducir la cubierta a la terraza-jardín o hacer patente el plano libre en la planta).

Esta descomposición técnico-simbólica en la que se esforzaban los arquitectos por hacer patentes los diseños de la época, permitía incorporar al usuario, junto con la trama social de sus necesidades, la nueva arquitectura, con unos grados de libertad y cambio no conocidos en los modelos estilísticos proedentes. Las

posibilidades de evolución eran imperceptibles y la característica de concebir el espacio como *espacio abierto* fue una constante; siendo por tanto una de las características más genuinas del proyecto moderno las de la *movilidad y el cambio*. La «adaptabilidad» es una condición solidaria del espacio técnico contemporáneo.

Pero esta condición lábil de la espacialidad contemporánea ha sido suplantada sin duda, por la desvirtualización de los *tiempos vitales* al ser éstos alterados por unos *significados culturales* inducidos, lo cual provoca un distanciamiento en el hombre contemporáneo. El espíritu científico rompió con el proceso de ordenar la arquitectura según la tradición clásica, atomizando los elementos arquitectónicos en componentes abstractos, sin apenas identidad en el espacio. Pero hay que reconocer que el pensamiento arquitectónico agotó sus esfuerzos en construir la síntesis del «espíritu nuevo» desde su vertiente racional. Realizó, eso sí, el intento encomiable, según nos recuerda Benevelo, de acometer la «convergencia de las fuerzas de vanguardia en un movimiento unitario que fuera capaz de atacar toda la producción constructiva y modificar de forma global el ambiente en el cual el hombre vive y trabaja».

Esta forma de pensar sufrió la potente conmoción económico-social y no pudo soportar las pretensiones de alcanzar un «estilo internacional» y único según deseaban los iluminados pioneros de principio de siglo.

Nos encontramos ahora en los últimos episodios del siglo pasado con un cúmulo de tenden-

cias de naturaleza ecléctica no todas de signo esperanzador. ¿Dónde se encuentra el Proyecto de la Arquitectura?

Como toda respuesta que tiende a ser exploratoria debe ser indefinida y su acotación carecer de límites. Si la arquitectura es una forma del pensamiento que opera en la construcción del espacio, una mediación *técnica* entre el hombre y su medio y una adecuación *simbólica* entre su razón compositiva y su expresión material. Resulta evidente que la expresión de sus edificios, el diseño de sus proyectos, reproduzcan la heterogeneidad de hipótesis impuestas al espacio por la *universal estructura pragmática* de la sociedad actual y los cambios intrínsecos de las técnicas y materiales que lleva implícito.

La forma a priori, el historicismo, el artificio subjetivo, o el funcionalismo como método unidimensional para ordenar el espacio en la vivienda y la ciudad, revelaron una gran permisividad formal presa fácil para la corrupción en manos de los especuladores. La austeridad del ornamento reclamado por el puritanismo racionalista se trastocó en auténtico «delito» por los beneficios que aportaron al promotor de edificios. El eslogan que Mies, llegó a proclamar como modelo para proyectar, «menos es más», tenía efectivamente una doble lectura desde la óptica de las inversiones económicas en el espacio de la arquitectura.

Los que verdaderamente acontenció en el panorama de la cultura europea después de los años cincuenta, fue la consolidación de una *nueva sensibilidad* dentro de una visión fragmentada de todo el acontecer artístico que

afectó de modo radical al enfoque del diseño en relación con el espacio arquitectónico. El proyecto por parte de los arquitectos elude las expectativas «funcionales», ante el supuesto fracaso del edificio funcional en la ciudad y se centra en problemas que rodean los apartados de la estética o como hacer que la arquitectura adquiriera el valor de arte mayor, recurriendo a una recuperación tipológica de la historia, más tarde abriéndose de nuevo a las exploraciones de la variedad de la forma artística y los últimos ensayos sobre la representación abstracta en la arquitectura. El problema del historicismo, evidentemente no es para el arquitecto una novedad, Aristóteles recoge ya esta necesidad al entender como el acto de proyectar e imaginar «está implicado en la historicidad y en la contingencia».

Las dificultades más relevantes por las que ha discurrido el proyecto moderno, no residen en *cómo* superar las servidumbres del historicismo, sino *cómo* resolver la contingencia plural que se solicita del proyecto arquitectónico, al tener que ordenar los materiales conceptuales que en el mismo intervienen, ha de servir a las condiciones de usos, cuando éstos ya han sido trastocados en valores de cambio el arquitecto debe proyectar desde las contradicciones de dos sistemas encontrados, sistema de valores (V) sistema de intereses, además de transformarse en acontecimiento espacial, dotado de fruición plástica y conseguir reproducir y producir en gran escala una obra de características técnicas y artísticas por los mecanismos de producción tecnológica. Esta reelaboración continua e interacción heterogénea de usos, formas y funciones en el contexto de la expe-

133

riencia y la acción constructiva sitúa el proyecto del arquitecto en un campo intelectual de indudable *ambigüedad*, connotación que ha caracterizado a la última arquitectura contemporánea como nota más significativa.

La condición del proyecto arquitectónico está inmersa en los fenómenos que ha producido el desarrollo incontrolado de la *tecnociencia*, desarrollo tan acelerado en las sociedades mercantiles y paramilitares actuales, que no deberíamos considerar como tal «progreso». Sus características son las de poseer una *inercia* y una *entropía* autónomas independientes de nuestro control, unido al hecho de resultar un fenómeno de *complejidad creciente* para el que la razón aún no ha encontrado un adecuado análisis. Si entendemos la arquitectura como auténtica infraestructura ambiental donde se desarrollan los acontecimientos de la existencia y discurre el proceso de la vida, el proyecto arquitectónico se puede entender como soporte que integra el pensamiento del hombre y le permite manifestar su expresión material, no es de extrañar por tanto que tenga que afrontar el desafío inédito de tal *complejidad*.

Si analizamos el proyecto del último arquitecto del capitalismo globalizado, podemos comprobar que responde a unas constantes ideológicas en parte mediatizadas por el universo mediático del periodismo arquitectónico, o bien por el espectáculo monumentalista que desarrolla el positivismo tecnocrático, sin olvidar los asombrosos juegos de formas del nominalismo experimental.

Para entender con más detalle estas clasificaciones basta observar la influencia que tienen

los «panelistas técnicos», «arquitecto estrella», diseñadores del «proceso onírico»; conjunto de profesionales dispuestos a impartir doctrina en cualquier acontecimiento, dispuestos a participar en el juego, a tener una respuesta oportuna para todo, componer las páginas de las revistas, los libros estuche, mensajes codificados con las imágenes más confusas, con tal de que el efecto produzca beneficios directos o indirectos de notoriedad mediática.

Resolver los problemas del proyecto moderno en arquitectura, requiere una síntesis integradora aún por realizar entre las *formas de pensamiento* y las *formas de expresión material*, en tan significativa ruptura reside una parte considerable de su fracaso. La arquitectura moderna abandonó hace tiempo la ciudad y lo que contemplamos son los ecos de ensoñaciones privadas, nos encontramos ante lo que Italo Calvino señaló con lucidez como «El desafío al Laberinto». Desafío y fractura que se hace más elocuente cuando intentamos descifrar tanto enigma entre los muros de la ciudad, entre las variables del cambio y las visiones del tiempo que reclamaba la «libertad de los modernos».

A nadie se le oculta hoy día que el espacio de la arquitectura en la ciudad moderna se formaliza y produce ligado primordialmente a los efectos de la economía en sus diversas modalidades. La *ciudad herramienta* de principios de siglo, donde predominaban los valores funcionales, ha sido sustituida por la *ciudad espectáculo* donde adquiere prioridad la comunicación y los efectos de una espacialidad construida desde la factoría del realismo sucio o arquitectura espectáculo. El valor de lucro

asignado al consumo del espacio legitima desde una mirada de la modernidad la irracionalidad del crecimiento metropolitano contemporáneo, y la respuesta requiere una nueva concepción filosófica y política que permita equilibrar los paradigmas economicistas, las leyes de mercado que operan, controlan y diseñan el espacio de la ciudad. El eclipse romántico de la última arquitectura, sus paradojas formales, las aproximaciones literarias o filosóficas al servicio de estos paradigmas económicos hacen evidente la necesidad de «otro proyecto» para la arquitectura y los espacios públicos de la metrópoli menos retórico en sus formas y más epistemológico en sus contenidos. Este «otro proyecto» sobre la metrópoli mal trazada, deberá centrarse en torno a los análisis de su morfología, hacia el debate que el cambio técnico ha provocado, las estrategias y tensiones de su desarrollo y las opciones espaciales que desde la arquitectura puede ofrecer la instrumentalización técnica de nuestra civilización en los escenarios metropolitanos de inmediato futuro, donde la lógica de la producción y las estrategias del riesgo empresarial configuran el nuevo paisaje ambiental de este universalismo tecnológico.

Pero volvamos por unos momentos intramuros de ese laberinto metafórico con el que trato de mitigar el impulso utópico o el apóstrofe apocalíptico, sobre el que se cierne casi siempre el deambular por los territorios yermos del campo del proyecto de la arquitectura. Me refiero al interior de los centros y escuelas de enseñanza de ese viejo arte de construir edificios y recintos, un hábitat pedagógico se

asienta y desarrolla aún en estos lugares donde se imparte una pretendida voluntad de saber y donde también quedan patentes las leyes del mercado, cuya máxima responde a indagar las propuestas de cómo diseñar los hiperespacios de una tecnología acelerada en lucha contra la naturaleza donde poder exhibir el mayor número de mercancías, recordando que vivimos en un mundo en el que la más elevada función de la imagen es hacer desaparecer la realidad.

Aulas por las que aún se perciben ecos del discurrir del proyecto entre la tradición internacional, hoy academia y las nuevas corrientes de la espacialidad mediática.

La búsqueda del conocimiento, ya se sabe, cambia según las épocas, así el proyecto del arquitecto en los principios del siglo, se planteaba como una mirada alrededor de la función, la forma se manifestaba como expresión de la función, más tarde se llegó a formular su síntesis protectora, forma y función son lo mismo, la *forma* (lenguaje) y la *función* (pensamiento) si aceptamos la licencia, no pueden escindir-se. En nuestros días el proyecto divaga por otros cauces, ver más que leer, comentar o narrar las siluetas del edificio más que verificar y construir, no es de extrañar, el proyecto científico cada días se hace más anónimo, por el contrario el proyecto del arquitecto se individualiza hasta límites de anular el discurso de la forma integradora.

Permítanme para terminar un resumen abreviado, un pequeño relato del acontecer del proyecto del arquitecto entre los muros de la «ciudad a domicilio», de los luminosos «shopping moll» de la ciudad palimpsesto, de las

ruinas de la ciudad herida construida a imagen y semejanza del nómada postmoderno:

El factor tiempo resulta un parámetro fundamental para el entendimiento de la crisis que sufre el espacio moderno de la arquitectura en occidente. La necesidad de brevedad temporal que imprime la sociedad posindustrial al acelerar los tiempos útiles de las mercancías, reclama cambios constantes de imagen. La fugacidad en el diseño de los objetos viene marcada por la aceleración de estos tiempos, circunstancia que imprime un carácter de obsolescencia prematura al objeto, al edificio y al espacio de la ciudad, de tal manera que apenas tocados o usados dejan de tener vigencia; sin duda esta nueva dimensión del tiempo alcanza no sólo al espacio de la arquitectura y su ciudad ambiental sino a la formalización del territorio y a la propia estructura y sustancia de la nueva condición metropolitana. La arquitectura nunca ha dejado de ser espacio en el tiempo.

Las formalizaciones de la ciudad que propone el «epigonismo» más radical, responden tanto por lo que se refiere a sus materiales como a sus formas arquitectónicas a una temporalidad muy concreta, que vienen ligadas a la familia de artefactos del «orden consumista» y en estrecha relación con los restantes «repertorios simbólicos» que la acompañan: moda, música, literatura, diseño de mobiliario y objetos en general. La expresión formal de estas arquitecturas está mediatizada por su connotación semántica, ligada a los códigos publicitarios del mercado que necesitan escenarios, expresiones y simulacros de representación para la construcción del espacio urbano y que nos de-

jan para nuestro uso «esa esterilidad táctil que aflige al entorno urbano» (R. Sennet).

La arquitectura de la metrópoli se abre a una nueva dimensión espacio temporal, al *espacio-tiempo tecnológico*. La escenografía para los nuevos ritos del «nómada telemático» de nuestras sociedades avanzadas, no requiere de soportes rígidos y de una larga durabilidad. La cronología de lo que sucede se inscribe en tiempos que se manifiestan instantáneamente, de tal manera que el *tiempo* se transforma en *superficie*, «gracias al tubo catódico, al material imperceptible, las dimensiones del espacio quedan ligadas a la “vitesse” de su transmisión». Los *inmateriales* se transforman en los elementos arquitectónicos espaciales que configuran el monumento de nuestra época.

No hay duda de que la arquitectura del *posmodernismo neo-moderno* o la nueva abstracción, se presentan como términos indecisos y de nomenclatura ambigua. El ejercicio que realizan estos arquitectos posmodernos refleja con nitidez el cambio provocado por este penúltimo episodio de la revolución industrial acelerada, por eso, el proyecto que reflejan los dibujos de estas arquitecturas, puede ser alterado en su imagen mediante toda suerte de yuxtaposiciones, analogías, contrastes, adulteraciones formales y distorsiones espaciales, porque todo es intercambiable en la nueva realidad *espacio-temporal* de la telemática; materiales, texturas y formas aleatorias, la imagen pública tiende a excluir el espacio público.

La arquitectura que postulaba la modernidad aspiraba a configurar un método que permi-

tiera regular una norma para planificar la ciudad desde los códigos de unas *formas absolutas*. El conjunto de epifenómenos plásticos que ha sucedido en torno a estas arquitecturas del fin de siglo XX, resulta de la constatación explícita de que este método para desarrollar la ciudad se transforma en un proceso de dominación formal de sus espacios y recintos públicos, se transforma en verdaderas construcciones de un modernismo residual, ingrediente formal que se ha legitimado desde el *Kitsch*, hasta la cultura *ciberpunk*, basta observar los diferentes signos e imágenes que recoge la última arquitectura con la única finalidad de difuminar la realidad o destruir con sus propios códigos del formalismo y racionalismo de los iniciales trabajos de los veinte. ¿Qué otra finalidad tienen los últimos trabajos de P. Eisenman o R. Koolhaas?, tiene razón Braudrillard al evidenciar que la más elevada función del signo en el mundo de hoy es hacer desaparecer la realidad y enmarcar al mismo tiempo su desaparición.

La arquitectura en un principio nunca se llegó a entender como un arte de representación, a diferencia de otras artes, tal vez por eso la demanda de representación gráfica por la que discurre hoy el proyecto arquitectónico, señale con manifiesta evidencia la dificultad de *pensar* en arquitectura, ligada siempre a los itinerarios del *laberinto* y también a *expresarse* por medio de la materia, proceder, emparentado como sabe, con la estirpe de los semitas, empeñados en seguir la aventura de alcanzar el «conocer» una vez concluidas las obras de la *torre de Babel*, más que construir el espacio de la arquitectura hoy se narran sus alegorías y

sus proyectos a veces nos enternecen como modelos alegóricos.

Una de las características de la sensibilidad moderna, iniciada de manera elocuente en las vanguardias ha sido el «culto al objeto y la manifiesta tendencia a la abstracción». Gran parte de los edificios más celebrados de la arquitectura moderna fueron y son beatificados por la liturgia que consagraba el objeto en sí mismo, aislando cuando no marginando la propia función del edificio y consecuentemente su espacialidad. La abstracción ha servido de soporte tanto para el «formalismo absoluto» como a los códigos metafísicos de la «desconstrucción».

La ciudad moderna ha sufrido con la implantación y celebración de tales objetos, el desarraigo que lleva implícito la exclusión del concepto *lugar* a favor de las cuestiones generales de la significación, a veces, trivial cuando no resuelto por códigos formales de repetición. El proyecto de la arquitectura ordenado como un proceso de manipulación simbólica.

Las formas que se aprecian en las últimas arquitecturas que construyen los modelos mal catalogados como neo-liberales de las sociedades democráticas, se han visto invadidas por unos códigos de producción imaginaria que permite augurar, de seguir su acelerado desarrollo, el deterioro simbólico del espacio más degradado que los modelos homogeneizados de la producción mercantil de la ciudad. Ese cajón de sastre donde conviven fenómenos lingüísticos, fantasías ideológicas, regionalismos folklóricos, antropologías de ver-

vena... se funden en el caleidoscopio de la ideología estética y se recicla en el «vertedero del espíritu objetivo» (F. Jameson). Los *tiempos de reflexión* alrededor del proyecto de la arquitectura han sido eliminados por una auténtica metamorfosis de la *reproducción*, que se orienta hacia una estética de uso privado y efectos limitados.

Si el proyecto de ciudad de las vanguardias nacía como en parte una metáfora poética que construiría la razón instrumental de la técnica, la metrópoli fin de siglo se presenta como una geografía desconocida por la que sólo se pueden trazar itinerarios inmateriales, una planificación en el espacio que se construye en el relato de las redes de energía. Al viejo proyecto de arquitecturar la ciudad le resulta difícil encontrar respuestas a la segmentación y variedad que suscita la metrópoli, por eso el arquitecto se entretiene en miniaturizar el espacio.

No quisiera concluir este relato generalista sin dedicar una breve acotación crítica al modo de trabajar y producir el proyecto de la arquitectura, al mercado, y al trueque en el que se desarrollan hoy día los concursos de arquitectura, que adquiere una condición socialmente estructural dentro de las economías del tardo capitalismo flexible. Proyectos a los que se somete al arquitecto sólo a estar atento a las caligrafías esotéricas del mercado que inducen los agentes editoriales, a la ingenua curiosidad de los políticos, también a los cerrados clanes de los arquitectos y críticos del activismo artístico que como en los períodos de imperialismo clásico colonizan con las imágenes de sus arquetipos y después invaden los territorios de la nueva tecnología informatizada. Caligrafías

expresándose en sus pequeños claves oportunistas de un indeterminismo morfológico inducido hacia los servicios de este supermercado de «estilos» por los que discurre el proyecto último, reduciéndolo a unos mensajes sin identidad lingüística, alejados de las geografías, lugares y sitios, proyectos orientados hacia los servicios inducidos del consumo cuya imagen y espacialidad se alojan en los circuitos de masas tecnológicas de la mercado-tecnia posmoderna.

Compartimos unos tiempos y habitamos unos lugares en la ciudad posturbana muy alejados de los dictados emancipadores de la vanguardia, unos espacios donde el trabajo que realizamos ya no es constitutivo de la personalidad, donde los desequilibrios son la regla y el equilibrio la excepción, donde las acciones de la ética no pueden manifestarse sino es ante la presencia de la violencia, mientras la técnica no cesa de crecer y diferenciarse en tramos y redes que invaden los espacios metropolitanos y cada día con mayor intensidad nublan lo local y lo mundial del espacio vital en el que se manifiesta la condición posurbana.

Nuestra actividad como configuradores parciales de la espacialidad posurbana debería reconocer las grotescas desviaciones de la forma, artificio por otra parte poderoso en manos del arquitecto. Una parte de la arquitectura que se construye en la ciudad recoge las características del proceso destrucción-construcción que ofrece el modelo de metropolización internacional. Este modelo tal como se formula no permite construir una ciudad racional sino racionalizada, resulta difícil su administración, en su lugar se burocratiza, no acomete la

relación social, se robotiza, no puede reproducir trama urbana, sino desequilibrio ecológico. Por tanto, la posciudad actual presenta una cadencia semejante en todos los países y lugares donde se asientan los preludios de la civilización tecno-mercantil, monotonía espacial, degradación progresiva de servicios públicos, esterilidad cultural, y en definitiva, agotamiento político del proyecto de la arquitectura en la ciudad. Esta modalidad del proyecto arquitectónico de crítica positiva y beligerancia creadora ya no es primordial hoy en el desarrollo heterogéneo de la posciudad por el contrario los arquetipos simulados que recogen algunas propuestas del último arquitecto se integran sin el menor rubor en la estética del desperdicio, en los territorios *ciberpunk* o en las lábiles transparencias de la repetición absoluta. La «autenticidad de lo falso como realidad», es el síntoma que mejor refleja las formas y los espacios de estas arquitecturas, donde se alojan los nómadas emergentes de la fragmentada «sociedad civil».

Problemas, los que circundan el proyecto de la arquitectura suscitados por una civilización

que requiere una arquitectura superadora de la dicotomía técnica-arte y de entender la ciudad junto a la nueva condición metropolitana no como un mero ejercicio de composición formal, cada vez tenemos más necesidad de proyectos integradores, que nos permitan en medio de tanta espacialización hacer posible expresar la cualidad poética del espacio no sólo respecto de lo que se ve, sino de lo que se piensa. Necesitamos maestros de la construcción de una ética de la producción arquitectónica en los territorios de la globalidad y la diferencia, no de sistemas y aforismos de la forma.

A Dédalo se le asigna, entre las diversas consideraciones del mito, ser el artista que ideó el laberinto; gran escultor en las artes y estereotomía de la madera, alcanza fama por la rareza de su arte y la perfección de sus esculturas. Atrapado en el laberinto pretende huir volando y así lo intenta con su hijo dotándole de unas alas de cera, Ícaro perece al remontarse demasiado utilizando el artificio creado por su padre. La pretensión de un hombre hábil que en su soberbia no vislumbra los límites de la realidad.

139

* El título hace referencia a una estrofa del poeta Paul Éluard; ha sido la conferencia de clausura del Congreso Internacional «El futuro del Arquitecto», Barcelona, mayo 2000.

La cuando recibíamos las partes de la última
colaboración de Concha Gavira para el presente
numero, nos anunciaba la triste noticia de su
muerte; tránsito inesperado y doloroso para el
equipo de Astragalo, habricación a la que
redactor
Concha Gavira estuvo vinculada de sus
primeros numeros.

Se presencia activa y generosa desde el Consejo
de Dirección por el artículo constante, y en
sus paginas queda reflejado sus trabajos, a
pesar de tanta dificultad como tienen que
lograr resistir independientemente como lo es
Astragalo.

Profesora titular en la Escuela de Ciencias,
como socióloga urbana, de su orientar y de algunas
de la ciudad intentando una recuperación de la
"lógica de los hechos", de la nueva condición
política frente a la "lógica de la simulación
urbana", consciente en todo momento que la
dignidad y calidad moral de nuestra civilización
debe ser el valor ligado al crecimiento.

Se presentara partida un llena de tristeza
y como era el verso de Holderlin:
La tierra ya esta fria, y el viento
pajaro de las noches, viene
a batir tu frente con sus alas

AFA.

BREVE TRATADO DEL PAISAJE

Carmen Gavira

Alain Roger es profesor de estética en la Universidad de Clermont-Ferrant donde se encarga del curso «Jardines, paisajes y territorios» en la Escuela de Arquitectura Paris-la Villette. Entre sus numerosas obras sobre el paisaje, además de su polémica tesis «Desnudos y paisajes. Ensayo sobre la función del arte», destaca su espléndida obra «Teoría del paisaje en Francia (1974-1999)»,

Este «corto tratado» que nos ofrece ahora, no es un manual de difusión ni mucho menos un texto de síntesis. Es un libro provocador, sugerente, lleno de ideas que a lo largo de sus once capítulos rompe con todos los tópicos al uso sobre la noción del paisaje en occidente. Pero a pesar de ser un denso tratado teórico y sistemático, su lenguaje va dirigido a un amplio público.

No se trata pues, como advierte el autor, de «hablar del paisaje», sino de tratarlo sistemáticamente con unos instrumentos conceptuales rigurosos. «El paisaje no es reducible a su

alidad física, sino que la transformación de un país en un paisaje supone siempre una metamorfosis, una metafísica, entendida en sentido dinámico». Es decir, el paisaje no es nunca natural. «La percepción histórica y cultural de todos nuestros paisajes (campo, montaña, mar, desiertos...), no requiere ninguna intervención mística o misteriosa, sino que tiene lugar en lo que Roger, tomando la palabra de Montaigne, llamó *Artialisation*, cuyos mecanismos pone al descubierto en este libro».

Es necesario retrazar una historia filosófica, teológica y epistemológica de la naturaleza, pero también su historia estética.

Si vemos la bruma, no es sólo porque haya bruma, sino porque poetas, pintores y escritores la han cargado de misterio y ensoñación. La mirada del artista nos ha enseñado mucho más de lo que creemos.

«Al igual que la desnudez femenina, que no es juzgada bella más que a través del desnudo,

que varía según las culturas, un lugar natural no es estéticamente percibido más que a través del paisaje, que ejerce así, en este campo, la función de *artialisaton*». A la dualidad desnudez/desnudo, el autor propone asociar su homólogo conceptual, la dualidad país/paisaje.

El país surge de alguna forma como el grado cero del paisaje en la mayoría de las lenguas (*land-landscape* en inglés, *land-landschaft* en alemán, país-paisaje en castellano...) apareciendo por primera vez en un diccionario francés en 1549.

Antes de inventar el paisaje a través de la pintura y de la poesía, el hombre crea el jardín como «tatuaje» y escarificación que modifican el país en un lugar para su propio placer. Saint-Simon en «L'Organisateur» (1819) plantea con toda seriedad convertir todo el suelo francés en un jardín a la inglesa «embellecido con todo lo que las Bellas Artes pueden aportar a la naturaleza».

Evidentemente, antes de comenzar el paisaje europeo, tal y como hoy lo entendemos a partir del siglo xv, hay unos trazos esenciales que surgen del modelo pictórico y que van modelando la percepción occidental. «No es que la pintura induzca el paisaje, afirma A. Roger, pero es esta pintura la que inventa un nuevo espacio a partir del Quattrocento y que inscribe progresiva y laboriosamente este paisaje».

Se puede afirmar así que la invención del paisaje occidental supone la reunión de dos condiciones. De una parte la laicización de los elementos naturales, árboles, rocas, ríos, etc... Que cuando estaban sometidos a la escena religiosa figuraban únicamente como signos y la

otra condición, que los elementos naturales se organicen como grupo autónomo, con el riesgo de perjudicar la homogeneidad del conjunto, como se puede constatar en numerosos cuadros del Quattrocento italiano, en los que el disparate entre el fondo y la escena es manifiesto.

La invención de la ventana como marco del paisaje occidental, es otro de los capítulos más acertados del texto, igual que el consagrado al campo como elemento fundamental del paisaje al que se añade la montaña a partir del siglo xviii, rompiendo así su tópico de «lugar maldito» de superstición, tras su conquista por «las luces» a través de un alpinismo a la vez estético y atlético.

El mismo proceso lo veremos analizado con el mar, que a partir del siglo xviii ofrecerá una nueva visión violenta, salvaje, sublime..., o el desierto que alcanzará la categoría de paisaje a partir del siglo xix desempeñando un papel fundamental en la formación del imaginario del Oeste de los EE.UU.

«La muerte del paisaje» es el capítulo donde lo que se afronta es el futuro. «Hace ya cuarenta años», nos recuerda el autor, «Francastel, frente al espacio euclidiano, veía surgir en los pintores nuevos espacios heterogéneos, espacios/curvos, espacios/fuerza, espacios/polisen-soriales...» [...] «Nuestra época, afirmaba se esfuerza en adquirir una especie de experiencia directa de las fuerzas de la naturaleza. Ya no se considera que el universo fuese hecho para el hombre-rey, a su imagen, y que la figura de la tierra sea por hipótesis, la figura del mundo. Se abandona la idea de que el univer-

so sea la ampliación al infinito del cubo escenográfico en el centro del cual se desplaza el hombre/actor [...] La figuración espacial, moderna está fundada sobre el análisis de reflejos y figuraciones psicofisiológicas y no ya sólo ópticas en el sentido euclidiano del termino».

La invasión del audiovisual, la aceleración de las velocidades, las conquistas del espacio y de los abismos nos obliga a vivir y a crear nuevos paisajes de la realidad, olfativos, sonoros y registros todavía inexplorados.

Pero sin duda el apartado clave, provocativo y desmitificador de este texto de A. Roger es el dedicado al Paisaje y Medio Ambiente. Se da por supuesto que el paisaje forma parte del medio ambiente, del que constituye uno de sus aspectos, una de sus especies y que por lo tanto merece ser protegido de la misma forma que se debe salvaguardar el medio ambiente. Esta posición, dice el autor, que parece de sentido común, es tan falaz en su origen como perniciosa en sus efectos.

Hablando en sentido estricto, el paisaje no forma «parte» del medio ambiente. Este último es un concepto reciente, de origen ecológico y justamente por ello ha de ser tratado científicamente. El paisaje, a su vez, es una noción más antigua, de origen artístico que surge, como tal, de un análisis esencialmente estético.

Ignoro, nos dice el autor, lo que quiere decir «ecología del paisaje», si no es la absorción del paisaje en su realidad física, la disolución de sus valores en variables ecológicas, es decir, su naturalización, mientras que un paisaje no es nunca natural, sino siempre cultural.

Escamotear el paisaje en la ecología, ¿Que queda realmente del paisaje cuando se le separa de su percepción? Toda la historia del paisaje occidental, así como la del extremo oriente, lo muestra con evidencia: el paisaje es ante todo producto de una operación perceptiva, es decir, de una determinación sociocultural.

El paisaje no es un concepto científico. En otras palabras, no hay, y no se sabrá hacer ciencia del paisaje, lo cual no significa, sino al contrario, que no pueda sostenerse un discurso coherente a propósito de él.

El hecho de que desde hace casi un siglo, en nombre del rigor científico, la geografía y la ecología hayan querido apropiarse y casi fagocitar el paisaje, y no constituye ninguna contradicción la irreductibilidad estética de éste, sino que por el contrario nos impone, refutar este ecologismo y esta geofagia, si se me permiten estos neologismos, y contener a la ecología y a la geografía en los límites de sus competencias.

El paisaje, nuestros paisajes, son adquisiciones relativamente recientes, una invención histórica y esencialmente estética.

La cuestión de la toma en cuenta del paisaje, lleva a pensar en la transformación del paisaje como una evolución, y no sólo como algo que uno conserva y protege. En lugar de hablar en términos de protección, sería mejor comprender los fenómenos que hacen evolucionar los paisajes y, a partir de este conocimiento, tratar de otra manera su ordenación, su gestión, protegiendo el conjunto de fenómenos que desembocan en la creación de la identidad de un territorio.

«¡Cuántos ecologistas con una visión bucólica y arcaica del paisaje francés, pretenden preservar un modelo cultural obsoleto del siglo XIX!»

Muchos técnicos e ingenieros ceden hoy a la ecolatría después de un período bastante brutal, culpabilizados en exceso por los paisajes que han desfigurado. Si el diseñador de una autopista considera que su proyecto sólo puede tener un impacto negativo sobre el paisaje, recurrirá al paisajista para camuflarlo.

«Hay que abandonar esta visión vergonzante de la autopista, ya que se puede crear un auténtico paisaje como el del tren de alta velocidad.» No se trata de esconder ni de decorar, sino de convertirlos en auténticos nuevos paisajes.

Es de forma unilateral que el hombre se compromete a respetar los bosques, el mar, la Antártida, la capa de ozono, etc. El pretendido contrato con una pretendida naturaleza no es y no será nunca más que una obligación jurídica que los hombres se imponen a sí mismos, con relación a un objeto o sector natural bien definido, del cual deciden en su interés concreto, asegurar la salvaguarda.

Tomemos otro ejemplo, continúa el autor, la protección de la diversidad biológica. Ésta se puede considerar de dos maneras. La primera es teológica: el hombre, vicario de Dios toma a su cargo su Creación [...]. La segunda es pragmática. Se sabe, en efecto que las revoluciones farmacéuticas están frecuentemente ligadas al descubrimiento de las propiedades medicinales que existen en ciertas especies vegetales [...]. Se dice también que los bosques tropicales albergan el 60% de doscientas cincuenta mil especies repertoriadas. La deforestación, aunque sea de interés económico inmediato, constituye en realidad la dilapidación insensata de una reserva de la cual no podemos hoy evaluar su importancia.

No nos extenderemos más sobre este texto que sin duda el lector ha anotado ya para su consulta, y terminaremos con una de las últimas frases del autor, «No hay belleza natural, o más exactamente, la naturaleza no se vuelve bella a nuestros ojos más que a través del arte».

■ ALAIN ROGER: *Court traité du paysage*. Editions Gallimard, Mayenne, 1999. ■

EL OJO Y EL PENSAMIENTO

Javier Maderuelo

Ante nuestros ojos se abre un espectáculo increíble formado por infinidad de elementos de distintos tamaños que, rodeándonos por completo, se encuentran situados a muy diferentes distancias de nosotros. Ante nuestros ojos se abre un campo visual que muestra el mundo. Pero no ha sido fácil aprender a ver ese mundo complejo y diverso, mucho menos conocerlo. El filósofo francés Jean-Marc Besse a través de seis ensayos, que son como catas en la historia de la cultura moderna occidental, ha analizado cómo hemos ido descubriendo la tierra, cómo se han ido apreciando y valorando sus entornos y paisajes y cómo el hombre ha pasado de la mirada sobre sí mismo a observar, disfrutar y comprender los fenómenos del mundo físico que nos rodea.

Una vez superada la duda metafísica, el paisaje empieza a ser un tema interesante de reflexión para los filósofos. El paisaje, en cuanto medio físico, es lo otro, algo que se encuentra fuera de nosotros y nos rodea, pero en cuanto constructo cultural es algo que concierne muy directamente al individuo, ya que no existe paisaje sin interpretación.

En los últimos años el interés por el paisaje está resurgiendo con inusitada presencia a través de ingeniosos libros y ensayos que desvelan aspectos jamás tratados hasta ahora. En buena medida esto se debe a un cambio radical en la orientación sobre la que se basan estos estudios. El paisaje había caído en una región incierta y olvidada como género periclitado y ñoño de la pintura, en una serie de recetas de aplicación para urbanistas, en un método de análisis para geógrafos o se había extraviado como caballo de batalla de las reivindicaciones ecologistas. El interés que hoy día están despertando temas como el paisaje en los ámbitos populares, a través del turismo y los viajes a lejanos lugares en los que poder contemplar el exotismo de la naturaleza, tiene su paralelo en los niveles intelectuales y profesionales. Este interés se percibe muy claramente en el mundo de la arquitectura, en el que cada día con mayor frecuencia hay que adquirir nuevos conocimientos que permitan atender a la defensa y protección de entornos físicos, a la valoración del patrimonio cultural y natural, a la configuración de modelos ambientales y a los estudios sobre carácter de los medios rurales y urbanos. Cursos, congresos y publicaciones específicos se encargan de

145

tratar temas relacionados con el impacto ambiental, se elaboran leyes y se formulan recetas para enfrentarse profesionalmente a unos fenómenos que, habiendo estado siempre ante nuestros ojos, resultaban invisibles.

Sin embargo, estos actos y publicaciones no suelen entrar en el verdadero trasfondo ontológico del paisaje, ni llegan a matizar la manera en que el hombre lo ha ido descubriendo y comprendiendo, temas que creo son necesarios para poder entender en qué punto nos encontramos ahora en la compleja relación entre el individuo y su medio ambiente.

Jean-Marc Besse, filósofo que se ha especializado en epistemología de la geografía, ha elegido en su libro seis momentos de la cultura occidental para mostrar cómo, desde diferentes disciplinas y modos de pensamiento, se ha ido viendo la tierra y cómo ha evolucionado la relación entre el hombre y el entorno. Los seis ensayos logran trazar una especie de dialéctica entre literatura y ciencia. Comienza el libro con el análisis de un texto clásico en toda discusión sobre el paisaje, como es la subida al Mont Ventoux de Petrarca, narrada en sus cartas familiares, en la que se aprecian los primeros síntomas de lo que será la mirada moderna, entre la introspección y la recreación por el mundo exterior.

Así, a través del libro, se expone una serie de experiencias espirituales, literarias, artísticas, científicas y filosóficas que han surgido ante el hecho del paisaje. Desde distintas disciplinas y en diferentes épocas analiza descripciones y vivencias que de forma caleidoscópica ofrecen visiones complementarias de la tierra. Petrarca desde la cima del Mont Ventoux, Goethe via-

jando por Italia y Vidal de La Blanche describiendo el paisaje francés responden a encuentros perceptivos. Junto a ellos, Alexander von Humboldt, el naturalista inventor de la geografía científica, busca la misteriosa inspiración de la naturaleza, mientras Éric Dardel sienta las bases de la geografía fenomenológica. Entre medias se muestra cómo Bruegel, bajo la influencia de Abraham Ortelius, abre la mirada del pintor al mundo de la cartografía y construye las primeras vistas panorámicas.

En el último ensayo Jean-Marc Besse realiza una breve reflexión sobre el pensamiento filosófico de principios del siglo xx de la mano del poeta y ensayista francés Charles Péguy y sus comentarios a la filosofía de Descartes y Bergson. Se establece así un puente temático entre la descripción literaria y plástica y el análisis científico y filosófico, mostrando que el paisaje no es una entidad cerrada sobre sí misma sino que ofrece sus muchas caras como tema de estudio.

Cada forma de ver la tierra, cada manera de describirla o representarla supone un tipo diferente de pensamiento, se establece así una relación entre objeto y sujeto a través de la mirada que se torna intencionada e instrumental y que pone en evidencia un paralelismo sinestésico entre ojo y pensamiento. Vemos sólo lo que conocemos y pensamos según aprendemos a ver la diversidad fenoménica del mundo. El libro, escrito con una prosa clara, resulta enormemente sugerente por la cantidad de caminos que abre a la reflexión.

■ JEAN MARC BESSE: *Voir la terre. Six essais sur le paysage et la géographie*, Actes Sud, Arles, 2000. ■

RELATOS

ILUSIONES ÓPTICAS

De la posibilidad de una cultura arquitectónica iberoamericana

Roberto Fernández

A propósito de la Bienal de Arquitectural de Venecia-2000

Sólo cuando los hechos se enmarañan por miles, se aclaran y adquieren los ojos de la lengua, aquí uno, aquí otro, sólo entonces, dejando de ser cronista, estoy en el buen camino, en el camino épico, y con ello la vida pobre se eleva a una vida rica.

P. Handke¹

Diversos eventos culturales de la modernidad han tenido el doble rol de fungir como aparato ideológico —las *ilusiones ópticas* del título de este ensayo, entendibles como construcciones deseadas o utopías— y como instauración de cambios significativos en los modos de producción cultural: entre ellos destacan las exposiciones universales, las revistas paradigmáticas, las muestras monográfico-antológicas y las bienales o instancias periódicas de revisión de la producción de una época y un lugar. De este último linaje, las bienales venecianas dirigidas por Portoghesi hace un cuarto de siglo y por Fuksas en este mismo año, son dos casos que tal vez aúnen ambas cualidades: la de Portoghesi iba

a erigirse en el pórtico del fenómeno luego conocido como *posmodernismo*; la de Fuksas parece orientada a inaugurar un momento intercultural, posvitruviano y decididamente experimental de la arquitectura, tal vez confinada según la anticipación de este foro, a un rol parecido al del *arte conceptual*, es decir, decididamente *crítico* antes que *productivo*².

147

La II Bienal Iberoamericana de Arquitectura sirvió —unida a la primera de 1998— de singular oportunidad de observación de la condición cultural en general y de la cultura arquitectónica en particular del espacio denominado *Iberoamérica*. Una oportunidad para indagar la condición de existencia de esa noción, por fuera de su evidente entidad política y económica —intensificada en la última década— y también por fuera de la densidad histórica que unió colonialmente y separó en la etapa independentista metrópolis y periferias.

Un *espacio* sin embargo, que conjuga *tiempos* diversos, uno —el europeo— tendente a la maduración del estado de bienestar y a la vez,

culturalmente exhausto; otro —el americano— socioprodutivamente anacrónico o premoderno, políticamente inmaduro y culturalmente hiperactivo, a caballo de usar los dispositivos artístico-culturales como instrumentos de crítica social tanto como someterlos a las dictaduras de un mercado salvaje y/o de una sociedad política corrupta e incapaz de efectuar el tránsito a una modernidad equitativa.

Tal espacio teórico puede construirse, en principio, analizando elementos comunes, situaciones más o menos compartidas o intercambiadas en la deriva histórica. Una sintética genealogía de los momentos de una intensa circulación de ideas en el espacio iberoamericano en el campo de la arquitectura podría reconocer los siguientes hitos:

148 La instancia de la *fundación colonial de ciudades* a cargo de las coronas española y portuguesa y particularmente, de las tensiones entre la experiencia de ciudad que en Europa venía connotada por los procesos *medievales* y la posibilidad de verificación de las utopías *renacentistas* en el *laboratorio americano*³.

El complejo de relaciones, influencias y diferencias que configuraron el fenómeno denominado *barroco americano* y sus interpretaciones variadas que lo calificaron como una repetición bastardizada del modelo europeo o como una innovación estilística, semántico-iconológica, tecnológica y tipológica basada en la condición sincrética del mestizaje americano.

Las relaciones de intercambio que explican el común auge —en Europa y América— de las *arquitecturas finiseculares de talante ecléctico-*

historicista, en las que la europeidad comienza a compartirse con la influencia estilística francesa y tecnológica anglosajona, hechos que por otra parte, eran significativos en los procesos de modernización urbana en Madrid, Lisboa, Barcelona u Oporto.

Las ligazones que grupos migratorios exitosos imprimieron a su voluntad de adquirir una cierta *identidad* dentro de las babélicas ciudades americanas, como Buenos Aires, Santiago, Montevideo, México, Caracas, Río o San Pablo. Este fenómeno de apuntalamiento de identidad dio curso, por ejemplo en Buenos Aires, Rosario o Montevideo, a exportar y reelaborar motivos vanguardistas triunfantes en las metrópolis centrales, como el *modernisme catalán* o el *art nouveau*.

Alguna repercusión de lo que sí fue muy fuerte en el campo literario acerca de la entronización de la estética del *modernismo*, por ejemplo alrededor del importante papel de Rubén Darío y más genéricamente, en torno de la preceptivas culturales de la Generación del '98.

Los fenómenos de recepción de los paradigmas de la *modernidad racionalista* (sobre todo la de origen germánico y luego la derivada de la influencia de Le Corbusier), por ejemplo en torno de figuras de ambas márgenes como Sert y Bonet y aún de *modernos tecnológicos* como Candela y Torroja.

Las operaciones arquitectónicas y urbanísticas ligadas al común manejo de los *lenguajes neoclasicistas* en el seno de los *regímenes autoritarios* de ambas bandas del Atlántico, hecho que durante varias décadas abarcó experiencias no exclusivamente ibereuropeas

—ya que hubo fenómenos que como los de Italia y Alemania y también la arquitectura de entreguerras en Francia durante el régimen del frente popular, la etapa colaboracionista filofascista y aun la reconstrucción de la posguerra, por ejemplo en la acción de Perret en Le Havre— y que tuvo aspectos que aunque sin relaciones directas, impuso características de homogeneidad en construcciones de fuerte talento representacional en regímenes tan diversos como los de Perón, Cárdenas, Odría, Pérez Jiménez, González Cerdá o Vargas: regímenes en los que, por otra parte y según un concepto muy vigoroso de Estado, se favorecieron los montajes de oficinas técnicas para la realización de las arquitecturas públicas.

Sin embargo, si bien existe esa especie de *historia común* en la que pudo haber habido canales de relación, circulación de ideas, proyectos y proyectistas y formas relativamente homogéneas de formación y difusión, el devenir más actual permite explorar algunas *hipótesis de divergencia*, a saber:

En la cultura iberoamericana, desde los '60 —en el episodio conocido como el *boom literario latinoamericano*⁴ (García Márquez, Cortázar, Bennedetti, Vargas Llosa, Lezama Lima, Onetti, Scorza, Paz, Rulfo, Del Paso, Mutis, Cabrera Infante, Sábato, etc.)— se afianzó un modelo de cultura vinculable al *realismo mágico*, que venía a acogerse a la división del trabajo intelectual propuesta por Humboldt, según la cual, América, de levedad en su cultura histórica y aún, de su maduración antropológica, debía centrarse en una noción de producción de cultura que se basa en el *elogio de la naturaleza*, que por otra parte, según la

mirada benevolente del sabio berlinés o la ácida de Hegel, imponía un modelo de producción de una *mimesis naturalista*. Sin embargo, esta cualidad que permitió abastecer la demanda de identidad y aún el flanco estético de las teorías de la liberación, fue diluyéndose, por una parte, en la extinción progresiva del mundo de lo natural (en una de las regiones de más explosiva urbanización, con la consecuente vertiginosa aculturación urbana, pero de una urbanidad *débil* o preburguesa) y por la otra, en la confluencia con la expansión de la cultura mediática de origen norteamericano. América Latina así, parece debatirse entre la extinción del otrora poderoso paradigma estético naturalista —el *realismo mágico*, que además era funcional a la falta de racionalidad de los procesos políticos clientelistas-populistas— y el desemboque, en los procesos de la globalización económica, dentro de la subcultura *massmediática* y consumística típica de la *macdonaldización* del mundo.

149

En la cultura iberoeuropea, el fenómeno dominante de sus historias posfascistas ha sido un proceso de *integración europea*, intentando acelerar la recuperación de un tiempo perdido: la etapa soarez-felipista signa este movimiento, que implica la recuperación relativa de un estado social, el crecimiento de los estándares de urbanidad y el acogimiento a los modelos instaurados por la modernidad en cuanto a un *welfare-state* que el resto de la Europa desarrollada aceptó conceder y financiar supliendo aquel tiempo perdido.

Esas dos hipótesis generales, si fueran ciertas, tienen una serie de implicancias en cuanto al devenir reciente de la cultura arquitectónica

—como epifenómeno de la cultura social— en el cada vez más incierto espacio de lo iberoamericano.

En Iberoamérica se puede apreciar la declinación de las arquitecturas emparentables con el modelo productivo del realismo mágico o de una estética situada en la voluntad de contextualizar el proyecto en el mundo figurativo de la naturaleza. Cada vez es más difícil ser *lúdico-mágico* o *contextualista-natural* en Iberoamérica, simplemente porque declina la significación ritual-festiva del mundo social (cada vez más sometido a un cuadro de pobreza estructural o de largo plazo) y porque desaparece lo natural (en la desmesura de lo megaurbano y en el quiebre de los modos productivos de base artesanalista).

150

Complementariamente emerge el desplazamiento estético-programático a las proposiciones derivadas de la posmodernidad norteamericana, impuesta desde el consumo como una nueva y ecuménica *pax de fin de milenio*: lo que implica virtualidad, cualidades de efímera espectacularidad segregadas de las tradiciones locales o regionales, banalización de las formas de producción y consumo, homogeneización *low brow*, etc.

La entrada al nuevo realismo norteamericano se liga al entronizamiento de las políticas de la globalización económica, la transnacionalización corporativa, el desmontaje vertiginoso del Estado (que a la sazón, nunca había alcanzado ser fuerte y/o maduro) y la desaparición del control de calidad de los servicios y equipamientos públicos, la pobreza estructural y la concentración desigual de la riqueza, etcétera.

En Iberoamérica, el fenómeno de reinserción acelerada de este espacio marginal en el *ecumene* europeo que antes apuntábamos, supuso en la arquitectura, un estricto seguimiento de las *estéticas políticamente correctas* para un espacio muy postergado en la calidad de los equipamientos —comparada con la Europa avanzada— y esa corrección implicó el fortalecimiento del rol del Estado (primero nacional, luego regional y cada vez más local) en la provisión de los equipamientos que equiparasen los estándares con la *otra* Europa y desde el punto de vista estilístico, el desarrollo de una suerte de *neomodernidad* que parece servir a la vez como modo de saldar la modernidad pendiente y como estrategia de uso responsable de los recursos. Esto último se advierte en el muy moderado uso de *tecnologías de punta* en la arquitectura iberoamericana —el *high tech*, muy puntual y propagandístico, se trae de fuera, vía Foster, Gehry o Nouvel, fuera de la excepción a la regla, del suizo-valenciano Calatrava— y en el escaso interés profesional en el *experimentalismo* por caso, deconstruccionista. Está claro que Iberoamérica se demarca cuidadosamente del mundo ultratecnológico (por ejemplo, de Inglaterra, Alemania o Francia) pero también del mundo ultraexperimental (por ejemplo, Holanda).

Las dos hipótesis culturales generales precedentes y sus implicaciones arquitectónicas, explican así tanto la actual *brecha* entre lo ibérico y lo americano como paradójicamente, las *oportunidades* de restablecer nuevas articulaciones y flujos de intercambio.

La brecha explica el poco interés actual que protagonistas ortodoxos del *modelo america-*

no (González de León, Legorreta, Salmona, Baracco, Testa, Porto, Vivas, Forero, etc.) despiertan en Iberoamérica, donde en cambio, sin ser todavía conocidos, podrían ser aceptadas—o vistas como más *familiares* o compatibles—figuras de generaciones posteriores⁵, conscientemente *posmágico-naturalistas*, como Berdichevsky, Kalach, Morini, Biselli, Springall, Klotz, Jiménez, etc.

Inversamente, tal brecha admite interpretar el relativo bajo interés que los *neomodernos* iberoamericanos (Campos Baeza, Aires Mateus, Llinás, Ferrater y aun Siza o Moneo) concitan en Iberoamérica, donde en cambio son *célebres*—sobre todo en las escuelas— *experimentalistas* *trasmodernos* como Koolhaas, Van Berkel, Maas, Eisenmann, Gehry, Libeskind, Hadid, etc.

El interés fundamental de una posible intensificación de relaciones entre las diversas partes del *archipiélago* iberoamericano estribaría en la confluencia de un momento posnaturalista en América y en el reconocimiento de la extrema viabilidad que presenta la arquitectura iberoamericana política y estéticamente correcta. Una *viabilidad* que significa por una parte, realismo y minimalismo proyectual y tecnológico y por otra, concentración en la dimensión de construir la utopía socio-cultural moderna. Esto es posible y a la vez lejano en Iberoamérica, dado que tal viabilidad la garantiza un Estado activo y una sociedad civil madura, cuestiones que parecen discurrir a contramano de la historia en el ya no tan *nuevo mundo*.

Las dos ediciones de la Bienal Iberoamericana creo que han servido para generar un diagnóstico de estas brechas actuales tanto como de las oportunidades potenciales de intercambios

entre estas partes del mundo, en vez de proveer una falsa idea de homogeneidad cultural o geocultural, que quizá pueda rastrearse en algunos tramos de la historia común pero no del presente. Por cierto que el mismo hecho de la Bienal implica suponer que hay más cosas comunes convergentes —el idioma, la historia— que divergentes y que el espacio cultural iberoamericano supone sobre todo, una construcción. Una *construcción* que no compite necesariamente con la atracción gravitatoria que Iberoamérica tiene respecto de Europa e Iberoamérica respecto de América (del Norte) pero que podría beneficiarse con canales de interrelación hasta ahora poco explorados o incipientes, desde programas de cooperación académica hasta la apertura de nuevos espacios de práctica disciplinar.

En la I Bienal⁶ un grupo de trabajos iberoamericanos se empeñaron en reelaborar la *tradición* americana de contextualismos regionalistas y tecnologías vernaculares, como la Comunidad Andalucía (F. Castillo, Santiago de Chile, 1994) —como una pieza más de la larga serie de proyectos de desarrollo comunitario emprendido por su autor—, el Hospital do Aparelho Automotor (J. Filgueiras Lima, Salvador, Brasil, 1994) —arquitecturas leves de preocupación bioclimática, pero a la vez, de esa tradición festiva populista propia de la estética inaugurada por Niemeyer—, el Museo Xul Solar (P. Beitía, B. Aires, Argentina, 1993) —un *scarpiano* y detallista ejercicio deconstructivista de *reconstrucción* de un ámbito museístico basado en la alegorización del material expuesto del plástico argentino Xul Solar—, la sede social campestre del Banco

151

Superior (S. Trujillo Jaramillo, Sabana de Bogotá, Colombia, 1994) –un cuidadoso ejercicio en la larga saga de los edificios de la cultura cerámica bogotense– o la Urbanización Divina Providencia (G. Flórez Restrepo, Manizales, Colombia, 1996) –una elaboración ingeniosa de las tecnologías populares de vivienda en guadua y madera–. Esta serie de trabajos representó en aquel momento un cierto mantenimiento de la tradición realista-regionalista, que en la II Bienal resultó mucho menos evidente y no sabríamos si atribuir tal hecho a la declinación de esta forma de pensar cultural y proyectualmente la arquitectura regional.

152 En la dimensión urbana, los múltiples trabajos colectivos del Proyecto Rio Cidade (varios estudios, Prefeitura do Rio do Janeiro, Brasil, 1997) permitían reconocer la vigencia y fertilidad del paisajismo urbano en la fructífera senda del maestro Burle Marx, oportunamente homenajeado en uno de los vídeos presentados en la I Bienal. Así como intervenciones pequeñas como el Conjunto Cuareim (N. Inda *et al.*, Montevideo, Uruguay, 1998) –una conversión de una vieja factoría de cerveza en conjunto de viviendas dentro de los planes de promoción oficial– o la Manzana San Francisco (A. Otero *et al.*, Buenos Aires, Argentina, 1995)– un reciclaje de uno de los pocos fragmentos del centro histórico de la ciudad –evidenciaban módicas pero inteligentes formas de aprovechar y renovar núcleos de interés patrimonial. La segunda Bienal experimenta una declinación de este tipo de operación, si bien se han registrado algunos trabajos de mejora del espacio público en Montevideo o la re-

construcción del Nuevo Parque Cultural de Lima (A. Ortiz de Zevallos, Lima, Perú, 1999).

Tres trabajos de la I Bienal despuntan, desde el ámbito iberoamericano, un intento de trascender el *seguro* esquema regionalista, basado en reelaboraciones tipologistas, tecnologistas y lingüísticas de corte vernacular: se trata de la Casa en Playa Bonita (A. Ángel, Lima, Perú, 1996) –un drástico ejercicio de tajante minimalismo–, el Taller de Arquitectura (A. Quijano, Mérida, México, 1993) –ejercicio de lejanas reminiscencias barraganianas pero inmerso en una depuración cercana al *minimalismo neo style international*– y el Campamento Cayo Crasquí (J. Rigamonti, Los Roques, Venezuela, 1994) –un trabajo de reducción de la arquitectura a un elegante y escueto equipamiento del paisaje, muy respetuoso de la fragilidad de la implantación–. Podría pensarse que estos trabajos, que revisan un concepto demasiado formalista o aun frívolo de contextualismo, apuntan nuevas perspectivas de un modo proyectual que pretende independizarse de la mimesis de lo natural-real mágico. También deberíamos indicar que en la II Bienal no ha habido demasiados aportes en esta línea, salvo la Unidad de Cremación (H. Mejía *et al.*, Medellín, 1998) –que sin embargo, retorna a cierto planteamiento monumentalista clasicista en el ascetismo proyectual que el tema permitía–, el Auditorio CIDE (Springall+Lira, México DF, 1996) –un intento neomoderno de talante corbusierano en los *pilotis*, de implantación espectacular y ciertas condiciones constructivas calificadas– o las casas presentadas por A. Kalach (México) y E.

Soyer (Perú) —que reelaboran sus geometrías refinadas y definidas en sus emplazamientos de bosque y selva—. Estos cuatro ejemplos, de cierto contenido renovador del tradicionalismo regionalista, debemos apuntar que se tratan de ejercicios extraurbanos, tal que parece que su capacidad de resolverse más discretamente depende de la ausencia de la omnipresente cuadrícula americana. *Superada* la ciudad, una reflexión más profunda —casi en la línea heideggeriana— puede llevar el proyecto neo-contextualista a una indagación, incluso crítica, ya no de la culturalización urbana de lo natural, sino directamente del *paisaje de lo natural*.

Si en este examen de las presentaciones iberoamericanas a ambas Bienales y sus relaciones, parece resultar poco claro un análisis de posibles tendencias o la reafirmación de líneas de trabajo entre ambas ediciones, en el caso ibereuropeo en cambio, lo que prima es una marcada *continuidad*, una especie de *tiempo largo* que, signado por una variada pero generalizada reelaboración del discurso moderno, permite verificar un mayor acople de políticas públicas, campo cultural y proyectos arquitectónicos en esa producción.

Por fuera de la perdurable y sistemática actividad de los maestros recientes de la neomodernidad ibereuropea (A. de la Sota: Jurado de Zaragoza, 1993; A. Siza: Centro Gallego de Arte Contemporáneo, Santiago de Compostela., 1993, presentado a la I Bienal y Museo Serralves, Porto, 1999, presentado a la II Bienal; R. Moneo —con M. Solá Morales—: Manzana Diagonal L'illa, Barcelona, 1993, desde luego no la mejor obra reciente del maestro navarro)

obras como el Instituto del Patrimonio Histórico (G. Vázquez Consuegra, Sevilla, 1995) —una prudente imbricación de rescate de fábricas históricas junto a intervenciones nuevas—, el Museo de Bellas Artes de La Coruña (J. M. Gallego, La Coruña, 1995) —un controlado *mix* de obra nueva y material antiguo, de refinada tecnología y luminosidad y ajustada implantación urbana— o el Museo de Arqueología (E. Tuñón *el al.*, Zamora, 1996) —una recatada caja encastrada en la muralla que mira al Duero— son algunas de las que, ya en la I Bienal, abrían la consideración acerca de una producción de estética moderna ajena al exhibicionismo tecnológico y formal y a flexiones de un experimentalismo conspirativo contra la evidente finalidad social de equipamientos culturales promovidos por el Estado.

La producción portuguesa parece aún más homogénea y ceñida a una suerte de programa político-cultural que excede las propuestas de Siza, Souto de Moura (que presentó su refuncionalización hotelera del convento de Santa María do Bouro, 1997, en la I Bienal y su Casa en Moledo, 1997, en la II —el primero un trabajo de enorme densidad detallista en la refinada tradición scarpiana y en la preservada habilidad de los canteros portugueses; la segunda, un híbrido de espacio artificial y utilización del envoltorio provisto por un paisaje ríspido de montes pedregosos—) y Távora (premiado como trayectoria en la I Bienal, donde presentó su Museo de Soares dos Reis, recientemente finalizado y que implica un conjunto de sutiles y mínimas adecuaciones sin concesiones historicistas sobre el organismo original del siglo XVIII) en otras aportaciones que parecen

hablar de una especie de movimiento, generación o escuela, aunque se trate de trabajos de diverso origen y a cargo de arquitectos muy separados en edades. Como los trabajos del veterano V. Figueredo (Escuela de Artes Decorativas de Caldas do Rainha, 1997 –que semeja un *remake* destilado de las ideas *pavillonnaires* corbusieranas–) hasta el edificio de residencia universitaria de F. Aires Mateus (inserto en el campus II de la Universidad de Coimbra, 1998 –un *ensamble* de placa y basamento, modernamente clásico pero extremadamente depurado en el trabajo de la relación lleno-vacío de sus contundentes superficies murarias–) o el pequeño proyecto del joven J. Mendes Ribeiro (la Casa de Chá en las ruinas arqueológicas del Castelo de Montemar, en Paço das Infantas –una arquitectura de evocación miesiana, reducida a una mínima expresión para no interferir el paisaje cultural, pero que por ello, adquiere una elevada potencia poética–). Los trabajos portugueses, quizá por la preselección ciertamente sagaz de A. Tostoes, parecen ofrecer el panorama de una muy homogénea producción, dentro de esa conjunción de políticas de equipamientos socio-culturales y lenguajes de sabor moderno. En la I Bienal descuella, en este conjunto de aportaciones *socio-estéticas* el edificio universitario de J.A. Rocha *et al.* en Vairao (Laboratorio de Investigación Veterinaria, una soterrada trama que organiza unos espacios que aunque predominantemente técnicos, destacan en su espacialidad luminosa y etérea).

Por último, la II Bienal ofrece, en el campo de los trabajos españoles, una reafirmación del despojado minimalismo con que sus vanguardias profesionales parecen querer afrontar una

cierta actualización del exitoso modelo neo-moderno. Ya J. Navarro en la I Bienal, con su edificio extremeño (Consejería de Extremadura, Mérida, 1995) había acentuado el intento de reducir la novedad de su nueva fábrica a una propuesta de reconstrucción del perfil amurallado del borde urbano fluvial, tanto como la intervención de A. Viaplana-H. Piñón en el convento de la Caridad para instalar el Centro de Cultura Contemporánea (dentro del Raval barcelonés, 1993) se había limitado a un tendido de planos espejados que alteraran mínimamente la estructura de patios. Y en la II Bienal el Cento BAT, en Inca, Mallorca, de A. Campos Baeza (1998) emerge como un edificio casi convertido en pieza de *arte conceptual* que bien le hubiera apetecido firmar a D. Judd, el célebre minimalista que confesaba ser un arquitecto frustrado. Algo parecido, en su plan de deliberada reducción abstracta y mínima de los recursos proyectuales, aparece en el conjunto de viviendas autoconstruidas de Lantejuela en Sevilla (proyecto de B. Sánchez Lara, 1998), que aun en la drástica novedad de su actualidad estética no pierde del todo de vista las tipologías andaluzas de patios semiabiertos ni el afecto por los muros encalados.

Es posible que una Bienal genere la figura de una *ilusión óptica*, la idea de una selección que ofrezca una falsa noción de totalidad y que por detrás de lo expuesto discurra otra realidad, mucho más compleja y heterogénea. Pero ese riesgo vale la pena correrlo, si es que tiene sentido estrechar las cuestiones que comparten los pueblos y culturas de raigambre ibérica e intentar la construcción de un espacio común.

De tal espacio, Iberoamérica puede recoger la enseñanza de la necesaria articulación entre cultura y política, entre estéticas contenidas y responsables y acción de un Estado todavía comprometido con la vida social. E Iberoeuropa podría aprender las formas, incluso dolorosas, de construir una sociedad multiétnica y

unas cultura mestiza, con ingredientes lúdicos, populistas y también, mágicos. Si esto ocurriera y a ello concurriera el esfuerzo de las Bienales, su propósito y acción estaría más que colmado y entonces compartiríamos más fecundamente la experiencia de la *iberoamericanidad*.

NOTAS

¹ P. Handke, *El año que pasé en la bahía de nadie*, Editorial Alianza, Madrid, 1999, pág. 392.

² Parte de la dialéctica implícita en el discurso de la Bienal de Venecia 2000 acerca de la primacía de lo virtual coincide con la temática del discurso de aceptación de R. Koolhaas del premio Pritzker 2000, cuando contrapone el fin del largo (y perjudicial, según RK) reinado de los 4.000 años del ladrillo frente al incipiente protagonismo del ratón del ordenador y los programas de *software* como el *photoshop*.

³ Véase un intento de exploración de esta genealogía de relaciones o flujos entre la Europa íbera y la América de ese origen –pero también con unas preexistencias que nunca se extinguieron y que explican el sincretismo mestizo– en mi libro, *El laboratorio americano*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

⁴ Hay varios trabajos compilatorios y explicativos acerca de este fenómeno cultural y literario. Recientemente se editó en español el texto del antropólogo italiano F. Va-

ranini, *Viaje literario por América Latina*, Editorial El Acatilado, Barcelona, 2000, interesante no sólo por la exhaustiva preentación del fenómeno sino también por sus hipótesis –un tanto eurocentricas– acerca de la profunda imbricación temática y metodológica de esta producción con semejantes cuestiones en el seno de la cultura europea (por ejemplo, en la *latinoamericanidad* implícita en autores como Lowry, Baudelaire, Pessoa, Perec, etc.).

⁵ El número 8 de la revista *2G*, monográficamente dedicado a la *arquitectura latinoamericana* y editado por el mexicano-catalán M. Adriá, es sintomático de la presentación (al mundo ibérico) de una *construcción* –todas las antologías lo son– que acerca o minimiza las diferencias que nosotros señalamos en este texto.

⁶ Véase para las referencias de las obras que desde este punto se aluden, el catálogo *Arquitectura e Ingeniería civil. I Bienal Iberoamericana. Madrid. 1998*, Ediciones Electa, Madrid, 1998. Las referencias a obras presentadas a la II Bienal están en este mismo libro.

DE-FENCE MANUAL

Polyxeni Mantzou

A propósito de la Bienal de Arquitectura de Venecia-2000

156 **E**l lema *Menos Estética Más Ética*, elegido para la séptima edición de la *Biennale di Venezia*, que cerró sus puertas a finales de octubre, es un buen punto de partida para aproximarse a sus aspiraciones y, esto, no en el sentido de las posibles interpretaciones del contenido de un lema con características de eslogan publicitario, sino, más bien, en el sentido de la ambivalencia entre su faceta espectacular y su faceta moralista, sin que ninguna de las dos tenga finalmente repercusiones manifiestas.

Por encima de otros temas más específicos, un tema que difícilmente se puede considerar relativo a la ética parece haber preocupado muchos de los invitados a participar, pero también a los organizadores. Se trata de algo tan autorreferencial como la problemática sobre lo que se puede entender como una exposición de arquitectura, que parece haber sido una de las preocupaciones más evidentes en esta *Biennale*. Por un lado, están aquellos que siguen utilizando los tradicionales medios de representación de la obra arquitectónica aunque, en la mayoría de los casos, dentro de un montaje que adquiere más protagonismo que lo que se supone que se presenta. Sin embargo, en este tipo de presentación, las fotos,

dibujos, maquetas y a veces también vídeos, aunque se refieren a obras concretas no siempre es fácil relacionarlos entre sí para una aproximación a las obras de modo integral ya que los criterios de colocación no obedecen a criterios de legibilidad, sino a otros de índole distinta. La despreocupación por la comprensión de las obras llega a veces hasta tal punto que los juegos de sombras de las maquetas adquieren más protagonismo que las propias maquetas. Por otro lado, también se puede ver una opción alternativa: la de presentar un ambiente y no una serie de obras de arquitectura, es decir, la de crear para la exposición una obra en tamaño real. Esta obra, que a veces es imposible distinguirla de lo que sería una instalación artística, puede estar directa o indirectamente asociada a un tema relativo a la arquitectura o incluso a un tema de *ética*, como por ejemplo el texto, escrito a mano, que cubre las paredes del pabellón vacío de Francia. En todo caso, los medios audiovisuales y las tecnologías de telecomunicación han hecho patente su presencia en muchos de los montajes presentados en esta edición. Es significativo que en la mayoría de los casos la luz natural no ha sido filtrada, como es de esperar en los espacios expositivos sino directamente abolida ya que las pantallas, entre las cuales la más ma-

jestuosa es la instalada en el *Arsenale* de 300m de longitud¹, han establecido las condiciones lumínicas que rigen los espacios expositivos. La configuración de estos espacios para poder albergar las pantallas, que en muchos casos no son mudas, sino que conllevan voces y ruidos, junto con la predominancia de los montajes a costa de lo expuesto es en sí una cuestión de mayor interés.

No obstante, aparte de estos temas cuya trascendencia no es mayor que la reiteración de su apariencia se plantean otros tangenciales y periféricos, o incluso marginales, pero que se refieren a cuestiones que socavan las certezas y los estereotipos de la práctica profesional.

NL lounge

El pabellón de Holanda es un ejemplo ilustrativo de algunas de las preocupaciones y las tendencias que se manifiestan en relación con el papel de la arquitectura en la configuración de los espacios en el así llamado y tan insistentemente clasificado por la propia *Bien-nale*, primer mundo.

Los zapatos, en tanto que objeto que se relaciona con la actividad pública, se convierten en el primer elemento sobre el cual opera un proceso de selección de los visitantes para evitar las acumulaciones histórico-consumistas de ese tipo de eventos² y en segundo lugar para indicar el tránsito de un espacio público-exterior a un espacio privado-interior. Una vez descalzo el público puede acceder al *NL Lounge*, en el cual sin que haya límites definidos se pueden establecer ciertas áreas diferenciadas, la de las camas, la de la chimenea, la del bar o la de Internet; el paso de

la entrada, (todavía *pública*, donde uno deposita sus zapatos) al espacio *privado* está acentuado por el tratamiento del suelo, un corte con escalones y un cambio de material sirven para crear una especie de umbral.

El tratamiento del suelo es un tema al cual se da especial atención en el pabellón de Holanda. Tanto porque la infraestructura que pasa por debajo de éste configura una especie de suelo informatizado, donde ocurren todo tipo de conexiones y se crean las redes que hacen posible el funcionamiento de la sala, como también porque se le da un carácter doméstico con su alfombra de lana natural de color azul real. La zona de las camas, (que están empujadas en el suelo y, tienen la posibilidad de adecuarse a la posición que elija su usuario mediante un telemando, convirtiéndose así en una especie de tumbona-cama), define un conjunto de espacios individuales con su propio televisor, su lámpara y un dispositivo que permite crear una especie de burbuja auditiva. Los visitantes se encuentran aislados, cada uno en su cama-isla y al mismo tiempo participando en un espacio donde cada uno es al mismo tiempo actuante y espectador de los demás.

El tema de la cama y la reinterpretación de los límites entre lo público y lo privado son dos de los aspectos que más interés tienen en la presentación de Holanda. Los nuevos medios tienen efectos primarios y secundarios en la configuración de los límites en la arquitectura. El pabellón de G. Rietveld, un pabellón histórico de Holanda, que consigue la adecuada filtración de la luz natural para un espacio expositivo, se encuentra en esta edición de la *Biennale* totalmente transformado en una caja introvertida,

cuyas relaciones con el exterior se establecen mediante conexiones mediáticas y no mediante la elaboración oportuna de los límites materiales que configuran el espacio interior. También en lo que se refiere al interior los límites materiales pierden su sentido y desaparecen mientras por otro lado se establecen nuevos tipos de límites. Entre las camas todo tipo de relación entre los visitantes queda abolida, la alfombra azul funciona realmente como una especie de mar, el visitante se encuentra recluido en un ámbito audiovisual que se destina a cada uno por separado. La pequeña pantalla y el dispositivo auditivo que crea una esfera acústica personal, supone la utilización de los medios audiovisuales en un sentido determinado. La lógica de las redes que promueven la individualización del uso de los medios audiovisuales se hace aquí patente. Si la comunicación es imposible entre camas, a causa no sólo de los dispositivos audiovisuales sino también de la suficiente distancia entre ellas, cada uno se adentra en una vivencia individual, aunque manteniendo con los demás un cierto tipo de relación que es la de espectador-espectáculo. Igual que en las redes, esta relación puede ser bidireccional, sin embargo, el visitante mantiene su papel de espectador y al mismo tiempo asume su exposición, su transformación en parte del espectáculo.

En ese sentido el pabellón de Holanda comenta la ausencia de un espacio destinado a la vida común y al mismo tiempo la inhabilitación de los espacios privados³, relacionándolos con la invasión de los medios en la vida cotidiana. El espacio doméstico como refugio apartado de la vida pública no tiene sentido en la era de los medios de masas que insertan lo público incluso en el

lugar más íntimo, en el dormitorio⁴. Por otro lado, no sólo es lo público lo que invade lo privado sino que también lo privado se expone a lo público. El gran interés que suscitan las programaciones de televisión que se limitan a grabar y transmitir la vida privada, hecha así pública, habla de la posibilidad de entender la protección de la intimidad como una mercancía a explotar. Y si por un lado se puede hablar de un voyeurismo también se puede hablar de un exhibicionismo, ya que son muchas aquellas personas que quieren dar a conocer lo que ocurre en el interior de sus casas, mediante estrategias mediáticas, como la transmisión de grabaciones de su espacio doméstico en Internet, asegurándose así una presencia, aunque sea virtual⁵. Intercambiando intimidad con privacidad, aunque de un modo *ilusorio*⁶, el espectáculo que se nutre por la presencia de innumerables actores-espectadores, no permite nunca la posibilidad de un diálogo que no sea mediatizado, en espacio o en tiempo diferido. En el pabellón de Holanda, los visitantes se aíslan y sólo se fijan unos en otros en tanto que cuerpos distantes y mudos que reposan encima de camas interactivas.

Cabe también mencionar brevemente una operación análoga en lo que se refiere a la preocupación por la relación entre público y privado, aunque en las antípodas de la del NL Lounge en lo que se refiere a la forma de expresarla espacialmente, que es la del pabellón de Japón. Ahí los límites entre interior y exterior se difuminan, el espacio interior fluye en el espacio exterior y viceversa como también pasa con los límites entre instalación artística y arquitectura⁷.

Por otra parte, la indeterminación en lo que se refiere a los límites que se entremeten entre

los viejos dípolos público-privado, exterior-interior, natural-tecnificado, encuentran otra expresión en el proyecto *Diversity-Field Study*⁸, con la presentación de una caja de cristal, en el interior de la cual se encuentra un trozo de naturaleza. A través de agujeros en los cuales están adaptados guantes de plástico, el visitante puede cuidar de las plantas o destruirlas, mediante una serie de objetos-herramientas que se encuentran en el interior de la caja. En este caso la *naturaleza* troceada y fragmentada se encuentra no sólo envuelta por el ambiente tecnificado sino además totalmente dependiente de la voluntad de los humanos que se responsabilizan de ella. No se trata pues de la anulación del límite entre lo natural y lo tecnificado sino de la reinterpretación del mismo que ahora envuelve lo natural, reivindicando las viejas distinciones entre interior y exterior.

Auping royal

Aparte de la interpenetración entre público y privado y la disquisición y la traslación de los viejos límites, la presencia de las camas es un elemento que no deja de sorprender como tampoco deja de sorprender la facilidad con la que, después de un recorrido sin dudas fatigante como puede ser la visita a la *Biennale*, uno se acuesta y se relaja en presencia de una multitud desconocida. Los medios audiovisuales y las tecnologías de telecomunicación, también plantean nuevas formas de tratar el cuerpo del visitante. Es decir, en vez de instar al visitante a vagabundear por la exposición y descubrir puntos de vista y detalles, omitir lo que ya su cuerpo se niega a recorrer y descansar en un espacio destinado a la socialización,

manteniendo el cuerpo en una postura relativamente vertical y calvinista. El pabellón de Holanda nos invita a descansar, a reposar y relajarnos en una postura más bien horizontal, mientras todo lo que nos puede interesar viene hacia nosotros mediante el uso ocioso de un telemando. «Imposible montar en cólera, imposible discutir, o tratar de convencer. Condicionan una sociabilidad fácil, sin exigencias, abierta pero en el juego. Desde el fondo de estos asientos, ya no se tiene que sostener la mirada de otro, ni fijar la propia en él: están hechos de manera que las miradas tienen razón en no hacer más que pasearse por las demás personas...»⁹. El cuerpo permanece inactivo, todo lo demás se vuelve interactivo para evitar movimientos innecesarios y fatigantes. El ejemplo a seguir es el del magnate Howard Hughes¹⁰, confinado en la habitación de un hotel por su propia voluntad, una habitación donde la cama y la pantalla son elementos determinantes y donde el cuerpo permanece inerte pero, al mismo tiempo, reconfortado y protegido. La cama ya no se piensa como lugar de reposo sino como lugar donde se puede depositar el cuerpo, una consigna donde aparcar el cuerpo mientras uno utiliza las nuevas tecnologías audiovisuales y de telecomunicación. En ese sentido la cama se vuelve central. En la larga historia de la cama se puede reconocer menor o mayor grado de asociación con la intimidad. En la *Odisea* de Homero el lecho conyugal se alberga en el *thálamos*¹¹ griego, que es un lugar íntimo pero no sólo por la presencia de la cama sino también por la de los bienes domésticos. En la Edad Media, la cama es un mueble¹² entre otros, «donde habitualmente dormían muchas personas» y no un es-

pacio de intimidad. Los espacios van cambiando de funciones a lo largo del día y lo mismo ocurre con los muebles, de modo que la cama no es sino la versión nocturna del banco multifuncional¹³. Los conceptos de intimidad, privacidad, familia nuclear, van progresivamente ganando terreno, junto con la implantación de los valores burgueses y de la individualidad. En la actualidad, y en el mundo desarrollado, la cama tiene connotaciones específicas. Si la cama se utiliza por más de dos personas, es signo de una emergencia; la cama es «...un instrumento concebido para el descanso nocturno de una o dos personas, pero no más. La cama es pues el espacio individual por excelencia, el espacio elemental del cuerpo (la cama-mónada), que incluso el hombre más acribillado de deudas tiene derecho a conservar...»¹⁴. Pero, en las camas del pabellón de Holanda como también en la cama de Hughes se da un paso más. De un modo indirecto la cama se convierte en un receptáculo individual e interactivo. Las camas *Auping Royal* que encontramos en el *NL Lounge* tienen como fin no sólo un sueño confortable durante la noche sino también el relajamiento durante el día¹⁵. Tienen un tamaño único y un grado de adaptación a las posturas elegidas más que satisfactorio. La cama pasa a ser un mueble individual y diurno. Este tipo de cama que antes era la cama de la clínica¹⁶ ahora es la cama de los cuerpos cuya corporeidad sobra en un mundo que las nuevas tecnologías vuelven cada vez más incorpóreo.

Tierra del arte de vivir

En el fondo la cuestión del límite y la de la cama para el cuerpo inerte es la misma. Las

nuevas tecnologías suponen la transformación e incluso la sustitución de los viejos mediadores por otros nuevos, cuyas características permiten poner en contacto y en fluctuación lo que con anterioridad se encontraba circunscrito por el lapso temporal y la distancia espacial. El cuerpo ha sido uno de estos mediadores que se encuentran invadidos y reinterpretados por las posibilidades de la tecnología; las interfaces¹⁷ hacen posible no sólo un mayor acercamiento del cuerpo a su entorno sino también el menor esfuerzo requerido por parte del cuerpo. Es el mismo tema, del límite invertido, al que nos hemos referido en relación con lo público-privado, exterior-interior, natural-tecnificado, que vuelve a presentarse en el dípolo cuerpo-entorno. Como es de esperar la arquitectura que tradicionalmente ha sido un mediador entre el cuerpo y el entorno natural, se encuentra también en un proceso de alteración, ya que las nuevas tecnologías se interponen y crean con sus interfaces nuevos modos de contacto, nuevas nociones de cercanía, de exclusión y de inclusión. La materialidad de los límites de la arquitectura y la corporeidad de ese cuerpo acostado y inactivo, se encuentran amenazadas por las interfaces que penetran y diluyen los cerramientos y las distinciones, y que replantean incluso el dípolo sujeto-objeto con la progresiva evolución de los objetos hacia una cada vez mayor interactividad, producto de las tecnologías electrónico-digitales, que limita los sujetos a receptores pasivos e inertes¹⁸.

En este sentido *Auping Royal*, puede ser algo más que una excentricidad puesta al servicio de la espectacularidad de un evento tan sobrecargado como es la *Biennale* o como también lo

puede ser la *Expo*, en cuya última edición también podemos encontrar, en el pabellón de Austria bajo el lema ilustrativo *Tierra del Arte de Vivir*¹⁹, un espacio dedicado al descanso corporal con objetos diseñados con una lógica similar, es decir, no como sillas, donde uno se sienta, sino como superficies para tumbarse. Otra vez la relajación corporal se combina con la posibilidad de recibir estimulación audiovisual, para la cual los movimientos y la participación corporal no se consideran necesarios. La

extravagancia y la singularidad de propuestas de ese tipo donde «la arquitectura se cerraba sobre sí misma, hasta el punto de igualarse a los confines de una cama»²⁰, resulta, por el momento, tranquilizante; no obstante, el fondo de la cuestión que se plantea por la reinterpretación de los dípolos y de los límites que antes los configuraban, permanece abierto y en proceso de alteración, suponiendo transformaciones sustanciales en lo que se refiere al papel de todo tipo de mediadores, incluida la arquitectura.

NOTAS

¹ Fuksas, Massimiliano: *Less Aesthetics More Ethics*, Catálogo de *La Biennale di Venezia*, Marsilio, 2000, pág.14.

² NL Lounge: *De-Fence Manual*, pág. 98, Catálogo del Pabellón de Holanda, *Biennale di Venezia*, 2000.

³ Pardo, José Luis: *La intimidad*, Ed. Pre-textos, Valencia, 1996, p.106 «...haber concebido 'progresivamente' la privacidad (repetamos: la privación de información) como origen de todos los vicios públicos».

⁴ Virilio, Paul: *The Lost Dimension*, Ed. Semiotext(e), N.Y. 1991, pág. 71 y 78 «...el refugio del tiempo inclemente protege también de todas las miradas... lo arquitectónico ya no opera entre los registros de resistencia, material y apariencia; ocurre ahora en el orden de la transparencia y la ubicuidad de lo instantáneo, ambas cualidades míticas...».

⁵ Riley, Terence: *The Un-Private House*, Ed. Museum of Modern Art, N.Y., 1999, pág. 15-7.

⁶ Pardo, (1996), op.cit., pág. 95-9, «La *intimidad ilusoria*, ... es un espejismo que se produce cada vez que alguien cree que puede obtener intimidad a partir de la privacidad o, dicho de otro modo, cada vez que alguien cree que vendiendo información privada o contando algunos secretos podrá obtener, a cambio, intimidad. ... La *privacidad ilusoria*, por su parte, es el resultado de la operación inversa: creer que se puede obtener privacidad a cambio de intimidad, intentar 'hacerse rico' (en información) vendiendo la propia intimidad y, por tanto, pretendiendo hacerla valer como privacidad o 'propiedad privada'...».

⁷ Koike, Kazuko: *City of Girls*, Catálogo de *La Biennale di Venezia*, Marsilio, 2000, Vol. Pavilions, pág. 106.

⁸ Ulrich Königs & Ilse Maria Königs Architekten, Catálogo de *La Biennale di Venezia*, Marsilio, 2000, pág. 96.

⁹ Baudrillard, Jean: *El sistema de los objetos*, Ed. Siglo XXI, México, 1997, pág. 48.

¹⁰ Sobre Howard Hughes se pueden consultar Virilio, Paul: *Estética de la desaparición*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1998, págs. 25-30, Virilio, Paul: *La inercia polar*, Ed. Trama, Madrid, 1999, pág. 129, Virilio, Paul: *The Art*

of Motor, Ed. Un. of Minnesota, Minneapolis, 1996, pág. 85, Virilio, Paul: *Speed and Politics*, Ed. Semiotext(e), N.Y. 1986, págs. 108-9, Taylor, Mark, C.: *Stripping Architecture*, en Beckmann, John: *The Virtual Dimension*, Princeton Architectural Press, N.Y. 1998, págs. 199-200.

¹¹ La palabra griega *thálamoi* del *thalamaio* se refiere a la habitación más íntima de la casa, a la parte más interior de la casa, que corresponde a las mujeres o al matrimonio. También se utiliza para la parte del templo a la que no se tiene acceso. Proviene de la palabra *thalami* que es el nido, la cueva, el agujero donde viven animales hidrobios. Pardo, José Luis: *Las formas de la exterioridad*, Ed. Pre-textos, Valencia, 1992, pág. 197, Y Echeverría, Javier: *Cosmopolitas domésticos*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1995, pág. 26-30.

¹² Echeverría, op.cit., pág. 35-40, donde también se cita a Platt, Colin: *The English Medieval Town*, N.Y. Ed. D.MacKay, 1976, pág. 73, «Si los muebles domésticos reciben ese nombre es porque habían sido construidos para ser movidos varias veces al día, conforme eran precisos para una u otra actividad.»

¹³ Rybczynski, Witold: *La casa, Historia de una idea*, Ed. Nerea, Guipúzcoa, 1999, pág. 30 y 37.

¹⁴ Perce, Georges: *Especies de espacios*, Ed. Montesinos Literatura y Ciencia, Barcelona, 1999, págs. 59-61, págs.37-42.

¹⁵ NL Lounge, op.cit., pág. 102.

¹⁶ Clínica de la palabra griega *clini*, que significa cama.

¹⁷ Moles, Abraham: *La comunicación y los mass media*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1975, págs. 398-400, Término impuesto por la informática (del inglés interface) y que expresa la idea de contacto entre un organismo y otro que se intercambian informaciones. No es tanto un límite como un lugar de contacto y de intercambio entre los dos organismos que según deja entender el término se hallan frente a frente.

¹⁸ Manzini, Ezio: *Artefactos. Hacia una nueva tecnología del ambiente artificial*, Ed. Celeste, Madrid, 1992, págs. 151-164.

¹⁹ El pabellón de Austria a cargo de Eichinger oder Knechtl.

²⁰ Virilio, (1999), op.cit., pág. 56.



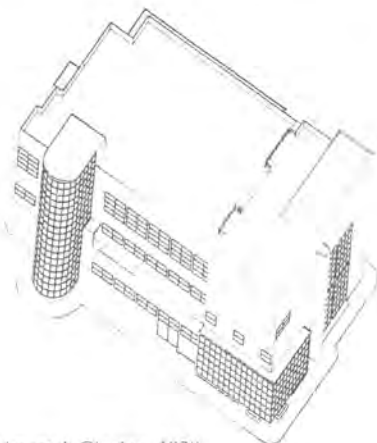
Bar futurista: 1920.



Ordenación urbana de la Plaza del Estadio. Turín, 1922.



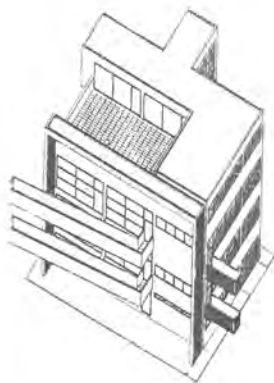
Edificio de las Comunidades Artesanas de Turín, 1927-28.



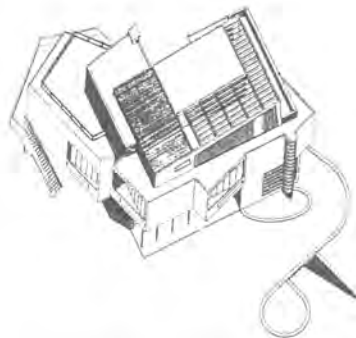
Teatro experimental. Ginebra, 1929.



Casa Gentinetta. Chexbres, 1937



Casa ideal del arquitecto.
Florencia, 1942.



Casa de Arnulfo Córdoba.
Tacoronte, 1952

ALBERTO SARTORIS Y ESPAÑA

Antonio Bonet Correa

A propósito de la exposición en torno a Alberto Sartoris (1901-1998). La concepción poética de la Arquitectura, IVAN, Centre Julio González. 27 de julio-24 de septiembre de 2000. Valencia.

En todas las épocas existen personajes que son representativos de su tiempo. Tanto en la historia del arte como en la arquitectura son aquellos que son capaces de concebir nuevas formas, de cambiar las estructuras establecidas y crear un nuevo estilo. Auténticos catalizadores, marcan el camino del futuro. Algunos, los más relevantes, además de realizar obras maestras, pronto convertidas en modélicas, son autores de textos teóricos que sirven de guía a los seguidores de los movimientos por ellos impulsados. En el siglo xx, el caso de Picasso en la pintura o de Le Corbusier en la arquitectura, son en extremo significativos. Su capacidad de asimilación de la modernidad era asombrosa. Le Corbusier, pese a la coherencia de Gropius y la Bauhaus o la de De Stijl, fue finalmente quien se llevó la palma de la arquitectura racionalista. Por ello todos los elogios o los improperios de la crítica arquitectónica los recibió su persona. Así en España antes de la Guerra Civil su obra fue acogida favorablemente por Fernando García Mercadal en la revista *Arquitectura* o fue objeto de la controversia suscitada por Ernesto Giménez

Caballero, que de vanguardista pasó a ser defensor, en su libro *Arte y Estado* (1935), de una renovada arquitectura imperial¹.

Figura de primerísimo orden, ligada al nacimiento de la arquitectura racionalista y a la estela de Le Corbusier es la del italo-suizo Alberto Sartoris. Nacido en Turín al filo del siglo xx, en el año 1901, este arquitecto y tratadista, que con su larga vida cubrió casi toda la centuria, ha sido uno de los catalizadores de la arquitectura funcional y del purismo racionalista. A sus edificios, proyectos y dibujos se les ha calificado de «metafísicos»². Formado en el ambiente de la ciudad industrial y futurista que era, a principios del siglo xx, la capital del Piamonte, fue en 1927 el autor del primer edificio racionalista de Italia, en 1928 uno de los fundadores del CIAM y en 1938, con su amigo Giuseppe Terragni coautor del barrio satélite de Rebbio en Como³. Alberto Sartoris, que al igual que el uruguayo Joaquín Torres-García, era un auténtico «removedor», no cesó en su larga existencia de publicar libros, escribir artículos y dar conferencias, siempre en

163

defensa de la arquitectura racionalista. En lo que se refiere a Le Corbusier, al que conoció en el Castillo de La Sarraz en 1928, mantuvo con él una relación de respeto y admiración. Exégeta puntual y no epígono, tal como ha apuntado Cesare De Seta, sin duda fue Sartoris su mayor defensor y divulgador en los años heroicos de las vanguardias históricas⁴.

Alberto Sartoris, que publicó más de 40 libros y escribió infinidad de artículos de crítica arquitectónica fue calificado como el Giorgio Vasari de nuestro tiempo. Gracias a sus textos, siempre ilustrados con fotografías y dibujos, se difundió y divulgó la arquitectura funcional del movimiento moderno anterior a la conflagración mundial de 1939. Sus libros son hoy ya clásicos. *Gli elementi dell'architettura funzionale* (1932) e *Introduzione alle architettura moderna* (1943), editados repetidas veces por Hoepli, fueron el vademecum para los arquitectos provincianos amantes de la vanguardia. Su *Encyclopédie de l'Architecture nouvelle*, con el 1er tomo «Ordre et climat méditerranéens» (1948), marcó un sentido clasicista a un arte de edificar con viejas raíces en el Mare Nostrum. Muy importante en todos estos volúmenes era la parte iconográfica. Así no es extraño que cuando Benvolo publicó, en 1959, su célebre *Historia de la Arquitectura Moderna*, reprodujese abundantemente las fotografías y axonometrías de los libros de Sartoris⁵. Las obras de Sartoris pasaron a ser entonces fuentes históricas indispensables para quien quisiese conocer la arquitectura anterior a la guerra mundial de 1939-1945.

Espíritu abierto, Sartoris propugnaba una arquitectura universal que por encima de los distintos regímenes políticos sirviese al hombre mo-

derno. Enamorado del Mediterráneo, cuna de la cultura occidental, era amante de la armonía y la racionalidad de los países en los cuales luce el sol. Entusiasta de los principios de la divina proporción, del equilibrio de los volúmenes, la simplicidad geométrica en las fachadas y la diafanidad en los interiores, fue un excelente dibujante que nos ha dejado una serie de bellísimas axonometrías, de finas y precisas líneas, de apurados trazos que sintetizan su sutil lenguaje arquitectónico. Para quien creía en la integración de las artes, —estaba casado con la pintora abstracta Carla Prina, a la que admiraba muchísimo— Sartoris fundaba todas sus teorías estéticas en la espiritualidad, en el concepto metafísico de la armonía. Optimista inventerado, pese a los avatares históricos de la Europa que le tocó vivir, desde su observatorio suizo nunca abandonó su fe en un futuro más racional y ordenado.

Las relaciones de Sartoris con España fueron de fecha temprana. Amigo de Eugenio D'Ors al que le unía idéntico sentimiento de lo Mediterráneo, es fácil de entender su mutua comprensión del orden y la racionalidad en el arte y en la vida⁶. Pero sin duda con quien mantuvo, antes de la guerra civil, una mayor relación fue con el crítico de arte y propulsor del surrealismo y la arquitectura del movimiento moderno, el canario Eduardo Westerdahl. La colaboración de Sartoris en la revista *gaceta de arte* es de por sí reveladora de la comunidad de ideas entre ambos⁷. La amistad se incrementó con los años. Tras el lapsus de la Guerra Civil, Westerdahl y Sartoris se volvieron a encontrar, junto con Mathias Goeritz, Willi Baumeister, Luis Felipe Vivanco, Ricardo Gullón, Santos Torroela y Sebastián Gach, en la funda-

ción de la Escuela de Altamira en Santander en 1949 y en la Segunda Semana de Arte en Santillana del Mar en 1951⁸. Allí conoció a artistas de la categoría de Angel Ferrant, Eudaldo Serra y Llorens Artigas. Eduardo Westerdahl, que dirigía la colección de monografías de arte, publicó la monografía de Luis Felipe Vivanco sobre *Arberto Sartoris*⁹.

Una actuación importante de Sartoris en España tuvo lugar en Barcelona. En el año 1949 se celebró en la capital catalana la V Asamblea Nacional de Arquitectura. Gio Ponti y Alberto Sartoris fueron invitados como delegados extranjeros. Eran los años a los que Gaya Nuño denominó del «deshielo»¹⁰. La muestra de arquitectura española contemporánea montada para el evento suscitó la indiferencia de los dos italianos. Pero de repente, al contemplar el panel en el cual se exhibía la Casa Garriga-Nogués en Sitges, de José Antonio Coderch, admirados quisieron conocer al arquitecto autor de una obra que se despegaba del resto de la exposición. Carlos Flores señala que esta casa era la primera arquitectura digna de tenerse en cuenta desde los tiempos del GATEPAC¹¹». Después de la década oscura, con ella se inicia, tal como lo afirmaba Ignasi de Solà-Morales, «la segunda modernización de la arquitectura catalana (1939-1970)»¹². Las consecuencias de este descubrimiento fueron felices. Al año siguiente, en 1950, Coderch y su colaborador Valls fueron invitados a participar en la Triennale di Milano, obteniendo el gran premio de la misma. Sin duda esta circunstancia hizo que Coderch conociera la arquitectura del italiano Ignacio Gardella, cuyos edificios tienen concomitancias

con los realizados posteriormente por el gran arquitecto catalán¹³.

Sartoris, que juzgaba que las axonometrías de García Mercadal de los años treinta eran «ultraístas» no tuvo grandes contactos con los arquitectos españoles de antes de la Guerra Civil¹⁴. Tampoco con los de la postguerra. Sus relaciones eran más con los intelectuales y los pintores. Únicamente en 1973 colaboró en la revista *Nueva Forma* del arquitecto Juan Daniel Fullando. El título de su artículo «Síntesis y Metamorfosis de las Artes» es todo un programa de sus ideales¹⁵. En los años de la Transición su redescubrimiento fue a través de Barcelona. En el año 1978 Oriol Bohigas le dedicó casi todo un número de *Arquitectura Bis*¹⁶. En su agudo texto señala el clasicismo latente de su obra. Esta revisión del racionalismo y del arte normativo tuvo sus efectos. Sartoris había construido algunas obras en Santa Cruz de Tenerife producto de sucesivas soluciones desde 1950¹⁷. Del estado de abandono de sus edificios en Tenerife se quejaba «del deterioro que han sufrido esas construcciones» en una entrevista que Juan Cruz le hizo en el avión cuando Sartoris regresaba, en julio de 1997, tras haber visitado la exposición de *Gaceta de Arte y su época* (1932-1936), en Santa Cruz de Tenerife¹⁸. Obra monumental fallida, por no construida, fue el proyecto que en 1992 diseñó Sartoris para la Barcelona Olímpica. Consistía en dos torres que formaban un puente sobre la prolongación de la Diagonal a manera de un moderno arco de triunfo y que obtuvo una mención de honor.

Alberto Sartoris, arquitecto-poeta y tratadista de nuestro tiempo, era un hombre «sencillo, alerta y tranquilo» tal como lo definió su amigo el ca-

nario Domingo Pérez Minik en su libro *Entrada y salida de viajeros*. Los que tuvimos el privilegio de tratarlo podemos ratificar este aserto. En el año 1969 conocí a Sartoris en el curso de verano de Santander que dirigía Camón Aznar. En cursos sucesivos volví a frecuentarle. Con él mantuve una breve correspondencia ya que se interesó por mis trabajos sobre el barroco, tema que tan lejos puede parecer de sus habituales preocupaciones racionalistas. La última vez que estuve con él fue en Bilbao, al final de los años ochenta, con motivo de un coloquio de historia del arte. Sartoris seguía siendo el mismo hombre afable y atento a todo lo que sucedía a su alrededor. Mi última imagen de su figura es la de un hombre que con ímpetu jovial y, por qué no decir «juvenil» se resistía al paso de los años. Al

final del congreso todos los participantes nos embarcamos para dar un paseo por la ría. Sartoris de pie sobre el puente de la nave, con su chaqueta azul y su blanco jersey de cuello vuelto, parecía un viejo marino que avizorase el horizonte. La secuencia de los edificios de la ciudad industrial que pasaba delante de nuestros ojos —todavía no se había construido el Guggenheim— le atraían en extremo. Sus comentarios eran todos muy interesantes. Estar con Sartoris era siempre asistir a una permanente lección de teoría arquitectónica. Su sentido didáctico y sus atinadas palabras eran las de un gran maestro. El hombre que codificó la arquitectura racionalista, además de un constructor vanguardista era un pedagogo y un profeta siempre dispuesto a proclamar la buena nueva del arte abstracto.

NOTAS

166

¹ Sobre Le Corbusier y la revista *Arquitectura* véase Carlos de San Antonio Gómez: *20 años de Arquitectura en Madrid. La edad de plata: 1918-1936*. Comunidad de Madrid, Madrid 1996.

² AA.VV.: *L'architettura metafisica de Alberto Sartoris*, Galleria Martano, Turín, 1983.

³ En ese año firmó, con Terragni, una carta al director de «La Provincia di Como» protestando acerca de la afirmación de este último en la que decía que los judíos habían inventado la pintura abstracta y la arquitectura anti-romana. En esta carta se alude al español Fernando García Mercadal. Cfr. Terragni, Giuseppe: *Manifiestos, memorias, Borradores y Polémica*. Col. Arquitectura, 3, Murcia, 1982.

⁴ De Seta, Cesare: *Architetti italiani del Novecento*. Laterza, Roma-Bari, 1987.

⁵ Benevolo, Leonardo: *Historia de la Arquitectura Moderna*. Gustavo Gili, Barcelona, 1963.

⁶ Eugenio D'Ors cita varias veces a Sartoris en su *Nuevo Glosario* (1934-1943), tomo III. Aguilar, Madrid, 1949 y en *Teoría de los Estilos y Espejo de la Arquitectura*. Aguilar, Madrid, s.a., (1944).

⁷ A este propósito véase el libro de Sánchez Oetiz. Emilio: *Eduardo Westerdahl*. La era de Gaceta de Arte. Viceconsejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias, 1992.

⁸ La ponencia presentada por Sartoris en la Primera Semana de Arte en Santillana del Mar (1949) titulada «Círculo absoluto. Situación del Arte Abstracto» es reproducida en el libro de Ureña, Gabriel: *Las vanguardias artísticas en la postguerra española. 1940-1959*. Istmo, Madrid, 1982.

⁹ En la misma colección se publicaron las monografías de Ricardo Gullón sobre *Angel Ferrant y la de Sebastián Gasch sobre José Llorens Artigas*.

¹⁰ Gaya Nuño, Juan Antonio: *Arte del siglo xx*. Ars Hispaniae, t. XXII. Madrid, 1977.

¹¹ Flores, Carlos: *Arquitectura española contemporánea*. Aguilar, Madrid, 1961.

¹² De Solà-Morales Rubio, Ignasi: *Eclecticismo y vanguardia. El caso de la Arquitectura Moderna en Catalunya*. Gustavo Gili, Barcelona, 1980.

¹³ Esto es lo que apunta Antón Capitel en *Arquitectura Española del siglo xx*. Summa Artis, vol. XI., Madrid 1995.

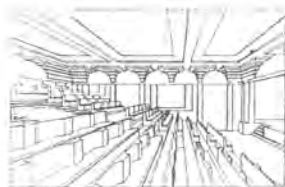
¹⁴ Sambricio, Carlos: *Cuando se quiso resucitar la Arquitectura*. Col. Arquitectura, n. 8, Murcia, 1983.

¹⁵ Véase el catálogo *Nueva Forma. Arquitectura, Arte y Cultura 1966-1975*. 2 vol. Centro Cultural de la Villa de Madrid, 1996.

¹⁶ Bohigas, Oriol: «Sartoris. La primera vocación clasicista en la vanguardia», en *Arquitectura Bis*, n. 25. Barcelona, noviembre 1978. Bohigas, en su libro autobiográfico *Desde los años inciertos*. Anagrama, Barcelona 1991, recuerda que fue gracias a las conferencias de Sartoris en Barcelona que su generación conoció por primera vez los nombres de los modernos arquitectos italianos.

¹⁷ Pérez Parrilla, Sergio T.: «La obra de Alberto Sartoris en Canarias». *Basa*, n. 2 Santo Cruz de Tenerife 1984.

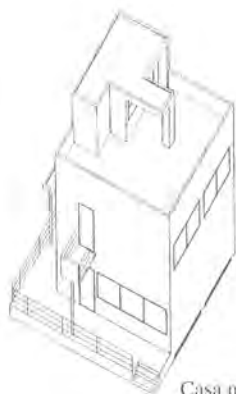
¹⁸ Cruz, Juan: «Alberto Sartoris. Sin sol hay arquitectura». *Babelia, El País*, 7-VI-1997.



Teatro privado para Ricardo Gualino, Turín, 1923. (En colaboración con Felice Casorati.)



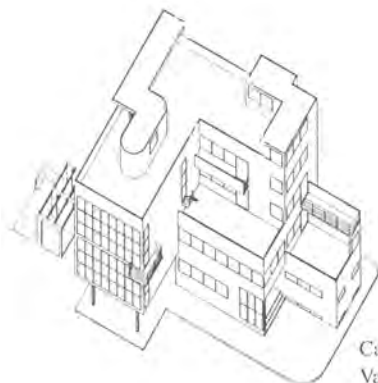
Edificio de Viviendas y oficinas en el barrio de Orbassano, Turín, 1923.



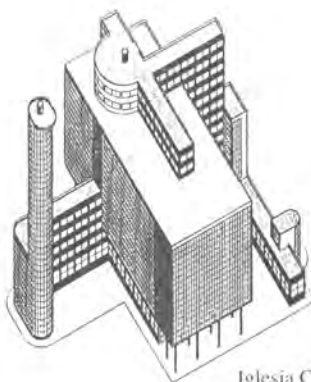
Casa mínima, 6 x 6 m, 1925.



Casa del poeta Henri Fabre, Ginebra, 1929



Casa-estudio del pintor Jean-Saladin Van Berchem, París, 1930.



Iglesia Catedral de Nôtre Dame du Phare, Friburgo, 1931

CIUDAD, COMUNICACIONES Y GLOBALIZACIÓN

Eduardo Subirats

En este ensayo el autor analiza el significado civilizador de los medios electrónicos de comunicación exponiendo los elementos conceptuales de una posible interpretación de estos medios. El análisis se organiza en torno a cinco categorías elementales: globalidad, masa, ciudad, espectáculo y experiencia.

Globalidad

168

La televisión es un sistema integral de integración simbólica que compite ventajosamente con las instancias tradicionales de socialización: la familia, la escuela o la iglesia. Esta función socializadora comprende varios aspectos de la vida humana. La televisión regula en primer lugar nuestro tiempo y nuestro espacio vitales, es decir, los ritmos humanos de producción, consumo y vida privada. La televisión produce la realidad que nos envuelve, a través de sus programas y paquetes mediáticos, sus eventos políticos y de entretenimiento. Ella construye, a su vez, los esquemas interpretativos de su propia presentación de la realidad.

Una guerra. Sus imágenes son seleccionadas con arreglo a características psicológicas, estéticas y políticas. Las víctimas del enemigo

son vistas en primer plano y extremo naturalismo. Los efectos destructivos de las fuerzas aliadas se representan a través de los *frotages* de las imágenes de láser. El ritmo informativo es definido por las secuencias publicitarias, los programas de entretenimiento y las informaciones locales. Sobre este material procesado se sobrediseñan procesos de interpretación secundaria. Estos pueden ser fictivos: un film de *Rambo* arroja claves estratégicas, expectativas morales, identidades heroicas que los comentaristas de editores, o los propios discursos militares pueden confirmar o adaptar. El resultado es la tupida red de interacciones simbólicas entre las imágenes reales y ficciones narrativas, citas de la realidad y discursos editoriales políticos.

La televisión define así valores al mismo tiempo colectivos y personales, establece las características de nuestra memoria histórica y dise-

ña el futuro. Ella encierra, en fin, un universo cultural relativamente autónomo, con sus leyes estéticas y políticas, y su propia racionalidad iconográfica y económica.

Pero la televisión no es solamente un discurso o un sistema de discursos. A través de sus funciones simbólicas y sus redes electrónicas constituye una comunidad ideal, una ciudad virtual: la masa electrónica de los tele-espectadores. Esta existencia social electrónica ha transformado radicalmente nuestras formas de interacción humana, nuestras culturas urbanas y nuestra percepción cotidiana de lo social. Categorías tradicionales en las que se ponía de manifiesto la concepción secular de lo social desde el siglo XVIII, la plaza, el pasaje, el teatro y el parlamento, y en las que lo social se articulaba como una realidad presencial, y emocionalmente vibrante a través de su realidad inmediata reconocible, se ha transformado en un dispositivo de signos móviles discrecionalmente diseñados sobre la pantalla. La acción y participación sociales, la propia experiencia de lo social se ha transformado gracias a esta mediación en un sentido tanto emocional como intelectual. Se ha vuelto más abstracta, se ha empobrecido sensualmente, ha perdido en espontaneidad y viveza, lo que ha ganado en accesibilidad técnica.

Nueva cultura y nueva política, tales son los grandes rótulos bajo los que se pueden describir los cambios que la televisión ha impuesto sobre nuestras formas de vida. Al formular esta pareja de conceptos lo hago con la clara conciencia de sus antecedentes históricos. La renovación de la cultura moderna fue el grito de guerra de las vanguardias artísticas del

siglo XX. Fue asimismo una de las consignas de los movimientos sociales izquierdistas. Nueva política y nueva cultura han sido también, y no en último lugar, los títulos que en el pasado han anunciado los dos grandes sistemas totalitarios del pasado: el comunismo y el nacionalsocialismo. Quiero llamar la atención sobre estos antecedentes semánticos e históricos porque son relevantes para el problema que quiero dilucidar en estas páginas.

Antes de continuar esta reflexión quiero subrayar otro aspecto paralelo: la nueva cultura mediática posee raíces más profundas que sus instrumentos tecnológicos en un sentido estricto, es decir, la combinación de la antena, el satélite, la computadora y el aparato de televisión. La comunicación electrónica es el resultado de la convergencia de estas tecnologías de reproducción y difusión con otros factores sociológicos y culturales: en primer lugar, la concentración de poderes políticos, económicos y militares; segundo, un proyecto estético de cultura como segunda naturaleza artificial que se remonta a las vanguardias históricas y el romanticismo. La televisión, y su expresión más acabada, Internet, deben comprenderse en tercer lugar, dentro del proceso histórico de globalización económica, administrativa y simbólica que se confunde en muchos aspectos con el propio concepto de modernidad.

Las ideas revolucionarias sobre el cine como medio manipulador de las masas desarrolladas y practicadas por Eisenstein deben recordarse en este lugar en la medida en que ilustran esta convergencia de perspectivas artísticas e intelectuales, políticas y tecnológicas en el campo

de una nueva cultura política y estéticamente programada. Eisenstein definía el cine como «la fábrica de puntos de vista y actitudes frente a los hechos». Esta frase brillante y osada apuntaba a toda una nueva concepción totalitaria de la cultura. Pero Eisenstein sólo representa en este sentido un proyecto civilizatorio más amplio que abrazan el conjunto de las nuevas tecnologías y lenguajes artísticos de las vanguardias, desde el misticismo estético de lo absoluto de Mondrian, al programa surrealista de simulacros artísticos a escala industrial, y desde la movilización futurista de las masas a través del nuevo arte industrial hasta su exaltación poética, filmica o arquitectura por los pioneros del arte moderno: la poesía soviética de Alexander Block, el cine protofascista de Fritz Lang o la arquitectura industrial de Le Corbusier, por citar unos ejemplos.

170

La misma concepción reformadora de la cultura y la política fue formulada con respecto a los medios electrónicos de comunicación específicamente por el Lissitzky, también en los años veinte. «El centro del esfuerzo colectivo —había escrito este artista— es la antena de transmisión de la radio, que difunde destellos de energía creativa por el mundo. Gracias a ella podemos despojarnos de las cadenas que nos atan a la tierra y elevarnos por encima de ella». En los sueños de este artista, que se pretendía el profeta de una nueva era planetaria, los nuevos medios técnicos de reproducción permitían la realización de la utopía romántica, asimismo patrocinada por las vanguardias, de configurar la sociedad humana como el conjunto de una obra de arte total y una segunda naturaleza artificial. La antena se anunciaba como ar-

tífice de una cultura global de valores enteramente nuevos, y de una segunda realidad (técnicamente producida).

Años más tarde, una de las cabezas intelectuales más destacadas del nacionalsocialismo alemán, Goebbels, definía asimismo la radio como el medio creador de una segunda realidad social e histórica. Se trataba, según sus propias palabras, del instrumento de una «política total» y de la «determinación del estilo de una época». Goebbels, que en este sentido no se encontraba muy lejos del pensamiento de las vanguardias anticipó con sus estrategias radiofónicas de la política total la construcción electrónica de la realidad a gran escala como la percibimos en el día de hoy. Su última consecuencia era el diseño de las decisiones políticas y de la representación del poder como una gran obra de arte real. En los años cincuenta, McLuhan todavía podía expresar una pueril fascinación por este proyecto pionero de la «implosión mediática» que él mismo formuló como profeta menor.

Podemos establecer una primera conclusión a partir de estos rápidos bocetos en torno a la cultura mediática de nuestro tiempo. La televisión es, en primer lugar, un medio global y globalizador porque interrelaciona realidades sociales y culturales diferentes a todo lo ancho del planeta. Ella posee una función globalizadora en la medida en que incide en el conjunto de nuestras formas de vida, de nuestra cultura, así como en la nueva política. En fin, las transformaciones inducidas por la televisión en nuestra vida tienen un carácter global y definen una nueva cultura en consonancia con las utopías artísticas y políticas del siglo xx.

Debemos distinguir todavía otros aspectos. Las palabras global, globalidad y globalización fueron lanzadas al aire precisamente en el marco de la teoría de los medios, como sucedáneo al concepto más politizado de internacionalismo, y de los arcaicos significados metafísicos ligados al valor de lo universal. El «global village» fue definido como la reduplicación electrónica del mundo humano, es decir, de las civilizaciones y sistemas sociales, sus memorias culturales, y su devenir histórico a lo ancho de una red electrónica que se anunciaba comercialmente como una segunda corteza cerebral.

A lo largo de los años ochenta el concepto de globalización ya no era una utopía futurista como la expresada por El Lissitzky, Goebbels o McLuhan: era más bien la efectiva red de información electrónica por la que circulaban flujos financieros, decisiones políticas y acciones militares a escala planetaria. La Guerra del Golfo Pérsico, los colapsos financieros que se han ido reproduciendo a lo largo de la última década del siglo xx, o el escándalo sexual en torno al presidente Clinton son algunas citas de primera importancia que señalan esta nueva dimensión electrónica global de nuestro mundo.

Pero las palabras *globalidad* y *globalización* las empleamos asimismo para designar los efectos que estas redes de comunicación tienen sobre el conjunto de las culturas mundiales y la existencia humana individualmente considerada. Los desastres sociales ligados a las crisis financieras, las catástrofes ecológicas derivadas de la contaminación industrial de la biosfera, los fenómenos migratorios masivos que acompañan las crisis económicas y milita-

res del planeta señalan una dimensión paralela de la globalidad, inseparable de la utopía y de la realidad de la integración electrónica de la llamada aldea global.

Masa

Los medios electrónicos de comunicación constituyen hoy un sistema omnipresente de información e interacción de las masas humanas virtuales de la sociedad tardomoderna: la masa electrónica de los tele-espectadores. Esta masa electrónica es el segundo aspecto de la transformación electrónica de la cultura que deseo analizar.

Para la comprensión de esta masa mediática quiero aprovechar una intuición de Elias Canetti en su libro *Masse und Macht*. Canetti relaciona la organización industrial de las masas (desde las masas encerradas en el estadio olímpico hasta las masas volatilizadas en los campos de exterminio) a la tradición de las masas cristianas: las masas de los fieles, encerradas, dirigidas y movilizadas por el sistema artístico global de las iglesias; las masas de peregrinos y las masas de cruzados; sus masas de condenados o de elegidos; las masas de las almas. En segundo lugar Canetti señala una sucesión lógica y empírica en la sociedad totalitaria del siglo xx entre el encerramiento, la movilización y la inmolación de las masas.

La masa tardomoderna es, en primer lugar, una masa cultural, económica y urbanística desintegrada. Es multicultural, pero los legados de su cultura apenas sobreviven en su intensidad originaria. Es una masa encerrada, sumida en un radical aislamiento domiciliario, en las ma-

llas de la arquitectura y el urbanismo industrializados. Es una masa segregada e incomunicada por los propios medios de comunicación, desde el *highway* hasta *Internet*. Es una masa pasiva que ha recudido triunfalmente su presencia moral, su acción social, al *click* de la computadora, y la elección, como las masas cristianas de los muertos y de las almas.

Canetti hace una última e interesante observación: la finalidad última de las masas concentradas, dirigidas emocionalmente y luego movilizadas por las iglesias cristianas era la muerte. Muerte en forma de guerras de cruzada o de *progroms*. Muerte también en el sentido de los símbolos de los que se apropiaron los movimientos de masas totalitarios del siglo xx. Muerte bajo las formas de autodestrucción de inmolación de los genocidios del siglo xx.

- 172 La muerte está presente bajo múltiples formas en nuestros medios de comunicación. La televisión constituye en este sentido una verdadera danza macabra modernizada a través de sus espectáculos de sadismo sexual, policial o militar. Pero la muerte es central también en un sentido formal y tecnológico: como proceso de volatilización de una masa electrónica que se ha vuelto invisible, muda y pasiva. Una masa digitalizada, estadísticamente definida. Una masa reducida a una ficción numérica, reducida a nada, en el acto mismo de su constitución virtual electrónica, mercantil y política.

Ciudad

La cultura global de la masa electrónica ha transformado radicalmente la estructura de la ciudad a lo largo del siglo xx. Esta transfor-

mación puede definirse a partir de dos perspectivas complementarias: la condición existencial del habitante de la metrópolis, y su transformación arquitectónica y urbanística. Las visiones complementarias de la ciudad moderna como la de Simmel y Le Corbusier son esclarecedoras a este respecto. En su análisis de la cortesía, Simmel descubrió la necesidad, subsiguiente a la multiplicación cuantitativa de los contactos humanos en la metrópoli, de abstraer sus componentes personales y emocionales, y suplantarlos por un principio de cálculo. Le Corbusier formuló, en *Le Modulor*, el proyecto de una megalópolis del futuro basada estéticamente en leyes numéricas y geométricas, y en funciones abstractas de producción, comunicación y consumo. Eran los principios de la nueva antropología postindustrial. Spengler y Freud concluyeron críticamente que precisamente estos principios abstractos y racionales de la civilización urbana moderna eran la expresión de un instinto colectivo de muerte.

La ciudad de la era electrónica —que ha recibido diferentes nombres: posmoderna, hipermoderna, *high-tech*... según las modas de crítica de la arquitectura— añade a esta «tendencia hacia la abstracción» de la ciudad moderna una serie de dimensiones nuevas. Una de sus formulaciones más tempranas y fascinantes se debe a Scheerbart y Taut, en el contexto europeo de la Primera Guerra Mundial. El punto de partida de ambos eran las ciudades históricas europeas que durante la Primera Guerra Mundial habían sido destruidas social, militar y moralmente. Lo nuevo, es decir, el *Leitmotiv* de la revolución civilizatoria protagonizada

por las vanguardias del siglo XX, tenía que construirse sobre esos inmensos campos de cenizas. Esta nueva ciudad tenía una dimensión planetaria y cósmica. Era vertical. Sus rasca-cielos competían por el dominio de las alturas. Su construcción partía de metáforas cristalinicas, sistemas geométricos de organización virtual del espacio, masas inmatriciales, superficies transparentes, arquitecturas de luz.

Su primera realización por Gropius y Mies van der Rohe, en Manhattan, asumió la astringencia formal de un concepto racional de civilización. Luego, la metrópoli moderna se revisitó de toda clase de retóricas monumentales. Sólo la ciudad electrónica introdujo un cambio radical en las últimas décadas del siglo XX. Persistía la misma concepción de una ciudad racional, cristalina, cósmica e inmaterial. Pero su lenguaje formal adoptaba una expresión siniestra: cubos de vidrio negro, prismas reflectantes, volúmenes metálicos, geometrías agresivas... Las fachadas de vidrio opacas exhibían una monumentalizada inaccesibilidad. Y volúmenes puros de paredes especulares generan espacios negativos o virtuales en el interior de la ciudad real. Es como si la nueva arquitectura quisiera construir los espacios trascendentes de un antilugar para albergar precisamente la administración global del mundo que trata de representar.

A lo largo de esta evolución histórica comprendida entre las arquitecturas luminosas del expresionismo y el nazismo alemanes, y *event-cities* norteamericanas de la era posmoderna, la megalópolis del siglo XX se vacía progresivamente de presencias humanas, de sus narrativas y su memoria. Mendelsohn de-

finió al habitante de la metrópoli postindustrial como una función abstracta. En su utopía *The Metropolis of Tomorrow*, Ferriss lo compara con las hormigas. Las megatorres del final de siglo en Kuala Lumpur, Hong Kong y São Paulo Tower se erigen programáticamente como ciudades-fortaleza y metaciudades electrónicas sobre las ruinas de la metrópoli postindustrial, y su irreparable degradación social y ambiental.

Espectáculo

Desde la aparición del surrealismo la teoría crítica de la cultura ha centrado cada vez más su atención en la progresiva independización del valor representacional de los objetos con respecto a su valor funcional o presencial. El fetichismo de la noticia, el valor simbólico añadido por la publicidad a los productos del consumo, el hiperrealismo de la imagen son algunos de los temas relacionados con esta autonomía de la representación. Históricamente este fenómeno no es enteramente nuevo. Las técnicas barrocas de propaganda misionera de la Iglesia católica se basaban en este hiperrealismo de la imagen. La retórica política siempre es otro modelo tradicional de desplazamiento y suplantación de la experiencia de la realidad por sus representaciones propagandísticas. El dinero es la expresión civilizatoria pura de este hiperrealismo de la representación.

Lo nuevo en la cultura electrónica es la asociación estructural de esta autonomía del valor simbólico autónomo de una imagen (no susceptible de control analítico o reflexivo, de generación automática, pseudomágico, etc., como sucede con el icono de un producto co-

mercial, la imagen de un genocidio o la sonrisa de un presidente) con el interés económico —exactamente lo que la teología crítica de Marx reconstruyó como fetichismo de la mercancía— es su extensión general lo mismo que si se tratara de una segunda naturaleza.

Desde este punto de vista la implisión mediática aparece como la generalización electrónica del fetichismo capitalista, el cumplimiento a escala planetaria de su inversión de todos los valores. Al mismo tiempo, su diseminación electrónica indefinida convierte el hiperrealismo fetichista o pseudomágico de la economía capitalista en un poder universal de dimensiones cósmicas.

174

Un ejemplo. La fragmentación, descontextualización y banalización de la escena de una guerra posee una función negativa precisa: imposibilitar masivamente su experiencia; destruir la autonomía cognitiva de la persona individual; generar una dependencia mayor al sistema de información. Pero estas imágenes provocan, al mismo tiempo, una poderosa carga emocional, que puede desplazarse a discreción hacia otros objetos previamente elegidos. Básicamente ésta era ya la estrategia emocional empleada en las políticas coloniales de genocidio y conversión cristianos. La diferencia con respecto a nuestro mundo contemporáneo es de orden cuantitativo y cualitativo. La multiplicación electrónica de este efecto al infinito, como de hecho ocurre todos los días en nuestras pantallas, lleva a la completa sustitución de la experiencia cognitiva autónoma por una segunda realidad integralmente mediatizada por los intereses comerciales y políticos.

En 1967 Guy Debord advirtió, en *La société du spectacle*, que la generalización de la economía mercantil transformaría la realidad en un valor estéticamente fabuloso tendente a invertir epistemológicamente e igualar emocionalmente los extremos de lo real y lo ficticio. El universo entero estaba llamado a transformarse en un valor vacío, volátil y, por ende, muerto. A esta nueva era de la civilización capitalista la llamo «sociedad del espectáculo».

Esta nueva realidad virtual ha sido llamada la aldea global, y quiero recordar a este respecto la crítica que en su día hizo Debord: lo que se globaliza a través de los medios no es el mundo, no es la pluralidad de realidades civilizatorias, étnicas, lingüísticas o religiosas, es el *village*, el villorrio, las culturas pueblerinas de comportamiento e inteligencias limitados, estadísticamente sustentadas bajo el principio mercantil de baja definición de los mensajes y máxima cuantificación de la masa electrónica.

Experiencia

Un concepto analítico que debe analizarse en este marco es el de la manipulación. Esta palabra está asociada con la mano y con el manejo instrumental de utensilios. Se manipula un cuchillo o una palanca. Se puede manipular también a un humano. En este caso, manipular significa utilizar a una persona como instrumento, lo que supone la derogación de cualquier valor autónomo de su existencia. No tengo que recordar que las metáforas del existente humano como instrumento y objeto de poderes anónimos ha sido prodigada a lo ancho de la literatura, el arte y la filosofía mo-

ernos, por no decir, que ha sido uno de sus motivos dominantes.

Pero muy a menudo se ha dicho que la crítica de la televisión, mucho más aún la de Internet, como sistema de manipulación es unilateral y exagerada. Se argumenta que la multiplicación indefinida de la información electrónica incrementa hasta un virtual infinito nuestras posibilidades de elección. La indefinida capacidad técnica de conectarnos a las redes de información digital acrecientan nuestro acceso a las más variadas formas de conocimiento, comunicación y acción. Los medios electrónicos, lejos de ser instrumentos de manipulación humana, se celebran como los medios de su nueva libertad en un sentido comunicativo y existencial de la palabra.

Sin embargo, esta argumentación es muy limitada en muchos aspectos. En primer lugar, el concepto de libertad es algo más profundo que la elección entre una relativa variedad de mercancías. Por manipulación, por otra parte, entiendo la producción de unas condiciones técnicas y lingüísticas de la percepción de la realidad, y de la actuación humana en ella que hacen prácticamente imposible la configuración individual de una experiencia independiente de lo más pequeño hasta lo más grande. Y que, por consiguiente, limita el espectro de las posibilidades de actuación y de expresión humanas.

Quiero recordar a este respecto una situación cotidiana que todos hemos compartido. Todos nosotros hemos visto escenas de la guerra de la ex-Yugoeslavia o de otras guerras llamadas regionales. Todos hemos pronunciado alguna vez una frase común como la siguiente: «Yo

he visto el bombardeo del mercado de Sarajevo por los francotiradores». La estructura simple y la banalidad de este enunciado de una apercepción electrónica ponen de manifiesto, sin embargo, un conjunto de elementos oscuros y contradictorios. Lo primero que debe ponerse en cuestión es su mismo sujeto. Por decirlo muy sucintamente: el Yo gramatical de esta percepción de la guerra coincide estructuralmente con el formato en el que se produce su representación mediática. Ahora bien, nada en esta situación simple del telespectador frente a la pantalla electrónica permite sugerir ni la envergadura existencial del poder transcendental de un sujeto del conocimiento, ni mucho menos el fundamento ontológico de una verdadera conciencia ética personal. El sujeto gramatical de este enunciado es una fantasmagoría.

Por otra parte, decimos «he visto» o «has visto» la guerra. Pero lo que efectivamente hemos visto en nuestras pantallas son algunas imágenes parciales y expresiones emocionales sobreañadidas, las cuales están subsumidas, a su vez, a adicionales comentarios editoriales. A menudo estas expresiones emocionales, las imágenes y los comentarios añadidos no mantienen entre sí una relación lógica. Imágenes, sonidos, emociones y comentarios constituyen muchas veces aspectos de una información fundamentalmente fragmentaria y discontinua, cuya eficacia está basada en nexos asociativos fundamentalmente automáticos y prerreflexivos.

Las preguntas no terminan aquí. Al pronunciar: «Yo he visto el bombardeo de la Biblioteca Nacional de Sarajevo por francotiradores» construyo un juicio interpretativo cuyos

elementos, en mi ciudad de espectador electrónico, no soy capaz de controlar analíticamente. Por ejemplo, la palabra «francotirador» presupone una interpretación prefabricada por el propio medio de comunicación. Tiradores francos son individuos aislados, autores de una violencia individual y en alguna medida espontánea en un contexto certificado previamente como caótico o de «guerra civil».

Un representante de las Naciones Unidas radiado en Sarajevo durante su sitio militar me contó, tras finalizar la guerra, que los partes oficiales censuraban la referencia específica de la procedencia de los disparos, cuando permitía distinguirlos inmediatamente y sobre el terreno como procedentes del ejército serbio. Al mismo tiempo, se pudo comprobar que el acoso militar de la población civil de Sarajevo no era el acto espontáneo de individuos descontrolados, sino una estrategia perfectamente concertada por el ejército serbio hasta sus más delicados detalles. Todo ello ha sido eliminado lingüísticamente y técnicamente de la frase: «he visto el bombardeo» y la situación mediática que describe.

El resultado de esta información fragmentaria, dislocada y distorsionada es la imposibilidad de construir individualmente un juicio sobre la realidad. El sistema de información cancela estructuralmente la posibilidad de una experiencia. La multiplicación indefinida de estas distorsiones y desplazamientos de lo real, y la incapacidad de realizar y comunicar su experiencia individual acrecentada hasta el infinito define el concepto de manipulación en un sentido riguroso. Este significado riguroso es, ciertamente asustador. La manipulación es el

estado de continua minoría de edad, también llamado muerte del sujeto, técnicamente inducido por los medios electrónicos de comunicación. Tal fue precisamente el sentido del concepto de manipulación de la crítica de la industria cultural realizada por Horkheimer y Adorno.

Quiero señalar a continuación otros aspectos de esta manipulación. Para ello debo partir de dos funciones complementarias de la televisión. La primera es productora de lo real. La segunda función es receptora de esta misma realidad mediáticamente producida.

La primera de estas funciones, la producción de lo real, puede definirse con una sola frase. En la cultura contemporánea, la cultura del espectáculo, sólo es lo que aparece en la pantalla; lo que no sale en pantalla no es. La función primordial de la televisión consiste en crear esta clase de hiperrealidad, llamada también virtual.

La segunda función mediática está estrechamente relacionada con esta producción de una segunda realidad. Dividiré su explicación en dos partes. Primero: la televisión impone unilateralmente un modelo, un formato, una forma de comprender la realidad. No lo hace porque en sus administraciones existan equipos de expertos con el objetivo de vigilar y censurar los productos finales de la pantalla. La censura lingüística y la policía semántica son indispensables para la producción de los simulacros culturales. Pero la manipulación es un fenómeno más profundo que la simple censura o tergiversación de la opinión. La manipulación opera más sutilmente a partir de las condiciones técnicas del medio.

Sólo deseo señalar aquí tres características elementales que modelan o configuran de una manera específica la información televisiva: la celeridad, la descontextualización y la economía del mensaje. La información televisiva está diseñada bajo un ritmo impuesto por la publicidad. El efecto inmediato de este ritmo es la aceleración y fragmentación de la información, y el carácter fundamentalmente asociativo y casi automático –por oposición a reflexivo– tanto de la edición como de la recepción de los mensajes.

Una de las consecuencias de esta aceleración y fragmentación de la información es su descontextualización, es decir, la eliminación técnica de los marcos sociales, políticos o culturales que permitan su comprensión reflexiva. Esta descontextualización es paralela a un proceso complementario de recontextualización: las imágenes de los cuerpos mutilados y ensangrentados de una guerra, previamente desconectadas de los contextos políticos y sociales que pudieran hacerlas reconocibles, pueden yuxtaponerse a las texturas de una joven piel femenina, eróticamente acariciada por una crema hidratante. Las relaciones entrecruzadas entre las partes integrantes de este *collage* mediático permite al mismo tiempo concentrar las descargas emocionales de la audiencia en unas imágenes –un crimen pasional, un partido de fútbol, por ejemplo–, al tiempo que desviarlas de otras más importantes desde el punto de vista de una experiencia reflexiva de lo real: los factores desencadenantes de un conflicto armado o de una crisis social.

Por último, estas informaciones tienen que estar acompañadas por una construcción dis-

cursiva reducida a su expresión más simple. Esta constante economización de los recursos discursivos lleva hoy necesariamente a una reducción de la política a su representación discursiva más banal y a menudo pueril.

Automatismo psíquico debido a la aceleración informativa, simplificación discursiva y fragmentación de lo real son factores que tienden unívocamente al empobrecimiento de la experiencia o incluso a su completa neutralización. La realidad construida por el medio televisión adquiere muchas veces (y precisamente en las ocasiones más críticas como guerras, o crisis ecológicas y sociales) un carácter explícitamente delirante y esquizoide que, con bastante razón, se asocia a la estética de los *collages* surrealistas. Pero esta pérdida de experiencia, hasta el extremo muchas veces cumplido del perfecto *dopage* mediático, sólo es el primer eslabón de una cadena de efectos cuya última consecuencia es el vaciamiento semántico de nuestro contacto con la realidad. Experiencia débil, sujeto de baja definición, cultura pobre, comportamiento esquizoide, delirio informacional, tales son las fases terminales de este proceso de comunicación.

La despoltización de las grandes decisiones administrativas y la apolitización de la masa electrónica son la consecuencia de esta reduplicación espectacular de lo real. Apolitización masiva es una expresión frecuente que considero, sin embargo, poco adecuada. En rigor se trata de la constitución mediática de una masa apolitizada con fines políticos. Sus ejemplos están al alcance de la mano. Los escándalos en torno a la sexualidad privada del presidente de los Estados Unidos han constituido en este sen-

tido una paradigma de ocultamiento tras las pantallas electrónicas de las verdaderas crisis políticas de nuestro inmediato presente: crisis financieras y sociales, desastres ecológicos, conflictos militares, genocidios. Una vez configurada, esta masa apolítica es movilizadada electrónicamente con fines políticos. El ejemplo más notorio lo constituyen el formateado de los campeonatos mundiales en torno a retóricas nacionalistas.

Walter Benjamin captó esta última consecuencia de la colonización de la economía capitalista en su análisis del fascismo. La interpretó bajo dos aspectos fundamentales y concomitantes: «la estetización de la política» y «la guerra como obra de arte». Benjamin quería señalar con estas palabras las últimas consecuencias culturales de la articulación de las tecnologías de reproducción y de destrucción con las nuevas formas de poder político. Un poder que en la edad que hemos llamado posmoderna se ha vuelto más volátil e intangible.

Pero un poder político directamente responsable de una secuencia de crisis sociales, catástrofes naturales, escenarios de corrupción política y destrucción militar, sin precedentes en la historia de la humanidad.

Dos conclusiones

Dos respuestas necesarias a los dilemas que envuelve esta cultura mediática. Una tiene un carácter innovador: es el análisis, la reflexión pública y la crítica. Quiero subrayar expresamente la urgencia de esta reflexión y de la crítica de los medios de comunicación y su transformación global de la cultura. Su lugar en el mundo contemporáneo es tan importante como la crítica de los abusos de la Iglesia católica lo fue en la edad de Razón.

Mi segunda conclusión es restauradora. Es la necesidad de preservar los legados culturales de la memoria, y las formas de vida y de conocimiento de las culturas históricas.

ENGLISH INDEX AND SUMMARIES



THE ECOLOGY OF THE ARTIFICIAL ENVIRONMENT

ENVIRONMENTAL CRITICISM AND THE NEW AGENDA IN URBAN MANAGEMENT

Roberto Fernández

The essay proposes the analysis of four relatively connected themes: a short account of the historical evolution of the environmental issue; the consideration of the environment in the external control of socio-productive development; the crisis of urban planning in the context of the loss of importance of the concept and practice of planning in general; and a preliminary agenda of items proposed as contributions to an urban-environmental planning. Such a program of themes needs to be reviewed from an architectural point of view as well.

FROM GLOBAL CRISIS TO LOCAL IMPACT

Luis Miquel

In this work a lecture is carried out parallel to environmental problems, urban hyper-development and the crisis of welfare state that warns of the consequences of the introduction of urban globalisation and homogenisation models in urban unrest and citizen vulnerability.

179

THE ECOLOGY OF THE ARTIFICIAL ENVIRONMENT

Angelique Trachana

Making a framework of the perpetuation of the historical conflict between nature and civilization, the author points out the changes produced by the capitalist productive system regarding natural resources. The evolution of the concept of 'commodity' and the tendency towards 'terciarisation' of resources, as well as their being viewed from the sole perspective of exploitation and consumption more than production, makes the artificial environment highly unsustainable. The conservation and the naturalisation of urban systems should be a goal of urban politics.

ARTEFACTS OF NEW URBAN SYSTEMS

Carlos Hernández Pezzi

From a cultural point of view, the author examines the way architecture behaves in the environment both as an artefact and as a language. To describe cultural uprooting or anti-urban architecture, the author draws a parallel to an environmental problem such as «architectural noise» or «pollution of the language».

CITIES AND CRISES OF CIVILISATION

José Manuel Naredo

Starting from an account of the process of urban modernisation, the author cites the sequence of social and environmental crisis in the present context. Under the banner of globalisation of the economy, one witnesses the unsustainability of urban production.

FETISHES OF PROFOUND ECOLOGY

Felipe Colabidas

The author fears a possible «profound ecology» of doctrine that as an incited and manipulated social movement will lend autonomy to nature, therefore putting human liberty and centrality at stake. Faced with this danger he points out the different forms of reciprocity between nature and humans.

NEW TECHNIQUES, NEW FORMS

Julio Martínez Calzón

Once again the consideration of the occurrence of technique in nature regains relevance for the author in as much as new techniques are emerging: instead of civil engineering, the great method of territorial transformations and development of societies, a "super-technique that floats above all other human activities: information technology." Faced with this new panorama, there is an underlying concern that important values of thinking and creativity in all its formal expressions will be transgressed.

180

OPEN FORUM

PERMANENT DEFEAT

Antonio Miranda

On the occasion of the 400th anniversary of the hanging of Giordano Bruno, the author reminds us of what he considers the permanent defeat that architecture has suffered over the last four centuries, since 1600.

THE FUTURE NORTH

Antonio Fernández Alba

The author refers to the crisis in the architectural plan from the spatial point of view as well as the historical one of architecture. In new socio-economic contexts, life scenarios tend to change into new cultural scenarios.

REVIEW OF PUBLICATIONS

A SHORT TREATISE OF THE COUNTRYSIDE

Carmen Gavira

Alain Roger, *Court traite du Paysage*, Gallimard Editions, Mayenne, 1999.

THE EYE AND THOUGHT

Javier Maderuelo

Jean Marc Besse, *Voir la terre. Six essais sur le paysage et la Géographie*, (Look at the land. Six essays on landscape and geography). Actes Sud, Arles, 2000.

REPORT OF EVENTS

OPTICAL ILLUSIONS

The possibility of an Hispano-American architectural culture

Roberto Fernández

With reference to the II Biennial of Hispano-American Architecture.

MANUAL DE-FENSE

Polyxeni Mantzou

With reference to the Biennial of Architecture, Venice, 2000.

ALBERTO SARTORIS AND SPAIN

Antonio Bonet Correa

With reference to the exhibit about Alberto Sartoris (1901-1998), *The poetic conception of Architecture* at IVAN, The Julio González Centre of Valencia from July 27- 24 September, 2000.

181

POSTSCRIPTUM

THE CITY, COMMUNICATIONS AND GLOBALISATION

Eduardo Subirats

In this essay the author analyses the civilizing meaning of electronic communication exposing conceptual elements to a possible interpretation of these means. The analysis is organised around five elemental categories: globalism, mass, city, spectacle, and experience.

ASTRAGALO

CULTURA DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD



1. CIUDAD-UNIVERSIDAD
Junio 1994



2. TERRITORIOS Y
SIGNOS DE LA METRÓPOLI
Marzo 1995



3. HISTORIA Y PROYECTO
Septiembre 1995



4. PAISAJE ARTIFICIAL.
EL ESPEJO DE JAPÓN
Mayo 1996



5. ESPACIO Y GÉNERO
Noviembre 1996



6. GEOMETRÍAS
DE LO ARTIFICIAL
Noviembre 1996



7. CIUDAD PÚBLICA-
CIUDAD PRIVADA
Septiembre 1997



8. LA PARÁBOLA DE LA
CIUDAD DESTRUIDA
Marzo 1998



9. METÁPOLIS
LA CIUDAD VIRTUAL
Julio 1998



10. EL EFECTO DE LA
GLOBALIZACIÓN
Diciembre 1998



11. ARQUITECTURA
Y MASSMEDIA
Mayo 1999



12. LA CIUDAD
Y LAS PALABRAS
Septiembre 1999



13. EL FINAL DE
UNA ILUSIÓN
Diciembre 1999



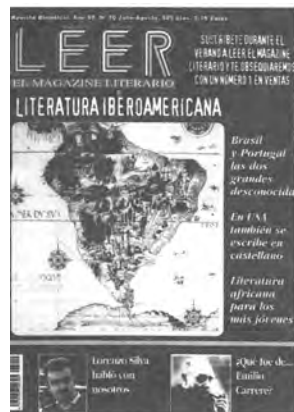
14. ESPACIOS LÚDICOS
Abril 2000



15. DOMUS DIGITAL
Septiembre 2000



16. ECOLOGÍA DEL
AMBIENTE ARTIFICIAL
Febrero 2001



La única publicación que tiene una sección fija de letras Iberoamericanas

Encontrarás todo sobre la Literatura Infantil y Juvenil



Especial atención a las novedades editoriales del momento

Recordamos personajes olvidados del mundo de las letras



LEER
EL MAGAZINE LITERARIO



Boletín de Suscripción

Nombre: Apellidos:
 Documento de Identidad: Domicilio:
 Dirección: Código Postal: País:

Particular Empresa Nombre de la empresa: CIF:

Deseo recibir en mi domicilio la revista LEER EL MAGAZINE LITERARIO por 6 números al año y un importe de:

- 42 \$ incluidos gastos de envío (PARA EUROPA, vía aérea)
- 50 \$ incluidos gastos de envío (PARA AMERICA, vía aérea)
- 55 \$ incluidos gastos de envío (RESTO DEL MUNDO, vía aérea)

Forma de pago elegida Giro Postal Cheque Giro Internacional
 nombre de ARRANDO 4 GESTIÓN, S.L. (Envíe este boletín debidamente cumplimentado a LEER EL MAGAZINE LITERARIO)
 Tambre, 32 Bajo. 28002 Madrid (ESPAÑA). o bien enviándolo por fax at: 34 91 561 30 39

AV Monografías	CD Compact	Experimenta	Ni hablar	RevistAtlántica de Poesía
Ábaco	El Ciervo	FotoVideó	Nickel Odeon	Ritmo
Academia	Cinevideo 20	Gaia	Nueva Revista	Scherzo
ADE-Teatro	Clarín	Goldberg	Ópera Actual	El Siglo que viene
Afers Internacionales	Claves de Razón Práctica	Grial	La Página	Síntesis
África América Latina	CLIJ	Guadalimar	Papeles de la FIM	Sistema
Ajoblanco	Con eñe	Guaraguo	El Paseante	Temas para el Debate
Álbum	El Croquis	Historia, Antropología y Fuentes Orales	Política Exterior	A Trabe de Ouro
Archipiélago	Cuadernos de Alzate	Historia Social	Por la Danza	Trama & Fondo
Archivos de la Filmoteca	Cuadernos Hispanoamericanos	Ínsula	Primer Acto	Turia
Arquitectura Viva	Cuadernos de Jazz	Jakin	Quaderns d'Arquitectura	Utopías/Nuestra Bandera
Arte y parte	Cuadernos del Lazarillo	Lápiz	Quimera	Veintiuno
Astrágalo	Debats	Lateral	Raíces	El Viejo Topo
Atlántica Internacional	Delibros	Leer	Reales Sitios	Visual
L'Avenç	Dirigido	Letra Internacional	Reseña	Voice
La Balsa de la Medusa	Ecología Política	Leviatán	Revista Foto	Zona Abierta
Bitzoc	Er, Revista de Filosofía	Litoral	Revista de Libros	
La Caña	Éxodo	Letra de Canvi	Revista de Occidente	
		Matador		
		Melómano		

La cultura pasa por aquí



Asociación de
Revistas Culturales
de España

**Exposición, información,
venta y suscripciones:**

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67
<http://www.arce.es>
e-mail: arce@infor.net.es



HAN COLABORADO EN ESTE NÚMERO 16 DE ASTRÁGALO

Roberto Fernández, profesor-arquitecto y crítico de arquitectura. Universidades de Mar de Plata y Buenos Aires.

Luis Miquel, arquitecto-urbanista y crítico de Arquitectura.

Angelique Trachana, arquitecto y crítico de arquitectura. Escuelas de Arquitectura de la Universidad de Alcalá y Politécnica de Madrid.

Carlos Hernández Pezzi, arquitecto y escritor.

José Manuel Naredo, economista y escritor. Premio Nacional de Medio Ambiente 2000.

Felipe Colabidas, arquitecto, profesor de urbanismo. Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid.

Julio Martínez Calzón, ingeniero C.C.P. y escritor. Investiga en torno a temas de filosofía y astronomía.

Antonio Miranda, profesor-arquitecto y crítico de arquitectura. Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid.

Antonio Fernández-Alba, profesor-arquitecto, Universidad Politécnica de Madrid, donde dirige el Estudio de Arquitectura Antonio Fernández-Alba y Asociados. Académico de BB.AA. de S. Fernando.

Javier Maderuelo, arquitecto, crítico del arte y profesor de Composición Arquitectónica de la Universidad de Alcalá.

Polyxeni Mantzou, arquitecto e investigadora de temas en torno a «arquitectura y audiovisuales».

Antonio Bonet Correa, profesor emérito de Historia del Arte de la Universidad Complutense de Madrid y académico de BB.AA. de S. Fernando.

Eduardo Subirats, filósofo y escritor; enseña actualmente en la New York University, EE.UU.

La REVISTA ASTRÁGALO no mantiene correspondencia que no sea la solicitada. Su información puede ser difundida citando su procedencia, a excepción de los trabajos señalados con el copyright © del autor.



REVISTA CUATRIMESTRAL IBEROAMERICANA

CONSEJO DE DIRECCIÓN:
ANTONIO F.-ALBA/ROBERTO FERNÁNDEZ/JAVIER RIVERA

ECOLOGÍA DEL AMBIENTE ARTIFICIAL

Roberto Fernández

Crítica ambiental y nueva agenda de gestión de las ciudades

Luis Miquel

De la crisis global al impacto local

Angelique Trachana

Ecología del ambiente artificial

Carlos Hernández Pezzi

Artefactos de los nuevos sistemas urbanos

José Manuel Naredo

Ciudades y crisis de la civilización

Felipe Colabidas

Algunos fetiches del ecologismo profundo

Julio Martínez Calzón

Nuevas técnicas, nuevas formas

FORO ABIERTO

Antonio Mirando

La derrota permanente

Cuatrocientos años de la muerte en la Hoguera

de Giordano Bruno

Antonio Fernández Alba

Al norte del futuro

RESEÑAS

Carmen Gavira

Breve tratado del paisaje

Javier Maderuelo

El ojo y el pensamiento

RELATOS

Roberto Fernández

Ilusiones ópticas. De la posibilidad de una cultura
arquitectónica iberoamericana

Polyxeni Mantzou

De-Fense manual

Antonio Bonet Correa

Alberto Sartoris y España

POSTFOLIO

Eduardo Subirats

Ciudad, comunicaciones y globalización



1.450 Ptas.

